colección ANTARES

SIETE LUNAS Y SIETE SERPIENTES

Demetrio Aguilera Malta

LIBRESA

CAP. I

EL Brujo Bulu-Bulu —arriba de la casa— quebró las tinieblas con su arpegio cascado.

—¿Lo mismo, Minga?

Abajo, Dominga. Sin detenerse. Sin volverse.

—Sí, Taita.

— ¿Hasta cuándo?

---Quién sabe, Taita!

—¿No te parece mucho?

—Mucho, Taita.

Ña Crisanta, la mujer del Brujo, terció con rabia mal contenida.

—No la jodas tanto,

—Ya son siete noches.

—Está con la Luna.

—Demasiada Luna. - Breve silencio. Volvió a hablar la Vieja. Esta vez como para sí misma.

—La Luna se estira y se encoge dentro de nosotras.

—La Luna no nos venda los ojos. ¡Mira a la Minga!

Dominga, alejándose, con la serpiente colgada. Su carne tierna apostrofando las tinieblas. Los cabellos ondulantes, en llamarada negra. El mentón rampante. ¿Los ojos cerrados? Los senos también rampantes. La serpiente colgada. Las caderas, en ritmo valumoso, de canoa palpitante. Mil machetes del viento hiriéndole el sexo. La serpiente colgada. Los pasos trémulos tatuándola en la selva. Meciéndola en el trapecio verde. Sosteniéndola entre sus nervios de ramas y de hojas. La serpiente colgada. Colgada de. su brazo derecho. De su diestra. Apretada por su puño cerrado. Por sus cinco dedos incrustados en el cuello. Colgada. Muerta. Colgada. Otra noche más. Colgada. Muerta.

—¿La ves?

—Si. ¿Y qué?

—La Serpiente y la Luna están en ella.

Estaban en ella. La Serpiente. La serpiente colgada del puño. La Otra colgada adentro. La Luna. No la Luna de los cuernos de plata. La Otra. La que, como un cáncer, le hurgaba dedos de angustia el confín de los sentidos.

La primera de esas siete noches —tirada en su petate, bajo el toldo— advirtió la llegada de dos Tin-Tines. (El oficio de los Tin-Tines es preñar a las mujeres.) Con sus cabezas enormes —¿nidos de pájaros, acaso?—. Con sus ojos menudos semillas de papaya. Sus labios abiertos ventosa ambulante. Su cuerpo encogido. Sus brazos y piernas fornidos. Dos Tin-Tines. Hechos sólo de nervios, músculos y sexo. Sexo. Dos Tin-Tines. Siempre en cueros. Sexo tronco de cabo-de-hacha. Mástil vivo naciendo entre sus piernas. Dos Tin-Tines. Caminaban saltando lo mismo que canguros. Hablaban un lenguaje enraizado en la

montaña. Se aproximaron. Se detuvieron. Elevaron las chatas narices, Olfatearon. Después, pupilas amarillas de luz, perforaron las tinieblas. Se acercaron más aún. Llegaron al pie de la casa. Parecieron atravesar las paredes de caña. Iban a cruzar el umbral. Se detuvieron, otra vez. Se miraron entre sí. Volvieron a avanzar. Tornaron a detenerse. Se observaron de nuevo. Los ojos les llamearon. Elevaron la voz. Su tono se hizo airado. Sus ademanes, coléricos. Casi en seguida, empezaron a golpearse mutuamente. Cosa extraña, no se golpearon con las manos. Los pies. O la cabeza. Tampoco se agredieron con las uñas o los dientes. No. Se golpearon con los miembros viriles. Esgrima inverosímil, los cruzaron previamente. En saludo imprevisto. Breves segundos se estudiaron. El uno al otro. Después, separaron esas armas absurdas. Con rapidez vertiginosa, las usaron. Como si cada uno de sus bálanos se convirtiera en el extremo grueso. de una cachiporra. En el silencio absorto de la noche, al impactarse, la carne endurecida sonaba con chasquidos de cuero curtido. O de madera elástica.

Dominga, casi sin darse cuenta, apretó las piernas. En defensa prematura. Cruzó las manos sobre el sexo. Tiritaba de miedo y angustia. ¿Qué iría a pasar? Anhelaba que sus gritos tocaran a rebato. No podía. Súbita parálisis le había invadido el cuerpo. Apenas si alcanzó a poner sus manos donde las tenía. Experimentaba la sensación de cien lazos potentes anudándola al suelo. ¿Que iría a pasar? Uno de los Tin-Tines tenía que vencer. Estaba segura. Tal vez, mataría al otro. Lo dejaría en el suelo. Después, subiría. O brincaría por la ventana. Entraría a saltos. A saltos menudos. Hasta el rincón donde ella tenía tendido su petate. Allí, con el sexo. Sólo con el sexo. Sin usar las manos. Ni los brazos. Ni la boca. Sólo con el sexo, levantaría o rasgaría el toldo. ¿La quedaría mirando? ¿Le pasaría las rasposas manos por el cuerpo? ¿Utilizaría los labios de ventosa al recorrer su piel, centímetro a centímetro? ¿O no perdería el tiempo en tareas preparatorias y se le arrojaría encima, incontenible? Tal vez ella no dispondría del ánimo necesario para establecer una clara cronología de los actos A Sería algo simultáneo. El sentirlo cubriéndola. El tener que abrir los muslos contra su voluntad. El experimentar —como un machetazo ardiente— el empuje del espeque de carne dentro de sí misma. El dolor. El pánico. La desesperación de sufrir el desgarramiento de sus partes íntimas. El frotamiento vertiginoso del pequeño monstruo. Éste, en una especie de danza diabólica, se le iría enredando en su interior. Casi hasta la mitad del cuerpo. Y allí las lluvias pegajosas de savia humana, bañándola en inundaciones mínimas. Sin acariciarla. Sin lograr que ella, en ningún momento, vibrase al unísono. ¿O vibraría en alguna ocasión? ¿O, a despecho de su voluntad, respondería, carne a carne, sexo a sexo, en un instante inefable, a la cópula salvaje?

Todo estaba ocurriendo como lo había pensado. Uno de los Tin-Tines había golpeado con su glande la cabeza del otro. Éste se había tambaleado breves segundos. Había caído. El Tin-Tín vencedor, de un solo salto, se trepó sobre el vencido. Empezó a golpearlo en el rostro. Siempre con el sexo. El golpeado, al principio, trató de esquivar los golpes. Con las manos. Con los brazos. Con los codos. Como podía. Poco a poco, fue disminuyendo su resistencia. Sus golpes tuvieron menos fuerza y precisión. Al final, quedó inmóvil, como muerto. El Tin-Tín vencedor lanzó un extraño grito gutural. De triunfo y desafío. Miró hacia la casa. Concretamente, hacia Dominga, que estaba en su petate. Bajo el toldo. Sin volverse al TinTín derrotado, avanzó. Avanzó, Ella cerró los ojos. Apretó, con fuerza, los párpados. En vano intento, quiso unir los muslos, más aún. No pudo. Entonces, vencida, se entregó a lo inesperado.

Surgió un silbido, Un silbido largo. Escalofriante. Partió la noche en mil pedazos. Ella abrió los ojos. Dentro de la telaraña de tinieblas vio —a su vez— dos ojos sorprendentes. Parecían llamear a ras del suelo. Trató de ver mejor. ¿Era un solo par de ojos? ¿O eran muchos pares? Rodeaban al Tin-Tín triunfante. Acercándosele. Eran dos ojos, Nada más que dos ojos. Dos ojos de serpiente. Los vio circundar —carrusel de luces— al pequeño sátiro, Éste saltó hacia atrás. Ella pudo advertir claramente la víbora. ¡Una X-Rabo-de-Hueso! Muerte instantánea en los colmillos. Poco a poco, se destacaba mejor contra las sombras. Lazo vivo arrojado sin cesar por una mano invisible. Se agitaba rápidamente al derredor del Tin-Tín. Él, principió a esquivarla. A tratar de doblegarla con impactos de su bálano. Inútil. Se diría que la X-Rabo-de Hueso tenía alas. Daba vueltas en torno del pene inverosímil. El preñador

debía hacer esfuerzos inauditos para defenderse de los amagos constantes. El crótalo se enroscaba. Estiraba su cuerpo-simétrico. Elevaba la cabeza a la altura de los ojos del hombrecillo. Lo amenazaba con los colmillos agresivos que parecían multiplicarse. Otras ocasiones, los anillos policromos —verdaderos resortes con escamas— vibraban. Cambiaban de posición, arrítmicos. El Tin-Tín esgrimía su sexo. Su mejor instrumento de defensa. Un momento, pareció que iba a vencer. Usando el glande —empuñaba el pene a guisa de mandoble, con ambas manos— dio un golpe en la cabeza del ofidio. Lo envió al suelo. El crótalo se extendió en estertor agónico eléctricas jibas diminutas a lo largo del cuerpo. El Tin-Tín se inclinó, dispuesto a rematarlo: Levantó el miembro viril para asestar el último golpe. La X-Rabo-de-Hueso —rayo hecho escamas— se irguió nuevamente. Antes de que su adversario pudiera retroceder. O defenderse. Le clavó los. colmillos. Dando un alarido, el Tin-Tín, sin soltar el miembro, a largos saltos —para morir después de poco tiempo— se atornilló en la selva.

Atónita, conteniendo la respiración, Dominga vio la escena. Empezó a recuperarse. Los músculos se le soltaron. Retiró las manos de su sexo. Se dijera que estaba más pesada. Como si saliendo del mar salado se bañase en un estero dulce. Quiso incorporarse. No pudo. Anheló vestirse. Tampoco. Seguía con inyección de plomo en las arterias. Decidió esperar que el día llegase, para levantarse. Se acomodó. Se dispuso a dormir, Cerró los ojos. No duró mucho así. Sintió otra presencia. Extraña. Volvió a abrir los ojos. Tornó a paralizarse. La X-Rabo-de-Hueso estaba allí. Había erguido la cabeza. A través del fino tejido del toldo, veía sus pupilas saltonas. Su lengüeta tensa. Su conjunto bamboleante. Se mecía de un lado para otro. Como si tratase de marearla. Volvió a cerrar los ojos. Los abrió, de nuevo. Fue su último movimiento. La víbora se estaba deslizando bajo el toldo. Primero, metió la cabeza. Después, milímetro a milímetro, el cuerpo íntegro. Debido a su rigidez, no pudo ver el instante en que el ofidio cruzó lentamente. Lentamente. Hasta alcanzarla. Y establecer el primer contacto con su escamosa piel helada. Un escalofrío la recorrió. De los pies a la cabeza. El ofidio siguió avanzando. ¿En qué forma podría detenerlo? ¡Si le fuera dable hacer algún movimiento! Imposible. Tenía la impresión de que se estaba convirtiendo en una estatua. Fría. Inmóvil. Mientras la X-Rabo-de-Hueso continuaba reptando encima de ella. Envolviéndola. Subiendo —en incontenible anudamiento— hasta su cuello. Allí se irguió, otra vez. Le enfrentó la triangular cabeza. La miró fijamente. ¿La estaba hipnotizando? La lengüeta vibró. Los colmillos parecieron alargarse. Si "pudiera tararear una canción. En casos análogos, así lo hacía Bulu-Bulu. No podía. ¿Con qué ánimo? No podía hacer nada. Simplemente, entregarse al destino. Determinado en ese instante por la decisión del crótalo. De pronto, éste quedó inmóvil. ¿Se extrañaría de que ella no se defendiese? ¿De que no diera la menor señal de vida? ¡Quién sabe! En tanto, el pecho de Dominga se agitaba. Su corazón era un tronco de percusiones retumbantes. Aquel morir a gotas duró pocos segundos. El reptil empezó a retroceder. Le hundió la cabeza entre los senos. Se prendió de uno de ellos. Al propio tiempo, le cascabeleó —con su huesuda cola— entre las piernas.

Dominga hizo un máximo esfuerzo. Intentó moverse. No pudo. Lo intentó nuevamente. En Forma oscura, se afirmó a sí misma, que si se dejaba vencer, terminaría para siempre. Si demoraba en esas condiciones unos instantes más, muy pronto sería tarde. Necesitaba actuar. De inmediato. Volvió a hacer el intento. Concentró todas las fuerzas en su diestra. Consiguió moverla levemente. Esto le dio ánimo. ¡Podía! Siguió luchando contra la parálisis. Levantó la mano. Con lentitud. Sin descanso. La fue - orientando hacia la víbora. Ésta pareció no advertir su movimiento. Súbitamente, la empuñó. El cuello. Lo apretó con todas sus fuerzas. ¡Podía! El ofidio se estremeció. No se defendió. Sus anillos se fueron aflojando. Aflojando. Breves momentos, se agitó. Tuvo unos cuantos estertores. Al final, quedó, a su vez, inmóvil. Dominga se levantó. Sin soltarlo. Era como llevar, guindando, una plomada. Bajó de la casa. Con la mano izquierda, tomó uno de los machetes de Bulu-Bulu. Lo arrancó del tronco donde estaba clavado. Sin soltar la víbora, dio varios pasos hacia el monte. A unos cien metros, la depositó en el suelo. Con el machete, hizo un hoyo, pequeño pero profundo. Allí la enterró. Cuando puso fin a la tarea, regresó a la casa. Subió la escalera. Ausente. Se acostó en su petate. Y se durmió. Con gran tranquilidad.

Eso fue la primera de las siete noches.

La segunda noche, se volvió a presentar la X-Rabo-de Hueso. —¿Era la misma o era otra?—. Ya con menos temor, cuando el ofidio la envolvió en sus aros escamosos, ella dominóse plenamente. Tornó a estrangularlo. A hacer otro hoyo. Y a enterrarlo. La tercera noche recibió, otra vez, la visita exasperante. Nuevo estrangulamiento y nuevo entierro. Y lo mismo ocurrió en las noches sucesivas: la cuarta, la quinta, la sexta y la séptima. ¿Continuaría igual, indefinidamente, las noches venideras? ¿Tendría que vivir estrangulando y enterrando víboras todas esas horas de su vida?

Arriba —entre las sombras de horno— se encandilaron las pupilas del brujo Bulu-Bulu.

—Voy a prenderle fuego a la montaña,

Su mujer lo miró, asombrada.

—¿Por qué?

—Así acabaré con todas las serpientes.

Lo entendió.

—¿Y las lunas?

—En sus ojos borraré todas las lunas.

—En ella están las serpientes y las lunas.

—O la guardaré dentro de la tierra. En las vasijas de los Bulu-Bulus muertos.

—Mejor, ayúdame a buscarle un hombre.

—¿Un hombre?

—Sí. Un hombre. Sólo un hombre le quitará las serpientes y las lunas.

Dominga —Como en noches anteriores— regresó a la casa. Subió lentamente. Pareció no advertirlos. Ni importarle que la vieran desnuda. Ni siquiera los miró ni dijo nada. Se metió a su cuarto. Durmió, reintegrada a su inocencia. En esos momentos, se acercaba a Balumba —-la isla del brujo Bulu-Bulu— el coronel Candelario Mariscal. Como siempre, en su canoa tirada por quelonios.

CAP. II

La vieja Crisanta —racimo erecto de plátanos enjutos— masculló:

—¿Qué vendrá a hacer aquí, a estas horas, ese hijo de mula?

—¡Cállate!

—¿No es un hijo de mula?

—A lo mejor te oye. Tiene mil oídos.

—¿Cómo no va a tenerlos? También es hijo de El Malo.

—Son figuraciones tuyas. El Malo no tiene hijos con cristianos.

—Con cristianos, no. Con mulas, sí. Es el único que hace parir a las mulas.

—Puras habladurías.

—No son habladurías. El Padre Cándido.

El Padre Cándido no lo contaba. ¿Cómo iba a contarlo? Boca santa. Pero, sin duda, lo sabía todo. ¿No lo recogió cuando lo arrojaron a la puerta de la iglesia? —Él, entonces, tenía iglesia, todavía—. Fue el día de la Candelaria. Por eso, le puso tal nombre al recién nacido. Y, además, su apellido: Mariscal. Candelario Mariscal, Las malas lenguas afirmaban que el Coronel era hijo del Cura. Lo tuvo en cualquiera de sus viajes en canoa. Cuando iba a ayudar a bien morir a algún cristiano. Quizá se entusiasmó con una de las mujeres que atendían al Tal. Y allí mismo se dio gusto con ella. Al fin y al cabo, la carne pide carne. Y los curas, dígase lo que se diga, también son de carne. De tal gusto resultó lo que tenía que resultar, Tal vez, el propio Cándido trajo al niño en su canoa, a la media noche. Lo depositó a las puertas de la iglesia. Así, cuando al día siguiente, el Sacristán abrió esas puertas, se encontró con la criatura. Estaba desnuda. El Padre asomó casi en seguida, Afirmó que se la mandaba Dios.

—¿Dios? El Mismísimo Coludo.

—Es lo que dicen las malas lenguas.

—¿La verdad es otra?

—Claro que es otra,

La verdad —lo que aceptaron como verdad por esos lados— era que El Coludo había estado rondando Santorontón. Varios meses antes de aquella famosa Candelaria. Tal vez, esos fueron sus primeros paseos por el pueblo. No sólo fue visto en persona —¿se puede decir “persona” hablando de El Mandinga?— sino que muchos hasta lo trataron. Aparecía generalmente en la alta noche. Nunca se quitaba el sombrero. Un sombrero negro. Peludo. Acaso sería para ocultar los cuernos. Asimismo, jamás se sentaba derecho. Como todos los cristianos. —¡Claro, él no era cristiano! —, Más bien, se ladeaba hacia la izquierda. Puede ser que a causa de la cola. Le estorbaría, sin duda. Llegaba de improviso. Sin tocar puertas

ni ventanas. Iba a la orilla, A las cantinas. Buscaba las mesas donde más se bebía. Invitaba a todos. Decía chistes colorados. Reía a mandíbula batiente. Sacaba grandes fajos de billetes. No dejaba pagar a nadie. Hacía que se bebiese a torrentes. Hasta la madrugada. Cuando el alcohol cambiaba la perspectiva de la gente. Contribuía, entonces, a fomentar las riñas. En ocasiones, él mismo intervenía. Principiaban por insultos, Después venían los golpes. Primero con los puños. Con los pies. Con la cabeza. Al final, como es natural, con las armas que tuvieran más a mano, Puñal. Machete. Y hasta arpón, Salían a las calles oscuras. Aledañas al mar, Allí el acero fustigaba a la noche con latigazos de luz. Al comienzo, luz blanca. Más tarde, enrojecía, jugo de pitaya. La mayoría de las veces, el saldo era un difunto. Sobre la tierra humedecida y arenosa. De cuando en cuando, los difuntos eran dos Y había noches en que la cosecha de El Coludo era mayor. Tres. Cuatro. O más difuntos. Ocurría algo curioso al día siguiente. Los cuerpos habían desaparecido. Decíase que, por sus propios pies, se iban montaña adentro. O, también, que por sus propios pies, se lanzaban al mar. Como no había huellas, las opiniones diferían. Algunos, hasta juraban que se, trataba de hechos inversos. Eran los tiburones que —con la pleamar— se acercaban. Subían por la playa. Y los devoraban en seco. —¡Imagínense, los tiburones varados!—. Otros afirmaban que eran los gallinazos. Se acercaban en bandadas. Los levantaban en vilo, entre sus garras. Y volando tranquilos, los llevaban lejos. Para darse sus banquetes. ¡Pura Paca! A los cadáveres se los llevaba El Malo. ¿Quién iba a disputarle sus presas, si él mismo las había preparado? Sólo un año después que el Padre Cándido recogió a Candelario, El Coludo dejó de visitarlos durante una temporada. Eso, porque el Cura no aguantó más habladurías. Sacó al Cristo Quemado —todavía, no se había quemado— fuera de la iglesia. Y lo paseó por todo el pueblo. Era fácil, Santorontón, en aquel entonces, no llegaba a cincuenta casas. Esto, contando todas las casas, aun las que no tenían paredes, sino cuatro estacas y techo de bijao. Como era de esperarse, El Maldecido se espantó. Ni siquiera regresó, por mucho tiempo, para echarle un vistazo a su propio hijo.

Ña Crisanta reafirmó:

—Porque eso no me lo quita nadie. El Coronel es hijo del Mismísimo.

—Eres terca, como burro en poza.

—Si hasta hace poco olía a puro azufre. - El Brujo le siguió el amén.

—¿Y la Mula?

—La Mula Pancha olía a azufre desde que apareció.

La Mula Pancha había dado que hablar por años en Santorontón. De pronto —en los tiempos en que El Coludo hacía de las suyas— echó panza y empezó con vómitos y fregaderas. Se puso más zafada que nunca. No se dejó enlazar. Mucho menos, montar, Ni siquiera permitió que alguien se le acercase. Cuando esto ocurría, echaba espuma por la boca. Daba coces a los cuatro vientos. Y arrancaba a correr. De día casi no andaba por el pueblo. Solo aparecía al atardecer. Ya media envuelta en un poncho de sombras. Arrojaba chispas por los ojos y los cascos. lba de un lado para otro. Llegaba al muelle. Miraba al mar. Agitaba las escasas crines. Después, volvía a hundirse en las tinieblas. ¿Dónde se metería? ¿En la montaña? ¿En el agua ilímite? ¿Estaba hecha de sombras? ¡Sólo El Coludo, que andaba con ella, lo sabría!

Bulu-Bulu tuvo una sonrisa hipócrita.

—Y Dios. Dios lo sabe todo.

La Vieja le hizo el caso que un caimán a un tábano.

—Desde que nació el Coronel, la Mula Pancha se hizo humo. Jamás la volvieron a ver por ninguna parte. Ni siquiera se escuchó su galope a la distancia. Además, ¿por qué dejaron en cueros al recién nacido? ¿Qué cristiana abandonaría a su hijo sin un trapo? Sólo una bestia, Que no sabe de estas cosas.

El Brujo se torció, gusano pachón despedazado.

—Veo que vos eres enrevesada, Crisanta.

La Vieja iba a responderle, cuando se escuchó, cercano, al pie de la casa, el rudo acento de Candelario Mariscal.

—Buenas noches, Bulu-Bulu.

—Muy buenas, Coronel.

—¿Me das posada por esta noche?

—¡Cómo no, Coronel! ¡Suba!

Candelario trepó, de dos saltos, por la escalera de caña con travesaños de mangle. Se agachó un poco, para que. su sombrero de toquilla alón no tropezara con el marco superior de la puerta. Allí se detuvo a ver al Brujo. El cigarro de Bulu-Bulu, al encenderse, le iluminaba el rostro, de rato en rato. Daba la impresión de un mico disentérico. Por un momento, un chispazo de duda le cruzó la mente. ¿Resultaría favorable lo que estaba haciendo? ¿Sería contraproducente? ¿Por qué, mejor, no se despedía del dueño de Balumba y le decia que no se quedaba en esa noche? Tal vez regresaría otra Ocasión, cuando los nortes le soplaran favorables. Reaccionó. Después de todo, ¿qué podría perder? Ya que estaba allí, ¿por qué no probaba? Decidido, se volvió a la Vieja. Ésta resultaba apenas una sombra del marido. Forzada sonrisa arqueó levemente su bigote.

—Buenas noches, Ña Crisanta.

La esquelética dama contestó con acritud.

—Buenas.

El Brujo arrimó un banco.

—Siéntese.

Mientras el militar se sentaba, a Crisanta, autoritario:

—Arréglale un petate al Coronel.

Éste aclaró:

—Muchas gracias, Bulu-Bulu. No es necesario.

—¿No va a acostarse?

Candelario frunció el entrecejo.

—No puedo acostarme. Es por eso...

A despecho de sí mismo, se contuvo. De súbito, pareció dominarlo la furia. Esto interesó sobremanera al Brujo. ¿Se iría a transformar en caimán? ¿En qué momento se le empequeñecerían los ojos? ¿Se le estaba endureciendo la piel? ¿Se empezaba a colorear de verde y amarillo? ¿Le crecía ya la resonante cola? Ansioso, preguntó:

—¿Qué?

La voz del aludido se hizo ronca. Airada.

—Es por eso... que he venido a verte.

Bulu-Bulu se le acercó. Lo estudió rápidamente. Extrañado de observarlo aún Hombre —ni siquiera Hombre-caimán— le volvió a preguntar:

—¿Está enfermo?

—No lo sé.

— ¿Y entonces?

Los ojos le relampaguearon extrañamente, Repitió:

—Ya te lo dije. Por eso, vengo a verte.

Ña Crisanta se santiguó.

—Deben ser cosas de El Otro.

El Coronel había vuelto a serenarse. Le clavó los ojos cafés. Dentro de la cara huesuda, moreno-pálida, esos ojos parecieron sólo una prolongación de su piel. Su acento fue, otra vez, tranquilo.

— ¿Qué dice?

—Nada.

La sonrisa hipócrita tornó a plegar la boca desdentada de Bulu-Bulu. Miró al Coronel. Después, a su mujer. Con cierta complicidad.

—Crisanta. ¿Por qué no despiertas a la Minga?

—¿Para qué?

—Para que nos haga un café.

Ella intentó protestar.

—Pero si acaba de acostarse.

—Por lo mismo.

—Yo puedo hacerles el café.

El Brujo cerró la cara.

— ¿No entiendes? Haz lo que te digo.

—Está bien. Está bien.

Y se fue al otro cuarto, rezongando.

Cuando quedó a solas con el Brujo, Candelario estuvo a punto de soltar una carcajada. ¿Así que se iba a poner en manos de ese enano raquítico? ¿Él? El Coronel Candelario Mariscal que sólo con su presencia hacía temblar las jaibas de las mujeres y las quijadas de los hombres. ¿Cómo había podido descender a tanto? Merecía que le frieran los güevos en manteca de cazón hirviendo. Cuando bravuconeaba, si a la noticia se regara, a sus enemigos se les hincharía la panza de reír. Iba. a decir que también a sus amigos. La verdad es que nunca tuvo amigos. Los pocos que lo siguieron lo hacían siempre en contra de su voluntad. Se cagaban de miedo a la sola idea de dejarlo. Sabían que un carajo de él originaba en la mayoría de los casos una rúbrica de sangre. ¡Pobres cojudos! ¿Y él? ¿El? ¡Qué tanto final de cuentas iba a buscar remedio con un brujo! ¡Y qué clase de brujo! Volvió a mirarle el bonete de paja deshilachada, que sólo le cubría parte del pelo chicharrón quemado. Los pómulos salientes. Los labios abultados. El tórax descubierto. Los pantalones

parchados. Remangados encima de las rodillas. Los pies descalzos. ¿Este era el hombre que iba a curarlo? Se sintió tan mal como aquella tarde —¡hacía ya tantos años!— en que su padrino —porque el Padre Cándido era su padrino— lo sacó, enfurecido, de la iglesia. Mejor dicho, de lo que quedaba de la iglesia. Lo sacó a puntapiés. Diciéndole insultos que jamás le escuchara antes. Incluso, ni pensó que los supiese. En vano, le negó ser el autor de aquello si lo hizo, fue sin darse cuenta. Tal vez, otra mano empujó la suya propia. Todo fue en vano. El Cura —las pupilas en llamas, los gritos atronadores— acompañó cada una de sus frases con recios golpes de sus gruesas botas. "¡Maldita la hora en que te recogí! ¡Malnacido! ¡Ojalá que te mueras lo más pronto! ¡Que no te vuelva a ver en los días de mi vida! ¡Capaz de que te mato! ¡Largo de aquí!" Hubo un momento en que pensó que su padrino había perdido la razón. "¡Largo de aquí! ¡No vuelvas a regresar por estos lados!"

—Usted dirá, Coronel.

Ahora, quizá hasta su propio padrino se reiría. Seguramente, los años ya lo habrían amansado. Tal vez, lo hubiera perdonado —¿no dicen que los clérigos tienen el deber de perdonar?—. O acaso, no. De todas maneras, aunque lo siguiera odiando, tenía que darle risa. O pudiera ser que no le diese risa, ni a él ni a nadie. Quien más quien menos, todos llegaban un día donde Bulu-Bulu. Se contaba que éste decía siempre: "Mi casa es la casa del jabonero; aquí el que no cae, resbala." Por otra parte, de él se referían cosas extraordinarias. A su hospital —porque tenía su hospital al aire libre— llegaba de los cuatro horizontes una multitud de enfermos desahuciados. Venían en hamacas colgadas de una caña brava. En parihuelas improvisadas con varengas de mangle y bejucos cruzados. En camillas de ruedas. O arrastrándose, gasterópodos putrefactos, hasta llegar bajo el techo de su hospital sin paredes. Allí se hacinaban —hombres y mujeres, viejos y niños, pobres y ricos, amigos y enemigos— el uno al lado del otro, a esperar los tratamientos misteriosos. Y allí sólo había dos soluciones, como afirmaba el dueño de Balumba: "Un metro bajo tierra. O salir caminando por los propios pies." Lo cierto es que un gran número se marchaba andando.

—¿Qué le pasa, Coronel? ¿Qué puedo hacer por usted?

En adición a sus virtudes de Curandero —a base de tisanas de yerbas, de bichos de la montaña, o de habitantes del mar— Bulu-Bulu tenía, según le habían contado, su buen acervo de palabras mágicas. Esto no era todo. Poseía, además ciertos poderes ocultos. Por ejemplo, en la montaña cabalgaba tigres. En el mar, catanudos. A veces, también los encarnaba. Podía desaparecer a voluntad. Y —tal vez lo más grande de todo— era capaz de partir su cuerpo en varios trozos que continuaban teniendo, independientemente, vida propia. ¿Entonces? ¿Entonces, qué? Quizá estaba haciendo lo adecuado. Lo que debía. Por otra parte, ¿qué médico? ¿Qué otra persona sería capaz de darle algo que acabase con su mal? A otros brujos no valía la pena consultarlos. Además, estaban lejos. Rumbo al norte.

Se decidió:

—Pues, mira Bulu-Bulu. No sé si aún recuerdas a los Quindales.

Al Brujo le tembló de emoción el ojo izquierdo.

—Nunca los olvidará nadie, Coronel.

—Como tú sabes, yo...

En la noche de tinieblas, lo interrumpieron unos gritos. Parecían surgir de todas partes.

—¡Candelario Mariscal! ¡Candelario Mariscal!

Se estremeció.

—¡Mi padrino!

Parpadeó más rápido aún el ojo izquierdo del Curandero.

—¡El Padre Cándido!

El Cura continuó tronando: —Donde vas traes desgracia. ¿Para qué viniste? ¡Lárgate!

Pareció que la última -palabra quedase enredada a las cosas. Al fogoncito de piedras encajonadas. Al racimo de plátano guindando en una esquina. A la hamaca colgada de las vetas de piel cruda de toro. A las paredes de caña. Al techo de bijao. A los árboles cercanos.

—¡Lárgate! ¡Lárgate! ¡Lárgate!

CAP. III

En La boca del estero. Frente a la casa de Bulu-Bulu. En la popa de su canoa de pechiche. Seguía tronando:

—¡Lárgate, maldito! ¡Lárgate!

Sus cabellos canos remecían las sombras. Sus dos metros de altura parecían mayores. Su sotana simulaba estirarse entre los dedos del viento. Agitaba el canalete, como un arma. Con su diestra vibrante.

—Si no... ¡te mataré!

De la proa, vino la voz serena del Cristo Quemado. ¿Sueño? ¿Realidad?

—Candado en boca lleva más pronto al cielo,

Estaba medio acostado en el plan de la embarcación. A un lado, tenía la Corona de espinas. A sus pies, de canto, yacía la Cruz. El Cura trató de adivinar sus intenciones, De escrutar sus gestos.

—Era lo que faltaba. ¡Que bogaras en mi contra!

—Bogo a favor tuyo. Es pe la salvación de tu alma,

—¡Qué salvación ni qué alma! ¡Lo haces por fastidiarme!

—Te equivocas.

—Ya me tienes aburrido con tantos sermones. Quien da los sermones soy yo. ¿Lo olvidas?

No respondió a la pregunta. Su acento AS un tono de reproche.

—¡Cándido!

Éste no le hizo caso. La furia lo cegaba.

—Un día de estos te voy a arrojar al agua. Con Cruz. Corona. Taparrabos. Y todo.

Jesús —en rápida transición— rió, de buena gana.

—¿Y de qué vas a vivir, entonces? ¿De pedir limosna?

Ahora, por lo menos, puedes decir misa. Bautizar. Ayudar a bien morir. Otorgar los Santos Óleos. Y eso, simplemente, llevándome contigo.

—Te crees un Yo-las-gano-todas, ¿verdad?

—Bien sabes que estoy más allá de triunfos y derrotas.

—Por eso, abusas.

Con seriedad, otra vez. Tranquilamente, Cristo razonó:

—Un sacerdote debe tener más cuidado con lo que habla. Además...

—¿Qué?

—No debe dejarse llevar por la ira.

—¿Ah, no? ¿Y tú? ¿Acaso no te enfureciste cuando sacabas a los mercaderes del Templo? ¿O es que bailabas de contento con un látigo en la mano?

Su Interlocutor aclaró, con sencillez:

—El Templo es la Casa de Dios. Y yo...

Lo interrumpió.

—Tienes derecho a cuanto te dé gana, ¿no?

La voz del Nazareno se hizo extrañamente dulce.

—Cándido: ahora, eres tú quien está abusando de la confianza que te he dado.

El Cura tragó grueso. Se esforzó cuanto pudo. Al fin, se dominó.

—Es verdad. ¡Perdóname! ¡Tú me conoces como soy!

Pólvora en la pura lengua.

—Olvídalo. Y ya que te desahogaste, ¡vámonos! Debemos ir a Daura. Donde Clotilde Quindales.

—¿Crees que está bien que vayamos?

—¿Por qué no?

—Tú sabes que es una mujer que...

—Sea como sea, Clotilde Quindales nos necesita. Con urgencia. Por eso mandó a buscarnos con José Isabel Lindajón. No quiso decirle a éste de qué se trataba. Aunque él piensa que es algo relacionado con el doctor Juvencio Balda. ¿Lo olvidaste?

—¡Ah! ¡Tienes razón! Entonces, ¡vamos!

Después de un momento de silencio, agregó:

—¿Me prestas la Cruz?

—¿Para qué?

—Bien lo sabes. ¡No te hagas el Si-te-he-visto-no-meacuerdo!

—Es una falta de respeto.

—Ni que fuera la primera vez. Además, es sólo un momento. ¡Estoy tan cansado!

—Está bien, pues. ¡Tómala!

—Hazme el favor completo. ¡Ayúdame!

El Hijo de María se levantó. Se acercó hasta el Madero. Cándido hizo lo propio. Entre los dos, lo pusieron en el asiento central de la canoa. Como tasi siempre practicaban esta operación —a pesar de las protestas de Jesús— e había un amplio horamen. Por allí introdujeron el brazo más largo. Después, embonaron éste en un soporte del plan. Una vez que la Cruz se mantuvo derecha, como un mástil, el Cura se quitó la sotana. Puso las mangas en los brazos horizontales. Amarró, con dos cuerdas, los extremos inferiores de la misma. Se integró así una especie de vela negra. Hecho esto, cada uno de los dos se retiró a sus anteriores posiciones. Por un instante, el Cura volvió el rostro hacia la casa de Bulu-Bulu, iluminada por la débil luz de un candil.

—Ya me las pagarás. ¡Maldito!

Como arrepentido de sus palabras, se santiguó. Miró hacia la noche. Hacia las sombras. Con su canalete, sin bogar, mantuvo el rumbo. Cada vez, se iban alejando, más y más, de Balumba, Al propio tiempo, crecía en él la serenidad.

—¡Sopla, viento! ¡Sopla!

Volvió a llegar, desde la proa, el acento de Cristo:

—Si el sureste continúa, pronto estaremos en casa de los Quindales. Del otro lado de Santorontón. ¡Santorontón! Él llegó a Santorontón. —¿Cuántos, cuántos años atrás? — cuando sobraban los dedos de sus manos para contar las casas. Con su propio esfuerzo, levantó la iglesia. —¿Se podía llamar iglesia a ese corralón que por todas partes se reía de grietas? que al principio sólo tuvo un pedazo cubierto? ¿Y donde la feligresía se sentaba a ras del suelo?—. Clavó las estacas. Puso las varengas del techo. Amarró los varejones para tender las hojas de bijao. Al verlo luchar solo, algunos santoronteños se ofrecieron a ayudarlo. Empezaron a colaborar los domingos. Y terminaron haciéndolo todas las noches. Después de su trabajo. Así nacieron las paredes de caña. Los toscos bancos de madera. La mesa que se transformó en altar. Por otra parte, desde el comienzo, tuvo que emprender viajes a los sitios vecinos. El Obispo se lo había advertido: “Allí no hay sacerdotes. Tendrás que ser una especie de misionero. Si puedes, construye una iglesia. Si no, ejerce tu sagrado ministerio buscando los fieles donde estén.” Él estaba haciendo las dos cosas. Levantando la iglesia, para que lo visitaran más tarde. Y buscando los fieles “donde estaban”. Hasta los lugares que le permitían su pequeña embarcación y su coraje. Los santoronteños le aconsejaban: “No se aleje mucho de la costa, Padre. Puede que se encuentre un viento traicionero. Que lo ataque un catanudo y le perfore la canoa. O que una marea contraria lo arrastre... ¡quién sabe hasta dónde! ¡No se aleje mucho!” Él, no hacía caso. Le parecía que su sagrada función lo tornaba invulnerable. Y si algo inesperado le ocurriese y pagaba con su vida la imprudencia, ¿qué más podría desear? Sería una rápida escalera para acercarse a Dios. Por ello, en los días en que el Sol lo exprimía como a un mango. O en las noches oscuras en que el frío era dientes en sus huesos, ¡jamás faltaba donde lo necesitasen! A ello se debió, sin duda, su aventura más maravillosa. Fue una noche en que lo buscaron de parte de un desconocido. Supuso se trataba quizá de un viajero prematuro a la Tierra de los Calvos. Eran cuatro quienes lo buscaban. Cuatro. Cuatro mal encarados. Cuatro remeros de

chalana. Hablaban algo raro. Querían llevárselo en seguida. Cuatro. Expresaron que no tenían tiempo que perder. Cuatro.

Los santoronteños se opusieron.

—Las corvinas no van tras los arpones, señor Cura.

—¿Por qué no le traen al que está dando las últimas boqueadas!

—Huevos que no se conocen, no se agarran, padre. Pueden ser de culebra.

—¿Ya les miró la cara?

—Ajá. ¿Y los ojos?

—Eso. Tienen ojos de tambuleros secos.

—Hablan con voz de cementerio.

—Y huelen. Huelen a muerto.

—Tal vez son cosas de El Coludo.

—No lo mientes. Mentarlo trae desgracia.

—De deveras, Padre. Es mejor que no vaya.

—Es mejor no buscarle arrugas al cazón.

El Cura los calmó. ¿Qué podía pasarle? ¿Que lo golpearan? ¿Que lo mataran? ¿Que lo arrojaran al mar?... No se atreverían a maltratar a un clérigo indefenso. Además, no había razón para prejuzgar aquello. Quienes, en cambio, si tenian buenas razones para persuadirlos eran los forasteros: Al afirmarlo, miró significativamente las armas que portaban: largos puñales y escopetas de dos cañones. Al fin, convenció a sus improvisados consejeros. Se marchó con los otros. Éstos no cruzaron ni una palabra durante el trayecto. Ni entre ellos. Ni con él, Remaron, sin descanso, en forma acompasada. Imprimieron gran velocidad a la embarcación. Después de unas tres horas, estuvieron ante un velero. Era un barco fantasmal. De tres palos. De proporciones descomunales. Subieron por una escala de cuerda, hasta la cubierta. Le llamó la atención el conjunto de cañones y de hombres armados.

Sobre todo, porque parecía sacado de otro mundo. De otra época. ¿Sería un barco de guerra? ¿O sería, acaso, el navío del pirata Ogazno, que rondaba las costas esos días? —¿Esos días o hacía cien años? ¿Se lo habían contado los santoronteños? ¿O era un viejo cuento oído a sus abuelos?—, Era la nave del pirata Ogazno. Inmediatamente, lo Nevaron a presencia de éste. Se encontraba tendido en-una amplia litera. A medio vestir. Al escuchar los pasos, levantó la cabeza. Abrió un ojo. El otro, no. Lo- tenía - cerrado para siempre.

—¡Acércate!

Cándida obedeció.

—¿Eres el cura?

—Si, señor.

Alzó la voz, amenazador.

—Tienes que decir: “Si, Capitán.” ¡Soy el capitán Tiburcio Ogazno!

—Si, Capitán.

—¿Lo sabías?

—No, Capitán.

—Pues, ya lo sabes.

—Si, Capitán. Lo quedó mirando largamente. Se sacó el ojo bueno Lo acercó al rostro de Cándido, estudiándolo minuciosa mente. Después, lo regresó a la cuenca vacía.

—Estás muy joven para cura. ¿No me engañas? ¿No eres el sacristán?

—Soy el cura.

Intervino uno de los que lo llevaron.

—Es el Cura, Capitán.

El rostro de éste se tornó irónico.

—¿Sospechas a qué has venido?

—A ayudar a bien. morir a…

Ogazno lo interrumpió con una carcajada.

—¡Qué cura más pendejo!

Se volvió a sus hombres.

—¿No le han dicho nada?

Respondieron, a coro:

—¡No, Capitán!

Encaró al religioso.

—Don Cojudo: aquí no vas a ayudar a bien morir a nadie. Los que debían morir, ya están bien muertos. ¿Lo oyes?

—¡Sí, Capitán!

Éste volvió a reír.

—¡A. lo mejor, somos nosotros quienes te vamos a ayudar a bien morir.

Se le puso carne de gallina. Se dominó. Bajó los ojos.

---Que se haga la voluntad del Señor.

—¿Señor? Aquí no hay más señor que yo.

Y a los suyos:

—¡Prepárenlo todo! ¡Ya veremos cómo se porta el curita éste! ¡Iremos en seguida a la cubierta!

Con dificultad, se. levantó. Tenía vendas por doquiera. Empezó a dar pasos vacilantes. Cándido se acercó, solícito, a ayudarlo. No aceptó.

—¡Déjame! ¡No faltaba más! ¡Que tuviera que sostenerme un cura! Puedo ir solo. Además que ya estoy acostumbrado. Tengo más agujeros que un cedazo. Casi siempre ando así. ¡Son gajes del oficio!

Rengueando. Dando tropezones. Agarrándose de las paredes y de lo que tuvo a su alcance. Avanzó. Salió de la cabina. Subió las escalerillas. Y legó a cubierta. El Cura lo acompañó, sin decir una palabra. En la cubierta, el Capitán hizo una seña. Obedeciéndolo, al pie de la borda del barco, pusieron un banco. Sentóse en él y esperó. Casi inmediatamente, desde la bodega, emergieron varios hombres cargando algo. Cándido lo identificó al momento. Pero creyó que se trataba de una alucinación. No. Lo que estaba mirando no podía ser. Sin duda, lo engañaban sus propios ojos. ¿O sería que estaba soñando despierto? Porque ese algo,

¡era una Cruz, con Cristo casi de tamaño natural! La levantaron, hasta ponerla derecha, al pie del Capitán. El Cura gigante no pudo más. Cayó de rodillas y besó los pies del Nazareno.

Ogazno tronó:

—¡Déjate de payasadas! Además... ¡el Cristo es tuyo!

La emoción lo paralizó. Se sobrepuso. Balbuceó:

—¿Mmmmíoooo?

— ¡Tuyo!

Se puso en pie. Con la mirada, recorrió la imagen. Después, la tocó en varias partes. Como para convencerse de que era real, Repitió:

—¡Mio!

— Ahora, es bueno que sepas cómo llegó a nuestras manos:

Casi sonámbulo, asintió:

—Sí, Capitán.

—Hace algún tiempo asaltamos un pueblo. En el Sur. Lejos de aquí. Cuando llegamos, la mayoría de los habitantes había huido. Todo fue fácil. Sólo tuvimos que ir de casa en casa, recogiendo cuanto quisimos. Dejamos la iglesia para el final. Cuando llegamos a ésta, nos volvimos medio locos. Había varias piezas de oro. Pedrería. Pero, sobre todo, un cáliz. ¡Qué cáliz, coño! Seguramente, allí sólo trabajaban para pagar ese cáliz. Trajimos a bordo cuanto pudimos. Entre otras cosas, este Cristo, Le había gustado al Cocinero. O, mejor dicho, pensaba llevárselo a su mujer, Como no teníamos otro cocinero, tuve que darle gusto. Porque lo que es yo, ¡nunca recojo imágenes! Hacen mucho bulto y son difíciles de vender. Por lo demás, valen muy poco. Pero, el cocinero murió ayer. Y no sé qué hacer con eso. ¿De verdad lo quieres?

— ¡Sí! ¡Claro que sí! Pero...

—¿Qué?

—¿Y si lo reclaman sus dueños?

—¡Oh, qué carajo! ¿Lo quieres o no?

—¿Cómo no voy a quererlo? Lo único que...

—Entonces, ¡no te hagas de rogar! Ahora, te botaremos al agua con él. Si llegas a la orilla, será porque El es milagroso. Y tú te lo mereces. Si no, ¡salúdame a los tiburones!

Sin más mi más, levantó el brazo. Lo bajó. E inmediatamente, el Crucificado y el Cura fueron lanzados al mar. Aún no habían tocado la superficie liquida, cuando se escuchó el acento burlón del pirata:

—¡Buen viaje!

Al instante, Cándido vio que el velero de tres palos —con sus cañones oxidados y sus velas grises de tiempo— desaparecía entre nubes. Nadó un poco hacia el Crucificado. Dijo, beatífico:

—¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen!

Cristo enderezó la cabeza. Lo miró, un tanto irónico.

—Por mí, perdonados. Y como nosotros sí sabemos lo que vamos a hacer, apresurémonos para llegar pronto. Soy de madera y no me resulta provechoso remojarme tanto.

—Es cierto.

— ¡Súbete en la Cruz, igual que yo!

Con ágil movimiento, el Hijo de María, se desprendió del Madero. Se acostó sobre éste. Con pies y manos, empezó a impulsarlo. Cándido lo imitó. Y a poco la pequeña nave improvisada, se deslizó raudamente sobre el mar. Tras ella, se fue integrando un cortejo inusitado: desde crustáceos hasta escualos. A partir de ese momento, Jesús y Cándido se volvieron uña y carne. Es decir, unos perfectos camaradas. Á veces, el cura dudaba. ¿No llevaría adentro al Nazareno? Para mirarlo, ¿no se lo estaría arrancando de los propios ojos?

La camaradería aumentó desde la noche del incendio. Cuando éste se produjo, hacía tiempo que la iglesia estaba terminada. Aunque no resultó ni lujosa ni cómoda, cumplía bastante bien con sus funciones. Sin embargo, no por eso había abandonado el Padre Cándido sus visitas en anoa a los lugares aledaños. Cada vez que lo llamaban, acudía. Casi siempre solo. Como de costumbre. En vano, los santoronteños lo seguían aconsejando: “Usted va a dejar pico y pluma en los viajes. Ya no está para esos trotes. Debía pedir un cura joven que lo ayude. Cualquier día no regresa. Y sin usted, ¿qué haríamos nosotros?” En ocasiones, hasta él mismo intentaba convencerse: “Tienen razón. ¡No vayas! Quién sabe si por uno que visites un momento, vas a dejar de ver a los demás el resto de su vida. Lo peor es que no quieres compañía. Ni siquiera la de tu sacristán, Romelio. ¿Qué pasaría si algo te ocurriera? ¿Si, por ejemplo, chocaras con un tronco, o un peñasco, y se te desfondara la canoa? ¿Tú, solo, podrías achicarla? ¿Y si te atacara un catanudo y dieras vuelta de campana?” Con todo, jamás dejaba de cumplir sus compromisos. Hasta el Cristo, que ya ocupaba el centro del altar, es decir la mesa con paño y cuatro velones encendidos —no dejaba de echarle sus filípicas.

—Cándido: eres un ídem.

—¿Eh?

—Es hora de que disfrutes cuanto has conseguido,

—¿Ah, sí?

—En lugar de exponerte a tantos peligros, ¿por qué no vas a sacudirte el polvo en alguna de las fiestas a que te invitan?

—Y eres tú quien lo dices.

—Yo. Sí. ¿Qué tiene de raro?

—Bueno. Quién eres. Para lo que estás en este Valle de Lágrimas. Lo que significas. Tu símbolo que...

—¡Párale! ¿Olvidas que asistí a las Bodas de Canaán? ¿Que contribuí a su éxito? ¡Allí realicé mi primer milagro convirtiendo el agua en vino!

—Tienes razón. Pero...

—Pero, irás de todos modos. ¡Lo sé!

El Mártir del Gólgota movía la cabeza de un lado para otro, como diciendo: “Éste me la ganó. No tiene remedio.” En cambio, quien iba a todas las fiestas, sin duda para suplir las ausencias del padrino, era Candelario. Se había convertido en el dolor de cabeza de aquél. No se contentaba con asistir a los jolgorios. Por el contrario, en ellos siempre hacía de las suyas. Bebía como esponja. Se embriagaba. No dejaba tranquilo a nadie. A las mujeres, haciéndoles proposiciones que no siempre encajaban en esos ambientes. A los hombres, provocándolos, de palabra y de obra. Resumen: la mayoría de las ocasiones, llegaba a la iglesia en la madrugada. Golpeaba con puños y pies las grandes puertas. A veces, Romelio, el sacristán, estaba despierto. A veces, no. Y entonces, era el propio padrino quien debía levantarse para abrirle al ahijadito. A las palabras de consejo, reproche o censura, el mozo

respondía con cuchufletas. Esto en los casos de mayor fortuna para el Clérigo. Por lo general, el recién llegado no tenía ánimo ni para sostenerse vertical. Menos aún para organizar una expresión de lenguaje articulado. Cuando —con tales encajes de humo en la cabeza— emitía alguna frase, era para sacar de quicio al más ecuánime.

—Padrino... Debías de conseguir una hembra... para que te caliente los huesos... Á ti lo que te hace falta es un buen fundillo... Así verías la vida en otra forma...

—¡Cállate, desgraciado! ¡Cállate! ¡Respeta siquiera al que murió en la Cruz!

—¿Ése?... A poco no le dio vuelo a... la hilacha... con la Magdalena...

—¡Blasfemo! ¡Sacrilego! ¡No sabes lo que dices!

Santiguándose. A puro golpe. Arrastrándolo. A veces solo y a veces con Romelio. Como podía, lo llevaba al cuarto contiguo a la iglesia. Donde vivian. Ciertas madrugadas, era peor aún. El jovenzuelo llegaba envuelto en los desechos que había expelido. Por el principio o por el fin del tubo digestivo. O bañado en mezclas malolientes de licor y baba. O en sangre propia o ajena. Había que - desvestirlo. Bañarlo. Acostarlo. Al terminar la faena repugnante, caía de rodillas al pie del Camarada.

—¡Ya no sé qué hacer con él, Jesús!

—¡Sácalo de aquí! ¡Que se haga hombre!

—Es tan joven. Y el mundo, tan perverso.

—Y tú tan idiota.

—¿Qué dices?

—No. Nada. Hay ocasiones en que no puedo contenerme. Ya te a r darle tiempo al tiempo, Además, tú tienes la culpa. Lo soportas demasiado.

—Es la penitencia que me manda el Señor.

—A Él no lo conviertas en tu cómplice.

—¿Olvidas al Patriarca de Idumea? Job afirmaba que Dios lo da y lo quita todo.

—¡Qué lindo y qué cómodo! ¿Verdad? Espera sentad a que mi Padre te quite a Candelario.

Aparte de éstas y otras menudencias, su trabajo aumentaba. Santorontón seguía creciendo. Y su iglesia mejoraba más y más.

Así iba todo, hasta que llegó la noche del incendio, que aumentó su camaradería con el Cristo. Regresaba de administrar los santos óleos a un agonizante. Se prometía a sí mismo que sería la última vez que saliese en su canoa. Tanto a la ida como a la vuelta, estuvo a punto de perder el rumbo. ¿Sólo el rumbo? Era una idea optimista. Lo que pudo perder fue “el número Uno”. A la ida, sin darse cuenta, se metió dentro de un remolino. Lo advirtió sólo cuando estuvo en el “ojo” de las aguas rotativas, Daba vueltas. En absurdo carrusel de espumas y de sombras. Canaleteó, desesperado. Sus esfuerzos fallaron. Antes bien, a poco de iniciarlos, empeoró su situación. La succión hacia el fondo fue cada vez más fuerte. Quedó fatigado. Vencido. Se santiguó. Esperó, tranquilo, que las aguas lo tragaran. Con canoa y todo. Cerró los ojos. Se amuralló detrás de sus palabras habituales: “¡Hágase, Señor, tu voluntad!” En eso, aparecieron tres bufeos. Como brotados de la masa líquida. El brillo de su piel y los dibujos movedizos de las olas, parecían esculpirlos en cristal dinámico. Saltaron. Unos encima de otros. En graciosas acrobacias rítmicas, Se detuvieron. Observaron los apuros del Amigo de Jesús. En rápida decisión, se aproximaron. Se colocaron en fila india. Cada uno se prendió, con la boca, de la cola del otro. Así integraron una

cadena viva. El último mordió la proa de la canoa. La fuerza centrípeta del remolino templo los cuerpos de los ágiles cetáceos. La embarcación y el Cura tuvieron una recia sacudida. A punto de caerse, él apreció el esfuerzo de sus improvisados salvadores. ¿Soportarían la tensión? ¿No se desgarrarían, mutuamente, boca y cola? La canoa empezó a temblar. Convulsivamente. Cedió un poco. La cadena viva pareció Curvarse. ¿Se enroscaría al remolino? ¿Sería llevada al fondo por el "ojo" succionante? ¿el y los mamíferos marinos harían juntos su viaje último, debajo de las aguas? Se engañaba. Los cetáceos no fueron vencidos. La tensión se hizo mayor. Su corazón empezó a palpitar alegremente. Lo sintió como superpuesto encima de las cosas. Sobre los sonidos y sobre las imágenes. ¿Entonces, amaba tanto la vida? El triunfo contra el remolino se volvió tangible. En doble exposición, le pareció que la líquida espiral volvíase zoomórfica. Era un pulpo enorme. Un gigantesco pulpo verde. Que lo había apretado entre sus innúmeros tentáculos. El "ojo" del remolino constituía su cabeza. Las espirales de olas, cada vez más débiles, eran las extremidades que se le iban aflojando al cefalópodo. Segundo a segundo, se veía más lejos. La cadena de bufeos estaba distendiéndose. El cabrilleo de las olas armonizaba con el ritmo de sus cuerpos transparentes. Empezaban a vibrar en una danza de colores. ¿Se habrian escapado de un acuario iridiscente? Pronto lo sacaron del peligro. Lo pusieron en su ruta. Él, con todas sus fuerzas, empezó a clavar el canalete en la piel de las aguas. La cadena viva se había desintegrado. Los mágicos cetáceos agitaron sus colas, en graciosa despedida. El Cura los bendijo, no sin antes gritarles, con emoción incontenible: "¡Gracias, hijos, gracias!". Más tarde, al volver, el sueño lo venció. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Varias horas, tal vez? Cuando abrió los ojos y miró sus manos, se estremeció. Había perdido el canalete, Escrutó el fondo de la canoa. Tampoco estaba allí. Lo curioso es que la canoa avanzaba. A gran velocidad. Lo notó por los bigotes blancos debajo de la proa. Por las líneas divergentes que la larga cuchillada de la nave iba estriando en el agua. Sonrió por dentro. Eran los bufeos. Sin duda, tornaron para auxiliarlo. Vio hacia adelante. Hacia los lados. Hacia atrás. No. No eran los pequeños cetáceos. El agua, a su derredor, tenía la tersura de la miel de caña. Un batir de alas lo llenó de emoción. ¿Sería que su Camarada le había mandado algunos ángeles? Miró hacia arriba. Tampoco eran ángeles. Como si lo fueran. Eran alcatraces. Cinco, en total. Sus enormes picos de cuchara habían tomado la cadena de la embarcación. Uno tras otro, en elegantes orlas, llevaban las sartas de eslabones. Volaban no muy alto, arrastrándolo. Sonrió por fuera. Éstos y los bufeos, ¿se los habría enviado el Camarada de la Cruz? ¿O tanto los unos como los otros lo hacían por cuenta propia? El dudarlo era injusto. Los pequeños cetáceos y las grandes aves piscifagas, ¿no podían tener, también, libre albedrío? En tanto, las amplias alas de los pelícanos seguían acompasadas en su lento batir. Tenían una solemnidad casi ritual. Volvió a gritar, como la vez anterior: "¡Gracias, hijos míos, muchas gracias!"

Cuando se aproximaron a Santorontón, lo inquietó mirar el horizonte. Encima del pueblo se extendía una mancha roja. ¿Estarían quemando algún desmonte? A medida que se iban acercando más, tuvo la certidumbre de que no. Era un incendio. Un gran incendio. En el propio centro de la población. Por lo que podía calcular, muy cerca de la iglesia. ¡De su iglesia! El corazón le dio un salto. ¿Sería en su iglesia? ¡Imposible! Su iglesia estaba protegida por Dios. O, por lo menos, por el Hijo de Dios. Si —en un remotísimo caso— algún día se produjera allí un incendio, tenía la seguridad de que intervendría el propio Jesús. Bajaría del Madero. Empuñaría un balde. Lo llenaría de agua. Lo multiplicaría por cien. O por más, si fuese necesario. Al fin y al cabo, ¿no convirtió el agua en vino, para las Bodas de Canaán? Resultaría, sin duda, mucho más sencillo multiplicar el agua. Y si acaso él mismo no podía acarrearla, ¿qué importaba? Pediría a su Padre —o quizá lo ordenaría él mismo— una legión de Santos y Arcángeles que lo ayudara. Y apagarían en un instante el fuego. Evidentemente, pues, no podia ser su iglesia la que se estaba quemando. Con todo, cuando las llamas destacaron mejor las siluetas de las cosas, tuvo que rendirse ante lo irremediable. ¡El incendio era en su iglesia!

De sus cavilaciones y recuerdos, lo arrancó el acento del Cristo Quemado.

—Estamos llegando a Daura, Cándido.

Respondió, con cierta acritud:

— ¡Si!

A medida que avanzaban, se oían unos ladridos crecientes.

—¿Te disgusta ver a Clotilde Quindales?

— ¡No!

—A mi no me engañas. ¡Ella te desagrada! Como la mayoría de las santoronteñas. Como casi todas las mujeres. ¿Nunca te gustaron las mujeres, Cándido?

—¡Qué pregunta! ¡Deja de jorobarme!

—Contéstame. ¿Nunca te gustaron?

—¿Qué crees tú?

—Soy yo quien pregunta. ¡Respóndeme!

Quedó un momento pensativo. Después, lo miró directo. A los ojos. Aclaró:

—Me gustaron demasiado.

—¿De veras?

—Y en forma extraña.

—No me digas. ¡Explícate!

—Pues, primero las miré completas.

—No entiendo.

—Está claro. Completas. Con cabeza. Cuerpo. Y extremidades. Además, vestidas.

—¿Después, no?

—No. Las seguí viendo completas. Pero totalmente desnudas.

—¡Ah, vaya!

—Al poco tiempo, perdieron la cabeza. Mejor dicho, las miré sólo desde el cuello para abajo. Más tarde...

—Les miraste sólo las extremidades.

—No. ¡Sólo el sexo!

—¡Cándido! ¿Qué es lo que estás diciendo?

—Lo que oyes. Como si el mundo estuviera integrado por hombres completos y mujeres que únicamente fueran lo que tienen entre las piernas. Se convirtió en algo obsesionante. Atormentador, Que me estaba volviendo idiota. Por dondequiera que miraba, surgían aquellas visiones. Sexos. Sexos. Sólo sexos de mujer. Lo mismo que una sarta de moluscos velludos. Girando incansables a mi derredor. Esto, como era natural, me llevó a la masturbación. Empecé a masturbarme cada vez que pude. Como un poseso.

—¡Qué escondidas tenías esas aficiones!

—Un buen día, desesperado, me confesé. Con el Cura de mi pueblo, Me dijo muchas cosas. Que no era un caso raro. Que la mayoría de los muchachos lo hacían. Lo raro era la forma

en que se producía el estímulo. Tal vez me estaba tentando el Demonio. Para salvarme, debía recurrir a la gracia de Dios. Me aconsejó que entrara al Seminario, Dudé mucho, Al fin, me decidí.

—¿Y cómo te fue en el Seminario?

—Pues... Eso mejor lo dejamos para otro día. Ya estamos llegando.

Los ladridos de Vencedora —la perra de Clotilde Quindales— pespunteaban las sombras.

CAP. IV

CANDELARIO MARISCAL —para pescar sus recuerdos— atarrayó el horizonte con los ojos.

—Yo tuve mucho que ver con cuanto les pasó aquella noche a los Quindales.

—Por estos lados no lo ignora nadie, Coronel.

—La verdad. La verdadera verdad la desconocen todos.

Los ojos de antropoide tuvieron un chispazo. Se preparó a la confidencia. Porque, ahora sí, estaba seguro de que el famoso Ahijado del Cura le contaría lo ocurrido. Él sabía apenas lo que las malas lenguas desparramaron. O lo que después imaginó oyendo a Clotilde, Que el Coronel gozó satisfaciendo su hemofagia en tal familia. ¿Era hambre y sed de sangre únicamente? ¿O, también, era el placer de la hemoscopia? Sangre. Siempre sangre. La sangre de los Viejos. Y la sangre de las Chicas. Pura sangre. La primera del cuello. La segunda, del sexo. Esas fuentes de sangre —de ambas sangres— habían brotado por impulso de una mano. De una sola mano. La mano del coronel Candelario Mariscal. ¿Sería lo cierto? ¿No lo habría ayudado El Malo? ¿Tendría razón Crisanta al afirmar —lo mismo que los otros, muchos otros, además— que el Coronel era engendro de El Coludo? Si así fuese, Éste lo habría ayudado en la desmesurada orgía de sangre. ¿Qué sería verdad? ¿Qué no sería? Todo había quedado flotando en el ambiente. Sueño rojo bordado en las crestás de las olas. O en las copas sinuosas de los árboles.

—Tú lo sabes, Bulu-Bulu. Yo andaba tras Josefa, la mayor de las hijas de Atanasio Quindales.

Lo interrumpió la presencia de Dominga y Crisanta El Brujo estuvo a punto de ordenar a las mujeres que se retirasen. El prepararía el café. Tenía razón la Vieja. Era muy tarde para la Minga. Además, ¡la muchacha estaba tan nerviosa! Aparte de sus propios problemas, ¡había trabajado tanto todo el día! Haciendo un esfuerzo, se contuvo. Pensó que después seguiría escuchando al Coronel. Ahora, lo importante era que éste y su hija se trataran. Así continuarian avanzando los planes que habían empezado a germinarle en la mente.

Verla y decirse “Yo le meto el diente a esa sandia”, fue casi instantáneo en Candelario. La chica, por su parte, lo miró de soslayo. Con estudiada indiferencia.

—Buenas noches, Coronel.

—Casi que buenos días, Dominga.

Y, después de una pausa:

— ¡Qué buena te estás poniendo! ¡Me hubiera sido difícil reconocerte!

—¿Dedeveras?

“Con estudiada indiferencia.” Pero irguió más sus senos. Imprimió un vaivén más provocativo y-cadencioso a sus caderas. Al prender el fuego, las chamizas resinosas chisporrotearon de sonrisas. Y el atractivo perfil de hembra en sazón se iluminó ante el baile de las llamas. Como se había inclinado, los rojos dedos de éstas parecieron introducirse por su escote. El Coronel vio aquello. En la balanza de sus ojos, empezó a sopesar cada una de las partes de la joven. Un flamazo repentino le encandiló la mente. Pensó levantarse. Golpear a Crisanta y Bulu-Bulu. O hundirles una cuarta de acero en la barriga. Agarrar a Dominga por las greñas. Arrastrarla hasta el primer petate o cuerito de venado que encontrase. Allí, tumbarla. A la fuerza. Á zarpazos, despojarla de sus trapos. Y enterrarse en ella, como un clavo de carne. ¡Se dominó! El encandilamiento se volvió añicos. ¡Qué imbécil! ¿Por qué tenía que hacerlo en ese instante? Había tiempo de sobra para todo. No necesitaba precipitar las cosas. Lo primero era primero. Debía solucionar ese problema que lo estaba torturando. Noche a noche. Sin descanso. Sólo el Brujo Bulu-Bulu podría arrancarle “el mal”, de cuajo. ¿Por qué, entonces, no acumular paciencia y esperar? Tal vez, en el futuro, ni tuviese que forzar a la muchacha. Y quien sabe si ni a los Viejos. Quizá, en un momento inesperado, ella misma lo metiese bajo el toldo. O dentro de la selva. Se acostaría mansamente. Se abriría total. Como cuando las papayas se parten de maduras. Siguió hablándole. Con voz que se esforzaba en ser tranquila.

—Oye, Dominga.

—Mande, Coronel.

— ¿Te arrastran mucho el ala los muchachos?

Maliciosa, exhibió la doble sarta de sus dientes.

-—Nadie me arrastra nada.

Candelario bromeó:

—¿Les arrancan los ojos, al nacer?

La muchacha sintió que se esponjaba.

—¡Oh, qué!

Terminado el café, las mujeres se acostaron. Los hombres descendieron. Se encaminaron a la orilla del estero. Se sentaron en la proa de la canoa del Coronel. Dentro de sus caparazones, los quelonios esperaban, Surgían como piedras gigantes. Semi-hundidos en el fango.

Brasero bramante, la impaciencia quemaba los glúteos de Bulu-Bulu.

—Usted dirá, Coronel.

Candelario Mariscal se sirvió una bocanada de tinieblas. Después —con su mirada— trató de penetrar el espíritu del Brujo.

—Como te iba diciendo, a mi me gustaba la Chepa Quindales.

La vio, por primera vez, en casa de Crisóstomo Chalena. Chalena no era tan hijo de puta como se volvió después. Todavía no se había adueñado de los techos de los santoronteños. Ni había intervenido en la montaña ni en la ciénaga. Ni —mucho menos aún— había firmado aquel tremendo pactó que transformó completamente su existencia. Pues bien, en su casa, conoció a Josefa Quindales. Le interesó a la buena. ¡Palabrita! Iba a decir "palabrita de Dios", como se usa en. estos rumbos. ¡No pudo! ¡No podía hacerlo desde que su padrino lo sacó de la iglesia a puntapiés! Aquella tarde, en la casa de Chalena había fiesta a lo grande. Era una tarde de baile y de alegría. Los amorfinos y pasillos se enredaban en las piernas. El aguardiente, en las gargantas. El calor, en los nervios. Un olor a cuerpos gloriosos encendía a las gentes por dentro y por fuera. Abajo, el mar estrellaba sus carcajadas en la orilla. Florecían sus dientes de olas. A veces, lujurioso, extendía sus manos verdes para acariciar las curvas desnudeces de las playas. Arriba, en la casa de madera, el piso remecíase. Semejaba acompañar el compás de los danzantes. Crisóstomo Chalena repartía por doquier comida y trago. A cada instante —unos por mar y otros por tierra— iban llegando numerosos invitados. Hasta que les tocó asomarse, en su canoa de montaña, a los Quindales. Como siempre —esto lo supo días después— Atanasio, su mujer Eduva y sus dos hijas, Josefa y Clotilde, habían empuñado el canalete. Por eso, sobre el agua, esa familia volaba bandada de pelícanos. Llegaron agitados. Cuando él vio a la muchacha, los demás volviéronse borrosos, Y en el momento en que ella subió por la escalera de peldaños, fue como si se subiera por su propio cuerpo. Sin darse cuenta, se acercó. La tomó del brazo. Quiso separarla de los suyos. Josefa opuso resistencia.

—¡Ey! ¿Qué te pasa a vos?

Balbuceó:

—Ven. No tengas miedo.

Josefa lo miró con sus ojos negros. Como si lo atravesaran dos afiladas puntas de chonta.

—No tengo miedo.

Traía un sombrero de paja, alón. Sobre el tenue vestido de zaraza policroma, ceñido a su cintura, colgaba el machete, atravesado. Repitió:

—No tengo miedo. ¡A nada ni a nadiel

Don Atanasio, que había avanzado unos pasos, regresó.

—Chepa, ¿te está molestando?

—No, Taita.

El Viejo se volvió a Candelario. Le dijo, tranquilo pero firme:

—Es mejor que no la jodas.

Por un instante, se sintió al garete. Atrás quedaron todos. Al lado suyo, la Chepa. Frente a él, don Quindales. Don Quindales envuelto en un horizonte de sombras, luces y colores. Predominando el rojo. Rojo de pasión. De fuego. De sangre. ¿Y si allí mismo lo ensartaba? ¿Quién era ese viejo para atravesarse en su camino? Se dominó,

—Está bien.

El Dueño de casa se aproximó, bamboleante.

—¡Deja que bailen los muchachos, Atanasio!

El aludido rezongó:

—Tú sabes cómo es el Ahijado del Cura.

Chalena le sirvió un vaso de aguardiente. Se contorsionó manteniendo el equilibrio a duras penas.

—¡Echate un trago y no friegues! Todos vienen aquí a sacudirse el polvo, ¿no?

—Sí. Pero...

—¡Déjalos que bailen!

Se tomó el aguardiente. Se encogió de hombros.

—En lo suyo manda la Chepa. Si ella quiere...

Intervino su mujer.

—¡Anda, Chepa! ¡Entrale!

Josefa miró a su madre, Después, a los otros. Por último a Candelario.

——Cuando haya descansado. . .. Clotilde —que aún tenía el pecho plano y las caderas escuetas— se la comía con los ojos. Aprobaba cuanto su hermana estaba haciendo,

Bailar con Josefa fue mecerse en una hamaca de nalgas con espinas. Curiosas espinas que lo herían por dentro y por fuera. Juraría que estaba reventando en tejidos de sangre. Una sangre que no por invisible resultaba menos humosa y tibia. Se movía, con ansias de apretarla contra su cuerpo, hasta despedazarla. O, quizá mejor, cargarla en brazos. Abrirse paso entre todos tiburón hambriento. Correr hasta la orilla. Embarcarla en la primera canoa que encontrase. Llevarla mar adentro. Allí, acariciarla. No con las caricias que le eran habituales. Aquellas que había aprendido de las bestias en celo. Usadas varias veces ya con otras hembras. Sin preámbulos. Anhelando tan sólo atornillar su sexo al otro sexo... No. A Josefa la acostaría en el plan de la embarcación. Se arrodillaría a su lado. La miraría, sin hacerle nada. Durante horas. Después, levantaría sus cabellos para dejárselos caer. Tal vez —si ella intentase defenderse— ni osaría desvestirla. Acaso, la besaría. En la boca. En el cuello. Pudiera ser que sus manos traviesas bajaran un poco. Hasta su rostro. Pero, nada más. Seguiría besándola. Mirándola. Acariciándola. Sin que avanzara el itinerario de sus besos ni el centro de exploración de sus manos, Sólo hasta donde ella permitiese. Sin forzarla. Sin pretender que los hechos se precipitaran. Todo vendría de suyo impetuosa agua de torrente. Sin duda, al final —¿Ese día? ¿Otro día? ¿Otra semana? ¿Otro mes? ¿Otro año?— llegaría a desnudarla. Haría un asedio sin prisa ni descanso. Hasta sentir en su cuerpo la fusión total del cuerpo de ella. Introducido. Integrado. Anulando los límites entre ambos. Eso vendría —¡claro que vendría!— más tarde. Cuando la Chepa no se opusiera sino, más bien, lo desease.

La voz de ella lo volvió a la realidad,

—¡Oyel ¿Qué te pasa a vos?

Fue una especie de despertar.

—¿Qué? ¿Qué?

—Fijate dónde pones los pies. Me has pisado dos veces.

—No lo hice adrede.

Lo miró, desafiante:

—A mí qué me importa por qué lo hiciste.

Agregó, irónica:

—Si ya te cansaste, nos sentamos.

—¡No! Cuando acabe la pieza.

—¡Ya está, pues!

Sonrió, a pesar suyo, con algo de coquetería. Continuó:

—Con tal de que no me vuelvas a poner los pies encima.

Dieron otras vueltas. Tensos. Balumosos. En silencio. Al compás de las guitarras gangosas y de los cantores borrachos. Tenía rabia consigo mismo. Nunca había estado tan estúpido. Jamás había vacilado en esa forma. Se sentía como balandra sin mástil Y sin velas, Al garete y en vaciante de aguaje. ut hablarle. Decirle tantas cosas. Irse al abordaje. Igual que con todas las muchachas anteriores. ¡Y nada! ¡Parecía que le habían puesto un bozal con siete nudos! ¿Qué tenía la Chepa que las otras no tuvieran? ¿Es que, de verdad —al revés de lo que siempre le ocurría— era él quien se orinaba de miedo? Se insultó: “¡Estás pendejón! Si no le sueltas los perros esta tarde, después será difícil. ¡Mira' cómo todos los hombres tienen los ojos clavados en la popa de ella! Si te demoras, se te van a adelantar. ¡Mira, también, el odio y la rabia con que te acecha don Quindales! ¡No te duermas! ¡Entrale a la hembra!”

Su voz sonó débil y ajena:

—Chepa.

-—¿Qué?

—Este... ¿cuándo te vuelvo a ver?

—¿No me estás viendo? ¡Mírame, hasta que te canses!

—No. No digo aquí. Más tarde. Nosotros dos. Solitos.

—¡No fuera! Con la fama que tienes, ¿Quieres que me desgracie?

—Aunque sea una vecita.

—Ya nos hemos visto demasiado.

El dijo algo de lo que se arrepintió casi en seguida.

—¡No seas mala, Chepal:

Se puso seria.

—El malo eres tú, Candelario. Aquí las noticias vuelan. Todo se sabe.

—Las malas lenguas emponzoñan hasta las pitayas, Chepa.

Volvió a ser como siempre.

—¿Y a mí qué me importa? Mejor no me molestes.

—Es que yo...

Se acabó la pieza. Todos los hombres fueron a dejar a sus parejas. Candelario hizo el último intento. .

—Chepa: yo...

Lo miro ojos de hielo.

—¿Es que no lo entiendes? ¡Déjame tranquila!

La voz se le quebró. Pareció casi un susurro.

—Está bien.

Iba a decir algo más. Se contuvo. Repitió:

—Está bien.

Y para sí mismo:

—Tú lo quisiste, Chepa.

A partir de ese día, no dejó uno sin visitarla. Casi nunca usaba forma humana. La mayoría de las veces aparecía caimán. Fue su primera metamorfosis. Caimán de tres varas de largo. Majestuosamente, nadaba, Con indiferencia. Bajaba por los esteros. Asomaba su coraza a flor de agua. Su larga trompa iba estriando la tersa superficie. Los peces hulan. Sólo unos cuantos saurios lo seguían, a veces. Él continuaba, orondo, sin hacerles caso. En ocasiones, también lo perseguían los arponeros santoronteños. No le lanzaban el arpón sino la fija. La aguda arma de dos filos. Lo tocaban. Ni siquiera dejaban señales en su piel. Mucho menos, lo herían. Algunos sugirieron meterse bajo el agua. Sobarle la barriga. Como hacen los que se dedican a la aventurada cacería de caimanes. Hacer que flotara y quedase quieto unos instantes. Así aprovecharían los que se quedaran en la canoa. Le darían un hachazo en la nuca. O le clavarían la fija en alguna parte blanda. Al fin, cierta mañana se aceptó la sugestión, Al tratar de ejecutarla, el Caimán Candelario les hizo una jugada. Dejó que le sobaran la barriga. Subió a flote. Cuando se disponían a matarlo con el hacha, se hizo atrás. Pareció dar un salto. Abrió las grandes fauces. Enseñó su artillería dental. Los arponeros, atónitos, se detuvieron. Se prepararon a recibir la agresión de la espantosa fiera. Sin duda les partiría en dos la embarcación. O, simplemente, les daría un coletazo. Tal vez perderían el equilibrio y caerían al agua. Esperaron, anhelantes. Reaccionaron. Iban a actuar. Mejor era adelantarse a cualquier decisión del caimán. Ocurrió algo que los detuvo, de nuevo. El saurio medio entreabrió los ojillos perversos. Y soltó una carcajada. Una carcajada resonante. Quedó columpiándose en las copas de los árboles. En las montañas distantes. En los barcos que, a lo lejos, acuchillaban la panza de las nubes con sus velas resecas de tiempo. Los santoronteños se miraron, asustados. Nunca habían oído la risa caimanesca. Ni supieron jamás que eso fuera posible. ¿Los caimanes reían como los hombres? Cuando quisieron reponerse del magnetismo súbito, era tarde. Las tres varas del saurio se alejaban veloces. Desde luego, a partir de ese instante tuvo nombre. Lo apodaron “El Jodón”. Porque todos jurarían que su risa fue por joderlos

En Daura. Cerca de la casa de la mujer que lo tenía enloquecido, se varaba en el fango. Se escondía bajo un brusquero. Desde allí clavaba sus ojos en la escalera, para él inaccesible. Pasaban las horas y las horas. Cuando no la veía, se ponía furioso. ¿Olvidaría toda la mesura y avanzaría hasta al pie de los puntales? ¿Subiría al temblequeante piso de caña picada? Se contenia. Lo probable, si lo hiciese, es que la perdiera para siempre. ¿Cómo reaccionaría al mirarlo? En su figura humana, desde luego. Seguramente, se asustaría. O, tal vez, no. ¡Parecía tan valiente! Quizá volvería a burlarse de él. Acaso, le pediría que se fuese. ¿Y si lo oía? ¿Y si mejoraba su actitud hacia él? ¿Por qué no probarlo? ¿Qué le costaba acercarse y calmar, por fin, su incertidumbre? Se decidió. Lo haría. La primera vez que ella bajase sola. Ya que siempre andaba con sus Viejos. O, por lo menos, con Clotilde.

Dueño de la decisión, quedó esperando. No esperó mucho. Josefa apareció, dirigiéndose a la orilla. Llevaba alforja al hombro. Tal vez, iba a pescar mejillones o cangrejos. Camarones, no. No llevaba atarraya ni bajio. El recobró forma humana. Salió del escondite. Dio unos pasos en el fango, aproximándosele. Al ruido, Josefa alzó los ojos. En ellos fulguró una mezcla de desconcierto y rabia.

—¡Tú!

Balbuceó:

—Sí. Yo. Yo, que no puedo olvidarte.

Repentinamente, ella miró, asustada, a todos lados.

—¿Por dónde viniste?

Señaló vagamente la orilla.

—Por allí.

La muchacha se sintió cada vez más intranquila.

—¿En qué? No hay ninguna canoa. Ni siquiera una balsilla.

Él empezó a estar más seguro de sí mismo. Dijo, un tanto burlón:

—Vine nadando.

—¿Nadando? ¿Nadando desde Santorontón? ¡Mentira! Santorontón está del otro lado. Ningún hombre podría nadar hasta aquí. Además, ¡cuánto demoraría!

Se detuvo. Lo miró. Con verdadero pánico.

—O sólo que sea como dicen. Que eres...

— ¿Quién?

—¡Nol ¡No! ¡Nadie! Y ahora, ¡lárgatel

El trató de calmarla. Avanzó unos pasos.

—¡No seas así, Chepita!

—No te me acerques. ¡Lárgatel

—¡Pero, Chepita!

Siguió avanzando. En rápido ademán, ella empuñó el machete.

—Te vas... ¡O te desgracio!

Él podía vencerla. Dominarla. Sin usar un arma. Convirtiéndose en gavilán. O volviendo a su aspecto de saurio. O en cualquier otra forma. No lo hizo. ¿Para qué? Todavía guardaba una remota esperanza. ¿Y si ella algún día lo aceptaba? Tendría paciencia. Todavía tendría paciencia.

El Sol —erizo de coral— empezaba a clavar sus espinas de luz en las tinieblas. El horizonte se llenaba de sonrisas incendiarias. Los seres y las cosas extendían sus dedos trémulos para cosquillear la madrugada. El Coronel quedó en silencio. Bulu-Bulu lo miró, anhelante. Tenía impulso de hacerle mil preguntas. El silencio obstinado lo impedía. Cavaba una zanja de abismo entre los dos. Al final, el Brujo no pudo contenerse. Resultó más fuerte su curiosidad que su prudencia. Su cara de simio se llenó de arrugas.

—Ahora, me explico muchas cosas.

Para el Coronel fue lo mismo que el lenguaje de un mimo. Ni siquiera lo miró. Miró, más bien, la boca del estero. Los billones de lenguas de la creciente perdiéndose en los recovecos de la orilla. Bulu-Bulu insistió:

—¿Y?

Candelario, por fin, se dignó contemplarlo. Su mirada era lejana. Venida quien sabe de dónde. El Brujo insistió:

—¿Y qué?

Respondió, casi agresivo.

—¿Qué de qué?

Bulu-Bulu sonrió, misterioso. Insistió, con firmeza:

—¿Qué pasó, después, con Josefa Quindales?

El Ahijado del Cura habló para sí mismo.

—Hay cosas que pertenecen a la noche, Y la noche se está yendo.

—¡Ah!

Volvió a mirarlo. Al fin y al cabo se iba a poner en manos del Brujo. Le aclaró:

—Regresaré hoy mismo. Con la oscurecida. Allí te contaré lo que pasó.

Se volvió a los quelonios.

—¡Vámonos!

Las tortugas gigantes —con pasos increíbles— arrastraron rápidamente sus caparazones hacia el agua. El Coronel se embarcó. Hizo una leve señal de despedida. Y partió. Pronto fue un punto hundiéndose en las sombras.

CAP. V

Cuando el Cura iba a tocar la puerta, surgió una voz, desde las sombras:

—¡Vete Cándido! Es lo mejor para todos.

Era una voz fingida, Sin embargo, la reconoció al instante. ¡Crisóstomo Chalena! No cabía duda. ¿Qué hacía allí, a esas horas? ¿Qué tenía que ver ese foragido con Clotilde Quindales? ¿Por qué pretendía que él se marchara? ¿Por qué esa velada amenaza? ¿Sería que le estaba arrastrando el ala a la hermana de Josefa? ¿Y no decían que a Crisóstomo ya no le florecía el arbusto frente a las mujeres? Todo eso resultaba muy extraño. Muy extraño. No tuvo tiempo de seguirlo pensando. Volvió a escuchar el odioso acento:

—¡No digas, después, que no te lo advertí!

Inmediatamente —al alejarse— sonaron los pasos escarbando la noche. Él se encrespó de risa. Bastaba que Crisóstomo hubiera expresado algo, para que hiciese precisamente lo contrario. Ese hombre casi siempre se orientaba por las rutas agrias. Por lo común, sus deseos y sus causas no eran justos. De tal manera que si antes había vacilado en acercarse a la hija menor de don Quindales, ¡ahora lo hacía con gusto! Aunque no se explicara bien el comportamiento de ella, en este caso estaba de su parte.

Tocó. La joven abrió. La había visto pocas veces. Siempre más hermosa. En ese instante tenía los grandes ojos sacudidos de lágrimas.

—Pase, Padre.

—¿Por qué estás caminando? ¿No estás enferma?

—Yo no, Padre.

—¿Y entonces?

—No lo mandé a llamar por mí si no por Juvencio. Está muy mal. ¡Véalo!

—¡Ah! ¡Es cierto!

Miró hacia el rincón de la casa miserable. Sobre un Cuerito de venado estaba el doctor Balda. Realmente, el aspecto del joven era desconsolador. Sus ropas se encontraban despedazadas. Sucias. Manchadas de sangre. También tenía manchado de sangre el rostro. Las manos. Toscas vendas le envolvían la cabeza. Respiraba con dificultad. Parecía dormido.

—¿Qué le ha pasado?

---No lo sé.

—Está golpeado.

—Sí, En todo el cuerpo.

—¿Cómo vino hasta aquí?

El rostro de la joven expresó desconcierto.

—Vino dos veces.

El Cura la observó, incrédulo.

—No comprendo.

—Pues… Yo estaba dormida cuando escuché furiosos golpes en la puerta. Me despertaron. Presté atención. Cientos de puños golpeando. Abrí. Quedé espantada. Cerré, en seguida. Los golpes arreciaron. Tuve miedo de que derrumbaran la puerta. Volví a abrir. Eran decenas de monos. Estaban furiosos.

—¿Cómo vinieron desde la montaña?

— ¡Quién sabe! Lo cierto es que no estaban quietos ni un momento. Gritaban. Se movian de un lado para otro. Hacían gestos, señalándome algo. En determinada dirección. Miré. Y quedé sin saber qué hacer, Paralizada. Muda.

—¿Qué ocurría?

—Al final, venía un grupo formado por algunos de ellos. Marchaban frente a frente, Caminaban de lado. Los brazos extendidos. Unidos por las manos. Formando una especie de parihuela viva. Sobre ésta, traían a Juvencio. Sin vacilar un momento, se dirigieron a mi cama. Allí, con todo cuidado, arrodillándose, lo depositaron. Después, volvieron a gritarme, señalándolo. Me acerqué. Vi que estaba herido. Le hablé. No respondió. Los monos. callaron. Quedaron quietos. Contemplando la escena.

—¿No llamó al doctor Espurio Carranza?

—Corrí donde él. Le expliqué lo ocurrido. No me hizo caso. Por más que le dije que debía ayudar a Juvencio considerando, por lo menos, que también es médico. Fue en vano. Se negó a atenderlo. Hasta afirmó que cuanto ocurría era el justo castigo por meterse en lo que no le importaba. Le pedí, entonces, que me permitiera llevárselo, para que le. hiciese, siquiera, alguna curación. Tampoco aceptó. En vista de ello, fui a la tienda de Vigiliano Rufo. Tampoco allí me hicieron caso. Ni siquiera quisieron venderme vendas ni medicinas. Desesperada, me encaminé a la casa de Juvencio. Me asombró encontrar la puerta abierta. Entré. El espectáculo fue horrible. Todo estaba destrozado: los útiles médicos, los frascos de medicina, los muebles, los libros. Apenas, si pude encontrar unas vendas y desinfectantes. Con eso, regresé. No sin antes rogarle a José Isabel Lindajón que le avisara a usted. Los monos estaban aquí, todavía. Curiosamente, permanecían quietos, en silencio. Mirando con ojos atentos al doctor. Al verme llegar, los más viejos ayudaron a curarlo. Cuando terminamos, uno por uno, sin mirar hacia atrás, se marcharon,

—Es decir, que si no hubiera sido por ellos.

—...Juvencio no estaría contando el cuento.

—¿Y después?

—Volvieron a tocar a mi puerta. Esta vez sólo el golpe de un puño. Con miedo, abrí nuevamente. Era Crisóstomo Chalena. Con cuatro hombres. Él no quiso entrar. Desde la puerta me amenazó, advirtiéndome que me daba un buen consejo. Mejor sería que no me metiese en lo que no me importaba. Debía dejar que ese doctorcito —también él llama así a Juvencio— tuviera su merecido. Yo le repliqué: “Mirelo cómo está, don Chalena. Ese cristiano ya no puede ni con su alma.” Se puso más furioso aún. Me dijo que hiciera lo que me mandaba. Que suficiente tenía yo con lo mío. ¿Por qué no dejaba al doctorcito donde lo había encontrado? Le aclaré: “No fui yo, don Chalena. ¡Fueron los monos!” Quedó pensativo unos momentos. Pareció dudar. Se quitó el sombrero de toquilla. Se rascó la calva. Como para sí mismo, murmuró. que tal vez era cierto. Desde temprano había oído un griterío endemoniado que venía de la montaña. Después le | pareció que algunos animales —el había pensado que eran aves— viajaban en verdaderas bandadas, de una rama a otra de los árboles. Con todo, me miró ojos de arpón. Me reprendió por permitir que entraran. Ni siquiera debía haberles abierto la puerta. Volví a replicarle: “¿Cree usted que eso sería posible, don Chalena?” Pareció calmarse un poco. Expresó que quizá yo tenía razón. Seguramente no habría podido oponerme. Al final, dijo: “¡Está bien!” Hizo una seña a los cuatro hombres. Éstos, se acercaron a Juvencio. Lo tomaron. Cada uno de un brazo o de una pierna. Lo levantaron. Y se lo llevaron. Quedé, sin saber qué hacer, llena de angustia.

—¿Y cómo regresó Juvencio?

—Después de unos momentos, volvieron a golpear la puerta. Cientos de puños. Como la vez anterior. Aunque más fuertemente. Abrí.

—¿Los monos?

—Si, Venían armados de palos, piedras, hierros y cuanto habían encontrado al paso. En medio de ellos, cargando a Juvencio —en la misma forma que lo llevaron— los cuatro hombres. Y atrás, don Chalena. Si la situación no hubiera sido tan grave, me habría dado risa. El Viejo parecía un árbol florecido de monos. Traía monos por todas partes. Pegados. Enroscados con la cola. O con las cuatro extremidades. En todo el cuerpo. Uno le había cruzado las piernas en el cuello. Y cuando don Chalena se detenía o no hacía lo que parecían ordenarle, le hincaba los ojos con los dedos. Claro que el Viejo no se dio por vencido. Cuando sus hombres depositaron a Juvencio, donde está ahora, me miró, mascullando: "¡No creas que esto va a quedar así! Ya me la pagarán. ¡Me la pagarán todos!" Como si el mono que tenía de corbata lo hubiera comprendido, volvió a hurgarle los ojos. Sin quejarse, mandó, entonces, a sus hombres: "¡Vámonos!" Los hombres parecieron vacilar. O, por lo menos, demoraron en cumplir la orden. Los monos, al advertirlo, levantaron las improvisadas armas, en forma amenazadora. Los hombres, en vista de ello, se apresuraron y se fueron. Sólo cuando iban a trasponer el umbral, me dí cuenta de que estaban desarmados. Sus pistolas y machetes eran llevados por los monos que habían quedado atrás. Éstos también salieron. En total silencio.

—Lo entiendo. Los monos no pueden olvidar cuanto Juvencio ha hecho por ellos.

—Y cuanto sigue haciendo.

—Asi es. Bueno. Y ahora, díme. ¿En qué puedo ayudarte?

—¡Llévese a Juvencio!

—¿Dónde?

—A la casa de usted. Es el único sitio en que puede estar a salvo.

—¿Tú lo crees?

—Siquiera, más que aquí.

—¿Y tú?

—Quedaré esperando, A, ver qué pasa.

—Es mejor que vengas conmigo. Así cuidarás tú misma de Juvencio.

—Pero...

—Aquí tu vida no valdría ni una jaiba.

Cuando pasaron frente a la iglesia de Santorontón —la nueva iglesia, de mampostería, que estaba edificando el Padre Gaudencio y que, según éste "no se terminaría nunca", para que las limosnas y los donativos prosiguieran "ad vitam acternam"— volvió. a recordar la otra iglesia. ¡La suya! Aquella que murió arropada por las llamas. Revivió la tarde luctuosa. Cuando se dio cuenta de que el incendio era en ella, ayudó a los pelícanos. Con las manos, canaleteó, como si le injertaran un motor. La canoa voló tintorera en celo, Aun así llegó. tarde. El pueblo entero arrojaba baldeadas de agua a las paredes. En el techo de paja. Aquello ardía como yesca. Los santoronteños lo sabían. Cuanto hicieran sería inútil. Con todo, seguían imperturbables, Arrojando agua sobre la humilde casa del Señor. Cándido creyó enloquecer. No le importó ni el calor ni el humo, Ni el chirriar extraño de las maderas y la paja ardiendo. Ni el caer de las vigas y los puntales. Antes de que nadie pudiera detenerlo, se metió en el Templo enrojecido. Le hablaron. Le gritaron. ¿Qué le dirían? No oía nada. Alguno quiso tomarlo por el brazo. Se desasió. Avanzó. ¿Tenía la sotana ardiendo? Sentía- que le faltaba la respiración. Que le ardían los ojos. Seguía avanzando. ¿Dónde iba? Los otros pensaron que a sacar sus pertenencias, sus ornamentos. Se equivocaron. Lo que le interesaba. O lo que le interesaba más era el Cristo. ¡Su Cristo! Llegó hasta el sitio. Al mirarlo, se le partió el corazón. Las llamas lo envolvían. Ardía parte del brazo derecho. Su

propio fuego le llegaba al tórax. Si tuviera tiempo, le haría preguntas. ¿Por qué no detenía el incendio? ¿Por qué, por lo menos, no impedía que las llamas lo tocaran? ¿O era, acaso, un nuevo sacrificio para la salvación de los hombres? No lo entendía. La verdad es que él era un pobre Cura ignorante, que no entendía muchas cosas. No había tiempo para meditaciones. Subió, como pudo, hasta la mesa sobre la cual estaba el Cristo. Con la sotana lo golpeó. En un absurdo afán de detener el incendio del Sagrado Cuerpo. Después, se abrazó contra éste. ¿Se estaba quemando? Sintió que las llamas lo envolvían. Que su ropa despedazada se convertía en ceniza. Por un momento, pensó. ¡Qué hermoso sería morir así, en la Cruz, abrazado al Hijo del Señor! ¡Como si su destino se mezclara al destino de Aquél! Jesús levantó la cabeza. Lo miró. Con afecto.

—Gracias, Viejo.

Replicó, resentido.

—¿Por qué no salvas nuestra iglesia?

—¿No ves que no puedo?

—¿Se te acabaron los milagros?

Respondió con otra pregunta:

—¿Por qué no te salvas tú?

—¿Yo? Yo vine por mi voluntad. A rescatarte. ¡Vamos!

—Ya es tarde.

—¡Nunca es tarde!

Trató de desprenderlo de la Cruz. Curiosamente, empezó a sentir menos el ardor en los ojos. Más débil el lengüetazo de las lamas. El tremendo calor disminuía, poco a poco. Una sensación aerostática le invadía el cuerpo. ¿Estaba muriendo? ¿Había perdido el conocimiento? ¡O era, simplemente, ingravidez? Miró a Cristo. Seguía clavado en el Madero. Ya no tenía llamas. Mostraba, eso sí, las quemaduras del brazo. Del tórax. Y también una del rostro, que no le advirtió antes. ¿Y sus propias ropas? ¿Su sotana que estaba a punto de hacerse cenizas? Se observó a sí mismo. Todo él se iluminó por dentro. La sotana, chamuscada, había vuelto a integrarse. Parecía haber crecido. Estaba abierta bajo el Madero, a cuyos lados se extendía. Como si fuera un ala. O mejor dicho, dos alas. Dos alas negras, tensas por el viento. Miró hacia arriba. No estaba el techo. ¿Se había caído? Sus ojos veían sólo la inmensidad del cielo. Tachuelado de estrellas. Con temor, bajó la vista. Santorontón entero se alejaba. La iglesia —con llamas cada vez menores— iba empequeñeciéndose. ¿Entonces? ¿Entonces, estaban volando? ¿El vuelo era en su cabeza o afuera? ¿Soñaba o vivía? ¿Vivir era soñar? Se volvió a Cristo. Éste se encogió de hombros. —Hay decisiones que no tomo yo sino mi Padre.

Al amanecer siguiente del incendio, regresó a la iglesia. Es decir, a lo que quedaba de la iglesia. Estaba en ruinas. Para rehacerla, tardarían meses. Tal vez, años. Como muñones negros, se elevaban los puntales. El techo, sin la paja, parecía una red para atrapar descomunales peces, secándose en lo alto. No quedaban paredes. Unas pocas bancas testimoniaban que los fieles no ponían ya en los últimos tiempos las rodillas en el suelo. De vez en cuando, las mil bocas del viento mañanero se llevaban la ceniza hacia otros lados. Los santoronteños habían peleado bien | contra el adversario inesperado. No cabía ninguna duda. Hubieran ganado la refriega, Pero carecían, simplemente, de los medios para luchar contra el flagelo. Y los bomberos —con sus bombas de guimbalete— del pueblo más cercano habrían demorado horas —tal vez, días— para llegar. Seguramente por consancio, sus fieles aún dormían. La iglesia se encontraba solitaria. Entró. ¿Se podía llamar así a ese

ambular, a cielo abierto, por entre los escombros aún humeantes? Empezó a calcular cuánto necesitaría para reconstruir, por lo menos una parte. Seguramente, sería mucho…

Lo interrumpió la voz del Sacristán.

— ¡Padre! ¡Padre Cándido!

No había reparado en él. Estaba tembloroso. Pálido. Febril. Le respondió, malhumorado.

—Di, Romelio.

--- Que bueno que no se quemó su casa

—¡No digas eso!

—¡Mire!

Sólo entonces advirtió que su interlocutor tenía razón. El incendio había respetado a la modesta construcción donde él vivía. Estaba renegrida por el humo. Tenía las paredes algo resquebrajadas. Pero, nada más. Allí se habían detenido las llamas. ¿Cómo pudo ser eso? ¿No estaba contigua a la iglesia? ¿No pegaba, por la parte de atrás, con ésta? ¿Sería ése el o —mejor dicho otro milagro— que le había concedido Jesús? Como si el Sacristán leyera sus pensamientos cayó de rodillas ante él.

—¡Es un milagro!

Asintió:

—Si. Es un milagro.

De algún sitio —¿de dentro de sí mismo, tal vez?— llegó una voz burlona: “Déjate de milagros y ponte a trabajar.” Mecánicamente miró hacia donde siempre estaba el Cristo. ¿Sería él? No. No podía ser él. Recordó que lo había dejado en la orilla. En el plan de la canoa.

Bendijo a Romelio, que aún seguía arrodillado. Y lo conmino:

— ¡Levántate! ¡Tenemos mucho que hacer!

El Sacristán obedeció. Empezaron a caminar, el uno al lado del otro. En silencio. Se notaba que Romelio quería decirle algo al Cura, pero que no se atrevía. Al fin, se decidió:

— ¡Padre Cándido!

—¡Díme!

—No. ¡Mejor no se lo digo!

Se paró, en seco:

—¿Qué es mejor que no me digas? Habla. ¡Pronto! No me hagas perder el tiempo ¡bs paciencia,

El Sacristán cobró valor. Dijo, con voz apenas perceptible:

—¡Fue su Ahijado!

—¿Mi ahijado? ¡No entiendo! ¿Qué es lo que tratas de decirme?

—Fue su Ahijado… quien le prendió fuego a la iglesia.

Reaccionó como si le picara una víbora. Se volvió, furioso. Lo cogió por los hombros, con ambas manos. Lo sacudió.

—¡No mientas! ¡Sé que no lo quieres! ¡Que ese muchacho no le cae bien a nadie! ¡Que tiene todos los vicios y ninguna virtud! ¡Pero, eso no te lo creo! ¡No sería capaz de hacerlo!

Romelio hizo la señal de la cruz, con los dedos. La besó.

—¡Se lo juro por la Cruz que me alumbra!

Lo soltó. Los brazos se le colgaron. Como iguanas muertas. Murmuró, para sí mismo:

—¡No! ¡Eso no puede ser!

El Sacristán explicó:

—Ayer, después que usted se fue en la canoa, llegó el joven Candelario. Había bebido más que otras veces. No podía mantenerse en pie. Le abrí sólo porque pateaba las puertas del templo, enloquecido. Cuando entró, no quiso 1r a su cuarto. Traté de llevarlo a la fuerza, como en otras ocasiones. No se dejó. Me pidió que le diera el vino de consagrar. Me negué. Él, me golpeó. O trató de golpearme. Al intentarlo, fue él quien se tambaleó. Estuvo a punto de caerse. Como le digo, Padre, se movía igual que una balandra en cambio de marea. Dándose cuenta, en medio de su borrachera, de que a la mala no podía convencerme, empezó a hacerme promesas. Que iba a darme mucha plata. Me iba a regalar ropa. Me iba a presentar mujeres. En fin. Todo cuanto creyó que podia ilusionarme, Al ver que no conseguía nada, se puso furioso. Mc amenazó. Me dijo que le prendería fuego a la iglesia. Allí sí me asusté. ¡Palabrita de Dios! Le rogué que se dejara de eso, Que mejor se fuera a dormir. No me hizo caso. Sacó un cigarro. Prendió un fósforo. Lo mantuvo un rato en alto, como si lo fuera a arrojar al techo, Rio. Encendió el cigarro. Lo chupó, con avidez. Después, sopló el fósforo, que ya casi le quemaba los dedos. Apagado, lo arrojó lejos de sí. Siguió fumando, Me volvió a preguntar si le iba a dar el vino o no. Le dije, otra vez, que no. Entonces, volvió a sacar la caja de fósforos. Encendió uno. Miró hacia el techo. Y bajó la mano, dispuesto a arrojarlo. Me sentí derrotado. Prometí darle el vino… que lo buscaría. Pero que se fuese a acostar. Yo se lo llevaría en seguida. Al oírme, soltó una carcajada. “¿Crees que soy tan pendejo? Tráeme el vino aquí. Voy a brindar con Jesús.” Sin saber qué hacer, me decidí a buscar el vino.

—No hay vino. Se acabó hace días.

—Yo lo ignoraba. Cuando regresé con la botella vacía, él no me creyó.

—¿Qué te iba a creer? ¡Desgraciado!

—Por más que quise contenerlo, fue inútil. Estaba loco. Completamente loco. Me esquivó. Lanzó una serie de maldiciones. Y terminó por arrojar el cigarro hacia arriba. Aunque yo hubiese querido detener el fuego, nada habría conseguido. La paja estaba reseca. Y, al instante, creció una llamarada. Se propagó, rápida, por, todo el techo.

Pronto fueron cientos de lenguas de fuego, que surgían por todas partes. Su Ahijado contempló el espectáculo. Volvió a reír. “A ver dónde van a esconder el vino.” Y, tambaleándose, se fue a su cuarto. Yo empecé a sonar la campana. En seguida, llegó mucha gente. Entre todos, intentamos apagar el fuego. Imposible. ¡Imposible apagarlo sólo a punta de balde!

Hubo un breve silencio, tras el cual, el Cura preguntó:

—¿Y dónde está él?

—En su cuarto. Durmiendo.

De dos zancadas, llegó. Efectivamente, como si nada hubiese ocurrido, dormía a pierna suelta. No pudo más. Lo empuñó de uno de los pies. Lo tiró fuera de la cama. El otro despertó sobresaltado:

—¡El vino! ¡Quiero el vino!

Allí fue el primer puntapié en las posaderas.

—¡Largo de aquí!

Miró a su derredor, asustado.

—¿Qué pasó?

Otro puntapié en el mismo sitio.

— ¡Maldita la hora en que te recogí!

—Padrino, yo...

Un golpe idéntico a los anteriores.

--- ¡Ojalá que te mueras lo más pronto!

Candelario reaccionó.

—¿Por qué me trata así? ¿Qué hice yo?

—¿No lo sabes?

Se restregó los ojos. Miró, desconcertado, a su derredor. Pareció recordar.

—¡Yo no fui!

Romelio no habló. Pero, de mente a mente, le trasmitió, con toda claridad, su acusación:

— ¡Si! ¡Fue usted! Yo lo vi. Juro que lo vi con cestos ojos que se han de volver polvo y ceniza.

Un súbito chispazo le encendió la memoria.

—¡Fue sin darme cuenta! ¡Como si alguien estuviera dentro de mí! ¡Como si otra mano empujara la mía!

Se incorporó. Recibió otro puntapié.

—¡Que no te vuelva a ver en los días de mi vida! ¡Capaz de que te mato! ¡Largo de aquí! ¡Largo de aquí!

Desde entonces, el eco multiplicó las frases colectivas. En las montañas vecinas. En los esteros contiguos. En el mar cercano. En las casas de caña. En las balandras y canoas que iban y venían. Era como una interminable enredadera gris mecida por el viento.

—Fue un milagro.

---¿Milagro?

—Sí. Que se salvaran el Cura y el Cristo.

—¿Y lo de la casa del Cura? ¿Otro milagro?

—Eso, no. Eso fue cosa de El Coludo.

—¿Por qué?

—Porque allí estaba su hijo. ¡Allí estaba Candelario Mariscal!

CAP. VI

LA NOCHE de los Quindales llovía lujuria en el mar y en la montaña. El multimillón de ojos zoomórficos tejía metáforas de fósforo. Clavados en los nervios verde-sepias, presentía la llegada. ¿Era, de verdad, el representante de Coludo? Dentro de la piel de saurio —caimán apocalíptico— El Despechado se estrujaba las arterias. *Caymantapachaca*. El agua se encrespa, *Caymantapachaca manajaycapi*. La sangre se enciende. *Caymantapachaca manajaycapi canta*. El puñal en las fauces. *Caymantapachaca manajaycapi canta tigrashpa ricuhuashachu*. El puñal de marfil —Redoma del viento. Remolino del iris. Imanes del sexo.. —La lengua de vidrio. La sangre de humo. La voz de metal. Candelario. Candela-río. Mar-iscal. Candelarío. Candela-mar. —Fuego-agua. Sexo-sangre. Hombresaurio, Candela-río-mar. Tatuajes rútilos. En los ojos: La Chepa desnuda. En la boca: las fauces hirvientes. En las garras: la ruta al infierno. En el sexo: la fuente del mal. La Chepa desnuda. Las fauces hirvientes. La ruta al infierno. La fuente del mal. —Puñal en las garras, colmillos y sexo. Puñal de marfil, de acero y coral. *Caymantapachaca manajaycapi canta tigrashpa ricuhuashachu*. De hoy en adelante, jamás volveré el rostro para verte.

La noche de los Quindales. Temblaba, bejuco tenso en bajamar. Iba decidido a buscarla. A hacerla suya. Sin importarle cuanto se opusiese. Para darse más ánimo, se había inflado de aguardiente. Todo lo haría añicos. —Hombres. Bestias. Cosas. Tierra. Mar.— Huracán sensorial, arrasaría con cuanto se interpusiese. Aunque los árboles cruzaran sus marañas de troncos, ramas y hojas. Aunque la casa retorciera sus paredes y entretejiera sus puntales y varengas. Aunque los seres —reales o ficticios— anudaran sus garras y colmillos. Aunque los arpones, hachas y machetes se ataran entre sí cadenas deslumbrantes. Caimán visible o invisible, subiría los peldaños de la casa de Josefa Quindales. La metamorfosis —presencia humana de él— sería arriba. Frente a ella. O en su propio cuero de venado. Cuando acordase, ya lo tendría encima. Jineteándola. Y si quisiera protestar. Oponerse, O manifestar, en forma alguna, desagrado, ¡le encendería de sangre la cabeza! Su corazón —¿tenía él corazón?— lo había clavado en una estaca manglera de la orilla. Lo único que llevaba al frente, como cebo, era el par de testículos. Ellos lo orientarían, igual que peces pilotines a un tiburón hambriento. Siguiéndolos, desaparecerían el despecho y la rabia que lo ahogaban. Al pensarlo, avanzaba hacia el hogar de los Quindales. Un toldo de sombras caía sobre las cosas. Del mar venía el monótono renguear de las olas moribundas. No se veía una pupila entre las hojas. ¿Estarían dormidos los habitantes del país verde? ¿O, simplemente, no deseaban ver el acto sicalíptico? Andaba, sigiloso, arrastrando su piel acorazada. ¿Era invisible en ese instante? La estría de su panza en el suelo. Las cuatro

huellas repetidas de sus garras. Hasta un trozo de trompa interceptado en el angular encuentro de sus ojos. No. No era invisible. ¿No podría serlo? ¿Alguna fuerza inesperada se le estaba oponiendo? ¡Qué importaba! ¡Nada importaba! Lo importante —lo único importante— era perforar a la Chepa. Hacerle pagar —a precio de sexo herido— todos los desaires. Cuando quiso subir, le fue difícil. Su cuerpo de caimán resultaba muy pesado. ¿Entonces? Desde allí recobró su forma humana. El puñal en los dientes. Subió con más sigilo aún. Llegó al piso alto. Oyó roncar a los Viejos Quindales. Era un ronquido extraño. ¿Sería verdadero? No quiso averiguarlo. ¿Para qué, si daba igual que lo sintieran o no? A través de la tela vaporosa, adivinó, más que vio, la forma de ambos. Entró a la otra pieza. Colgaban dos toldos. Uno, pequeño, en primer término. Sin duda, de Clotilde. Otro, al fondo, mayor. ¡El de Chepa! Se puso a gatas. Avanzó, conteniendo la respiración. Quería sorprenderla. A ella sí quería sorprenderla. Que no tuviera tiempo de lanzar ni un grito. Mucho menos, de hablarle. Levantó el toldo. ¡Maldición! ¡Sólo vio un rimero de ropas y cobijas! ¿Estaría durmiendo en otro cuero? En todo caso, no era con Clotilde. El tendido de ésta resultaba muy pequeño. La chica tendría sólo unos trece años, ¿Estaría bajo el toldo de los" Viejos? Seguramente. Peor para ellos, si así fuera. La tomaría por los cabellos. La arrastraría hasta su cuero de venado, Y, ante la vista de sus padres, le arrancaría la ropa. La domaría. Hasta clavársele dentro. Pobrecitos, si intentaban oponerse. Les cosería el cuerpo con puntadas de sangre. Al par que lo pensaba, regresó por donde había llegado. La furia le creció, a medida que lo hacía. ¡Viejos desgraciados! ¿Así que habían creído que se iban a burlar de él, que podrían salvar a su retoño? Él les haría ver quién era ahora Candelario Mariscal. ¡Candelario Mariscal! Pareció que el eco de ese nombre estallara bajo el toldo,

—¡Candelario Mariscal! ¡Maldito!

El toldo se vino al suelo. Los Viejos Quindales —marido y mujer— se levantaron, Sonó, ronco, don Atanasio.

—-¿Así que sigues tras la Chepa?

La furia lo cegaba.

— ¡Sí, carajo! ¿Y qué hay con eso?

—Te quedaste con la vara al aire.

—¿Ah, sí?

Intervino Ña Eduva:

—¡Ella no está aquí!

—¡Mentira!

—¡Búscala, si quieres!

No se pudo contener. Se arrojó sobre el Viejo. Lo agarró por los brazos. Lo sacudió.

—¿Es verdad eso?

—¡Claro que es verdad!

—¿Dónde la llevaron?

—Lejos de Santorontón.

—¿Dónde?

—No te lo diremos.

Con el puñal, en relámpago metálico, le estrió la cara fuente de sangre. Insistió:

— ¿Dónde?

—Por arriba. Á casa de un compadre, En una hacienda en que nacen los ríos.

Esta vez el puñal se hundió en el vientre.

—Pero, ¿dónde, carajo? ¿Dónde?

Don Atanasio peló los dientes.

—¡Mátanos! ¡No sacarás nada!

Y ña Eduva:

—Ya sabemos quién eres.

Se hizo la Señal de la Cruz. Continuó:

—Y quién es tu padre. ¡Aquel Cuyo Nombre no se Pronuncia!

Se volvió, rápido, a ella. Le abrió el rostro de arriba a abajo sandía calada. Explosión de sangre.

—Ya lo sabré.

— ¡Sólo que te lo diga El que Sabemos!

Clotilde se había levantado. Lo tomó por atrás. Trató de sacudirlo con sus débiles brazos.

—¡Déjalos! ¡No los mates!

Expresó, con tono fatalista:

— ¡Ustedes lo han querido!

Tuvo la sensación de irse hundiendo en un torbellino de vísceras, músculos y sangre. Baño total de mil vertientes. Rojo. Rojo de víboras líquidas. De interminables hileras de quinquines. Se cansaba la mano de clavar el rutilante acero en la carne vencida. Carne apergaminada. Un tanto reseca por la acumulación de ocasos. Casi sin defenderse, habían caído al suelo. Él, entre ellos, anudado por el vapor humeante de las vidas en fuga. No decía una palabra. Veía sin ver O, mejor dicho, en dos, tres, cuatro o cinco exposiciones superpuestas. ¿Habían intentado defenderse? ¿Habían extendido sus manos clamorosas, siendo el brazo homicida? ¿Se habían prendido de la propia hoja tajante? Al caer, ¿se habían abrazado de sus piernas? Estaba desquiciado. Desquiciado de tinieblas y de sangre. Sangre. Envuelto en una túnica de sangre. Oliendo y saboreando sangre. Una sangre que le entraba por los poros. Le bañaba los ojos. Le escurría por todas las rutas del cuerpo. Era una larga despedida tibia y húmeda. Ya no reconocía a los flamantes difuntos. Envueltos en las redes rojas y espumosas. Aglutinados en sus componentes elementales. Eran sólo una masa informe. Las decenas de mordidas del acero habían borrado ciertas características humanas. Concatenamientos de carne, inverosímiles, hacían surgir espectáculos monstruosos. Trozos de pies saliendo de la boca. Nariz colgada de la oreja de su dueño. Manos cortadas. Solas. Sin brazos. Cruzadas en la espalda. Como con una nueva vida propia. Y lentamente en pleamar de hielo el frío oscilatorio. contagiosos besos blancos que empezaban a cubrirlo. Sólo entonces el llanto inútil, el espanto humilde, desvaneciéndose en los ojos de Clotilde. Pupilas agrandadas. Temblor trémulo. Asombro. Terror. Desconcierto. Clotilde. Su pecho plano de tabla. Sus caderas sin expandir. Delgada. Estrecha. Mínima. Clotilde.

Loco, la miró. Se le acercó. Ella no pudo moverse. La cargó. La tendió en el cuerito de venado. Mientras la muchacha se hundía en el pasivo mundo de la inconsciencia, se le subió encima. La cabalgó. Después, metamorfosis del caimán. Saltando en trébol de corazas verdes. Arremolinándose contra los árboles. Tumbándolos con la cola. Destrozando el tronco con las fauces. Estriando la corteza con las garras. El caimán está loco. ¡Ay de la montaña! ¡Ay de las hojas! ¡Ay de los animales mínimos cuya aurora les estalló en las entrañas! El caimán está loco. ¡Ay de los circuitos mortales establecidos a lo largo de la

orilla! ¡Ay de las bivalvas exprimidas por las fauces mortíferas! ¡Ay de los crustáceos masacrados por la cola macerante! El caimán está loco. ¡Ay del mundo que la panóptica del saurio halló en el agua! ¡Ay de los peces barridos como con red eléctrica! ¡Ay de las aguas batidas en remolinos de escamas transparentes! ¡Ay de los ojos atónitos incrustados en arbustos de coral! El caimán se ha vestido de lumbre sangrienta. El caimán está loco. Está loco el caimán.

En la noche de Brujos, Bulu-Bulu macheteó el silencio.

—Con razón muchos pensaron que era una invasión de caimanes y de hombres. O de Coludos. O de Maldecidos. En forma de caimanes y de hombres.

El Coronel afirmó, sentencioso:

—Fue sólo un hombre, Un Hombre-Caimán.

—También lo pensaron otros, Dijeron que, sin duda, era usted. Usted, en esa forma. Como no se le volvió a ver en mucho tiempo.

—Tampoco se volvió a ver a las muchachas, ¿no?

—Tampoco. Ellas también se hicieron humo. La Chepa, para siempre. Sólo Clotilde volvió. ¡Cómo volvió! Mejor, no hubiera vuelto.

Un olor a plátano asado y a café recién hecho les hormigueó las narices. Por una de las ventanas, asomó la Dominga.

—¿Un cafecito, don Candelario?

—Eso no se pregunta. Siempre cae bien.

—Lo bajo enseguidita.

La presencia de Dominga —Dominga sexo-imán— fue un paréntesis. Circuló entre ellos. Subió nuevamente. Mientras saboreaba el café, Bulu-Bulu seguía desconcertado. ¿Qué pretendía, al fin, el Coronel? ¿Decirle aquello que él, si no conocía en detalle, por lo menos imaginaba en líneas generales? Sin duda, había otros hechos. ¿Por qué demoraba tanto en referírselos? La curiosidad volvió a vencerlo,

—¿Y eso fue todo, Coronel?

—No, Bulu-Bulu. Sólo el principio. He venido a verte por algo que me está pasando en los últimos días. Algo que, si no me hubiera pasado —y me siguiera pasando— a mí, no lo creería...

—¡Ahhh!.

—...Y que tiene que ver con los Quindales. Mejor dicho, con la Chepa.

—Lo que son las cosas, ¿no?

—Tú sabes que desde hace varios años me he levantado en armas. Con mi peinilla de fierro he andado escarmenando el mar y las montañas.

—Sí. Aquí se ha sabido algo.

—De un lado para otro. Desde los cerros hasta el Golfo. Mi cama ha sido siempre el lomo de una embarcación o el de un caballo. Y cuando pernocté en algún sitio, nunca fue en el mismo dos noches seguidas. Claro que, a veces, he cambiado de petate, cn diversos lugares, en la misma noche.

—Lo entiendo, Coronel.

—Pues bien, hace dos años, en una hacienda llamada “Los Cocuyos”, yo estaba dormido. De pronto, me despertaron unos pasos. Y una voz que reconocí en seguida: “¡Candelario! ¡Candelario! ¡Soy yo!”... ¡A ver, BuluBulu! ¡Adivina quién era!

—¿Acaso…la Chepa?

—Por algo eres brujo, Bulu-Bulu. Sí, ¡Era la mismísima Chepa!

Él se puso en pie, de un salto. Cogió su machete. Esperó, La Chepa siguió avanzando.

—¡Párate allí! —le gritó—. ¡O te encrespo el pellejo!

Ella siguió avanzando. Rió, con cierto cinismo.

—Déjate de pendejadas, Candelario. ¿Es que ya no me tienes ganas? ño es que te doy miedo?

—Nadie me da eso que dices. Para que lo veas, aquí está mi fierro. ¡Tómalo! Si me llegó la hora, ¡pues que me baile en la uña!

Le tendió el arma. Ella no la empuñó. Continuó aproximándose.

—¡Ay qué bruto sigues, Candelario! ¿Todavía no te das cuenta a lo que vengo?

—¿A vengarte, no?

—¿Por qué?

—¿Sabes lo que les hice a tus Viejos y a Clotilde?

—¡Lo sé todo!

—¿Y entonces?

—¿Lo hiciste por mi, no? Porque me querías. Porque deseabas que hiciéramos pelear nuestros miaderos...

— ¡Eso sí!

—¿De qué voy a quejarme? La culpa fue mía por no hacerte caso. Al principio, me querías a la buena...

Sin más ni más, se le metió en la cama...

Candelario hablaba sin mirar al Brujo. Evocando los hechos, como para sí mismo, Sólo en ese momento pareció advertir su presencia. Se volvió hacia él.

—Pase lo que pase, debo decirte, Bulu-Bulu, que jamás conocí a una hembra como ella. La condenada parecía tener un comején entre las piernas. Tan dura. Tan maciza. Caucho vivo, Al principio, cuando se quitó los últimos trapos y se me pegó, me dio un temblor que para qué te cuento. No podía ni tocarla. Lo inesperado. La deseado. Lo entrona que estaba ella, ¡era para recular al más verraco! Yo que soy tan hombre tuve carne de gallina pensando que iba a quedarme chico. Que no podría contentarla. Que no le calmaría las ganas atrasadas. No hubo ni tiempo de hablar. Se fue de madrugada. No quiso quedarse ni un momento más. En vano, le rogué. En vano, la amenacé. Al final, rió: “¡Ah, Candelario, sigues tan bien-este-pues como antes, ¿No te gustó? Conténtate con lo que te doy”... A la noche siguiente, volvimos a las andadas. La otra noche que siguió, igual. Y la otra. Y la otra. Y la otra. Y así, sucesivamente, desde entonces, todas las noches...

—¿Todas las noches?

—Todas. Hasta ahora.

—¿Y no la ve de día?

—Nunca. Por más que he hecho por buscarla. Por más que le he preguntado y he preguntado a la gente por ella. Nadie sabe nada. Nadie la ha visto jamás.

— ¡Qué taro!

—Lo raro no es eso.

—¿Hay más, todavía?

— Algo más. Hace una semana, tuve que pasar, otra vez, por “Los Cocuyos”...

Allí encontró 'a la misma gente que lo había hospedado antes. Entre ellos al Mayordomo. Un tal Casimiro Caliche. Cuando éste lo vio, se le acercó.

—¡Qué bueno que lo encuentro, Coronel! ¡Quería preguntarle...

—Diga, Don.

—¿Ustcd es de Santorontón?

—Si, Don. ¿Por qué?

—¿Conoció a los mentados Quindales?

Se puso en guardia.

—Así es. ¿Y qué hay con eso?

—Nada. Sólo que yo estuve casado con la Chepa. ¡La Chepa Quindales! ¡Dios la tenga en su santa gloria!

Tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse.

—¿Cómo, así? ¿Es que la Chepa está finada?

—Sí, Coronel. Cuando usted vino la otra vez, ella se estaba muriendo, Al saber de su llegada, me dijo que eran paisanos, Que lo conocía desde muchacho. Que le tuviera mucho cuidado. Que usted es Hijo de El que Sabemos. ¡Cosas de los que están dando las últimas boqueadas!

Como no le creyó, pidió que le enseñara la tumba. Dizque para ponerle flores. El otro lo llevó. Efectivamente, allí estaba la finadita. O allí debería estar, si es que no era una nueva treta de la condenada. Tenía un letrero de hojalata pegado a la cruz.

JOSEFA QUINDALES DE CALICHE

Y la fecha. Hacía ya más de dos años...

El Brujo balbuceó:

—Jamás oí que los difuntos tuvieran esas mañas.

—Tampoco yo.

Hubo una breve pausa, La rompió Bulu-Bulu.

—Después de eso, ¿ha seguido buscándolo?

—Con más ganas que antes.

—¿Y no le dio miedo?

—¿Miedo? Nunca. Preocupación. Sólo preocupación, De que, al saberla difunta, ya no pudiera hacerle nada. Me engañé. Tiene tanta habilidad que ahora es peor que antes. Le doy como a bombo en fiesta. Pero ya estoy cansado. Palabrita de quien sea, que no veo la hora en que se devuelva para su hueco. Así somos de malagradecidos. Cuando la miel se nos derrama en la boca, extrañamos las caga-fuego.

Miró al Brujo con ansiedad. Prosiguió:

—Por eso, he venido a verte, Bulu-Bulu. Quiero que me la saques de la cama. Que vaya a calentar a los muertos, si le da por eso. Que a mí ya me deje en paz. Tú que eres tan brujo, Bulu-Bulu, me la puedes quitar, ¿verdad?

—El Brujo —Cara-e-Mico, según lo llamaban sus rivales— sonrió misteriosamente.

—Si son cosas de acá abajo, ¡claro que yo se la quito, Coronel! Si no, el remedio sólo puede venir de arriba.

Señaló, en una forma vaga, hacia lo alto. Acaso más allá del techo de hojas de bijao de su casa. O, quizá, debajo del techo, sobre el piso, calentado, sin duda, por el fuego humano que irradiaba Dominga.

CAP. VII

El TECHO de zinc jugó un papel decisivo en la existencia de Crisóstomo Chalena. Asimismo, lo jugó —según dispersaban en voz baja las lenguas viperinas— El que Sabemos. Era en la época en que éste andaba todavía en enredos con la Mula Pancha. Hasta se aseguraba que Chalena propiciaba esos amores anormales. Entre otras cosas, les restaba el corral trasero de su casa. Unos afirmaban que o hacía simplemente por placer. Por poner al alcance de sus ojos el espectáculo prohibido. —¡Tendrían que ser prohibidos aquellos encuentros espantables entre la Mula y el Maligno! —Los de lengua más despreocupada o de

imaginación más enfermiza, aseguraban haber visto a Crisóstomo Chalena en los desviados menesteres. Subíase a unos troncos. Observaba por encima de las tapias. “¡Que me valga el Señor Crucificado!” Se trataba, por lo menos, de visiones para poner erectos los cabellos. Con todo, quizá valdría la pena engullirse ese pecado —¡tenía que ser pecado! —, si en cambio se podría contemplar a El que Sabemos en el ayuntamiento absurdo con la Mula. ¿Cómo dría ser Aquello ¿Se convertiría en Bestia de llameante lengua, con cola, alas y cuernos? ¿Aumentaría de tamaño, hasta transformarse en un gigante? ¿O le crecería sólo la herramienta, para darle por atrás a la Zafada? A fin de cuentas, ¿cómo sería la herramienta de El Mandinga? ¿Negra y nervuda, como un tronco de chonta? ¿Larga y huesuda, como víbora pachona? ¿Se encendería, tizón en noche oscura? ¿O sería blanda y resbalosa, semejante a una lisa cabezona?... Con todo, la mayoría de los que hacían vibrar a la sin hueso opinaban que en Crisóstomo Chalena dominaba el interés. Vil interés. Que tal vez no era en el corral donde El Coludo se revolcaba con la Mula. Era en la propia cama del mentado. Que todo allí era fruto de pecado. La Mula, por ejemplo, no continuaba en cuatro patas como todas las mulas. Se acostaba, más bien, patas arriba. Igual que una mujer tornada acémila. O lo contrario. Y así se dejaba cabalgar. ¿Se puede decir cabalgar cuando El Coludo la montaba y le batía con su herramienta las entrañas? ¿Se puede decir entrañas? ¿El camino a las entrañas le comenzaba a la Mula entre las piernas? Fuese de aquello lo que fuese —reafirmaban—, lo cierto es que las monstruosas revolcadas eran en la propia cama de Crisóstomo. Éste tenía, por lo mismo, dos compensaciones. Primero, disfrutar viendo de cerca aquellas nupcias espantosas. Y, segundo, usufructuar los beneficios de los préstamos del lecho. Los réditos fueron muy pronto evidentes. Un día, por ejemplo, en que los santoronteños estaban frente al mar lanzando sus arpones, ocurrió un hecho inusitado. Antes de que Crisóstomo apareciera por la playa, no se veía ningún pez en los contornos. En cambio, apenas asomó el Amigo de Ese, empezó a rondar una corvina enorme. Todos quisieron arponearla. Vano empeño. La corvina dio sus volteretas. Se sumergió en el agua. Y sólo apareció de nuevo en el momento en que Crisóstomo tuvo una fija entre las manos. El pez se le acercó prácticamente hasta varársele en la arena. El Suertudo alzó, con ambas manos, el arma de dos puntas. La lanzó. Y en seguida apareció, flotando. Traía, clavada, en las mismísimas agallas —plata incrustada de pétalos de - rosa— al hermoso habitante de las aguas. Por curiosa coincidencia, tres fuereños andaban en busca de corvinas. De corvinas gigantes. Y pagaron —mejor dicho, repagaron— el hallazgo.

Así comenzó Crisóstomo Chalena el itinerario gris de su fortuna. La sombra de El Otro lo protegió a toda hora. No sólo aparecieron a su encuentro los peces más preciados y mayores. No sólo lo rodearon los crustáceos, saliendo de sus huecos, alzadas las tenazas, en reverencia clamorosa. No sólo denunciaron su existencia las bivalvas con aplausos calcáreos. También aparecieron compradores en todas las rutas y en todos los momentos. Curiosamente, los demás santoronteños parecían caminar. por senda divergente. Cuantas más piezas de pesca conseguía el Amigo de El Coludo, menos cobraban ellos. Y si acaso —por un descuido de éste— obtenían una apreciable cantidad de peces. O se apropiaban de centenas de crustáceos, hundiendo sus manos en los huecos del fangó. O llenaban algunos costales de bivalvas, sesteándolas en los recovecos de la orilla... ¡lo probable era que tuvieran que comérselo todo ellos mismos! ¡O, en ciertas ocasiones, devolverlos al mar, si aún estaban vivos! Los compradores ya no aparecían. O habían comprado cuanto necesitaban. Naturalmente, a Crisóstomo Chalena. Éste empezó a engordar la bolsa. Ya poco circuló por las orillas. A sus compadres antiguos les alquiló unas horas de trabajo. Ellos tendieron —por él— las redes de caleta. O de boca de estero. O lanzaron las atarrayas. O clavaron los arpones. Pero —en Santorontón todo se sabía— pronto la pesca pareció no bastarle al Socio de El Socio.

Un buen día —¿cuántos, cuántos largos años habían pasado?— el pueblo entero se estremeció con la noticia: había legado una balandra. Una balandra grande. De esas que viajan desde los ríos de aguas ya salobres hasta las rutas verdes del océano. No traía víveres. Ni pipas de manteca. Ni costales de arroz. Ni racimos de plátano. Venía, sin embargo, hundida hasta los trancaniles. ¿Qué podía traer? La curiosidad hacía merodear a hombres y mujeres cerca de la orilla, La balandra se mecía como un pelicano dormido.

Había fondeado lejos. Donde no fuera peligroso para su quilla embromada. Ni para su panza repleta de quién sabe qué pesados materiales. Pronto se vio marchar hacia ella al Amigo de El Coludo. Iba en canoa de pieza —la única que se pudo conseguir en todo el pueblo—. Al llegar a la balandra, subió de un salto por la borda. Cruzó breves palabras con el Piloto, que salió a 5u encuentro. Éste se volvió a los suyos. Dio unas cuantas órdenes. En seguida empezaron la maniobra, para sacar de la bodega los pesados fardos Venian en grandes bultos de madera. Sin duda, su peso era excesivo. Los marineros metieron entre los cinchos de fierro, los gruesos ganchos que pendían del aparejo. Empezaron a tirar los cabos de éstos. Poco a poco, subieron el primero de los bultos. El Piloto movió la botavara corta de la cual pendian los cables de acero retorcido. La carga se desvió hacia la canoa. Al caer, ésta se inclinó, en forma peligrosa. Don Crisóstomo se quitó el sombrero de toquilla. Se rascó la cabeza. Demostró disgusto. Miró hacia todos lados, con sus ojos menudos, como pidiendo ayuda. Y —según les pareció a los santoronteños— hasta hizo una seña de llamado a El que Sabemos. Claro que no se vio ni sombra de éste. Lo cierto es que, de pronto, la panzuda embarcación de vela empezó a emerger del agua. Como si la estuvieran empujando desde abajo. Pronto, tuvo a flote todo el casco. Hasta apenas rozar el agua con la quilla. El Piloto miró, asombrado, lo ocurrido. Después, miró a Chalena, cuya minúscula figura parecía haberse estirado. Don Crisóstomo no dijo nada. Entonces, el Piloto hizo una seña a los marineros. Éstos levantaron anclas. Medio izaron, sobre el botalón, la trinquetilla y el foque. Los santoronteños se observaron, unos a otros, preocupados. ¿Se iba a marchar la balandra? ¿Los tripulantes de ella habían sentido miedo? Se engañaron. La balandra enfiló hacia la orilla. El hombre del timón, empuñó la caña de éste, volviéndose a los suyos.

—¡Entrenle, muchachos! ¡Para largarnos con la luz del día! ¡Esto no me está gustando!

Los marineros —no muy seguros de sus actos— fueron a meter el gancho en otro de los bultos. ¡Cuál no sería su asombro, al comprobar que éstos, ahora, no pesaban casi nada! - Podían levantarlos con-la mano, sin usar los apárejos, ni los cables. Igual que si se hubieran convertido en un montón de palo-de-balsa. Por su parte, los cargadores que había llevado don Crisóstomo no tuvieron que dejar la carga en la canoa de pieza. A ésta la usaron sólo como puente. Con los brazos en alto, llevando sendos fardos, caminaron hasta la playa, para allí depositarlos. Los espectadores, por su parte, se hacían cruces. En todo andaba, con seguridad, la pata de El Coludo. El diálogo sonso, al garete, circuló igual a las canoas que vienen y van en las aguas dormilonas, cuando cambia la marea.

—Vea que don Chalena es bien-este-pues, ¿no?

—Lo peor de todo fue venderle el alma a El que Sabemos.

—¿De verdad se la habrá vendido? ¿Se puede vender el alma?

--- ¡Quién sabe!

—¿Y usted vendería su alma, Don?

—Yo, no. La alquilaría solamente.

—Eso lo haría cualquiera. Pero El Coludo, ¿qué diría? ¿Cree usted que se contentaría con un alma alquilada?

—No lo sé. Lo que es yo, sólo la alquilaría, Y eso, si todo fuera como es para el Socio de Candanga.

—Bien que le está yendo al condenado.

—Así es. Por ejemplo, ahora...

—¿Y qué será lo que trae entre esas tablas?

— ¡Vaya a saberlo Dios!

—Para mí que es zinc.

—Tiene razón. ¡Mire!

Habían abierto la primera carga. Amontonadas, unas sobre otras, estaban las láminas del metal acanalado. Apenas saltaron la última, don Crisóstomo dio la impresión de encogerse y volver a sus proporciones normales, Regresó por la canoa de pieza. Ésta se desamarró de la balandra que, por su parte, infló todas las velas: la mayor, la trinquetilla, el foque y hasta la escandalosa. Casi en seguida, cobró impulso. Y sc hundió en el horizonte. Como si la arrastraran centenas de Coludos.

El diálogo colectivo continuaba dando tumbos boya en mar gruesa. “Palabrita de Dios que era El que Sabemos.” Algunos, aseguraban que el viento les había hecho llegar —en ciertas ocasiones— trozos del diálogo infernal. Claro, Lo orientaba El Mandinga.

—...Para cso, tienes que cambiar el techo de bijao por hojas de zinc.

—El zinc es muy caro.

—No seas bruto, Crisóstomo. Haz como te digo. Ya verás que te faltará con qué agradecérmelo.

No habían oído más. Acaso el viento había cambiado de dirección. O los Socios habían bajado el tono de las voces. O quizá va todo lo habían palabreado antes. Era suficiente, eso sí, para seguir estimulando el coro de los santoronteños:

—¿Y para q querrá techo de zinc?

—¿Para qué? ¡Pues, quién sabe! Cierto que dura más, pero es más caliente,

—Y aquí, frente al mar, se oxida pronto.

—¿Será porque es más caro? Como él ahora tiene plata. ¡Harta plata!

—No es de los que arrojan mondongo a las revesas.

—No. Eso no.

Pronto, supieron el motivo. O, por lo menos, el motivo inmediato. Cuando lo colocaron, vieron que en cada parte baja del techo dejaron grandes canalones, en declive. Este declive haría, sin duda, que las aguas lluvias se recogieran en Cuatro caños que pusieron en las cuatro esquinas. A su vez, debajo de los caños construyeron tamaños tanques. Esto los preocupó más aún. ¿Sería que a don Chalena se le estaba pudriendo el coco? ¿Para qué necesitaba recoger las aguas lluvias? Cierto que Santorontón, como todo ese lado de la costa, era sequísimo. Sin embargo, tenía una ventaja. Cerca de él —tierra adentro o en la vecina isla de Balumba— había algunos pozos de agua dulce. De ellos la transportaban al pueblo en grandes pipas de madera. De esas pipas vacías de manteca. En tierra adentro, haciendo rodar las pipas desde la cima de la montaña, donde era posible, O con un eje en el centro de las pipas, para convertirlas en material rodante, arrastradas por hombres o por asnos. Estos pozos estaban casi a flor de tierra. En cambio, el de Balumba era un pozo muy profundo. Tenía atravesada en el centro una plancha de madera. Desde ésta arrojaban los baldes hasta abajo, cabeceándolos, para extraer el agua. La llevaban, después, a las canoas. Allí también había una gran pipa en todo el centro. Por esto, pues, no podían explicarse lo que pretendía hacer —y estaba haciendo— el Socio de El Otro.

—Él tiene las canoas que quiere.

—Y gente. Puede repagarla.

—Así es. Aun los que no quisieran servirle, tienen que hacerlo para ganar un poco más.

—¿Y entonces?

—Quizá sea por lo contrario. Porque no quiere gastar más ni en el acarreo del agua.

—¿Cómo así?

—Pues, claro. Si el agua le cae del ciclo y puede almacenarla, ¿para qué va a mandar a buscarla dentro de la montaña o a Balumba?

—¡Ahá!

—Además, dicen que el agua del ciclo es la mejor de todas.

Por otra parte, les llamó la atención la cantidad de zinc que había llegado. Después que techaron la casa del por Crisóstomo Chalena, quedó una buena ruma sobrante. La pusieron en el patio de atrás de tal casa. Y eso fue todo. Salustiano Caldera y Rugel Banchaca —de los más lenguaraces entre los santoronteños— como es natural se preocuparon.

—¿Y qué irá a hacer con tanto zinc?

—Eso. ¿Qué? No creo que lo guarde para cuando se le oxide o se le gaste el que acaba de poner.

—¿lrá a construir una casa más grande o un galpón?

—¿Para qué?

—Con las ideas que ahora tiene, querrá salar el pescado y guardarlo allí. Como lo acapara todo.

—Te repito. ¿Para qué? Cuanto nos compra a nosotros, se lo vienen a mercar a él. Aquí. Así como está. Fresco. Acabado de sacar. Á veces, aún temblando entre las redes.

—Es cierto,

El acento de Rugel Banchaca se hizo más abajo. Confidencial.

—¿Sabes, Salustiano?

Su interlocutor le imitó el tono:

—¿Qué, ah?

—Creo que don Chalena quiere techar otras casas.

—¿Cuáles otras? No tiene más que una.

—Quiere comprar más. Anda tanteando a la gente. ¿A vos no te ha palabreado nada, todavía?

—A mí, no. ¿Y a ti?

—A mí, sí. Quiere comprarme la casa. Y he oído que va a comprar las otras casas grandes del pueblo. Para ponerles a todas techos de zinc.

—¡Quién sabe! ¿Y vos qué le has dicho?

--- Que no.

—¿Y él se quedó tranquilo?

—Él se rió. “Vea que vos eres jodido, Banchaca” —me dijo—. “Está bien. Está bien que no me la vendas. Entonces, ¡alquílamela!” “Tampoco” —le contesté—. “¿Dónde voy a meterme con mi Cuero y con mis hijos?” Rió, con más ganas. “¡Ah, qué Banchaca! Siempre te sales con la tuya. Entonces, ¡alquílame el techo!”

—¿El techo?

—Eso fue lo que yo le pregunté. Y él asintió: “Si, señor. El techo. Para ponerle zinc y recoger agua.”

—¿Para qué querrá tanta agua?

—También se lo pregunté. Él se puso serio. “Eso a vos no te importa.” Sonrió de nuevo. “Quizá para bañarme mucho. O para hacer unas siembritas. O para lo que me dé la gana”...

—¡Cómo está cambiando don Chalena, ¿no?

—AsÍ es.

—¿Y eso fue todo?

—Todavía quise defenderme un poco. “El zinc es muy caliente de día y muy frío de noche. El Cuero y los muchachos se me van a tostar con el sol. Y todos nos vamos a helar con las tinieblas.” “De eso no te preocupes, Banchaca. Dejaré el bijao de tu techo. Pondré el zinc sobre el bijao. Así no. tendrás ni tanto calor ni tanto frío.”

—¿Y al fin?

—¿Qué iba a hacer, don Caldera? Nadie deja de morder el bagre si se lo ponen en la boca. ¡Acepté!

—¡Carajo!

—Y creo que casi todos los dueños de las casas grandes a quienes él les ha palabreado, se las están vendiendo o alquilando. O, por lo menos, le alquilan el techo.

—A mí no me está gustando nadita esa pendejada.

—¿No serán fregaderas de El Coludo? Está metiendo la cola en todo.

—¡Ahá! Porque, ¿a qué cristiano se le va a ocurrir almacenar toda el agua del ciclo?

—En Santorontón, al menos, donde hay tantos pozos de agua dulce cerca.

La noche del día en que se techó de zinc la última casa, ocurrió un hecho inusitado: llovió a cántaros. Era, todavía, pleno verano. La tarde no mostró ninguna nube. Y nada parecía presagiar lo acontecido. Los santoronteños despertaron asustados. Las gruesas gotas de agua, al caer sobre el metal acanalado de las planchas producían un estruendo pavoroso. Como si el ciclo fuera a descolgarse sobre el pueblo. Algunos se asomaron. La oscuridad oblicua —cortada de través por el aterrizaje de las gotas— resultaba impenetrable. Al comprobarlo, aunque no durmieran, regresaron a sus cueritos de venado o sus petates. Sólo unos cuantos quedaron asomados, tratando de perforar con su angustia las tinieblas. Al amanecer, los santoronteños se asustaron más aún. Sólo había llovido sobre los techos de zinc. Aún se veían gotear los caños y los tanques estaban rebosantes. En cambio, las hojas secas, sedientas, de los techos de bijao parecían empinarse para mirar el insólito espectáculo. En ellas no había caído ni una sola gota. Empezaron a deambular de un lado para otro. No se explicaban —no podían explicarse— lo ocurrido. Esta vez no hacían comentarios. Simplemente, miraban y remiraban aquellos tanques enormes donde el agua aún continuaba derramándose. Uno de los que había quedado mirando desde la ventana, parecía lleno de dudas. Al fin, se decidió. Les dijo que lo que había llovido no era lluvia. Que esa agua era transportada. Él, entre las sombras —con sus ojos que algún día se harían polvo y ceniza— había visto cómo llegaban decenas de aves gigantescas, cada una con un balde entre las garras. A un tiempo, dejaban caer su contenido. Y después regresaban a llenarlos. Él no lo había dicho antes, porque no estaba muy seguro. Seguro de que no era lluvia, sí. - Seguro de que había sido transportada por aire, también. En cambio, no podía asegurar que fuesen aves. Á veces, no tenían paciencia de aves. Parecían, más bien Los que Sabemos. Él no pudo distinguir —¡la noche estaba tan oscura!— si tenían colas y cuernos —¡Dios nos libre de los siete mil cachos! —, aunque sí podía jurar que vio | las alas, los baldes y el agua. Y, también, que echaban fuego por los ojos. Pero, ¿no hay aves que

echan fuego por los ojos? ¿O serían murciélagos? Sus palabras fueron recibidas como la verdadera explicación. Don Chalena, ¿no era Socio de El Socio? ¿No le estaba prestando ayuda todo el tiempo? Lo único que necesitaban saber ahora era el uso que Los Socios —¿eran Socios, no?— iban a hacer del agua recogida. Florecian en conjeturas, cuando llegaron varios santoronteños. Unos venían de dentro de la montaña, donde habían ido a buscar su pipa de agua. La traían vacía, Afirmaron que, inesperadamente, la noche anterior se había secado el pozo. Otros venían de Balumba, la isla del Brujo Bulu-Bulu. Asimismo, traían la pipa sin agua. Allí también había amanecido seco el pozo. Al oir a los recién llegados, se miraron con un miedo creciente. ¿Se habría secado también el pozo —aunque era de agua salobre— de la chacra de los Quindales?

CAP. VIII

Espiral de hielo y sangre. ¿Era de noche? La Luna extendía sus garras de alambre. Las veía a través de las cañas-bravas. Olor dulzón de muerte. Hilos de sangre detenidos. Guirnaldas de músculos rotos. Cansancio. Deseo de dormir. De seguir durmiendo. Para siempre, Dolor de mil dientes clavados en su cuerpo. Sobre todo, en medio de sus piernas. Uñas de gato verde en los ojos. Ver o no ver. Verse a sí misma. Desnuda. Con zigzag de ropas destrozadas. Los ojos. Los dientes. Las manos. Las manos —mariposas de fuego— revoloteándole. Verlo encima. No verlo. No ver nada. Y sentirlo. Seguir sintiéndolo. ¿Sueño? Verlo. ¿Verlo? ¡El Malo! ¿Era el Malo? No. El hijo de El Malo. Le bailaba —acostado— encima de ella. ¿Sueño? ¿Aún sueño? ¿Y el dolor? ¿Y las llamas dentro de ella? ¿Incendio? ¿Incendio que comenzaba en lo más íntimo? Allí. Hundiéndosele. Barreta. ¿De hierro? ¿De fuego? ¿De carne? Hundiéndosele. El, bailando —acostado— encima de ella. Irse. Irse en el aire. En las lágrimas. En la muerte. ¿Llorar? ¿Gritar? ¿Defenderse? Olor dulzón de vísceras multiplicadas en fragmentos. De intestinos desparramados. De calaveras insinuándose en prematuras carcajadas. Amasijos verdes, Rojos. Cafés. Negros. Los cabellos volátiles. El espasmo en las manos. La barreta clavándosele, Abriéndole la carne. La barreta hecha de agujas. De agujas hirvientes. Estriándola. Él bailando —acostado— encima de ella. Ella, pasiva. Ella, madera. Ella, barro, Quieta. Muda. Sin carne. Sin nervios. Sin lágrimas. Sin

sangre. Sin ver. Sin oír. ¿Sueño? Nada. Silencio, Abanico invisible soplándola de negaciones. Creciente silencio. Barro dormido. Barro muerto. ¿Se fue él? Perseguirlo. Las armas. Buscarlo. Despedazarlo. Hacerlo humo. ¿Humo, él? Humo. Humo. Humo.

Levantóse. Tambaleante. Avanzó. Pisó, sin darse cuenta, la masa amorfa de los muertos. Los dos muertos. Los dos Viejos muertos. Su Vieja y su Viejo muertos. Se miró de ellos. Respiró de ellos. Se untó de ellos. Se inundó de ellos. Sin darse cuenta. Sin verlos. Humo. Hacerlo humo. Bajó las escaleras. Masticó el aire nuevo. ¿Andaba? ¿Volaba? ¿Reptaba? Mil lenguas de la tierra. Lamiéndola. Acariciándola. Renovándola. Mil dedos verdes. Hurgándola. Pinchándola. Humo. Hacerlo Humo. “¡Clotilde!” ¿Quién? ¿Dónde? “¡Clotilde!” Regresó los ojos. ¿O los tenía en la nuca? Miró. Un caimán. Fuera del agua. Avanzando. Gesto de cobre y marfil. “¡Clotilde!” Acercándose. Otra voz. Voz roji-blanca-negra. “¡Clotilde!” Un tigre. Brotando de la jaula verde. Del viento verde. Otros gritos. “¡Clotilde! ¡Clotilde! ¡Clotilde!” Varios monos. Sepias de vellos. Trapecios casi humanos colgados del deseo. “¡No!” Ya no gritos. Alaridos. Tres Tin-Tines. “¡Clotilde! ¡Clotilde! ¡Clotilde!” Dos cabezas cada uno: cabeza y bálano. Seis cabezas: bálano y cabeza. “¡No! ¡Ya no!” Todos queriendo bailarle encima. No clavarle las garras y los dientes. No devorarla. Bailarle. Sólo bailarle encima. No clavarle las garras y los dientes. No devorarla. Bailarle. Sólo bailarle encima. Acostados. Bailarle. Bailarle acostados encima. ¿Un murciélago? ¿Un Coludo? ¿Muchos Coludos? El Coludo, ¿es uno y muchos? “¡No! ¡No!” Humo. Hacerlo humo, Correr. De la selva zoomórfica a la selva vegetal. Al corazón verde de la selva. Entre los dientes verdes de las hojas. ¿Los árboles? ¿También los árboles? Todo y todos queriendo —acostados— bailarle encima. Todo y todos sexos de colores. Sexo-caimán. Sexo-tigre. Sexo-mono. Sexo-Tin-Tín. Sexo-árbol. Lluvia de sexos. Cayéndole encima, De todas partes. A cada instante. Huir. ¿Dónde? La alcanzarían. La estaban alcanzando. Se le echaban encima. Acostados. “¡Clotilde!” Los sexos guirnalda. “¡Clotilde!” Los sexos tejido. “¡Clotilde!” La cárcel de sexos. ¿Dónde ir? ¿Cómo ir? ¿Cuándo ir? Imposible. La seguían. La estaban siguiendo. La seguirían. Cien caimanes. Cien tigres. Cien monos. Cien Tin-Tines. Cien murciélagos. Cien árboles. Se le echaban encima —acostados—. Se trepaban sobre ella. Le bailaban encima —acostados— uno tras otro. ¿Hasta cuándo? “Clotilde. ¡Clotilde! ¡Clotilde!” Mejor regresar a la casa. ¿A cuál casa? No. Mejor buscar refugio en San. Santo, Santoron. Santorontón.

En Santorontón. Vengarse. Un solo pensamiento. Una sola órbita. Vengarse. De todos. De todos los hombres. Todos son El Malo, El Malo está en todos los hombres. El Malo es todos los hombres. En la orilla. En la noche. Siempre en la noche. En las cantinas. Esperar a los hombres. A los hombres que salen —alcohol en las venas, oleaje en la mente—., Esperarlos al pie de los caminos de vidrio. Llevarlos —uno por uno— a los sitios oscuros. Más oscuros. Allí ofrecerse al Hombre-Malo —o Malo-Hombre— en turno.

—Pero si eres una muchachita, Clotilde.

—Pruébame.

—Pero si aún no tienes ni tetas, Clotilde.

—Pruébame.

—Pero si estás seca canoa de montaña.

—Pruébame.

—Pero si no has de saber ni menearte,

—Pruébame.

—Te vas a quebrar olla de barro, Clotilde.

—Pruébame.

—¿Y si llega a oídos, de don Atanasio?

—El ya no oye nada.

—¿O de doña Eduva?

—¿O de Chepa?

—¡Qué importa!

¿Qué iba a hacer el Hombre? ¿Qué iba a hacer? El alcohol le crepitaba en los ojos, las manos y la boca. Tocándola le crepitaron otras partes del cuerpo. No necesitó tumbarla. Ni hacer el menor esfuerzo. Ella cayó primero. Se abrió papaya caída. Él le bailó —acostándosele encima— como El Otro. Más bien, como El Hijo de El Otro. ¿No está él en todos los hombres? ¿Todos los hombres no son él? Cuando el baile acostado terminó —y el Hombre quedó por: un instante perdido en el vacio— ella actuó en forma extraña. Un puñal relampaguéo en su diestra. Pasó ambas manos por debajo del encimado. Y, antes de que él tuviera tiempo de advertirlo, de un solo tajo, le guillotinó los testículos. El agredido quiso actuar. Envuelto en ráfagas de dolor y rabia, mugió, desesperado. Reaccionó. En autobaño rojo se puso en pie. “¡Maldita! ¡Me jodiste!” Trató de asirla. De los cabellos. De los brazos. De las piernas. “¡Maldita!” Imposible asirla. Ella —saltando como venado— se vistió de sombras. Con su trofeo en alto, Hacia la selva. Ante el carrusel de los verdes ojos atónitos. Ya no la perseguían ni la fauna ni la flora enfermos de libido. Antes bien, le abrían paso. La radioscopiaban de lo alto de las ramas. A través del millón de cruces de los brusqueros. En el zigzag de las escamas reptantes sobre el suelo. Ella ambulaba entre nubes violetas. Con el trofeo en alto. Todos le abrían paso. En el largo camino peripatético a su cueva. Vivía en una cueva. Desde aquella noche —la noche en que El hijo de El Coludo taladró su flor más honda— vivía en una cueva. Cuando llegó, tomó el trofeo. Le atravesó un bejuco. Lo colgó en una de las salientes de piedra.

Tras el primer trofeo vinieron otros. Otros. Otros. Muchos otros. Al correrse la voz por los contornos, los hombres ya no quisieron andar solos. Evitaron las horas nocturnas. Los sitios solitarios. Las tinieblas. Como muchos no conocían a Clotilde, no pudieron dar sus señas - justas. Los que la conocían, en cambio, se avergonzaban de haberse trepado en una niña. De tal modo que pronto la imaginación y la leyenda tejieron sus atarrayas de espuma. Una espuma que, como las pitahayas, tenía varias formas y colores. Para unos, era una mujer enorme. De cabellos hechos de ramazones de ébano. Ojos semillas de jaboncillo. Labios absorbentes. Para otros, por el contrario, ca una hembra pequeña. Cabellos de erizo. Ojos melados. Boca de nieve. Todos, eso sí, coincidían en que tenía senos de mate. Duros. Erectos. Y caderas ondulantes de batea. Andaba desnuda. Atraía vivo imán de carne. Al hablarles y tocarlos, perdían la voluntad. Tenían que entregarse —acostados— a la balumosa danza absurda. a o no, la montaban. Se restregaban con ella. No había modo de escaparse. Al final —cuando menos lo acordaban— el tajo demoniaco. Sus partes viriles perdidas para siempre. La fuga súbita de la Mujer Verdugo. ¿Sería La Mala? ¿O era El que Sabemos que ahora tomaba formas de mujer para perderlos? Los que no sabían que se trataba de Clotilde preguntaban si. sería - alguna de las hijas de los Viejos Quindales. Desde que asesinaron a sus padres, habían desaparecido. Claro que también había desaparecido Candelario Mariscal. ¿No andaría éste metiendo la cola —porque había de tener cola— en todo aquello? Los que sabían que era Clotilde, se hacían los chanchos rengos y callaban. O, por el contrario, aumentaban las dudas de los otros. De tal modo que los hombres seguían cayendo entre las piernas de Clotilde. Como se había establecido, pagaban su tributo en carne propia. Ahora, casi siempre, eran fuereños. - Que iban a comprarle algo a Chalena. A realizar algún negocio a Santorontón. O, simplemente, de paso. Hacia - la Gran ciudad que anidaba en la cuna del Golfo. Allá donde dos ríos, con su muerte, dan nacimiento al Gran Río de melena y barbas blancas. O hacia los horizontes verde-violeta-grises del océano. Donde las velas se hunden capirotes difumándose. Algunos eran advertidos. Se les hablaba de la hembra misteriosa —la imaginación y la leyenda continuaban al garete— cambiante,

como si fueran muchas hembras. Que tenía un sexo insaciable —¿cómo iba a no serlo, si era de varias hembras superpuestas? —. Un sexo enroscante. Anfibio. Un sexo que poseía dientes café-azules. Dientes que mordían, como muerden los perros a la luna reflejada sobre el agua. Que producían un rosario de estremecimientos imposibles de contar. Estar con ella era estar con una mujer del otro mundo. Pero, eso se pagaba. Tenía un precio. Dejar las partes viriles en manos de ella. Ya no poder estar con otra. Pocas veces esto detenía al advertido, Por el contrario, consistía un fuerte estímulo. Además, en el fondo cada quien alentaba una esperanza. ¿Y si con él era distinto? ¿Si ella respondía a las caricias con caricias que la hicieran inofensiva? ¿Si lo dejaba ileso y, más aún, si ella se convertía, en adelante, en una mujer como todas las mujeres? Vano empeño. Nada ni nadie —según parecia— conseguiría cambiarla. Pasaban los días, las semanas y los meses. ¡Y Clotilde continuaba con sus tajos criminales! Protegida por las muecas sinuosas de la oscuridad, se hundía cotidianamente en la montaña. A medida que se iba aproximando al refugio. de su cueva los tremendos olores le clavaban sus mordeduras amarillas. Cuando ya estaba dentro —con su trofeo en alto, como siempre— lo primero que hacía era mirar en torno suyo. Colgados de las salientes pétreas —absurdos chinescos— estaban los atributos varoniles. Satisfecha, guindaba el más reciente entre los otros. Sensaciones de triunfo y de dicha empezaban a invadirla. A veces, le crecía la exaltación y la alegría. Sus ojos se vestían con cenefas de cuchillos de colores. Cien trompos resonantes daban vueltas en su mente. Sus manos se extendían arañas vegetales. Flores mullidas empuñaban los sexos mutilados. Se vestía con ellos. Tarareaba melodías. Popurrí de extrañas melodías. Y al compás de sus notas enredadas —caliente miel de moquiñañas— daba pasos absurdos de un baile sicalíptico. El cansancio —-físico y mental— acababa por vencerla. Se acostaba. Dormía, Arropada por aquellos sexos en pedazos. Al despertar y ver el espectáculo macabro, sentíase inefable. Su venganza continuaba. ¡Su venganza! ¡Venganza de El Maligno! ¡De El Hijo de El Maligno! Y de todos los hombres. Porque El Maligno está en todos los hombres. Sobre todo, en el sexo de todos los hombres. De pronto, le crepitó una campana en los oídos: “No es por venganza.” “¿Ah, no?” “Es por la salvación de las mujeres. De todas las mujeres. Para que los hombres no tengan con qué causarles daño.”

Los santoronteños —los que estaban enteros y los que va no lo estaban se vieron en el caso de “tomar medidas”. Si dependiera sólo de su voluntad tal vez no lo hubieran hecho nunca. Pero había surgido el problema de las santoronteñas. ¿Qué pretextos podrían «darles para eludir el cumplimiento de sus deberes conyugales? ¿Cómo iban a exhibir el ridiculo muñón que habíales quedado en el lugar donde antes se erectaba su instrumento? No tuvieron más remedio que confesar las peripecias de la trágica aventura. Al saberlo, las mujeres se esponjaron de histerismo. Lo que más las contrarió fue que se tratara .de Clotilde. ¿Asi que el cuajo aquél que no aplastaba ni un molusco cea causante de todos los problemas y desdichas? Para algunos —los incompletos— ya era tarde. En cambio, los otros estaban a punto de salvarse. Cada una de las. mujeres, por lo mismo, exigió al hombre suyo que se uniera con los otros. Y que hicieran algo. Sus maridos tuvieron, al final, que decidirse. Se reunieron. Lo primero, desde luego, fue aclarar que era Clotilde. Les costó mucho trabajo convencer a los incrédulos.

—No puede ser. Es una chiquilla. No tiene carnes ni para un tamal.

—¡Ahí verás lo que son las cosas, pues!

—Me creo que no ha de ser ella,

—¿Ah, no?

—Ha de ser El que Sabemos. Tal vez ella lo tiene entre pecho y espalda.

—Puede ser, Entonces, ¿qué podemos hacer?

—Lo primero, contarle todo al Padre Cándido.

—¿No lo sabrá ya?

—Tal vez. Se lo contamos de todos modos. Á ver qué le parece.

Como lo pensaron, lo hicieron. En tropel, llegaron hasta la puerta de la iglesia. Mejor dicho, de lo que quedaba de la iglesia. Tocaron. Salió el Cura.

—¿Qué desean?

En pocas palabras lo explicaron. Al principio, no podía creerlo.

— ¿Están seguros?

—Segurísimos, Padre.

Como en su rostro aún parecía quedar la duda, uno de ellos insinuó:

—¿Quiere mirarnos, Padre?

—No. No es preciso. Les creo. Esperen un momento.

Entró a la iglesia, Se acercó al Camarada de la Cruz.

— ¿Oíste?

Jesús volvió el rostro, disgustado.

—Si no tuvieran la mente tan sucia no lo estarían lamentando.

—La carne es frágil.

—Sí. Eso sí,

—Y debes perdonar, ¿no?

—Es cierto. Sobre todo, sabiéndolos tan brutos.

—Me alegro que así pienses, porque voy a proponerte…

—No me vas a pedir que intervenga en un asunto de esta clase, ¿verdad?

—¿Tú qué crees?

—Ya hice demasiado con oírte.

—¿No eres el Hijo de Dios? ¿No estás en este Mundo para ayudarnos?

—Está bien. Está bien.

Y elevando los ojos al cielo, clamó:

—Padre: ¿Por qué no me bajas ya para siempre de esta Cruz?

Fue Cándido quien lo bajó con Cruz y todo, de la nueva mesa que le había conseguido. Lo cargó. Lo llevó hasta la puerta. Allí, se dirigió a los santoronteños.

—¡Vamos!

—¿A dónde, Padre?

—A buscar a Clotilde.

—Como usted mande, señor Cura.

—Como usted mande.

—Como usted mande.

Se adelantaron algunos de los jóvenes.

—¿Le ayudamos?

—No sería malo. Esta Cruz cada día está más pesada.

Cristo susurró de modo que sólo él pudiera oírlo.

— Acuérdate que yo la cargué hasta el Gólgota.

Masculló:

—Sí. Pero la Cruz. Solamente la Cruz. Ahora, de yapa te cargamos a ti, que estás clavado en ella.

En el camino se les fueron uniendo las mujeres. La extraña procesión encabezada por el Cura con el Cristo a cuestas —ayudado esta vez por cuatro jóvenes— empezó a guiarse por las huellas de Clotilde. Lo curioso es que eran huellas no marcadas en el piso. Antes bien, parecían eludirlo. Eran huellas abiertas en las frondas. Yerbajos pisados. Matorrales rasgados. Ramas heridas. ¿Estaría sola? ¿Eran varias mujeres? ¿Por lo menos, se hallaba con la Chepa? Pronto lo sabrían. El ruido de sus pasos. Los golpes de machete o de hacha con que a veces abrían espacio para el paso de la Cruz. Las mil voces de la selva anunciando la llegada del tropel de gente. Todo ello hacía más impresionante el silencio de los hombres. La mayoría de éstos se hacía cruces. Imaginaban el viaje de la chica delgaducha por las noches. ¿Cómo podía atravesar el monstruo verde enmarañado? ¿No tenía miedo de los colmillos o garras tendidos a su paso? ¿Cómo se orientaba en la algarabía de las tinieblas? Sí. Cada vez tenían mayor seguridad: El Coludo estaba en ella. La dominaba. Debía obedecerlo. Como si le hubiera picoteado los ojos y sembrado de niebla los oídos. ¡Quién sabe si estaba protegida —por El Mismo— contra todo! ¡No podía ser de otra manera!

Cuando llegaron a la cueva —envueltos en el nauseabundo poncho glauco— no había nada ni nadie. Clotilde —o quien fuera— y los atributos viriles ya no estaban. Se diría que la cueva los estaba digiriendo —o ya los había digerido— en sus torvos intestinos minerales.

CAP. IX

CANDELARIO MariscaL se levantó en armas del modo más sui géneris. Supuso que hasta su padrino intervendría después de lo que les hizo a los Quindales. Su borrachera —de despecho, sexo y aguardiente— jamás sería un atenuante. Por lo mismo, trató de sembrar distancias entre Santorontón y su persona. Aprovechó para ello una de las canoas veloces que llevaban la pesca a la ciudad. Los pescadores habían tapado el estero de Los Nigüitos. La marca estaba ya vaciando. Muy pronto, plata viva, las escamas se acumularían al pie de las estacas. La canoa se acercaría. En un santiamén la llenarían de peces. El fugitivo no les dejó tiempo. Se aproximó —caimán—nadando hasta la proa. Los remeros dormían. Eran dos. Sin duda, esperaban que los pescadores los llamaran en el justo instante. Candelario —hombre— subió a la embarcación, Uno de los remeros despertó.

—¿Ya es hora?

—¡Shisss! ¡Cállate!

Al reconocer a Candelario, se asustó:

—¡Don Mariscal!

—El mismo. Y apúrate, ¡Nos largamos!

—¿A dónde?

—Donde me dé la gana.

—¿Y el pescado?

—¡Apúrate!

Al decirlo, su machete sonó de muerte. El otro remero despertó.

—¿Qué pasa? Su compañero explicó: —Don Mariscal quiere que nos larguemos con él.

—¿Para dónde?

—¡A cualquier parte! ¡Lo más lejos de aquí! ¡En seguida!

El otro lo miró, de reojo. Burlón.

—¡No sea malo!

El machete de Candelario cobró vida. De un brinco, se le hundió en la cabeza. No explosionó ni un quejido. Cayó piedra en pozo. El agresor se volvió al sobreviviente.

—¿Yh? ¿Qué dices?

—Lo que mande, Don.

--- ¡Qué bueno! Lo primero, ayúdame a botarlo.

Entre los dos cargaron al difunto. Lo lanzaron al agua. Se escuchó un chapoleo que hirvió de escamas y burbujas la tersa superficie. Después, nada. El Ahijado del Cura volvió a ordenar:

—Ahora sí, ¡a tragar viento!

Cada uno empuñó el canalete. Lo clavó, apuñalando el agua. La canoa dio un salto. Se bigoteó de espuma. Pareció levantarse de ese lado. Y después se lanzó —arpón gigante— en el vientre de tinieblas.

Al amanecer, ya se encontraban lejos. Ninguno había dormido. No habían cesado de remar. El remero parecía muerto de cansancio. Se detuvo por un momento. Estiró los brazos. Su torso desnudo tronco de mangle sudoroso se templó. La voz del Fugitivo sonó, airada:

—¿Y ahora qué garrapata te picó los güevos?

—Ninguna, don Mariscal.

—¿Y entonces?

—Estaba tomado un poco de aire.

—No tomes nada hasta que te lo mande.

—Está bien, don Mariscal.

—Si no, ¡dejarás de tomarlo para siempre!

—Si, don Mariscal.

—Y deja de llamarme Don. De aquí en adelante soy Coronel. El Coronel Candelario Mariscal.

—Sí, mi Coronel.

Sin más ni más, volvió a empuñar el canalete, Bogaron al unisono, como fue desde el principio. El remero en el banco del centro. Candelario en la popa, manteniendo el rumbo, Continuaron en silencio un rato más. Sin descansar, ni rebajar el ímpetu de los nervudos canaletes. El Coronel rompió el silencio.

—¿Cómo te llamas?

—Nicasio Canchona. Me dicen el Tuerto. El Tuerto Canchona.

Al decirlo, regresó la cara. En verdad, le faltaba el ojo izquierdo. Sin dejar de bogar, Candelario ordenó.

—Desde hoy dejarás de ser el Tuerto Canchona. Serás Capitán. El Capitán Canchona.

—Sí, mi Coronel.

Después de un rato de silencio, el flamante Capitán se atrevió a preguntar:

—Mi Coronel.

—Dí.

—¿Ya puede decirme dónde vamos?

—Te lo dije antes.

—Ah. Es cierto, Coronel.

—Además. No te importa a vos.

—Claro, Coronel.

Sintió hambre.

—¿Traes algo de comer?

—No, mi Coronel.

—Descansemos, entonces.

—Si, Coronel.

Pusieron los canaletes en el plan de la canoa.

—¿Tampoco tienes con Ade pescar?

—Tampoco.

—¡Me lo suponía, carajo! Y entonces, ¿qué tienes?

—Nada, mi Coronel.

Trató de explicar:

—No somos pescadores. Somos bogas, no más.

—¡Ah! ¡Es verdad!

Hizo una pausa. Continuó:

—Veremos si las lisas pican.

Canchona lo miró, asombrado.

— ¿Trae anzuelo?

—No.

—¿Y carnada?

—¿De dónde voy a traerla?

—¿Y de ahí? ¿Cómo van a picar?

—Veremos si pican con nada.

— ¡Ahhh!

El Capitán Canchona vio que su jefe metía las manos en el agua. Empezó a agitarlas. Igual que el chapoleo de unas chaparras. ¿Estaría en sus cinco? ¿Pescar lisas de día, sin atarraya? Si por lo menos, tuviera bajío. Porque lisas... ¡ni con anzuelo! Las condenadas no pican. Así se les ponga la carnada que se les ponga. ¡Y querer hacerlo con las manos! No acaba de pensarlo, cuando vio que un cardumen de lisas se acercaba. Eran centenas. Parecían campanitas de plata arrastradas por un bufeo maniático. En autoselección empezaron a agruparse las mayores. Ni de noche, a la luz de un candil, encandiladas, había mirado tantas. Alas de atarraya atarrayán atarrayando. Candil candilón encandilando. Y ahora bajo el sol solán solando. Pasaban como flechas horadando las aguas en varias direcciones. Por si fuera poco, estaban en el Río. El Río Grande. El Río Viejo. “El Patriarca Barbudo.” El Río de rostro gris-verdoso y barbas blancas. Y las lisas son peces de esterones. De los recovecos manglerunos. No salía de su asombro. Las mayores lisas cabezonas agrupadas, se acercaron a las manos del Jefe. Su velocidad disminuía. Al fin, se detuvieron. El Coronel fue recogiéndolas. Arrojándolas al plan de la canoa. Cuando creyó que tenía suficientes, les habló a las que esperaban.

—Bueno. Ahora, sí. ¡Lárguense!

Las lisas parecieron revivir. Reaccionaron. Agitaron sus aletas y colas. Se incorporaron al cardumen. Y con la misma velocidad que habían llegado, se marcharon. Canchona principiaba a tener miedo. O, mejor dicho, tenía más miedo aún. Ese hombre no era un hombre. Por lo menos, cuanto hacía no podría realizarlo ningún hombre. ¿Sería acaso verdad que era El Hijo de El Coludo? Aunque él no era muy creyente, habría querido santiguarse, No lo hizo. ¿Qué se ganaría? Por el momento, esperaría una ocasión propicia para huir. Porque la compañía del Coronel Candelario Mariscal no resultaba nada buena. ¿El mentado le estaba leyendo el pensamiento? ¡Quién sabe! Había sonreído como sonríen los caimanes en las tembladeras. Le había hablado de “usted”.

—Quiero advertirle una cosa, Capitán Canchona,

Él, también, se esforzó en sonreír.

—Dígame, Coronel.

Lo tuteó, de nuevo.

—A mí no pienses en caracolearme.

—No diga eso, Coronel,

—Conmigo te jodiste. ¡Ya no podrás soltarte nunca! ¡A menos que yo quiera!

Su fiera sonrisa caimanesca se acentuó,

—Es como si te llevara encadenado de los güevos.

El Tuerto se estremeció. Con todo, no quiso dar laquilla.

—Lo que ha de ser, ha de ser no más, Coronel.

En el fogoncito para hacer humo de comején y espantar la plaga, ahumaron las lisas. Después que terminaron de comerlas, reiniciaron el viaje.

Las olas bravas del Golfo los sacudían venado arisco sobre carbón azul ardiendo en blanco. El Sol parecía bañar las dos orillas con aguaceros de oro. Pronto escondería su testa temblorosa detrás del horizonte. Una balandra cercenaba las distancias con sus velas, confluir de machetes empuñados por el Río.

—¿Ya sabes dónde vamos?

—No, Coronel.

Señaló la chata embarcación, que parecía detenida.

—¡Allá!

No quiso preguntar por qué ni para qué. ¿Es que necesitaba preguntar? ¿No estaba conociendo más y más al Coronel? ¿No parecían florecerle las aviesas intenciones en los menudos ojillos? Asintió:

—¡Ajá!

—Pronto cambiará la marea. Tendrá que fondear cerca de la boca del estero de El Muerto. ¡Ahí llegaremos nosotros!

—Sí, Coronel.

Poco después, las sombras maduraron. La marca se detuvo. Cerca de la orilla, clavó su ancla la balandra. El Coronel recomendó:

—Pase lo que pase. Veas lo que veas. Oigas lo que oigas, ¡no recules!

—No, mi Coronel.

—Aunque a veces no lo entiendas.

—Claro, mi Coronel.

—Lo único que tienes que hacer es obedecerme.

—Si, mi Coronel.

Sin agregar eres Candelario Mariscal se arrojó al agua. Apenas la tocó, caimán. Regresó la cabeza. Ya verde. Trompuda. Horrible. Se abrieron sus fauces colmillos colmilludas calmillonarias. Espantosas.

— ¡Súbete en mi espalda!

El Tuerto tartamudeó:

—¿Qué? ¿Qué dice?

—Lo que oíste. ¡Apúrate!

A punto de empapar de puro miedo el taparrabo con sus heces. Se levantó. Temblando. ¿Lo haría? ¿No lo haría? Si quedaba a bordo, lo probable es que ya no lo contara. El Coronel le quitaría la vida, como hizo con el otro. Sin un asco. Además, ¿realmente podía hacer su voluntad? ¿No sufría la impresión —aun antes de que se lo hubiera dicho— de que lo tenía encadenado de los güevos? El caimán-caimán. Caimán-caimanoso. Caimanó de nuevo:

—¿Vienes o no?

—¡Voy, mi Coronel!

Saltó en el agua. Subió en el lomo del enorme saurio. Sólo allí se dio cuenta de que éste llevaba un machete entre las fauces. Sin saber por qué, esto le dio ánimo.

---¿Y la canoa?

—La dejamos.

—Pero…

—No seas pendejo, Canchona. Conmigo te van a sobrar balandras, canoas y lo que quieras.

—Sí, mi Coronel.

Dio una última mirada a la pequeña embarcación. Despues miró adelante. La rapidez con que nadaba el saurio hizo que se le prendiera de las salientes de piel, casi minerales. El casco de la balandra parecía ir creciendo. Ya estaban a su lado. Ya estaba nadando cerca del Coronel Mariscal. Ya tenía éste características humanas. Ya empezaban a subir por la cadena que amarraba la proa al botalón. El Tuerto vaciló de nuevo. ¿Y si gritaba? ¿Y si les avisaba a los marinos? ¿Si les contaba quién era el Coronel y a lo que iba? Tal vez, sólo al mencoinar su nombre, los otros ya sabrían a qué atenerse. Se contuvo. ¿Sacaría algo con eso? ¿Podrían vencerlo? ¿Se sustraerían al poder oculto que parecía tener el huyilón? Porque eso no se lo quitaba nadie. El Coronel quería tragarse el aire, porque huía. Y sin duda sería muy grave la causa de su huída. ¿No había matado, sin vacilar un solo instante, a su compañero? ¿No lo había hecho porque no se decidió pronto a obedecerlo? Y era un mandón. Era la verdad. El mismo, ¿se escaparía de aquella cadena invisible que lo tenía aprisionado? Para convencerse, una vez más, intentó retroceder. Al instante, sintió un sacudón en los testículos. Era cierto, pues. Lo tenía agarrado del más delicado de sus sitios. No podía hacer nada. Aunque quisiera, ¡todo era inútil! Como se había retrasado, el Coronel se volvió, susurrándole:

— ¡Carajo! ¿Vas a quedarte allí, pegado?

Nuevamente sintió el templón doloroso entre las piernas.

—Ya voy, Coronel.

Avanzó, con rapidez, no sin decirse:

—¡Ahora sí estás rejodido, Tuerto! ¡Rejodido para siempre!

La balandra sólo tenía dos tripulantes: un marinero, muy joven, y el Piloto. Estaban comiendo, cuando los asaltantes asomaron por la proa. El Piloto, a pesar de que se extrañó de no haber escuchado ningún ruido desde el opus, no quiso demostrar temor. Se puso en pie, de un salto,

—¡Ey! ¿Qué pasa? ¿Quiénes son ustedes?

Contestó el Tuerto:

—El Coronel Candelario Mariscal y su gente.

—¿Y qué quieren?

—Que se larguen.

Pareció no entender.

—¿Que qué?

—Que se larguen y nos dejen la balandra.

El Piloto se echó atrás. Se inclinó. Al pie del fogón había un machete cortado. Rabón. Lo empuñó.

—¡Ay, ñaño! ¡A mí no me asustan ni los vivos ni los muertos!

Candelario permaneció impasible. Simplemente, miró al Tuerto, a ver cómo se las arreglaba. Canchona aconsejó:

—¡Vea, Don! ¿Para qué le busca brasa al fuego? Es mejor que se vayan.

Esta vez, el Marinero se puso en pie Traía ya en la mano un machete puntón. Avanzó hacia el Tuerto, amenazador.

—¿Por qué, mejor, no se van ustedes?

Intervino Mariscal.

—No gaste palabras, Capitán. ¡Sáquelos!

Le tendió el machete. Al empuñarlo, Canchona tuvo una impresión desconocida. Entre el machete y él empezó a circular la misma sangre. Como si el arma tuviera vida y. no fuese sino la prolongación de su brazo. Sin embargo, no le obedecía. Paradójicamente, parecía que poseyera voluntad propia. O que estuviera obedeciendo ajenas Órdenes. Lo cierto es que empezó a remolinearle en vértigo. Miró a su Jefe. Se diría que éste alumbraba con sus ojos pequeños una sonrisa irónica. Regresó la vista a los recientes adversarios. Éstos se le echaron encima, dispuestos a liquidarlo. Vano empeño. El machete-remo. El machete-remolón. El machete-remolino. El machete-remolineante. El machete-remolinete. Remolino. Remolón. Remolineante. Remolinete. El machete. El machete era como una muralla dinámica protegiendo a Canchona. El Piloto trató de darse cuenta de la situación. De adivinar quiénes eran, de verdad, y lo que pretendían. Aminoró un poco sus ímpetus. En cambio, el Marinero hizo un esfuerzo máximo para atravesar esa muralla de acero acrobático. Todo inútil. El machete le saltó de las manos. Quiso alcanzarlo. Absurdo. El arma —súbitamente clástica, ¿de caucho, tal vez?— se le escapó varias veces, Hasta que, en arranque final, brincó la borda y cayó al mar. Furioso, quiso meter el cuerpo. Para morir antes que enfrentarse a la vergüenza. Curiosamente, el arma remolineante se dio vuelta. Y, en lugar de con el filo, empezó a darle planazos. El Piloto ordenó:

— ¡Basta!

El muchacho no le obedeció. Intentó meter los brazos, la cabeza, el cuerpo todo, entre el remolino de golpes metálicos. El Piloto se acercó. Lo tomó por un brazo.

—¡Basta, he dicho! ¿No ves que ese machete tiene alas?

Se volvió a Candelario.

—Coronel: la orilla queda lejos. Y aquí los tiburones tetean. ¿Por qué no nos bota más cerca?

—Está bien.

El Tuerto devolvió el machete al Coronel. Éste prosiguió:

Y ahora dennos algo de comida.

—Sí, Coronel.

Sentáronse al derredor del fogoncito. Empezaron a comer, De pronto, el Marinero, olvidando la prudencia, volvió a las andadas. Se lanzó contra Canchona. El Capitán, sorprendido, no pudo defenderse a tiempo. Recibió unos cuantos golpes. Fue todo. Casi instantáneamente, sin que Mariscal hiciera ni un ademán ni un gesto, el machete elástico cobró vuelo. Con un certero golpe, cercenó la oreja izquierda al agresivo.

—Es la última advertencia, muchacho. Y eso porque me has caído bien. Los tienes bien puestos. Pero la próxima vez ya no la cuentas.

Sonrió, como puede sonreír un tigre ante un tejón.

—Ya lo sabes.

El Marinero se volvió. Lo miró. Antes de que pudieran contenerlo, corrió hasta la borda. Gritó, supersticioso:

—¡Prefiero los tiburones!

Y se lanzó a la noche y al mar.

Horas después, el Coronel se confidenció con el Piloto.

— ¿Es tuya la balandra?

—Si, Coronel.

—Seguirá siendo tuya.

—Si, Coronel.

—Lo único, que harás lo que te diga. Me llevarás donde te mande. De un lado para otro. Es todo.

—Sí, Coronel.

—Claro que vas a ganar plata. Mucha plata. Toda la plata que quieras.

—Si, Coronel.

Así comenzó Candelario Mariscal la etapa marítima de sus campañas. Pronto, en el Golfo. En los brazos de mar. En el Gran Río que en él desemboca. Circularon los relatos de aventuras, hazañas y leyendas. Al trasmitirse, de boca en boca, fueron creciendo. Como crecen en los aguajes las masas líquidas que la Luna recoge en todas partes.

—Ahora, El Coronel tiene más de cien hombres.

—Más de mil.

—Y todos de bragueta. Mala-almas como él.

—Dizque están bien armados.

—Ahá. Con hachas. Machetes. Escopetas. Carabinas.

—Hasta cañones tienen.

—Y balandras.

—Más de cien balandras.

—Más de mil.

—Y anda en una que vuela.

—Todas tienen alas.

—Y los que andan con él también tienen alas,

—Alas. Cuernos. Y colas.

—Y echan fuego por todos los huecos.

—Así es. Por oídos. Ojos. Narices. Bocas.

—Y están riquísimos.

—Riquisisísimos. Todos están riquisisísimos.

—Y se comen los mejores fundillos de estos lados.

—Ya no asaltan sólo a las balandras.

—Ahá. Asaltan a las haciendas y hasta a los pueblos.

—Es que todos serán socios de El que Sabemos.

—Todititos.

—¿Será verdad de el Coronel es Hijo de Ése?

—¡Quién sabe, don!

—Así es. ¡Quién sabe!

CAP. X

Juvencio Balda despertó. Tenía el cuerpo adolorido. Una gran resequedad en la boca. Abrió los ojos. Á su lado, en el piso de caña, estaba sentada la joven.

—¡Ah! Eres tú, Clotilde.

—Sí. Soy yo. ¿Cómo te sientes?

—Muy bien.

— ¡Qué bueno!

Se incorporó un poco. Se inclinó sobre él, para mirarlo de cerca. ¡Pobre! Tenía el rostro moreteado por los múltiples golpes. Respiraba con dificultad. Su mirada era un tanto vaga. Lejana.

—Voy a traerte algo caliente.

—No te molestes.

—Regreso en seguida.

Se levantó, ágil. El doctor trató de seguirla con la vista. Al hacerlo, tropezó con el rostro del Cura, que lo observaba.

—¿De verdad está mejor?

—Sí, Padre. Aunque algo adolorido.

—Felizmente no tiene ni un hueso roto. Pero le dieron duro. ¿Fueron los hombres de Chalena?

—Si, Padre.

—¿Y por qué?

—Quieren que me vaya de Santorontón, Él. Y otros como él.

—¡Ah! ¿Entonces se va a marehar de aquí?

—Ahora, menos que nunca.

Miró al sacerdote, con agradecimiento. Agregó:

—Tengo aquí muchos amigos.

—Así es. Si no fuera por ellos, usted ya estaría en la Otra Orilla. En el País de los Calvos.

A continuación, le contó lo ocurrido con los monos. Puntualizó que Clotilde mandó a avisarle. Que, por el momento, ella lo estaba cuidando. Tenía dos noches de no dormir. Juvencio lo oyó, con atención. Asintió:

—Es una buena chica.

El Cura no quiso hacer una afirmación rotunda. Murmuró:

— Así parece.

—Ha sufrido mucho.

—Y sigue sufriendo.

En ese instante, regresó Clotilde. Traía una taza humeante en la mano izquierda. En la diestra, empuñaba una cucharilla con la que trataba de enfriar la infusión.

—Vamos a tomar esto. Para recuperar las fuerzas.

Volvió a sentarse a su lado. Él, protestó:

— ¿Para qué se molestó?

—No es ninguna molestia. Y le va a caer muy bien. Ya verá.

Con el brazo izquierdo le levantó un poco la espalda. Él, se irguió un tanto. Cucharada por cucharada —que ella le dio en la boca— empezó a beber. Sea porque así resultaba más cómodo. O porque le faltaban las fuerzas para mantener alzada la cabeza, lo cierto es que la apoyó en el hombro de Clotilde. A ésta le entró una desazón repentina. Sintió el impulso oscuro de apretarlo contra su pecho. De decirle palabras nuevas, que ella no conocía bien. Pudieran ser aquellas con las que las madres arrullan a sus hijos. Le dio miedo. ¿Cómo

podía pensar eso? ¿Con qué derecho? ¿Con qué ilusión? ¿Por qué y para qué? Le dio la última cucharada. Hizo un gran esfuerzo para no Morar. Para no salir corriendo. Para no desaparecer para siempre de su lado. Se contuvo. Puso la taza en el suelo. Y, con delicadeza, lo ayudó a recostarse de nuevo.

Juvencio la miró con simpatía.

—Gracias, Clotilde. Muchas gracias.

El Padre Cándido, que observaba la escena, sugirió:

—Debieras acostarte, hija.

—No tengo sueño, Padre.

—Aunque no duermas. Por lo menos, debes descansar. No busques una enfermedad.

—Es que...

—Es lo mejor. Yo cuidaré a Juvencio.

—Está bien, Padre.

El Cura la vio marcharse. ¡Qué curioso! En el tiempo transcurrido desde el asesinato de sus padres, se había transformado. Sobre todo, desde que volvió de la ciudad. Había crecido. Su aspecto y su manera de ser ya no eran los de una niña. Por el contrario, parecía una mujer de edad mayor de la que tenía. Conservaba, eso sí, aquel aire misterioso y fatal que habíale roturado la tragedia. Quizá él la había juzgado mal. ¿Sería por lo que le habían contado? ¿O sería solamente por lo que a él le había tocado ver? Sus pensamientos fueron interrumpidos por un golpe de remo fuerte, acompasado. Salió a la puerta. Se acercaba una canoa de pieza. De gran tamaño. Con toldilla de lona. La impulsaban cuatro remeros. Dos de cada lado. Su velocidad la hacía aproximarse con rapidez. Pronto pudo identificar a los que venían en ella. Estaban sentados en medio de la embarcación, en travesaños de madera. Era la plana mayor de los manda-más de Santorontón: Crisóstomo Chalena, el Padre Gaudencio, el doctor Espurio Carranza, el tendero Vigiliano Rufo, el Teniente Político Salustiano Caldera, el Jefe de la Policía Rural Rugel Banchaca y dos Rurales armados.

Cándido tuvo la impresión de que fueran desconocidos. Parecían tan diferentes a como los había visto siempre. Chalena surgía araña monstruosa tejiendo redes para aprisionar lo que tuviera a su alcance. Su rostro era pura boca. O, por lo menos, sus ojos, nariz, barba, frente y oídos semejaban sólo apéndices de esa fosa con dientes. El Padre Gaudencio se había vestido de un rojo quemado. Daba la impresión de una jaiba cocida, llena de aristas. Claro que todo en él brillaba. Todo en él olía a incienso. Sus manos se movían en remolino mínimo, como si estuvieran batiendo huevos. Pero los más cambiados eran Espurio Carranza, Vigiliano Rufo, Salustiano Caldera y Rugel Banchaca. Espurio —que además de la medicina ejercía el socorrido negocio de las Pompas Fúnebres de Santorontón— parecía un algarrobo pintado de negro. A pesar de su dulce olor a peluquería, no podía desprenderse de la fragancia que deja el trato cotidiano con los muertos. Vigiliano —con su joroba digna de mejor causa— usaba un bastón más alto que él. Por eso, casi siempre lo sostenía como si fuese un cayado. Salustiano y Rugel —cosa inusitada en ellos— venían calzados. Con unas botas de cuero de vaca curtido a la diabla. Andaban igual que si machacaran vidrios con los pies al pelo. Aunque ambos lucían sombreros de toquilla, éstos llevaban como cintillo una sarta de caracoles. Los rurales eran los únicos descalzos. Portaban, terciadas a la espalda, sendas carabinas winchester. Olían a aguardiente. Con un olor identificante. De ésos que nada ni nadie podría arrebatarles. Igual que huelen las pipas de madera donde se almacena esa escalera líquida para la fuga de uno mismo.

De improviso, se levantó la arena de la orilla. Empezó a girar con rapidez vertiginosa. La arena de la orilla. En medio de ellos. Arropándolos. Envolviéndolos. En olas ascendentes de tirabuzón de dientes, ojos, cabellos torsos, manos, pies... Poco a poco, se fue integrando, en primer plano, la figura de una víbora tricéfala. La cabeza del centro correspondía a Rugel

Banchaca. Las de los lados a los dos rurales, Atrás del ofidio de aspecto tridente, daban vueltas cinco cabezas de caimán, sin cola. Cinco Cabezas dé caimán unidas por el tronco. Cinco cabezas de caimán con dos patas. Cinco cabezas de caimán que andaban como un carrusel, girando sobre el eje de su unión.

Cinco cabezas de caimán horrible estrella viva de cinco puntas. Cinco cabezas de caimán que eran las cinco cabezas humanas: Gaudencio, Chalena, Rufo, Caldera, Carranza. Injerto de sus rasgos fisonómicos en los rasgos característicos del saurio. Pentacéfalo. Pentacéfalo caimán acercándose. Detrás de la víbora tricéfala. Al llegar al pie de la casa del Cura, volvieron a metamorfosearse. Recobraron su apariencia antropomórfica. Saludaron a Cándido respetuosamente pero con sequedad.

—Buenos días de Dios.

—Buenos días de Dios. ¿A qué debo este honor?

Chalena se volvió a Caldera. La sonrisa sapona arqueó su boca.

—Habla tú. Eres quien manda.

El Teniente Político garraspeó. Asumió un aire de importantitis aguda.

—Padre Cándido. En representación de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas de Santorontón, vengo a pedirle que me entregue al doctor Juvencio Balda.

Un gesto burlón decoró el rostro del viejo Clérigo.

—¿Se puede saber por qué?

Salustiano Caldera se volvió a los otros. Como pidiéndoles órdenes. Chalena sugirió:

—Dile de qué se trata.

—Está bien.

Se dirigió de nuevo al Padre Cándido.

—Se le acusa de haber matado al cojo Timoteo Ruales.

—¿Ah, sí? ¿Y cuándo lo mató?

—Hace dos noches.

El rostro del Clérigo se endureció. Su voz se hizo martilleante.

—¿La noche en que ustedes por poco matan al doctor Balda?

El Teniente Político miró a su derredor, para cobrar ánimo. Se enderezó. Emitió unos sonidos flautescos.,

—No sé de qué me habla, Señor Cura, Además, esto no es cosa suya. Lo único que debe hacer es entregarnos al acusado.

El Cura volvió a asumir el tono sarcástico.

—¿Es todo?

—Todo. Y mientras más pronto, mejor.

Se volvió a Banchaca.

—Cumpla usted con su deber.

A su vez, el Jefe de la Rural, se dirigió a los suyos:

—¡Vamos!

Los policías se adelantaron. Cándido se les interpuso.

—De aquí no lo sacarán.

Chalena preguntó, en eructo de inocencia.

—¿Y por qué no?

—Sus condiciones físicas no permiten moverlo.

—¿Ah, no? ¿Qué tiene?

—Bien lo sabe usted.

—¿Yo?

—Sí. Está malherido. Muy grave. Lleno de contusiones. Por los golpes que ustedes le dieron.

—¿Cómo puede decir eso, Padre Cándido?

Intervino Espurio Carranza.

—Yo, como médico, puedo examinarlo.

—¿Por qué no lo hizo antier? Tal vez no estaría como está, si usted lo hubiera atendido a tiempo. Por lo menos, no se hubiera desangrado tanto.

—No lo supe.

— ¡Mentira!

—¡Don Cándido!

—Clotilde fue a verlo, lo mismo que a Vigiliano Rufo. Ninguno quiso hacer nada por el doctor.

Sonó el acento de almíbar del Padre Gaudencio.

—Reverendo Padre Cándido.

—Siga usted, Reverendísimo.

—¿No le parece que es mejor que se cumpla la ley?

—¿Quién dice lo contrario?

—Nosotros somos religiosos. Y muestro deber es sólo salvar las almas de los fieles.

Alzó los ojos al ciclo, beatífico. Cándido entrecerró los párpados.

—Eso es lo que estoy haciendo, Padre Gaudencio. Nada más que el alma del doctor Juvencio Balda todavía está bastante pegada al cuerpo. Y me parece que nadie —mucho menos nosotros— tenemos el derecho de despegarla antes de tiempo,

Volvió a intervenir Chalena, Sin tapujos. Dueño de la autoridad que tenía la seguridad de ejercer.

—Bueno. Ya basta. De todos modos tenemos que sacar al doctorcito... Nadie, ni usted, puede impedirlo, Padre Cándido. Si estuviéramos dentro de su iglesia, tal vez sería otra cosa. Pero usted ya no tiene iglesia...

Los dos metros del Clérigo se estremecieron.

—Es cierto. Ya no tengo iglesia. Pero de aquí no sacan a Juvencio. Primero tendrían que hacerme trizas.

El Padre Gaudencio levantó sus manos implorantes. Después hizo un vago ademán con ellas. Como absolviendo a las autoridades civiles y militares de Santorontón.

—Que se haga la voluntad del Señor,

Lo mismo que si fuera una orden o una consigna, los otros avanzaron. Cándido intentó oponerse. Vano empeño. Sin ninguna consideración ni a su edad ni a sus hábitos, lo empujaron. Trataron de hacerlo a un lado. Reaccionó. Recuperó su sitio. Lo golpearon. Se defendió. Primero, simplemente tratando de cubrirse con las manos, en el afán de parar los golpes sucesivos. Éstos menudearon más aún. A despecho de su voluntad, empezaron a hacerlo retroceder. Como en sueños, escuchó la voz de Chalena.

—No vayan a darle con las carabinas.

¿Sería que las habían alzado? ¿Estaban dispuestos a golpearlo con las culatas? No pudo pensarlo ni un segundo. Los golpes eran más fuertes. No se dio cuenta bien del momento en que, por su parte, empezó a devolverlos. Como era un gigante y llevaba una vida saludable —además del ejercicio cotidiano del canalete— cada puñetazo suyo hacía tambalear al adversario en turno. Lo malo era que tenía que vérselas con varios. De tal modo que por un golpe que devolvía, recibía cinco o seis. Ya estaba medio zonzo. Lo mantenía en pie su decisión de impedir que liquidaran al doctor Juvencio Balda. Poco a poco, se estaba Apodo Tuvo la impresión de que no podría resistir mucho tiempo más. Lo probable era que dentro de breves segundos, los otros lo arrojaran al suelo. Sin sentido. Pasaran sobre él. Y se llevaran al herido. Esto sería como matarlo de una vez. ¡Quién sabe si era lo que pretendían! Un golpe en el vientre lo hizo vacilar. Un puñetazo en la oreja le convirtió en chispas el recinto. Medio entrecerró los ojos. La noche le aleteó sombras la mente. ¿Iba a caer? ¿Estaba cayendo? Sintió que no se hallaba solo. Alguien a su lado lo ayudaba. ¿Sería el Padre Gaudencio? ¿Se le habría despertado una súbita solidaridad por quien vestía hábitos análogos? No. No era Gaudencio. Oyó una voz identificante:

—¡Malditos!

— ¡Era Clotilde! ¡Qué tonta! La iban a destrozar. Lo pensó confusamente. Con la rabia y el odio que le tenían. Aprovecharían para satisfacer en ella las venganzas tenebrosas. Quiso decirle que se fuera. Que lo dejara solo. Eran cosas de hombres. Porque él, aunque no lo creyera, era Cura, pero, ¡también era hombre! ¡Muy hombre! Sabía defenderse. Podría defenderse. Y si no, ¿qué importaba? ¿No era parte de su misión luchar por las causas que pensaba justas? El precio que tuviera que pagar no estaba en juego, Cuando intentó hacerlo, apenas entreabrió los labios. No emitió ningún sonido. En tanto, los golpes seguían menudeándole. Se tambaleó, otra vez. No pudo mantener el equilibrio. Un golpe en la frente, lo derribó. Cayó, con un ruido seco saco de ostiones en su concha, Pretendió levantarse. Banchaca le dio en el mentón, con la rodilla. Cayó, de nuevo. Esta vez, sin sentido. Clotilde, por su parte, también cayó, en condiciones semejantes.

Chalena, en vista de ello, conminó:

— ¡Adentro!

Saltando por sobre los caídos, penetraron. Juvencio echado en el suelo, mirándolos, hacía vanos esfuerzos para reincorporarse. Musitó, rabioso:

—¡Canallas!

Se lanzaron contra él. Iban a cargarlo. O a arrastrarlo, Les detuvo un acento severo, que surgió a sus espaldas.

—¡Atrás!

Se volvieron asustados. Quien les daba la orden era el Cristo Quemado. Los miraba con serenidad, aunque sin despegarles la vista. Repitió:

—¡Atrás!

Los hombres, desconcertados, se miraron entre sí. Despues observaron a Jesús. Estaba clavado en el Madero, sobre una mesa rústica. Al evaluar su miseria, se recuperaron. Se envalentonaron. Chalena llevó la voz cantante.

—¿Por qué vamos a hacerle caso? Sólo es una imagen. Ni siquiera completa, desde que se quemó en la iglesia. ¿No es así, Padre Gaudencio?

Éste, dudó un poco. Miró al Mártir del Gólgota. Como estudiándolo. La verdad es que la apariencia del Cristo no lo favorecía mucho. Iba de mal en peor. Despintado. Astillado. Además de quemado. Había perdido, para colmo de desdichas, algunos de sus rasgos faciales. Lo único que se le distinguían aún con claridad eran sus numerosas llagas y la sangre que vertían. También los ojos mantenían un brillo vital. El Cura —en vista de todo ello— asintió:

—Así es, don Crisóstomo.

—Entonces, ¡adelante!

Se dirigieron, otra vez, a donde estaba Juvencio, Banchaca le tomó la cabeza; Caldera, las piernas. El herido no opuso resistencia. ¿Para qué? Cuando lo iban a levantar, oyeron, a sus espaldas un ruido seco, que los hizo volverse, otra vez. Quedaron paralizados por el miedo. El Hijo de María se había desclavado de la Cruz. Había bajado de la Cruz. Sostenía la Cruz con ambas manos. Levantaba la Cruz en esfuerzo increíble. Mazo descomunal la Cruz. Alzada sobre sus cabezas la Cruz. La Cruz ciclópea. La Cruz punitiva. La Cruz arma. Amenazadora. Implacable.

Impulsados, al parecer, por una fuerza invencible, cayeron de rodillas. Chalena, sin levantarse, repuesto un tanto del miedo, arguyó:

—Sólo venimos a cumplir la Ley.

Sin bajar la Cruz. Sin alterar su tono, Cristo lo fulminó con la mirada:

—¡Cállate, malvado!

El Padre Gaudencio, a su vez, se recuperó, Creyó de. su deber florecer un latinazgo:

—Adhuc sub judice lis est.

Cristo se alteró un tanto. Los ojos parecieron encendérsele. Su voz se puso ligeramente ronca.

—Vade retro, Satán!

Y al resto, amagándolos con la Cruz.

—Ahora, ¡largo de aquí!

Sin esperar más conminatorias y sin agregar palabra, se pusieron en pie. Corrieron. Al último, el Padre Gaudencio, recogiéndose la sotana con ambas manos. No cesaba de gritar:

—¡Espérenme! ¡No sean malos! ¡Espérenme!

En un santiamén, subieron a la canoa de pieza. Los cuatro remeros empezaron a mover los largos palos. Los hundieron en el agua, a gran rapidez. Parecieron motorizados. La canoa saltó sobre las aguas lisa cabezona.

El primero en abrir el ojo —el que le habían dejado en buenas condiciones— fue Cándido. Se incorporó. Hizo un leve gesto de dolor. Estaba molido a golpes. Con todo, pudo ver a su derredor. Clotilde aún estaba sin sentido. Juvencio se había incorporado un tanto, al advertir que volvía en sí. Allá arriba —clavado de nuevo en la Cruz— Cristo lo observaba, con afectuosa sonrisa.

—Viejo: por poco no lo cuentas.

El Clérigo expresó algo de resentimiento.

—¡Claro! La amistad ya no vale para nada. Aunque lo vean morir a uno, los camaradas se cruzan de brazos y lo abandonan a su suerte.

Juvencio —haciendo un esfuerzo— aclaró:

—No sea injusto, Padre Cándido. Si estamos vivos, se lo debemos a Él.

El Cura quedó dudando. ¿Qué habría pasado, en realidad?

CAP. XI

Cuando el Coronel Candelario Mariscal se alzó en armas en tierra firme floreció la sangre en los cuatro horizontes. Era una guerra sin cuartel, Sin discriminación. “Todos son mis enemigos”, afirmaba. Como a tales trataba a cuantos encontraba en su camino. Lo mismo si era de apoyar una montonera y una revolución; una contienda civil o una internacional. “De un lado estamos nosotros, Capitán Canchona; del otro, los demás.” En este “los demás” incluía a ricos y pobres, niños y ancianos, hombres y mujeres, campesinos y ciudadanos. Claro que prefería aliarse —cada vez que le resulta posible elegir— a las causas malas y a los individuos perversos. “¿Qué quieres tú, Canchona? Me estoy volviendo así. Ahora, me gusta joder a los de abajo, a los que no pueden defenderse. Algo me ha puesto chueco, porque me encanta pisotear a los caídos.” Poseía sus rúbricas propias. Después de sostener un encuentro con los ocasionales adversarios, iba a visitar el campo de batalla. Si todavía quedaba algún herido, lo liquidaba de un balazo o de un machetazo. Prefería esto último. Le daba una extraña satisfacción el ruido seco, sordo, que producía el acero abriéndose camino entre los huesos. Sobre todo los huesos del cráneo. “Suena como partir zapallo, Canchona.” Cuando ya todos los muertos estaban bien muertos, los hacía enterrar con la diestra de fuera. “Así parece que se quedan despidiéndome. Y si acaso regreso, me saludan.” Cuando este regreso demoraba. Y ya sólo veía equidistantes grupos de falanges, falanginas y falangetas, se ponía dichoso. “Vea lo que son las cosas, ¿no, Capitán Canchona? Aun los gallinazos han respetado el saludo. Se comieron hasta el último nervio, pero dejaron los huesos acomodaditos,” Por el contrario, si los familiares, amigos o partidarios de los difuntos les habían enterrado las manos, se enfurecía. “Hijos de puta: ¿así

que no querían que se saludara al Coronel Candelario Mariscal? Pues, ahora tendrán que saludarlo mucho. Y muchos más." Sin mayores razonamientos, atacaba a quienes vivieran en sitios aledaños. Igual si se trataba de un pueblo, de un caserío o de una simple hacienda. Al verlo llegar, los cobardes se iban en curso. Los bravos apretaban los dientes. Sabían que era inútil resistir. Sus machetes o escopetas les volarían de las manos, antes de que pudieran usarlas. Nadie pedía perdón, ni hacía ninguna súplica. Cuando alguna mujer intentaba iniciar las sucias palabras, su marido la callaba. "No pierda saliva, Vieja. Ya usted sabe a lo que viene el Coronel." Éste los hacía cavar sus propias tumbas. Los enterraba vivos, también con la diestra de fuera. Ya bajo tierra, los desdichados agitaban esa mano —por lo menos, eso era lo único que se les veía— hasta sus últimos estertores agónicos. El Coronel se agarraba el vientre de tanto reír. "¿Ya ves Canchona cómo ahora sí me saludan? Si hubieran dejado que los otros difuntos lo hicieran, éstos aún seguirían comiendo yuca." Cada día amaba más las armas. Tanto las blancas como las de fuego. Cuando adquiría alguna nueva, la probaba a su manera. Los machetes —"Para cortar, sólo el machete es bueno, Don Cojudo"— contra las ramas delgadas de los árboles. Las carabinas o las pistolas siempre en blancos vivos. Generalmente, lo hacía en los pueblos. "En los pueblos tetea la gente y hay más donde escoger, Canchona." Entraba a caballo. Á veces, lo seguía un pelotón de los suyos. A veces, no. Iba solo. O con su Tuerto inseparable. Cuando creía oportuna la ocasión, iniciaba la prueba. Vaciaba su cartuchera en los primeros que pasaban. Sin discriminar, como siempre. "¿Para qué voy a hacerlo, si todos son mis enemigos?" Su felicidad no tenía límites cuando, con un solo proyectil, podía segar varias vidas. Canchona estaba casi seguro de que a veces le oía decir: "Le mando a mi padre estas almas. A ver qué puede hacer con ellas." La verdad era que su Coronel lo desconcertaba. ¿Tras qué iba? ¿Qué se proponía? ¿Cuáles eran sus ambiciones? Cierto que se daba buena vida. En todo. Conseguía lo que le gustaba: Los mejores caballos, embarcaciones, ropa, etc. A las hembras ni siquiera tenía que conquistarlas ni hacer un simulacro de conquista. Decir "Esa pitahaya me la como yo" y echarle las espuelas encima, era un acto simultáneo. Si eran solteras o viudas, no había ningún problema. Se les metía en la cama. Las tumbaba en el plan de una canoa. Las montaba sobre la yerba. Las gozaba en la red de paja de una hamaca. O sobre el lomo de un caballo. "¿Sabías tú, Canchona, que no hay como comerse a una hembra en un caballo? Los caballos cuando les tiembla el cuero, hay veces, ayudan." Si eran casadas, la cosa se complicaba un poco. O se les metía en la cama y el marido tenía que salir corriendo. O despachaba a éste para el Otro Barrio. ¿Sería para enviarle esa alma al Papacito? En ocasiones, Canchona dudaba. Quizá ni había oído aquello de las almas. Todo era pura imaginación suya. Producto de las habladurías que los envolvían como una revesa, en donde fuera. Que si El Malo. Que si El Hijo de El que Sabemos. "Te vas a desgraciar, Canchona, por andar con Ése. Ése es "Ése". ¿Lo has visto bañarse alguna vez? Claro. Los cuernos debe cortárselos. O limárselos. O las tutumas se las esconde bajo del pelo. Pero, ¿qué hay del rabo? ¡Aguáitalo! Aunque se meta al Río con taparrabo, le vas a ver la cola. Tiene que traerla enroscada. Con rosca de caracol." "¡Ah, cómo serás pendejo, Canchona! Cuando acuerdes ya te vas a estar tostando en los Quintos Infiernos." El Coronel se lo leía en los lejos. ¿O se le metía dentro de la cabeza para leérselo? "¿Así que le están pinchando las orejas, Don Cojudo? En fin, si usted quiere largarse, ¡lárguese! Pero, no te olvides que te tengo agarrado de los güevos" Era cierto. Seguía encadenado de ese sitio. Cuanto hiciera por liberarse, resultaría pura paja. Si apenas se desviaba un poco, cuando iban juntos, ¡y en seguida sentía el doloroso templón entre las piernas! A ratos, le daba rabia. ¿Era o no el Capitán Canchona? ¿No era tan bravo como su Jefe? Bueno. Tan bravo no. Bastante bravo, sí. Como para enfrentarse con el que los tuviera mejor rayados en esos rumbos. ¿Entonces? Entonces, una cosa - es con arpón y otra, con atarraya. Simplemente, no podía. Estaba jodido —requetejodido— para siempre. Lo único que podía hacer era resignarse con su suerte y ver a través de los ojos del Coronel Candelario Mariscal. ¿Y si era, de verdad de verdad, Hijo de El que Sabemos? ¡Oh, que carajo! ¿Hasta cuándo iba a seguir con sus reculadas? Tirado el anzuelo, ¡a pescar corvinas! ¡No le quedaba otra! Cuando se resignaba —que era la mayoría de las veces— se dedicaba a gozar. Como lo hacía el Coronel, A comer. A beber. A vestir endomingado todos los días. A tumbar a las hembras. A sacarle el quilo a los velorios. A divertirse de lo lindo. Claro. Todo esto en los paréntesis de las peleas.

Era lo que menos duraba. “Porque a mí, Capitán Canchona, lo que me gusta es pelear. No cambio una buena rociada de balas mi por el mejor fundillo.” ¿Cómo no iba a gustarle, si los plomos y los fierros lo respetaban? ¿Si era como ver a un aguacero cayendo sobre el lomo imperturbable de un burro? A él, no. El prefería cualquier cosa —un locro de bolas de verde, un trago de aguardiente, un buen baile repiqueteado de amorfinos— a la lluvia de los proyectiles y al zangoloteo de las armas blancas. Y había algo más. Los difuntos. A pesar de que los miraba a cada rato, no le gustaban nadita los difuntos. No gozaba, como el Coronel, cada vez que alguien caía. Cierto que ya no le daban tanto miedo, como antes. Al principio, los muertos no lo dejaban dormir. Los veía acercarse a su toldo. Hacerle muecas horribles. Con el rostro que les habían dejado en el suelo. Despedazados. Envueltos en las materias que les salían de todas las heridas. Ahora, ya no. Se había acostumbrado. Y, por otra parte, ¡eran tantos, que no podía identificarlos! Para tenerlos cerca, hubiera necesitado un gran corral. O muchas casas.

En tanto, el prestigio del Coronel Candelario Mariscal iba creciendo. Se le consideraba ya uno de los más asiduos sembradores de tumbas. Subió desde las barbas marinas de la costa salobre hasta las crestas heladas de las altas montañas. La leyenda trenzó sus cascabeles de vidrio en la perseverante hazaña homicida. Emergió de la penumbra Hijo de El Malo. Algunos dudarían de su presencia tangible. ¡Era tan absurdo lo que se le atribuía! Sin embargo, tenían que rendirse ante los guijarros cotidianos. Sobre todo, porque los actos delictuosos tenían cada vez más su “marca personal”. Por ejemplo, había dado en la flor de “preparar el terreno”. Ya no se contentaba con amagar los pueblos menores y poco defendidos. Por el contrario, asediaba a los que tenían pujos de ciudad. Comandaba un verdadero ejército. Disponía de equipos, armas y vituallas suficientes. “Algún día voy a darme el gusto de convertir una ciudad en cementerio, Canchona. ¿Te imaginas lo que sería dejarlos a todos en pura calavera, riendo para siempre? ¡Ya lo verás, Canchona!” Cuando asaltaba una plaza de importancia enviaba previamente su mensaje. Un mensaje bárbaro. —Eso era lo que él llamaba “preparar el terreno”—. Se inspiraba en algo que dizque hacian más al norte. Según le contaron, para dar fe de haber conquistado una ciudad, se cortaban las orejas a sus habitantes —tantas orejas tantos vencidos—. Se guardaban los pabellones de carne en un costal. Y se los enviaba como testimonio de la misión cumplida. Le gustó el procedimiento. Aunque hizo una pequeña innovación. Su mensaje no fue de orejas. Fue de manos. A veces, las cercenaba en algún pueblo aledaño. A veccs en las afueras del propio pueblo que pretendía conquistar. Al enviarlas a los Jefes de la Plaza, hacía un comentario burlón: “Así no tienen ni por qué resentirse. ¿Verdad, Canchona? Es como si los mandara a saludar anticipadamente.”

Tanta fechoría ya había puesto alerta a las autoridades policiales y militares. Se organizaron grupos, cada vez mayores, para dar cacería al desconcertante Coronel. Al principio, éste se burlaba de ellos. Se les hacía humo en las propias narices. ¿Era un fantasma? ¿Era una creación de la gente? ¿Y tantos muertos? ¿Y tantas violaciones? ¿Y tanto saqueo? ¿Y tanta desgracia que iba dejando como una peculiar estela de su paso? Seguía burlándose. Ni siquiera tenía que recurrir a procedimientos no habituales. Conocía el terreno, como al puño de su machete. Además, contaba con la complicidad de los habitantes de esos lados. A las buenas —con él siempre era mejor hacerlo a las buenas—. O a las malas. Que era como tomar un pasaje sin regreso. Cuando los cazadores aumentaron en número y empezaron a usar equipos más modernos, ya el Coronel no se contentó con hacerse humo. Siguió burlándose. Aunque con burlas que llevaban la rúbrica de sangre de Candelario Mariscal. En ciertas noches, capturaba a varios soldados. Les quitaba los fusiles. Clavaba éstos en el piso, por la culata. Quedaban con la bayoneta hacia arriba. Entonces, dejaba caer a los desgraciados, desde una rama muy alta. De tal manera que fueran ensartados en las filosas armas puntiagudas. A sus alaridos, despertaban los compañeros. “Así se darán cuenta que conmigo la cosa es seria, Capitán Canchona.” Otras veces, “devolvía” a los prisioneros a sus respectivas fuerzas. Los devolvía a su modo. Claro. Buscaba varios árboles

altos. De tronco elástico, flexible. Los arqueaba hasta que el suelo fuera tocado por sus copas. En éstas sentaba a los soldados. De un sólo golpe soltaba los árboles, tornados en verdaderas catapultas. Los “devueltos” —proyectiles humanos— volaban veloces. Caían despedazados sobre otros árboles o sobre piedras; o en medio de los suyos. “¿Qué más se quieren que se los devuelva? Enteros o en pedazos, pero regresan al lugar de donde vinieron.” Cuando se enteraba de que había un Coronel entre los oficiales que lo perseguían, sus bromas eran de otra laya. Le parecía una burla hecha a su rango. No le importaba que el Coronel adversario fuese de carrera. O que se hubiera graduado al calor regocijante de las balas. importante era que debía hacerle saber que allí no roncaba otro Coronel que Candelario Mariscal. Iniciaba su “broma” quitando el kepis al militar, a punta de machete. Después, con éste lo “peinaba” —es decir, le hacía una raya en el cabello, sin tocarle el cráneo—. Y, por último, le dejaba un “recuerdo”: diagonal de sangre rúbrica en el rostro.

En las ciudades amanecían las noticias. Por doquiera se erectaba la pavorosa imagen del oficial improvisado. Según la propia fantasía de los dialogantes. El pueblo, casi siempre, lo adornaba con los atributos generales de El Maligno.

—Tiene siete mil cachos.

—¿De veras? 27 siete mil rabos.

—No ha de ser tanto.

—De los ojos le salen ríos de chispas.

— ¡Ah! ¿y tiene alas?

—Dos veces siete mil alas.

El sabihondo extendía las manos, tratando de abarcar un gran espacio. Agregaba:

—Asisotas.

—Ha de dar miedo, ¿verdad?

—Imagínate!

—Las orejas le terminan en punta, ¿no?

—Claro. Como si en ellas le crecieran uñas afiladas.

—¿Y las manos y los pies?

—Allí las garras son como puñales. Con los dedos encontrados. Por eso, puede colgarse boca-abajo de cualquier rama o de cualquier techo.

—Ha de parecer un murciélago enorme.

—Y eso cuando se le ve como siempre.

—¿Puede cambiar?

—Cuando cambia, se llena de cabezas. Le salen de la barriga. De la espalda. De los brazos. De las piernas. Claro que del pescuezo le salen siete. Cada una más horrible que la otra. Con lenguas de víboras en llamas. Y miles —pero muchos miles— de brazos y piernas. Cada una con un machete. O una pistola. Por eso, es que nadie puede enfrentársele.

— ¡Estamos perdidos! ¿Qué se puede hacer contra El Diablo?

—No lo nombres. Nombrarlo trae desgracia.

Otros sabían un poco más,

—No. No es £l en persona. Es un Hijo de Él. Se parece a cualquiera de nosotros. Se parece, no más.

—¿Y tú crees que ataque a la ciudad?

—¡Quién sabe! Cada día está más fuerte. Tiene más gente y más armas. Lo malo es que por donde pasa deja escombros. Igual que si pasaran millones de gigantes cagafuegos.

—¿Y qué hace el Ejército? ¿Qué hace el Gobierno?

—Hacen lo que pueden. ¿Qué más van a hacer? Tienen las manos amarradas. No son cosas de este mundo.

—¿Y los curas?

—Pues ahí verás. Creo que ellos van a tener que hacer algo. He oído que si las cosas siguen a mayores, organizarán una procesión. Sacarán todas las imágenes del templo. Mejor dicho, de todos los templos. Y empezarán a echar agua bendita a los cuatro vientos.

La verdad era que los soldados no las tenían todas consigo.

—Si fuera uno como nosotros, todavía...

—Así es.

—Pero a este Fulano le resbala el plomo.

—Lo sé mejor que nadie.

—¿Tú? ¿Cómo así?

—Le he disparado a boca de jarro. Me ha pelado los dientes. Como si fuera el Tigre. Le he apuntado muy bien. La bala le ha dado entre los ojos. Y el plomo, ¡ha rebotado! ¡Palabrita de Dios!

—Y entonces, ¿cómo puedes contar el cuento?

—Porque nos mandaba un Coronel. Y a Mariscal lo trastornan los Coroneles. En seguida quiere señalarlos. Al nuestro le dio un machetazo en los calzones.

— ¡Carajo que es bien-este-pues!

—Después que al otro se le cayeron los calzones, le tiró un machetazo a la nariz. Se la rebanó de cuajo. Dejándole sólo los huesos a ras de la cara. “Para que te acuerdes de un Coronel de deveras”, le gritó.

—Estamos jodidos.

—Requetejodidos.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Se rumora que va a venir a enfrentársele, ¡el propio Coronel Epifanio Moncada!

-—¿El Ministro de Gobierno?

—El mismo que viste y calza.

—¿Y no dicen que Ése es otro Hijo de El Diablo?

—Por eso. Tal vez entre ellos se comprendan.

—No lo creo. El Ministro tiene mucho que hacer. Sólo con acabar a los idealistas. A los estudiantes. A los intelectuales. A los descontentos. A los que se le oponen. A los que no piensan como él. A los que no le simpatizan. A los que saben quién es y lo que quiere.

—Te digo lo que dicen. Ahora, si no es así, ¡sólo nos queda rezar y encomendar el alma a Dios!

La noticia ya la sabía Candelario.

—Capitán Canchona. Se acabó nuestra alzada.

—¿Por qué, mi Coronel?

--- Viene a buscarme el Coronel Moncada.

—Y eso, ¿qué tiene?

—El Coronel Moncada es el Coronel Moncada, ¿no lo sabes?

— ¡Ah!

Su Jefe lo miró largamente. Habló como si el Tuerto estuviera al tanto de todo.

—Donde pego no cría pelo. Y donde escupo nace un tigre. Sin embargo, tú más que nadie, te das cuenta de que no puedo pelear con él... Además, siento como si esta alzada no la hubiera hecho yo. Como si desde que maté a los Quindales llevara otro hombre adentro.

Canchona desvió la mirada. Dijo, como para sí mismo.

—Asi ha de ser, no más, mi Coronel. ¿Y entonces?

Candelario enronqueció.

—Terminó el curiquingue que les hice bailar a estos cojudos.

Se dominó. Continuó:

—Reparte todo entre los nuestros.

—¿Todo?... ¿Y usted con qué se queda?

—No necesito nada, Canchona.

—Está bien, mi Coronel.

Cumplió las órdenes recibidas y al poco rato estuvo de regreso.

—Ya está, Coronel.

Éste tendió la mirada al horizonte.

—¡Lo que son las cosas, Capitán Canchona! Parece mentira que yo pensase convertir toda esta tierra en cementerio.

Su subalterno balbuceó.

—Estuvo a punto, ¿no? Y aún es tiempo...

—No, Canchona. Se me acabó esa voluntad. Además, el único que podía cerrarme el paso. El único que es como yo —o como era yo hasta hace poco— asomó, por fin, las narices. Y él está haciendo las cosas bien hechas. En grande. En forma legal y organizada. En un día entierra más gente que yo en un mes. No puedo atravesármele. ¿Nunca te hablé de él, verdad?

—Nunca, mi Coronel.

—Tal vez tenía recelo de que, al nombrarlo, apareciese. Hubo un momento de silencio. Lo rompió el Tuerto, no sin cierta emoción.

—¿Y yo, mi Coronel?

—¿Tú, qué?

—¿Qué voy a hacer?

—Lo que quieras. Desde hoy te suelto los güevos. Puedes ir donde te dé la gana.

Una sensación de libertad le irradió: por todo el cuerpo. Se conmovió hasta lo más hondo. Miró a su Jefe. ¿Sería de verdad Hijo de El que Sabemos? ¿No lo sería? Era el peor de los hombres —¿lo podría llamar hombre en sus pensamientos?— que había conocido. Un asesino que mataba por matar. Que gozaba con la muerte ajena. Liquidarlo sería un bien para todos. ¿Por qué no lo hacía? ¿Por qué no lo intentaba? Estaba libre. ¿Podría dispararle ahora? ¿Le obedecería la mano, en el gatillo de su pistola? ¿No le resbalarían o le rebotarían las balas? Que fuera lo que fuera. Lo importante era intentarlo. Se contuvo. No podía. Algo superior a su razón, le llenaba el ánimo. Por otra parte, el Coronel había sido buena gente con él. — ¿Puede ser buena gente el Hijo de El Otro, si de verdad era el Hijo de El Otro?—, Le había salvado la vida muchas veces. Lo había ayudado a gozar como nunca soñara. Cierto que envuelto siempre en un poncho de sangre. Pero Él creía que esa era la mejor manera de vivir. “Fíjate en el mar o en la montaña, Canchona. Los más grandes o más fuertes son los únicos que sobreviven. Para ello, tienen que devorar o exterminar a los más pequeños o más débiles.” Le hubiera argüido que sólo lo hacían por hambre o en defensa propia. ¿Para qué? Sería inútil. Era inútil tratar de convencerlo. Como a despecho de sí mismo —con una solidaridad de fiera amansada, para quien le da de comer— expresó:

—Quiero seguir con usted, Coronel. Donde usted vaya. Ser como su propia sombra. Yo...

Una bala perdida —¿perdida?— le perforó el cráneo, interrumpiéndolo. Candelario, poco después, con sus propias manos, le abrió una fosa. Lo sepultó —a diferencia de lo que hacia con todo el mundo— sin la mano de fuera. ¿Para qué? “Desde dentro de la tierra, Canchona ha de seguir despidiéndose,”

Así terminaron las aventuras militares del Coronel Candelario Mariscal. Como era natural, la marea de palabras siguió yendo y viniendo.

—Se fue como vino.

—Así tenía que ser, ¿no?

—Se hizo humo.

—Mejor. ¿Te imaginas lo que hubiera pasado si él continúa alzado en armas?

—Y dicen que todo se debió al Ministro de Gobierno, Coronel Epifanio Moncada.

—Es que Éste es Hijo de Ése.

—Claro.

—Y como el Otro también lo es.

—Claro.

CAP. XII

La noticia de que los pozos se habían secado causó consternación entre los santoronteños. Fue sólo en el primer momento. Después, se consolaron. ¿Para qué había recogido tanta agua don Chalena? Hasta sería mejor, ahora o deberían ir a la montaña ni a Balumba en busca de ella. La tenían allí. Al alcance de la mano. Ahorrada la pérdida de tiempo y de esfuerzo. Tanto en los difíciles viajes por tierra, rodando las pipas, por potencia humana o de bestias. Como en los viajes por mar, en canoa, venciendo las corrientes y las olas.

—Con razón se hizo de varias casas. Y compró o alquiló los techos de la mayoría.

—Eso. Seguramente, El Socio le avisó lo que iba a ocurrir,

—Menos mal que fue así. ¡Imagínate si él no hubiera guardado agua! ¡Todo Santorontón moriría de sed!

—Lo que son las cosas, ¿no? Hay veces que es bueno conchabarse con El Coludo.

—¡Ahá!

— ¿Y q que te diga algo?

— ¡Suéltalo!

—Ya estaba pensando mal de don Chalena. Me creí que se había vuelto un desgraciado chupa-sangre. Que se enroscaba en los hombres, como la Escoba de la Bruja en el Cacao, hasta dejarlos secos.

—Los cristianos nos engañamos casi siempre.

—Sí. Estamos viendo que él no es tan peor. Se preocupa por Santorontón. ¿A quién se le iba a ocurrir guardar el agua?

—Tienes razón. ¿A quién?

—Ahora, lo que hay que hacer es llevar las pipas a las casas que tienen techo de zinc. Y sacar el agua de los tanques.

Pronto las calles arenosas y resecas del pueblo se llenaron de multitud de gente —Santorontón seguía Creciendo—. Iban empujando las pipas. O cargando baldes y ollas. Marchaban en silencio. Plenos de esperanza. Con la seguridad de que todo sería como lo pensaban. Cuando estuvieron ante las casas entechadas de zinc, recibieron una sorpresa. Los tanques de agua estaban cerrados. Con candado.

—¿Por qué los habrá puesto don Chalena?

Pensaron lo mejor.

—Para que estén bien cerrados.

—¿Y para qué?

Para que no les entren bichos. O para que no vengan a beber en ellos las aves y animales de la montaña.

—Cierto, ¿no? Y entonces, ¿qué hacemos?

—Ir a buscar a don Chalena.

El hombre había cambiado de un día para otro. Tenía fajas verde-amarillas sapo gigante. Los brazos y piernas se le habían enmagrecido y encogido. El vientre caparazón de quelonio se le agitaba, fuelle vivo. Casi no podía abrir los ojos —ojillos, ojales, ojículos—. Lo que le seguía creciendo era la boca. ¿La cabeza se le estaba volviendo pura boca? Estaba abajo. En el portal de su casa. Echado en una hamaca colgada entre puntales. La Muda le mecía la hamaca. El hijo de ella, y del Cojo Timoteo Ruales, Tolón, de siete años —el único que se le había logrado, pues los demás, siempre de padres desconocidos, morían al nacer— le espantaba la Amara El grupo de santoronteños —encabezado por Rugel Banchaca y Salustiano Caldera— se aproximó. Todos dieron el saludo ritual.

—Buenos días de Dios, don Chalena.

Medio se incorporó.

—Buenos días. ¿Qué se les ofrece?

Se adelantó Salustiano, que se estaba volviendo el más entrón.

—Queremos que nos preste las llaves de los candados.

Pareció no entender. de incorporó, más aún.

— ¿Qué dices?

El otro se desconcertó un tanto. Fue un segundo. Reaccionó:

—Que queremos que nos preste las llaves de los candados de los tanques de agua.

El rostro de batracio expresó tristeza infinita.

—¿No ven que no puedo?

— ¿Cómo?

—No puedo. Yo quisiera darles toda el agua. Al fin al cabo Santorontón es de los santoronteños. Casi todas las casas son de ustedes, ¿Cómo iba a negarles algo tan necesario? Pero ustedes lo están viendo. No depende de mí. No puedo.

Se miraron entre sí, angustiados. Repitieron las dos palabras, como si fuera un mejillón invisible que les saltara de boca en boca.

—No puede...

—No puede...

-—No puede...

Crisóstomo continuó:

—Eso cuesta plata. Muchísima plata. No debía haberse gastado. Lo sé. Pero, ¿qué haríamos ahora sin agua? Algo me dijo aquí dentro —se tocó la panza de tambulero hinchado— que un día iba a pasar lo que está pasando. Los pozos no duran toda la vida. Los pozos se secan. Y alguien tiene que preocuparse por salvar de la sed a Santorontón.

—Si. Eso sí.

—Por eso, no importó comprar el zinc. Alquilar la balandra y los trabajadores. Construir los techos. Poner los canalones y los caños. Hacer los tanques. Mucha plata. Muchísima plata.

—Claro, Don.

—Yo les daría el agua. ¿Cómo no iba a dársela? El agua se necesita para todo. Pero se ha gastado muchisisísima plata. Y la. plata no es mía. Es de los dueños del techo de zinc. De los canalones. De los caños. De los tanques. Y ellos quieren que se les devuelva, O, por lo menos, se les pague algo por su ayuda.

Se miraron, entre sí, desconcertados.

—Y entonces, ¿qué vamos a hacer nosotros?

El Batracio expresó gran tristeza.

—Ayudar a los que nos ayudan.

—¿Y de dónde? Si casi no tenemos en qué caer muertos.

—Será muy poco, Casi nada. De balde... de balde. Eso sí, no. Yo quiero ayudarlos. Cómo no voy a querer ayudarlos, si soy uno de ustedes. Si soy de aquí, también. Vine cuando Santorontón sólo tenía cuatro casas. ¡Ayúdenme a ayudarlos con los que nos ayudan!

La frase bamboleante se repetía de casa en casa. Como cuando empieza, con las primeras lluvias —¡malditas lluvias que ahora no caían!— la epidemia de paludismo. “Estamos requetejodidos.” No se habían tragado lo que les dijo don Chalena. Estaban seguros de que si alguna ayuda había recibido era de El Socio. ¿Y qué le importaba a Ése recibir más o menos plata? ¿Es que valía la plata en su Reino? Lo que él quería era más almas. Muchas más almas. Para poder llevárselas por sacos a los Mismísimos. Se les antojaba que don Chalena ya no era don Chalena. Era más bien el Sapo. Ese Sapo que había en el centro de la plaza del pueblo. Al que le echaban fichas de fierro, desde lejos, en la boca. Nada más que a don Chalena había que echarle plata. Mucha plata. Para que soltara una pipa. Un balde. O siquiera una olla de agua. Tenían que economizar el agua. Casi que sólo la usaban para beber y para cocinar. Los demás usos se suplían con agua de mar. Al principio, habían intentado mezclarlas, para que rindieran más pipadas de agua dulce. Lo único que consiguieron con eso fue enfermarse. De tal modo que abandonaron la idea y se resignaron a utilizar agua dulce sólo para ciertos menesteres. Como la pesca era escasa. Como lo que se pescaba casi nunca había quien lo comprase. ¡Todo iba de mal en peor! Al final, siempre tenían que recurrir al “Administrador” —El decía que sólo era eso, un administrador— de los techos de zinc de Santorontón. Les compraba el pescado por casi nada. A él sí venían a comprarle, quien sabe de dónde. Hombres raros —¿serían hombres, de verdad?— llegaban por la noche. En embarcaciones silenciosas. Acoderaban en cualquier lugar de la orilla, Lejos del muelle, O fondeaban un poco afuera. Y de allí se transportaban en canoa. Nunca caminaban por el pueblo. Jamás iban a las cantinas. Marchaban directamente a la casa de Chalena. Y salían, después de breves momentos, en igual forma. El propio Crisóstomo ya circulaba poco. La mayoría de sus “operaciones comerciales” las hacía desde su hamaca. En el portal de su casa. Siempre mecido por la Muda. Siempre con la plaga espantada por Tolón. Además, ¿para qué moverse? Ahora, tenía gente de confianza que hacía las cosas por él. Eran nada menos que Salustiano Caldera y Rugel Banchaca. La noche del día en que fueron a prestarle las llaves famosas, los había palabreado. A solas.

—Claro que a ustedes no les va a costar nada el agua.

Los otros se asombraron. Rugel Banchaca, desconfiado, trató de adivinarle el pensamiento.

—¿Ah, no?

—No. Para hablar de eso, les dije que se quedaran. - Salustiano pareció interesado. -

—¿Y cómo así?

—Los voy a recomendar a los dueños.

—¿Para qué?

—Ustedes tendrán el trabajo de controlar el agua, Manejarán las llaves. Cobrarán. Y después me entregarán la lata,

Rugel se rascó la cabeza.

— ¡Carajo! ¡No me gusta mucho esta pendejada!

Salustiano lo encaró.

—Peor es que no tengas agua para nada, ¿no? ¿Con qué vamos á pagársela?

—¡Eso! ¿Con qué?

Chalena los instó, impaciente.

—Bueno. ¿Aceptan o no?

Salustiano insistió con Rugel.

— Aceptamos, ¿no?

Su compañero se torció todo. De mala gana. Fue un instante. Reaccionó. ¿Qué iba a hacer?

—Está bien. Está bien.

Esa misma noche, más tarde, llegaron Espurio Carranza y Vigiliano Rufo. Estaban de mal talante. Ni siquiera saludaron. Chalena, al verlos, se incorporó en su hamaca. Puso un rostro de fiesta.

— ¡Por fin, vinieron! Ya iba a buscarlos.

El médico-sepulturero y el tendero se ponían más y más furiosos. Habló el primero de los dos.

—¿Es verdad la voz que corre por el pueblo?

Chalena asumió un aire inocente. Bajó los ojos.

—¿Qué voz?

—Que usted va a vender el agua. Nosotros...

Lo interrumpió:

—Ustedes no tienen por qué preocuparse. Tendrán gratis toda el agua que necesiten.

Intervino el tendero.

—Eso cambia las cosas.

—¡No faltaba más! ¡Que les fuera a escatimar el agua a las personas más importantes de Santorontón! Les daré órdenes a Salustiano y a Rugel, para que ellos mismos se la den, Lo único...

Los otros volvieron a torcer el ceño. Al unísono:

-—¿Qué?

La cara se le enmeló de sonrisas.

—Que tendremos que ser parceros en todo lo que venga. Creo que esto se va a poner feo. Hay muchos que no tendrán con qué pagar el agua. Tal vez la sed hasta cause vagos: Y entonces será bueno que ustedes y yo estemos juntos.

Vigiliano le tendió la mano.

—Conmigo cuenta para todo, Don.

Espurio hizo lo mismo.

-—Y conmigo igual.

Cerrado el trato, el dueño de los techos de zinc —.Administrador. Sólo Administrador para los otros santoronteños— los invitó a tomar unos vasos de aguardiente. Estaban bebiéndolos, cuando Chalena comentó:

—Hay dos más a quienes les voy a dar gratis el agua. Al padre Cándido, para que no me levante la gente. Y a Candelario Mariscal... porque es Candelario Mariscal.

El Médico-Sepulturero preguntó, con cierta esperanza:

—¿Y a Bulu-Bulu?

—Cierto. A ése también. Hay que estar de a buenas con los brujos.

—¿No es mejor negársela? Así no podrá atender a sus enfermos en el hospital al aire libre. Y tendrá que irse con su música a otra parte.

Chalena miró para las sombras. Como si temiese que los cien ojos del Brujo lo estuviesen mirando.

—No, doctor. Comprendo lo que siente usted. Al fin y al cabo, Bulu-Bulu le hace la competencia. Pero, un Brujo es un Brujo. Y Bulu-Bulu es el mejor brujo de estos lados.

Cuando los otros se iban, les recomendó:

—Avísenle al Coronel que quiero hablarle.

—Está bien, Don.

—Está bien.

A la mañana siguiente lo despertaron los gritos de Vigiliano Rufo:

—¡Don Chalena! ¡Don Chalena!

Se asomó, malhumorado,

—¿Qué pasa?

—Dice el Coronel Mariscal que vaya a verlo. Que si no va pronto, él lo llevará arrastrado de la lengua.

—Dile que ya voy.

Poco después estuvo ante Candelario.

—Buenos días, Coronel. ¿Para qué soy bueno?

No le contestó el saludo. Lo miró con ojos inyectados de rabia.

—¡Cabrón hijo de puta! ¿Qué cuento es ése de que tengo que mandar por mi agua?

—Es que... Verá usted...

—A mí no me vengas con pendejadas. Que me la traigan aquí.

—Claro, Coronel. Si eso...

—Si no, me la tendrás que traer tú, en persona. Y sin calzones, para poderte dar cada vez unos planazos en la nalga.

—¡Cómo será usted bromista, Coronel!

—Haz la prueba, a ver si es broma.

Maldecía el momento en que Candelario había vuelto. ¿Por qué no había seguido haciendo de las suyas, en otros lados? ¿Por qué no lo había liquidado a tiempo el Coronel Epifanio Moncada? Antes, durante su ausencia, todo estaba más tranquilo. ¿Más tranquilo? Estaba lo mismo. El Coronel había vuelto transformado. No se metía en nada. Casi ni circulaba. Decían que de día se la pasaba durmiendo, Y que de noche se escuchaban extraños ruidos en su casa —solitaria, arriba de una loma—. A pesar de que vivía solo, parecía que siempre estuviese discutiendo con alguien. ¿Sería que lo visitaba su padre, El Socio? Lo cierto es que ya no aparecía en las cantinas. No buscaba pendencias. Ni siquiera se sabía que hubiera conquistado a una mujer. O matado a un hombre. Después de todo, ¿qué importaba lo del agua? Se la mandaría. Era cuestión de dar una orden. Sólo de dar una orden. Además con el Coronel había que estar de a buenas. ¿Para qué buscarle una quinta pata al Caimán? Con todo, no podía soltar ese pensamiento. El Coronel ya no parecía el Coronel. A veces, se embarcaba en su canoa. Y partía con rumbo desconocido, siempre arrastrado por cuatro tortugas enormes. ¿Dónde iría? ¿Qué haría en esos viajes? ¿Seguiría sembrando esqueletos y fundillos rotos por islas distantes? A últimas fechas dizque iba mar afuera. Por las Tutas abiertas del Golfo. ¡En fin! Allá él. Se sobó las manos, dichoso. Fuera de estas mínimas espinas, todo iba a pedir de boca. Hasta Tolón, el hijito de la Muda y el Cojo, había aceptado cargar un puñado de tierra —por algún tiempo— en su mano derecha. Allí se dejaría sembrar un rosal. Le daría un potrillo, para compensarlo ¡Un potro! Le hubiera dado diez, si se los hubiera pedido. El, pronto tendría los potros que quisiera. En cambio, ¡nadie podría tener un rosal que floreciera en las manos de un niño!

Poco a poco, las pertenencias de los santoronteños viajaron a las manos ávidas de Crisóstomo Chalena. El no discriminó jamás, “Toda ave que vuela a la cazuela.” Primero, fue dinero vivo. Cantante y sonante. El rosal y el muchacho. Después, cuanto tuvieron: muebles, ropas, útiles de trabajo. El potro. El Potro de Oro. En los cuartos de la casa del Dueño del Agua se hacinaron —en forma arbitraria— sillas, petates, hamacas, arpones, hachas, machetes, barriles, fogones, tinas, atarrayas, bajíos, anzuelos, etcétera. La Muda enfundada en silencios. Más tarde, algunos dieron las piezas de más valor que poseían: Doblones que la marea había escupido sobre la arena de las playas. Piezas de orfebrería prehistórica encontradas en las tumbas de sus antepasados aborígenes. Joyas iluminando los fémures y tibias de los esqueletos encuclillados en vasijas funerarias. Viejos objetos pescados en los veleros hundidos cerca de la orilla. Perlas dormidas en sueño iridiscente en el interior de las bivalvas. El puñado de tierra en la mano. Hubo un momento en que los santorontefios no tuvieron más que dar. Habían entregado hasta las mínimas joyas de familia, Hasta los aros de compromiso. Sus casas estaban semivacías. Á fuerza de economizar el agua, se estaban volviendo resecos. Algarrobos a fines de verano. La piel rescataba a los huesos de su misterioso anonimato interno. Desesperados. Desconcertados. Trompos girando de angustia rondaban a Chalena.

—Ya no tenemos qué darle, Don.

Los observaba despilfarrando su empalagosa sonrisa,

—Busquen bien. Algo les ha de quedar por allí.

Tolón tenía la tierra en la diestra.

—Ya buscamos. No nos queda más que el pellejo en los huesos.

—A ver qué se les ocurre. El agua no puede ser gratis.

—Mas que sea fienos un barrilito.

—Un baldecito,

—Una ollita.

—Le pagaremos más tarde, Don.

Tolón soñaba —dormido o despierto— con el Potro. Potro de Oro. Potro de Perlas. Potro de Espuma. Potro de Alas. Potro de Luz. Potro de Viento. Potro en los ojos. Por dentro y por fuera. Potro. Potrito. Potritito,

—Ni que estuviera loco. Si ahora no pueden pagarme, ¿con qué me pagarán después?

—No sea malo, Don.

—Favorézcanos, Don.

—Dios se lo tendrá en cuenta, Don,

La sonrisa de pasto. De tierra. De huella.

—Yo tengo la mejor voluntad. Sólo que el agua no es mía. Ustedes lo saben. La administro, no más.

Tolón tenía sembrado el rosal.

—¡Ah, cómo será usted, Don!

—Nos va a dejar morir de sed, Don.

—Nos estamos muriendo de sed, Don.

—¿No ven que no puedo? Yo administro el agua. Otros son los dueños. La administro, no más.

Como todos los días —ante ellos— seguía regando su rosal. Su rosal en la mano extendida de Tolón. Potro-Rosal. Rosal-Potro. A Tolón-Potro-Rosal. Seguía regando su Rosal.

—Y entonces, ¿qué vamos a hacer nosotros, don Chalena?

—¿Cómo voy a saberlo? Es cosa de ustedes.

—Piense qué es lo que todavía quiere de nosotros, Don.

—¡Qué podríamos darle, Don!

— ¡Tal vez, nuestras casas, Don!

—Cierto, ¿no? Hay muchos de ustedes que sólo me vendieron —o me alquilaron— los techos. Hombre, no estaría mal. No. No estaría mal.

Continuaba regando el Rosal. Ante ellos —cuerpo reseco ojos resecos ostiones difuntos — ante ellos. Tolón soñaba —dormido o despierto— con el Potro. Chalena soñaba —dormido o despierto— con el Rosal. La Muda soñaba —dormida o despierta— con Tolón florecido. Los santoronteños —dormidos o despiertos —seguían soñando con agua. Agua. Agua.

Cuando todas las casas pasaron a poder del Dueño del Agua, volvieron los largos lamentos:

—Ya no tenemos casa, Don.:

—Y tampoco agua, Don.

—Nos morimos de sed, Don.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Don?

—No tenemos más que darle, Don.

Una sonrisa voraz de rapiña remeció la boca al batracio.

-—Todavía tienen algo.

—¿Nosotros? Ya no nos queda nada, Don.

—Sí. Les queda algo. ¡Ustedes mismos! El Rosal crecía. Crecía. En la tierra. En la mano. En la tierra apretada en la mano.

—¿Nosotros mismos? ¿Qué quiere decir con eso, Don?

Chalena seguía regando el Rosal. El Rosal clavaba sus raíces en la piel. En los músculos.

—Ustedes mismos. Pueden darme sus brazos. Sus piernas. Sus ojos. Sus orejas. Todo. Todo lo que tienen. Por ustedes mismos, yo les puedo dar agua. Mucha agua.

Tolón lloraba. Gritaba. La Muda, también, lloraba. Gritaba. Con sus manos abiertas. Sus brazos alzados. Sus ojos estriados de asombro y espanto.

—¿Qué dice, Don? ¿Tenemos que cortarnos a nosotros mismos? ¿irnos quitando partes de nuestro cuerpo para dárselas?

—No. Las seguirán teniendo ustedes. Donde las tienen. Pero, serán mías, Se las prestaré para que las usen. Me pedirán permiso para usarlas. Se las daré o no. Según me dé la gana. Seguirán siendo mías. Sólo mías. Ustedes no podrán mandar en sus cuerpos. En ninguna parte de sus cuerpos.

—Eso, no.

—Eso no puede ser, Don.

—No.

—No.

Seguía regando el Rosal. Ante ellos, seguía regando el Rosal. Tolón —bañado en agua y lágrimas— seguía gritando. La Muda también seguía gritando. Gritos de silencio. El Potro era verde. Verde de ira. El Potro era de cristal. Cristal de llanto y agua. El Potro era rojo. Rojo de fuego y sangre.

—Entonces, tendrán que desocupar las casas. No tendrán ni agua ni casas.

Los santoronteños no dijeron nada. Le dieron la espalda. Se fueron. Poco después, regresaron. Chalena seguía regando el Rosal. El Rosal seguía creciendo. La Muda seguía gritando. Tolón seguía llorando. El Potro seguía llameando.

—Aquí estamos, Don.

—Aquí están nuestros brazos.

—Nuestras bocas.

—Nuestras piernas.

—Nuestros ojos.

—Todo lo nuestro.

—Aquí está cuanto quiera de nosotros.

—¿Qué podemos hacer?

—Tenemos sed.

—Y sobre todo, ¡tienen sed nuestros viejos, nuestras mujeres, nuestros hijos!

— Sobándose las manos. Abriendo la boca —Boca. Bocón. Boquete. Boca-buzón. Boca-pozo. Boca-cráter— babeó:

—¡Qué bueno que se decidieron! Salustiano y Rugel les darán toda el agua que quieran. Pero, no lo olviden. Ustedes me pertenecen. Para comer. Para trabajar. Para beber. Para pelear los miaderos con sus hembras. Para todo. ¡Tienen que pedirme permiso! ¡Ustedes están prestados a ustedes mismos! ¡Recuérdenlo siempre! ¡Nada de lo que tienen es suyo! ¡Todo es mío! ¡Sólo mío!

—Está bien, don Chalena.

—Está bien, Don.

—Está bien.

Algunos santoronteños se escaparon. Más bien trataron de escaparse. No pudieron lograrlo. Las olas del mar - manos de espuma los arrojaron a la playa. O los empujó el galope invisible millón de venados: del viento. O los escualos verde-grises crecidas montañas flotantes. No lograron irse. Aunque lo deseaban con toda su fuerza. Tuvieron que quedarse santorontoneando en Santorontón.

—¿Cómo podemos escaparnos, si él tiene pacto con El Coludo?

—Si nos fuéramos, nos traería, de nuevo.

—Todo es inútil. ¡Hay que darle lo que quiere!

Por eso, aun los más remolones, se entregaron. Ellos mismos. Dejaron de ser sus propios dueños. Su dueño fue el Dueño del Agua. Éste quería más. Siempre más.

—Ahora sí no tenemos nada, Don.

—Aunque quisiéramos, ¿qué podríamos darle?

—Ya todo nuestro cuerpo se lo cambiamos por agua,

La Boca-tonel. Boca-pipa. Boca-tanque se arqueaba. Malévola.

—¿Y sus mujeres?

—Eso sí que no, Don.

—Preferimos morirnos de sed.

—O de lo que sea.

La monstruosa Boca cerraba los ojos.

—¡Allá ustedes! ¡Es cosa de ustedes!

Cuando las mujeres lo supieron, se pusieron furiosas. No con Chalena sino con sus hombres.

—Si ustedes lo dieron todo.

—Si viven prestados por él.

—Si él es dueño de ustedes y de cuanto tienen, ¿por qué nosotras, no?

—Claro. ¿Por qué nosotras no?

— Además que ¿qué nos va a pasar?

—De verdad. Ya no puede usar mujeres. Ni con su alma puede.

Los hombres siguieron en sus trece.

—Con nosotros, todo. Con ustedes, nada.

—¿Y la sed?

—Para todo necesitamos agua.

—Estamos “viendo” la sed. ¿Saben?

—La sed es verde oscura.

—Tiene ojos de pescado muerto.

—Esqueleto de culebra.

—Carne de arena.

—Se hace y deshace con el viento,

—No podemos seguir así.

—Aunque ustedes no quieran, ¡veremos a Don Chalena!

Don Chalena regando el Rosal. ¡Maldito Rosal! El Potro de Humo. ¡Maldito Rosal! La raíz en la carne. ¡Maldito Rosal! Tolón medio loco. ¡Maldito Rosal! La Muda clavada con manos y pies. ¡Maldito Rosal! ¡Maldito Rosal! enraizado en la tierra. En la mano. En los sueños. ¡Maldito Rosal!

Sólo unas pocas resistieron. Preferían morir de sed. O de lo que fuese. ¿Humillarse así? ¡Jamás! La mayoría accedió:

— Aquí estamos, Don.

—A cambiarnos por agua.

—Por mucha agua.

—Que nos dure.

---Batracio crecido. Riendo. Sobando sus manos,

—¿Desde cuándo?

—Desde ahorita.

—Subamos, entonces. Subamos.

—¿Subir? ¿Para qué?

—Lo diré arriba.

—Si no nos dice para qué, no subimos.

—Si no suben, no hay agua.

Las mujeres intercambiaron miradas. Se decidieron.

—Está bien, Don.

Cuando estuvieron arriba, la Boca-pozo.

—¡Quítense las ropas!

—¿Qué?

—¿Qué dice?

--- Qué se quiten las ropas.

—¡No!

—¡Eso, no!

—¡Nunca!

—Entonces, ¡no hay agua!

Ellas dudaron.

—¿Para qué nos quiere en cueros?

-—Usted no puede ni con una. ¡Menos, con todas!

Casi angustioso:

—¡Para verlas! ¡Sólo para verlas!

—¡Está bien!, Don.

—Está bien.

Los pobres trapos. Los humildes trapos al suelo. Tuvieron más vergüenza —entre ellas— de sus trapos. Miserables. Florecidos de remiendos y parches, que de sus propios cuerpos. Él las miraba con ojos de otra especie zoológica. O de un ser de otro mundo. Ellas quedaron, por fin, expuestas —eclosión de carne morena— a la óptica voracidad impotente. Las hizo arrimar a la pared. Primero, frente a él. Después de espaldas, para que no lo vieran. Á su vez, se desvistió. Sapo hinchado de sapos. Aborto monstruoso de un ventrópodo absurdo. Se acercó a ellas —una por una—. Las observó. Las olió. Quiso tocarlas. Se arrepintió. Hasta de intención era impotente. Tuvo un estremecimiento. Rio. Mico castrado, alejó Tornó a vestirse. Dio unas palmaditas. E

—A ponerse las ropas. Y a recibir el agua.

Tornó a reír. Mirándolas. Desmenuzándolas con los ojos. Con la nariz. Risa por fuera. Risa por dentro. Como si sus tripas rieran asomadas a su boca,

Así iban las cosas en Santorontón, cuando Rugel y Salustiano empezaron a llevarle cada día noticias:

—Las charcas se están secando,

—Y los cogollos de los árboles.

—Han perforado los ceibos.

—Desaparecen las pitahayas tiernas.

—Y las tunas agrias.

—Se mueren los animales.

—De puro secos.

—Sin una gota de sangre.

Chalena —aunque ya lo sospechaba— preguntó:

--- Y eso, ¿Qué tiene?

—Nada. Sue la sed empieza a estrangular la montaña. —Los animales vienen acercándose.

—Cualquier día amanecerán en Santorontón.

—A pelear con nosotros por el agua.

Cueva con dientes sonrió una vez más.

—Pelearemos. ¡Estoy preparado para pelear!

---Hubo dos noticias que detuvieron su risa:

—Va a llegar un nuevo cura, el Padre Gaudencio.

—Y un nuevo médico, Un tal Juvencio Balda.

CAP. XIII

EL hospital de Bulu-Bulu estaba lejos de su casa. En lo alto de una colina. Era escarmenado de todas partes por el viento. Tenía techo, pero carecía de paredes. Allí —tirados sobre el suelo, unos al lado de otros— estaban sus pacientes. Sus adolescentes, como los llamaba. Sólo unos cuantos se mecían en hamacas guindadas de los puntales. Ahora, los enfermos no eran muchos.

—Desde que vino el doctor Balda, esto anda al garete. Ya muy pocos adolescentes vienen a verme.

—¿Eso por qué?

A de él, también, es medio brujo.

Candelario se extrañó.

—No digas eso. El es médico.

El rostro de simio tuvo una rabia cómica.

—A mí que no me vengan con cuentos, Coronel. ¿Qué es lo que él hace? Usar yerbas. Tierras. O animales. Los trae convertidos en bebidas. Polvos. O pastillas. En frasquitos o cajas que compra en la ciudad. O donde Vigiliano Rufo. Los míos los preparo yo mismo. Ésa es la única diferencia. A veces, él les clava a los adolescentes una aguja. Y por allí les mete sus brebajes. Yo también los pincho, a veces. Para sacarles el mal.

—El ha estudiado. Tú sabes. El viene de la Universidad.

—Yo no necesito estudiar, Coronel. Nací sabiendo. Mejor dicho, me lo enseñó mi padre. A éste le había enseñado mi abuelo. A éste, mi bisabuelo. A éste, mi tatarabuelo. Y así por cientos de años que se pierden en la noche larga. Por si fuera poco, me siguen enseñando.

—No entiendo.

—Los Bulu-Bulu somos uno y muchos. Yo existo desde el primer Bulu-Bulu que vino al mundo. Y desde ese Bulu-Bulu hasta mí, todos viven en mí. Ellos son yo. Yo soy ellos.

—¿Ah, sí?

— Además, no le quito nada al doctor Balda. Para males del cuerpo, es tan bueno como yo. Para remendar a los adolescentes es un hacha. Lo ha demostrado hasta con los animales. ¿Se acuerda usted cuando les cosió la panza a tantos monos heridos? ¿Cuando les unió las manos y las piernas rotas a hartísimos de ellos? Los entablilló y los trató como si fueran gente. Es muy bueno ese doctor. Si alguien me diera un machetazo o me metiera un plomo en el cuerpo y me arrancara una de mis vidas, ¡yo lo buscaba! Y aunque no somos amigos, ¡estoy seguro que me atendería! En cambio, jamás me pondría en las manos del doctor Espurio Carranza.

—¿No es bueno?

—Es malo como médico y peor de corazón. Además, tiene el negocio de enterrar a los muertos. Mientras más se le mueran gana más.

Hubo un breve silencio. Habló Candelario.

—¿Y en algo eres mejor que el doctor Balda?

—En algo, no. ¡En mucho! En primer lugar, aquí vienen los que tienen una pata en el sepulcro. Los incurables, según los doctores. Sean de los males que sean.

—¿Y tú los curas?

—Casi siempre.

—¿Y si no?

—Cuando vienen, ellos saben que están más de la “Otra” que de “Esta”. Si se salvan, ¿qué más quieren?

—Pero, tú tienes tus especialidades. ¿Verdad?

—Claro. Las enfermedades que no son de este mundo. Su por lo menos, son difíciles de pescar en el cuerpo. O que no se curan con medicinas de las boticas: Entre otras, el mal de ojo. El amor no correspondido. La traición de amor. El morir sin saber por qué. El mal vaho para las plantas, los animales y la gente. Los maleficios. Él daño de los enemigos. Las ganas de morir. El miedo a algo o a todo. El trato con los muertos. El tener un fantasma, un brujo o un bicho metido en el cuerpo.

—Para eso tienes tus remedios y tus prácticas, ¿no?

—No sólo eso. Tengo mis oraciones. Mis aliados. Mis conversas con los santos blancos y negros. —Porque ha de saber usted que desde que llegamos del otro lado del mar, también nos hemos aconchabado con los santos blancos—. Y mis sacrificios. De animales. En algunos casos, hasta de gente. ¡Eso no se lo voy a decir, Coronel!

—Yo sé muchas cosas.

—No sabe otras.

—¿Tú crees?

El Brujo asintió. Lo miro ojos de murciélago. Explicó:

--- Por ejemplo, no sabe que tuve aquí a Clotilde Quindales.

—¿De verdad?

Bulu-Bulu volvió a asentir.

—La encontré una noche, en la montaña. No me reconoció. No reconocía a nadie. Estaba en la Luna. Completamente fuera de esta tierra. Decía que para salvar a las mujeres, había que capar a los hombres. Que ella, cada vez que tenía encima a uno, le cortaba los güevos. Sobre esto contaba muchas cosas para poner los pelos de punta.

El Coronel sintió un tirabuzón en la ingle.

—¡Qué raro! ¿No?

—Quise alejarla de mí. No pude. Me vino siguiendo. Quería hacer de las suyas conmigo. Me hablaba de lo buena hembra que estaba. Me enseñó algunas partes de su e que mal cubrían las hilachas.

—¿Y?

—La verdad es que en esos meses había cambiado. Se había hecho completamente mujer. Se le había hinchado todo lo que tenia que hinchársele. Si yo hubiera sido otro, y no el brujo Bulu-Bulu, le habría echado los perros encima.

—¿Y no te daba miedo?

—¿De qué?

—¿De que a ti también te los cortara?

—¡Todo era pura mentira! Me creo que aparte del que la hizo mujer, no se había empiernado con nadie.

—¿Y entonces?

—¿No le digo que andaba en la Luna? Cargaba muchas piñuelas. Iba casi envuelta en ellas. Le colgaba a uno y otro lado del cuerpo. Eso era lo que ella decía que eran pues de hombres. De los hombres que la habían cubierto y que había capado. ¡Puritita mentira!

—¿Tú la curaste?

—Algo. La Alunada estaba con una Luna demasiado grande: En la cabeza. ¡Y quién sabe dónde más! Le di de comer. Le preparé brebajes para que se calmara. Para que durmiera. Eso le hizo mucho bien. Además, el soplo de mar que aquí ventea se lleva las ideas, por buenas o malas que sean. Los adolescentes que estaban mejor también me ayudaron, Todo eso fue muy bueno para ella. Pero nada más. Quien la curó —o la hizo curar— fue el doctor Balda.

—¿Cómo supo lo que le pasaba? ¿Cómo dio con ella? ¿Vino hasta aquí?

—Yo se la mandé, Coronel. Clotilde no tenía con qué pagarme. Y —de todos modos— al poco tiempo em a alborotarme a los adolescentes.

El Brujo no habló de otras cosas, Por lo demás, todos las sabían. Los males que echaba. Los cantos y bailes que ofrecía por las noches. Las máscaras horribles que se ponía. Sus vestidos absurdos. De plumas. De hojas secas. De cortezas de árboles. De pieles de fieras. Especialmente, tigres o caimanes. Las pinturas con que se cubría el cuerpo extraños signos cabalísticos, geometría viva, simbolos totémicos ancestrales. Se empapaba de extraños aceites olores agresivos. Se prendía fuego a sí mismo. Lo rodeaban las llamas. Sin quemarlo. Daba saltos. Las llamas daban saltos siguiéndole el ritmo. Percusión de tambores lejanos culebreaban la selva. Otros ruidos —xilófonos, metálicos— coreaban el vibrar de los troncos vacíos. Y, por fin, voces humanas, llegadas quién sabe de dónde, parecían estimularlo. Profería enredaderas de palabras arrancadas a los orígenes remotos. O inventadas por él. Las repetía, una y otra vez, con monotonía onomatopéyica. —¿Mar? ¿Viento? ¿Trueno? ¿Batalla? ¿Invocación? ¿Sortilegio?—. Se fustigaba. Fustigaba a sus víctimas. Y ofrecía sacrificios de alimañas mezclados con resinas fragantes. Tampoco habló

de que hacía muñecos para “dañar” a cierta gente. Ni de que mandaba a fornicar sobre la tierra a los que querían buenas cosechas. Ni de que aconsejaba a las mujeres el poner hojas de plátano sobre el miembro viril de quien no querían perder. Ni de las llamadas a los Tin-Tines para que calmaran a las hembras con ganas. Por su parte, el Coronel no le hizo : más preguntas. Estaba seguro. De “aquello” no diría nada. Enseñaría los caninos en una risa irónica. Le daría vuelta a e palabras. ¡Y a otra cosa! Por eso, se contentaba con oírlo.

Habían ido los dos, solos. Ña Crisanta y Dominga se quedaron. Ellas no venían nunca. En la familia de los Bulu-Bulu —había explicado Cara ‘e Mico— las mujeres no intervenían en brujerías. Ni siquiera en curaciones. Mucho menos, en atender a los adolescentes. Ellas no sabían ni la más insignificante cosa respecto a esos asuntos. Se dedicaban exclusivamente a los quehaceres de la casa. A veces, como en el caso de Dominga, aprendían un poco más. A Dominga, él la envió, desde niña a la ciudad. Donde unos parientes de la madre. La muchacha no se acostumbró, Y, apenas pudo, regresó a Balumba. Por más que trató de persuadirla de que dejase la isla, ella se resistió. Adujo una serie de razones. ¿Qué iba a hacer en la ciudad? Allí no se sentía a gusto. Quería, más bien, estar con sus Viejos. Cuidarlos. Vivir al aire libre. Bañarse en los esteros. Pescar. Cocinar. No se acomodaba en las calles repletas de casas. Casas. Casas. Casas. Casas pegadas unas con otras. Sartas de enormes colmenas de abejas gigantes. Hormigueros que hervían con el ir y venir de los hombres y vehículos. Él, la había amenazado. Hasta intentó alguna vez usar la fuerza, Tenía que estudiar. Aprender otro modo de vivir. Más civilizado. Si fuese hombre, todavía. Podría seguir siendo Brujo como los anteriores Bulu-Bulu. Aunque los Brujos iban ya barranca abajo. Pero, no era hombre. Era mujer. Y las mujeres, en esos rumbos, no servían casi para nada. Debía volver a la ciudad. Ella había amenazado, a su vez. Si el insistía, se largaría de Balumba, para siempre. Jamás volvería a tener noticias suyas. Por eso, se había visto obligado a conformarse. Á dejar que la chica hiciera lo que le salía de las entretelas.

Como quien no quiere la cosa, el Coronel insinuó:

—Debías de casarla.

El Brujo fingió despecho:

—No le gusta ninguno de estos lados.

—¡Ah!

La imagen de Dominga —con sus caderas ondulantes— volvió a rondarlo. ¿Por qué estaba demorando tanto en -acostarla? ¿Acaso Bulu-Bulu dejaría por ello de curarlo? ¿O es que tenía miedo de la Otra, de la difunta —difuntísima— Chepa Quindales? La verdad es que esta hembra cada día estaba más caliente. Jamás se imaginó que una muerta pudiera tener esas ganas insaciables. ¡Era eso! ¡Le tenía miedo a la grandísima puta difunta! Desde que lo había tomado por su cuenta, no había podido acercarse a ninguna otra. Con algunas había llegado —¡de día, claro!— hasta a encuerarlas. Hasta a tenerlas boca arriba. Con las piernas abiertas. Esperando que él se manifestara. Él, por su parte, estaba armado. Como siempre. De improviso, le ocurría algo tremendo. Sentía un beso helado en las partes viriles. El miembro se le desinflaba como vejiga rota. Y, de inmediato, quedaba en la babosa cárcel invisible de la impotencia. ¡Era Ella! ¡Estaba seguro! ¡Eso que la Condenada se contentaba sólo con hacerle una caricia y, en vez de ello, no le clavaba los dientes fríos en el bálano! En cambio, de noche, ¿por qué deseaba envolverlo en sábanas de fuego? ¿Por qué parecía taladrarlo o, por lo menos, tatuarlo con herrajes que cada vez lo marcaban más hondo por dentro? ¡Estaba fregado! ¡El Candelario Mariscal. Rompedor de culos. Sembrador de miedos. Látigo alzado para morder todas las carnes. ¡Él, no podía librarse de esa muerta! ¡Muerta-argolla! ¡Muerta-cadena! ¡Muerta-imán! ¡Muerta-vasija!” Muerta-muerta-muerta. Muerta que tenía metida —dentro de él. Muerta donde él, a su vez, metido estaba.

Se dirigió, rabioso, al Brujo.

—Bueno, ¿Cuándo me vas a librar de la difunta?

El Brujo adoptó un tono misterioso.

—He estado consultando con los Santos. Los Santos Negros y los Santos Blancos.

— ¿Y?

—Me han dicho que el único remedio para usted es...

—¡Suéltalo!

—¡Casarse!

—¡Carajo! Esa sí que es buena, ¿Casarme yo? ¿Cuándo se llevaron yerbas a los potreros?

Bulu-Bulu se puso serio tigre en aguacero.

—Vea, Coronel. Yo lo respeto a usted. ¡Se lo aseguro! Jamás le diría algo que no creyese.

El Coronel frunció el ceño.

—Dí lo que quieras, Bulu-Bulu. Pero hay cosas que sólo de pensarlas causan risa.

El Brujo se atrevió a jugarse el todo por el todo.

—Coronel. Es mejor que se vaya. Haga de cuenta de que no le dije nada.

Candelario se enfureció.

—¿Cómo? ¿Que me vaya? ¡Repítelo y verás que te callo para siempre!

El hombrecillo pareció encogerse. Quedó rígido. Los ojos se le pusieron muertos. Todo él olió a mortecina. Cambió su voz. Era una voz de ultratumba. Envuelta en tierra salida de alguna vasija de barro enterrada cientos de años.

—Puede hacer lo que quiera, Coronel. O intentarlo. Yo lo sigo respetando. Pero si no cree lo que le digo, ya no tenemos nada de qué hablar. Le repito. ¡Mejor es que se vaya!

La actitud del Brujo lo desarmó. Abrió un poco caimán los menudos ojos dormidos.

—No te creía tan hombrecito, Bulu-Bulu.

—Las apariencias, hay veces, engañan.

Una sonrisa mínima peló sus dientes escasos. Continuó:

—Además, a los muertos no se los mata. Y en mí viven muchos muertos. Ya se lo dije, Coronel.

---Éste no prestó atención a las últimas frases. Su preocupación era otra.

—¿Es verdad lo que dijiste, Bulu-Bulu? ¿Necesito casarme para que la difunta deje de joderme?

El Brujo asintió.

—Y con todas las de la ley.

El Coronel volvió a sus trece.

—¡Déjate de pendejadas, Bulu-Bulu! ¡Habla en serio!

El aludido permaneció muy digno.

—¿Vuelve a las andadas?

Se dominó.

—No. No. ¡Está bien!

Pareció súbitamente preocupado. Prosiguió:

—¿Dónde voy a encontrar una hembra para eso?

—Es cuestión de buscarla. Tal vez está más cerca de lo que cree.

El Coronel lo miró fijamente. Una sospecha le fosforesció bajo el cráneo. ¿Estaría pensando en Dominga? ¿Pretendería clavarle para siempre a la muchacha? Los ojos de Cara “e Mico seguían difuntos. ¿Sería? ¿No sería? ¿Acaso él —Coronel Candelario Mariscal— tenía cara de me-pueden-dar-tejón-por-puerco? Dijo, como quien no quiere la cosa:

—Tienes razón. Aquisito en la ciudad podría encontrar una hembra a mi medida.

El Brujo pareció animarse. Exhibió la cara más inocente del mundo.

—Claro, Coronel. Allí las hembras tetean.

—Iré la próxima sernana.

—Mientras más pronto mejor, Coronel.

¿Le diría la verdad? ¿No le estaría tomando el pelo? ¿No querría clavarle la Dominga? La Dominga. Estaba buena la condenada. Dominga. Cada vez que la veía le parecía más bien hecha. Más maciza. Más meneona. Más revolcadora. Dominga. Como para hacerle saltar un mejillón en el ombligo. Dominga. Tenía que contenerse para no tumbarla en medio de todos. Para no hacer con ella lo que hizo con Clotilde, después de corvinearse a los Quindales. Dominga. Con todo, no podía hacerlo. Mejor dicho, no debía. No sólo porque el Brujo le caía en gracia, sino, sobre todo, porque era Brujo. Y los Brujos siempre son Brujos. Nadie es capaz de sospechar siquiera lo que puede pasar con ellos. Sobre todo un brujo como Bulu-Bulu. ¿No decía que era uno y muchos? ¿Que en él vivían un montón de muertos? ¡Quién sabe si al matarlo —o al quererlo matar— resucitaban todos los otros! Mejor que sus caminos no se encontraran. ¡Carajo, que estaba cambiando! ¿Por qué pensaba todo eso? ¿Sería que el Brujo le estaba haciendo ya alguna de las suyas? ¿Sería que se estaba volviendo viejo? Antes, hubiera marchado por el estero más seco. Sin importarle las consecuencias. Hubiera revolcado a la Dominga en su petate, varias veces. ¡Y a ver quién le pisaba la cola al caimán! En cambio, ahora...

Repitió como para sí mismo:

—Puede que tengas razón, Bulu-Bulu. Lo que necesito es una hembra. Una hembra que me amarre con todos los nudos.

Bulu-Bulu —en ráfaga— se acordó de las recomendaciones de Crisanta. “Si casamos a la Minga, tiene que ser con Cura y todo.” Como a él le daba lo mismo, aclaró:

—Y por la Iglesia.

— ¿Tú crees en eso, Bulu-Bulu?

Dio una respuesta evasiva:

—Los Brujos no necesitamos creer o no en estas cosas. Creemos en otras. Si lo mandan los Santos es porque así debe ser.

Poco después, estaban en la orilla de Balumba. Al pie de la casa del Brujo. El comején peripatético de Dominga hizo su aparición casi en seguida. El Coronel la miró de abajo a arriba. Como pesándola. Como evaluándola. La muchacha, dándose cuenta de ello, atizó la candela que tenía entre las piernas.

—¿Un cafecito, Coronel?

—Gracias. Nunca me ha caído mal, que digamos.

Las caderas insinuantes circulaban. De aquí para allá. De allá para acá, pala de canalete. ¿Ya la hembra le estaba bogando dentro? ¿Le seguiría bogando hasta convertirlo en su mar, su río, su estero? De pronto, pensó. ¿Por qué buscar en la ciudad —la Gran Ciudad-de-dos Ríos. De dos Ríos en un Río. De un Rio que hace un Mar. De un Río que hace un Golfo —lo que le bailaba enfrente, sacudiendo sus raíces? Si tenía que casarse con alguien, para espantar a la Chepa, ¿por qué no hacerlo con la Minga? De las santoronteñas todas, la mejor era la Minga. Estaba seguro. Aun sin haberla probado. Además, la ciudad le había incrustado su: tatuaje invisible. Ya jamás sería como las otras. Y cuando reía parecía iluminarse. En sus ojos la malicia hurgaba fija, arpón de dos puntas. Resultaba difícil liberarse de esos ojos. Esto, sin contar con los blancos brusqueros que se insinuaban —adelante y atrás de sus piernas— bajo la ropa de saraza. Concluyó. Sí. ¿Por qué no con la Minga? En ese momento se aproximaba. La revesa de tentaciones que brotaba de ella medio lo mareó.

—El café, Coronel.

—Gracias. Muchas gracias. La miró fijamente. La fuerza de tal mirada la paralizó. Quedó ansiosa. Esperando. Él, lo lanzó a boca-de-jarro.

—Oye, Minga.

—Mande.

—¿Quieres casarte conmigo?

Se desconcertó.

¡Déjese de bromas!

Ña Crisanta y Bulu-Bulu se hicieron los desentendidos. Ni siquiera miraron a la pareja. Más bien —el Brujo desde un puntal, la Vieja desde la ventana—, “observaron” el paisaje. El Rio-Gigante. Rio-Mar. Río-Golfo. Abriéndose en abanico descomunal hacia occidente. Tres velas de balandra —mano de: tres dedos— haciéndoles cosquillas a las nubes.

Candelario insistió:

—No estoy bromeando, Minga. En serio. ¿Quieres casarte conmigo?

Dejó de reír. Se emocionó. Se descompuso un poco.

—¿Con... usted?

—¿Qué? ¿Te caigo mal?

Se apresuró a responder:

—¡No! ¡Eso, no!

Lo miró intensamente. Explicó:

—Al contrario. Es que ... Lo que cuentan... y yo... yo...

No se alteró. Habló, con voz tranquila.

—Veo que te han hablado mucho, ¿no? Te dirían que, si me gusta una hembra, la tumbo. Y allí acaba todo. Que, si no tiene hombre, no hay problema. Y si lo tiene, tampoco. Porque allí, también, se acaba el hombre. Que, por lo mismo, si me diera la gana —a la buena o a la mala— te llevaría conmigo.

Sonrió. Agregó:

—Ni todo es cierto. Ni todo, mentira. Ya ves. A ti te estoy preguntando, ¿te quieres casar conmigo?

La cara se le puso caimán.

—Te lo estoy preguntando por última vez.

Respondió, apresurada:

—Cómo no, Coronel.

Candelario se volvió hacia el Brujo, riendo abiertamente.

—Ya ves, Bulu-Bulu. Te jodiste. Además de la receta, tienes que darme el remedio.

El Brujo se alzó de hombros, con fingida indiferencia.

—El remedio se lo dará la Minga, Coronel, ¿Para qué otra cosa han nacido las mujeres?

Miró hacia la ventana.

—¿Verdad, Crisanta?

La Vieja, de mal talante, respondió:

—¡Claro! ¡Claro!

Tomada la decisión, Candelario Mariscal fue en busca del Teniente Político, Éste, apenas lo vio, se adelantó a recibirlo, hecho una rosca. Iba a decir: “¡Qué: milagro verlo por aquí!” Se contuvo a tiempo. La palabra “milagro” estaba de más.

—¿A qué debo el honor de su visita, Coronel?

—¡Voy a casarme!

Salustiano Caldera demostró gran extrañeza.

—¿A casarse? ¿Usted?

Candelario frunció el ceño.

—¡Qué, carajo! ¿Hay algo de malo en eso? ¿Es que no puedo casarme?

—Yo decía, no más, Coronel. ¿Por qué no va a poder casarse? Usted puede casarse todas las veces que quiera. Yo decía, no más.

— ¡Ajá!

—¿Y cuándo quiere casarse?

—Mañana.

—¿A qué hora?

—A la hora que me dé la gana.

—Está bien, Coronel, Está bien. Le tendré listos todos los papeles. Lo que usted diga.

—Claro que lo que yo diga.

Le dio todos los datos. Acto seguido, se dirigió a la iglesia. Cuando Filemón lo vio cruzar las puertas, se santiguó. Era como si el viejo sacristán hubiese visto al Maligno en persona. Iba a emprender la fuga. O a esconderse. El Coronel no le dio tiempo. Lanzó un grito, que resonó en todo el templo.

—¡Oye tú! ¡Espera!

El otro se detuvo, como si recién lo advirtiera. Esbozó | una forzada sonrisa.

—Mande usted, Coronel.

—Dile al Padre Gaudencio que quiero verlo.

—Es que... está descansando.

—Que se levante. Tengo que verlo en seguida.

—Pero yo...

Se impacientó.

—¡Oh, qué carajo! ¿Vas a hacer o no lo que te mando?

—Si, Coronel, Sí. Lo que usted diga.

Corriendo —lo que le permitían sus energías, que ya no eran muchas— marchó a cumplir la orden. Candela-. rio, mientras esperaba, miró a su derredor. ¡Qué diferente esta iglesia de la de su padrino! Era de cemento armado. O, por lo menos, iba a serlo. Tenía las vigas aún cubiertas del encofrado de madera. Por todas partes surgían las varillas de hierro, entre la mezcla ya fraguada. Los ladrillos formaban altas paredes, todavía sin enlucir. Los pisos de baldosas tenían muchas bancas. Adelante —casi al pie del altar— los reclinatorios. Algunos, de un lujo chilón. El altar —con profusión de dorados— lucía varios santos. A un lado de las paredes, un confesionario. Cerca del altar, una inscripción. También con letras doradas. Se aproximó. Leyó:

AL CIELO

CRISOSTOMO CHALENA

ESPURIO CARRANZA

VIGILIANO RUFO

SALUSTIANO CALDERA

RUGEL BANCHACA...

¿Le habrían pagado por aquello? ¿Era simplemente un tributo que rendía a los mandamás de Santorontón? De todos modos, por lo que veía, se trataba de un cura de agallas. Recordó. Casi desde que llegó al pueblo, empezó la construcción de la iglesia. Cobraba por todo. Por bautizar. Por dar los óleos. Por ayudar a bien morir. Por decir misa. Por casar. Y, también, por enterrar. Tenía su cementerio particular —sagrado— detrás del templo. A medida que enterraba más lejos al difunto, el precio era menor. En cambio, los que ponían sus cruces cerca de las paredes de la iglesia, pagaban cantidades muy altas. Todo, claro, para la edificación de la Casa de Dios. Esa casa que crecía tan lentamente. Que parecía no terminar nunca. Sus reflexiones fueron interrumpidas por la presencia del Padre Gaudencio. Traía los párpados hinchados. Como si acabara de levantarse. Se dirigió, en forma arrogante, a Candelario. Le habló con una voz' aflautada. De gallinazo con sed.

— ¿Qué desea?

Un aire de burla bamboleó las quijadas del Coronel. Se inclinó.

—Buenos días, Padre Gaudencio.

—Buenos. ¿Qué desea?

Al novio se le dulcificó la voz panal moquiñañas alborotadas. Con aparente timidez, tartamudeó:

—Quie... Quiero...

El otro le gritó. Altanero.

—¿Qué?

—Ca... Casarme.

La indignación y el asombro parecieron rebasar los límites de su tolerancia.

—¡Cómo! ¿Qué dice?

Candelario disimuló hacer un esfuerzo. Sonrió, bonachón,

—Eso. Que quiero casarme.

El Cura lo miró. Como si no lo entendiera. Repitió:

— ¿Casarse?

Después, lo observó con fijeza. Frío. En anatema.

— ¡Sería un sacrilegio!

—¿Sacrilegio? ¿Por qué?

—Porque usted es...

La sonrisa bonachona se acentuó.

— ¿Quién?

—El hijo de...

Corrigió, apresurado.

—El que incendió esta iglesia. Mejor dicho, la otra.

Candelario se ensombreció,

—Sí. La de mi padrino.

No quiso explicar nada. No se sentía culpable. Otra mano empujó la suya. Perdió su voluntad aquella noche. Estaba borracho. No se dio cuenta de lo que hacía. ¿Para qué explicar? Sería perder el tiempo. El Cura no entenderia. ¿Cómo iba a entender si ni siquiera su padrino había entendido? ¿Y si no había nada que entender? ¿Si en realidad él era culpable? ¿Lo habría tratado tan mal el padre Cándido, si así no lo creyese? En fin. Lo importante era conseguir que lo casasen lo más pronto. Para solucionar aquel problema que lo tenía boca-abajo. Lo demás, ya había pasado. ¿Se aclararía? ¿No se aclararía? Acaso con el tiempo.

El Padre Gaudencio sugirió:

—¿Por qué no lo casa su padrino?

Se desconcertó,

—¿El? ¡Jamás! Ni se lo pediría.

El Sacerdote se sintió dueño de la situación. Habló, en forma definitiva.

—Entonces, tendrá que ir a otra parte. Aquí, en esta iglesia, no lo puedo casar.

El Novio reaccionó. Volvió a reír. Esta vez risa caiman.

—¿Ah, no?

—No. Es todo. Buenos días.

Le dio la espalda. Se alejó. Sólo dos pasos. Lo detuvo una pregunta inusitada.

—¿Le gusta el baile, señor Cura?

Se volvió. Indignado.

—¿Cómo se atreve?

—Le voy a dar una clase.

El Clérigo se descompuso. Gritó. Colérico.

—¡Atrevido! ¡Sacrílego!

El Coronel señaló el letrero. El letrero de las grandes letras doradas.

—¿Y qué me dice de ese reparto de lotecitos de cielo? ¿Usted cree que esos desgraciados lo merecen? ¿No son los que sangran a Santorontón?

—¡Váyase y no moleste!

—Claro que no me importa. Lo que me importa es que me case. Por última vez, ¿me va a casar o no?

— ¡Jamás!

No acabó de decirlo, cuando el coronel estuvo a su lado. En su mano blandía el machete. Tarareó una canción. Empezó a golpear el plan del arma contra el suelo. El tono metálico acompañó la melodía. Sin dejar la maniobra, giró, una y otra vez, al derredor del Clérigo. En vano intento, éste trató de liberarse de ese cerco móvil. Daba un paso de un lado. Allí tenía a Candelario. Daba un paso del otro. Ocurría lo mismo. En vista de ello, se detuvo. Se cruzó de brazos. Alzó la vista al cielo. Como implorando la justicia divina. O demostrando indiferencia. Pronto se estrechó el cerco. Los machetazos se aproximaron a las zapatillas de raso. Chispazos más largos y más fuertes brotaron del pavimento. Candelario. Candela-río. Candela. Candelilla. Los chasquidos metálicos seguían acercándose. No fueron ya en el suelo, Fueron en sus pies. Dio un salto. Ron Quiso conservar su compostura. ¿Le habría cortado el pie? ¿Sería con el plan del arma? No. Eran ruidos secos. Tal vez, con el lomo. Otro golpe. Otro salto. ¿Se levantaría la sotana para no caerse? Resultaría ridículo. Como si una mujer se levantase la falda para zapatear. Otro golpe. Y otro. Y otro. Y otro. Naturalmente, los saltos correspondientes, Todo ello al compás de la canción que el coronel seguía tarareando, imperturbable. Los dolores empezaban a ser intolerables. ¿Le estaba moliendo los dedos? ¿Los talones? ¿Los empeines? Eran más frecuentes. Más agudos. ¿O sería porque insistían en partes ya tocadas? Poco a poco, subían. Ya no sólo en los pies. Subían por los tobillos. Por las pantorrillas. Cada vez le resultaba más duro soportarlos. ¿Iba a seguir así todo el tiempo? Mejor, hacer algo. Gritar. Pedir socorro. Decirle al Sacristán que sonara las campanas. Tal vez, sus feligreses acudieran a defenderlo. Se arrepintió. ¿Para qué? Sabía que era inútil. Nadie vendría a socorrerlo. Todos temían al coronel, El propio Melitón ni siquiera había querido entrar de nuevo. ¿Entonces? Los dolores eran insoportables. Los golpes alternaban los pies con las piernas. Subían ya hasta las rodillas. Le faltaba valor para seguir resistiendo. Con todo, haría un esfuerzo. Un esfuerzo supremo. Le demostraría a ese energúmeno lo que es un Sacerdote que defiende su fe y sus creencias.

De pronto, cesó la canción. Lo que no cesó fue el ritmo exasperante de los golpes. La voz burlona preguntó:

—¿De qué color es su sangre, Padre?

El aludido no respondió.

—Pues, ahora vamos a verlo,

Gaudencio, sin poderse contener, clamó:

—¡No! ¡Eso, no!

—¿Va a casarme, entonces?

— ¡Nunca!

Perdió la punta de una zapatilla, Un certero machetazo la cortó. El trozo voló a varios pasos de distancia. En seguida, lo mismo con la otra zapatilla. Se sintió un mártir. Volvió a elevar los ojos. En ese instante sintió un pinchazo. Como el aguijón de una caga-fuego. Miró. En la punta del dedo gordo —con precisión de relojero— tenía un corte mínimo. Manaba un hilillo de sangre. Miró, después, al Coronel. Experimentó pavor. No estaba el Coronel. En su lugar había caimanes. Caimanes-<coroneles. Muchos caimanes-coroneles. Dándole vueltas. En una serie de figuras superpuestas. Fundiéndose unas con otras. El machete tampoco era un machete. Eran decenas. Centenas de machetes. Golpeaban el suelo, Sacaban chispas. Al compás de la canción que las múltiples bocas habían vuelto a tararear. Gimió:

— ¡Basta! ¡Basta!

—¿Me va a casa?

—Si. Sí.

La música mortal cesó. El machete volvió al cinto. Los caimanes-coroneles se volvieron uno solo. Caimán-coronel metamorfoseado en coronel. La voz de éste resonó tranquila. Como si no hubiera ocurrido nada extraordinario.

—Hasta mañana, Padre.

—Hasta mañana. Hasta mañana.

El Novio se alejó dos o tres pasos. Se detuvo. Se volvió.

—Ah. Me olvidaba decirle,

El Cura lo miró. Nervioso.

—¿Qué?

—Conmigo no se juega.

CAP. XIV

Propios y ajenos fantasmas —vivos y transeúntes, que - son los peores— lo forzaron a salir de la ciudad. “Ahora, ¿dónde irás a agitar tus huesos, Juvencio Balda?” Tomó un lápiz y un mapa de su provincia. Cerró los ojos. Dio varias vueltas en el aire con su diestra. La detuvo. La bajó. Marcó un sitio. Al azar. Abrió los ojos. Miró. Tuvo una sorpresa. El agudo extremo indicaba un brazo del Gran Río —el Río Mar— casi al hacerse Golfo. La carta geográfica no mostraba ninguna población. La más cercana estaba, sin duda, a varias decenas de kilómetros. “¿Qué vas a hacer, doctor? ¿Te quedarás entre la flor y nata de tus enemigos? ¿Les ofrecerás lo que resta de tu hígado, en un hipo final de desagravio? ¿O seguirás el agrio impulso y te irás a vivir en aquel sitio desolado?” Optó por el derrotero que marcaba la afilada plombagina. Decidido, averiguó la mejor manera de llegar al rincón desconocido. Al principio, nadie pudo orientarlo. Se angustió. ¿Se le iba a cerrar, también, esa mínima salida? Se dominó. Lo juicioso le pareció ir al Malecón que bordea el Río. Entrar en las tabernas cercanas a Jos muelles. Allí, tal vez, pudieran informarlo. Se equivocó. Los contertulios de esos antros sabían poco de itinerarios de tal laya. Si fuese Río arriba, le dijeron. O, mejor dicho, Ríos arriba, ya que allí el Gran Río se hace dos, podrían orientarlo. En cambio, Río abajo, ¡imposible! Con todo, le aclararon, que allá —allá donde él les indicaba— no navegaban embarcaciones de motor. Sólo balandras. Y, según especulaban, la mayoría de ellas seguía de largo, Hacia otros rumbos. Adentro ---donde hay islas como semillas de papaya—. O afuera, Hacia el norte o el sur del Golfo. A lo mejor podría tomar una balandra de ésas. De allí lo desembarcarían en canoa. Y lo llevarían a la boca del estero.

Al oír “canoa”, alguien aconsejó:

—¿Y por qué no va en canoa? Hay canoas que vienen y van. Todos los días.

Otro aclaró:

—De veras. ¡Trayendo pesca!

Y otro:

—Llegan por la parte de atrás de la ciudad.

Juvencio se extrañó.

—¿Cómo es eso?

—¿No lo sabe, doctor? La ciudad tiene dos Ríos. Dos Ríos que frente a ella se hacen uno. Y el Mar, detrás...

—Claro. Todo el mundo lo sabe.

—Pues por ese Mar también se viaja.

Abundaron en explicaciones:

—Por los mil canales que forma.

—Por los esteros de corrientes encontradas.

—Unos que van y otros que vienen.

—Entre las mil islas,

—Por allí andan las canoas pescadoras.

—Y las balsas.

—Pero en balsa no se llega nunca.

—A veces es mejor no llegar nunca, ¿no?

El Médico aclaró:

—Lo malo es que no sé ni dónde voy.

—¡Ah, carajo! Eso sí está peliagudo.

Terció un Viejo. Estaba bebiendo su aguardiente a pico de botella.

—Por lo que usted dice, donde quiere ir es a Santorontón.

—¿Qué es eso? ¿Un pueblo?

—No ha de llegar a tanto,

—¿Una hacienda? | —Tal vez, un poco más. Un caserío. O puede ser que __ haya crecido. Que se le pueda llamar pueblo. Hace tiempo que no he oído hablar de Santorontón. Desde que empezaron a pasar las cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas. . . Cosas que no son buenas para los cristianos.

Vio al doctor a través de la irrealidad de su alcohol.

—Yo que usted, ¡no iría!

— ¿Por qué, no?

—A lo mejor Santorontón ni existe.

—¿Qué dice?

—Ni ha existido nunca.

— ¿Cómo es eso?

—O lo que allí pasa no pasa.

Juvencio sonrió:

—Tal vez me toque averiguarlo. Además. Ya estoy curtido. Curtido por fuera y por dentro.

El otro sentenció.

—Cada quien sabe lo suyo, Doctor. Y no se ofenda, que no es por usted que lo digo. Lo digo, no más. Es un dicho: El culo que quiere beta, él mismo lo anda buscando,

—Le repito...

— ¡Allá usted!

Ingirió una buena cantidad del llameante jugo de caña.

—En cuanto a su viaje tiene que arreglarlo atrás de la ciudad. Con los propios canoeros.

Las canoas pesqueras regresaban a las islas sólo con unos pocos víveres. Arroz. Manteca. Plátano. Frijoles. A veces, también llevaban algún material que pudiera servir en sus tareas: Atarrayas. Piolas o plomos para las mismas o para redes mayores. Anzuelos. Puntas de fijas o de arpón, etc. De tal modo, que casi siempre iban vacías. Por eso, no hubo ningún problema para arreglar su viaje. “Y aunque fuéramos cargaditos” —le aseguró el Popero—, “ya veríamos el modo de acomodarlo. Más ahora, que se puede hasta bailar a bordo”. Esto, sin embargo, permitió que Juvencio embarcara, holgadamente —además de sus escasas pertenencias personales— algunos de sus instrumentos médicos y unos pocos productos

farmacéuticos. Cuando trató el precio del viaje, le dijeron que lo arreglarían después. Que por eso no se preocupara. Lo sentaron en el asiento del centro. Y casi en seguida los remeros empezaron a bogar. Eran cuatro. Lo hacían reciamente. En formal acompasada. Notó que uno de ellos tenía un gesto de dolor, cada vez que se esforzaba.

—¿Qué le pasa?

—Una desgraciada raya me dio un clavazo en el pie. Se me está hinchando.

—¿Cuándo fue eso?

—Anoche. Al recoger la pesca en el estero tapado.

El médico se aproximó.

—A ver.

—No es nada, doctor.

Juvencio lo examinó brevemente,

—Se le está infectando. Voy a curarlo.

El remero expresó, evasivamente.

—Si usted quiere...

—Deje de remar. Venga a la popa.

El otro pareció dudar.

—Es que...

La voz ronca y burlona del Popero se dejó caer.

—Haz lo que dice el doctor. Es lo mejor. Si no, tendrás que ir cesta noche donde Bulu-Bulu. Tal vez para entonces ya sea tarde. Y capaz de que pierdas la pata.

Al pararse, el rostro del herido se contrajo.

Masculló:

—¡Carajo! No pensé que estaba tan peor,

El doctor lo curó.

Recomendó.

—Recuéstate un poco. Necesitas reposar.

Regresó a su asiento. Miró distraídamente, Ya iban por el intrincado laberinto de las islas. Tenía la impresión de que daban vueltas por el mismo sitio. Sólo las dimensiones y la configuración de los esteros —más o menos anchos, más o menos rectos, más o menos curvos— le indicaban que estaban recorriendo lugares diferentes.

A su espalda, se oyó la voz del piloto.

—¿Un poquito de arroz con concha prieta, doctor?

Aceptó, sonriente.

—Muchas gracias.

Al volverse a recibir el plato, vio al picado por la raya. Sin duda se había aliviado un poco. Estaba profundamente dormido. Recomendó:

—Cuando despierte, estará mejor. Ha de tener hambre. Le dan arroz. Pero sin concha.

Llegaron al anochecer. Entonces, ¿Santorontón existía? ¿O era él quien había dejado de existir y por eso podía ir al encuentro de lo inexistente? Fuese de ello lo que fuese, la verdad es que estaba ante ese pueblo. Su informante lo había menospreciado. Tenía muchas casas. Aquí y allá se veían sus luces de querosene, amarillentas. En el centro destacaban lámparas de gasolina, azulosas. Tenía confundidos los perfiles. Sólo unas pocas sombras humanas ambulaban lentas. Entre el ladrido esporádico de los perros callejeros.

Juvencio iba a saltar a tierra. Lo detuvo el Popero.

— ¿Dónde va?

—A buscar un hotel. O una posada. Cualquier lugar para pasar la noche. Y guardar mis cosas hasta que amanezca.

—Ni lo sueñe, doctor. Aquí, de buenas a primeras, nadie le dará hospedaje.

—No importa. Déjenme en la orilla. Me quedaré en la playa. Mañana veré qué puedo hacer.

El picado de raya había despertado. Escuchó parte del diálogo. Sugirió:

—¿Por qué no vemos al Padre Cándido? Vive solo. A lo mejor, el doctor puede quedarse allí.

El Popero apoyó la idea.

—Es verdad.

Y sin consultar al pasajero, ordenó:

—¡Vamos allá!

Llegaron, después de bogar unos minutos. El Popero gritó:

—¡Padre Cándido! ¡Padre Cándido!

Se abrió la puerta de la casa próxima a la orilla. La luz que venía de dentro destacó una silueta,

—¿Qué desean?

—Posada para un amigo.

Sin vacilar, invitó:

—Que pase.

Entre todos los canoeros —salvo el herido— desembarcaron las pertenencias del doctor. Éste se aproximó al sacerdote.

—Gracias, Padre. Soy Juvencio Balda, médico.

El Cura sonrió abiertamente. Le tendió la mano. El joven la estrechó, efusivo.

—Mucho gusto. Usted ya sabe quién soy. Ha tomado posesión de su casa.

—Si no fuese por usted, ¡quién sabe si hubiera tenido que pasar la noche en la playa! ¡Y con este frio!

Los remeros terminaron su faena. Juvencio preguntó:

—¿Cuánto les debo?

El Popero aclaró:

—Nosotros no hacemos este negocio, doctor. Nos pagan por cargar pescado. No gente.

El joven médico sintió una repentina emoción.

—Gracias por todo,

—A usted, doctor. Por curamos el boga.

Éste enseñó la mazorca de sus dientes.

—Y ya me estoy sintiendo como nuevo.

Sin más ni más, se hundieron en la noche. Entre la sinfonía incansable de las olas. Poco a poco, se fue diluyendo el ritmo acompasado de sus remos. Juvencio miró a su derredor. Casa de caña-brava. Puntales de mangle y techo de bijao. Se elevaba unos centímetros del suelo. Tenía dos piezas. En la que hacía de sala, mesa y dos sillas. Sobre la mesa, el Cristo Quemado. En la otra habitación, un petate y su toldo. Además, un fogón hecho de ladrillos, dentro de un cajón. Las pertenencias del médico se habían amontonado en un rincón. El Cura siguió la mirada del recién llegado,

—Hizo mal en entusiasmarse. Es la hospitalidad de un cura pobre.

Era casi un gigante. Atlético. A pesar de sus años —¿Cuántos? ¿Cuántos tendría?—, andaba vertical. Como un mangle palmero. Vestía sotana en hilachas. Con remiendos por doquier. Muy limpia, eso sí. Escasos cabellos grises. Ojos cafés. Nariz aguileña. Boca variable. Pómulos salientes. Grandes orejas. Huesudo. Nervudo. Bondad infinita: Tal el clérigo,

Voz tensa, el joven sentenció:

—Ojalá hubiese muchos curas —pobres o ricos— como usted.

Cándido se volvió al Cristo Quemado.

—¿Qué pensaría Gaudencio si escuchara cestas flores?

El Hijo de María hizo un gesto de duda.

—¡Quién sabe! Tal vez, se moriría de envidia. O, quizá, de rabia. Pensaría que le estás haciendo la competencia. Y, lo que .es peor, gratis.

— ¿Quién tiene la culpa?

—¿No me vas a decir que yo, verdad? ¡Sería el colmo!

—¿Quién otro, entonces?

— ¡Cándido! ¡Recuerda que tenemos visita!

El Cura estaba violento.

—Si ya no haces milagros, ¿por qué no se lo pides a tu Padre? ¿Por qué dejas que ese fraile importado convierta en feria la iglesia, y todo lo que ella significa? ¿Por qué no lo mandan con su música a otra parte?

—No me induzcas a la violencia. Un día de éstos...

El doctor intervino.

—¿Hay otro sacerdote?

Respondió el Cura.

—¿No lo sabía? ¡Claro! ¿Cómo lo iba a saber, si acaba de llegar? Pues, sí. Hay otro. Un tal Gaudencio.

El Crucificado recomendó:

—¡Cálmate, Cándido!

—¿Cómo voy a calmarme cuando hablo de ése que me sacó de la iglesia?

Juvencio estaba más y más extrañado.

—¿De la iglesia? ¿A usted?

De mi iglesia. Mejor dicho, de mi media iglesia. Porque la mía —la que construí con mis manos y las de los santoronteños— se quemó hace tiempo. Yo no la había reconstruido aún.

Jesús insinuó:

—Lo contarás después. No abuses. Ahora, ofrécele algo de comer.

—Tienes razón.

Y al Médico:

—Usted debe estar cansado y con apetito. Bien. Lo que hay en esta casa es suyo,

Sonrió. Agregó:

—Incluyendo petate y toldo,

—Por mí no se desacomode.

—Nadie se va a desacomodar. Vamos a partirnos unas lisas ahumadas. Unos bolones de verde. Y un poco de café.

Juvencio sentíase cada vez más tranquilo. Sonrió.

—El servicio es tan bueno como el precio.

Al día siguiente, el Sacerdote lo llevó a Santorontón. En su canoa. Bogando él, como siempre. Trató de convencer a José Isabel Lindajón —uno de sus feligreses más fieles— de que le diera alojamiento. No fue fácil. Se notaba el afecto y el respeto que sentía por el Padre Cándido. Pero, sin duda, era presa de un pavor invencible.

—Usted sabe. Por mí, no hay problema. Pero aquí caen mal los fuereños. Los mandamás tienen miedo de que se descubran sus cosas.

¡Otra vez la misma palabra! Quiso saber.

—¿Qué cosas?

José Isabel —viejo y seco, caña chupada— respondió, evasivo.

—Muchas cosas.

El Cura explicó:

—Un puñado de hombres se ha adueñado del pueblo. Sobre todo, uno. Un tal Crisóstomo Chalena. Controla el agua de las lluvias. Desde que se secaron los pozos, es la única que tenemos. Por eso, quienes se le oponen sufren sed.

—¿No han solucionado eso?

—No han podido.

Lindajón se aventuró:

— A propósito de don Chalena...

—¿Qué?

—Tolón —el chico del rosal— está en un ¡ay! Llora y grita día y noche.

Juvencio se interesó.

—¿Por qué?

—Tiene un rosal clavado en la mano.

—¿Cómo es eso?

El Sacerdote, en pocas palabras, volvió a explicarle. El Joven pareció muy preocupado.

—No hay que perder, tiempo. Debe atendérsele en seguida. José Isabel aclaró. —Si va solo, ni siquiera podrá entrar. Cándido asintió:

—Lo acompañaré, Antes, vamos a desembarcar el equipaje del doctor. Porque él se queda aquí, ¿verdad, José Isabel?

Lindajón se alzó de hombros. Fatalista.

—Sí, Padre Cándido. Pase lo que pase.

Poco después, estaban ante Chalena. Acostado en su hamaca. Como siempre. Medio se incorporó, al ver al Cura. Después de saludar, preguntó:

—¿Qué milagro lo trae, Padre Cándido?

—Vengo a presentarle al doctor Juvencio Balda.

El hombrecillo lo observó, El galeno era de mediana estatura. Grueso de carnes. Muy joven. Cuidadoso en el vestir. De ademanes corteses. Rostro afable. Irradiaba simpatía. Le causó una pésima impresión. Se dominó:

—Bienvenido, doctor. Especialmente, porque lo trae el Padre Cándido.

Se detuvo. Antes que el otro tuviera tiempo de agradecerle, añadió:

—Aunque tengo un presentimiento. Usted va a durar poco aquí. Casi no hay trabajo. Ya tenemos nuestro médico. Un buen médico. El doctor Espurio Carranza.

Terció el Cura.

—Nunca está de más otro médico.

Prosiguió. Bromista.

—Por otra parte, Santorontón sigue creciendo. Cada día nacen y mueren más personas. Pronto, el doctor Espurio tendrá bastante con enterrar sus muertos. Los propios y los ajenos. Porque, de vez en cuando, también les manda algunos Bulu-Bulu.

Chalena sonrió enorme boca de batracio. Los ojos parecieron desaparecerle.

---Yo decía, no más, Padrc Cándido. Yo decía, no más...

Lo interrumpió un alarido. Rasgó el aire víbora invisible. Casi ultrahumano. Se estremecieron. Después, llantos de niño. Mezclados a gritos guturales. Extraños. Crecientes. Al final carreras. Acercándose. Mezcladas a los gritos y llantos. Chalena se puso en pie. Con dificultad. Tal vez, pretendió parar los hechos. No tuvo tiempo. En el dintel de la puerta monstruoso grupo. La Muda. Tolón. Ella tirando del brazo izquierdo de su hijo. Tolón saco de huesos. Sus ojos parecían más grandes. Dolor. Insomnio. Desesperación. Rotulaban su rostro. El pelo crecido, alborotado. Aire selvático. La diestra estirada. Abombada. —Amoratado el brazo—. Envuelta en bejucos y hojas muertas. En el centro un poco de tierra. En ella, hojas vivas. Arbusto vivo. El Rosal. Rosal-cilicio. Rosal-raíz. Rosal-puñal. Rosal-colmillo. En arranque instantáneo, saltó Juvencio. Fuera de sí, arrancó los bejucos. Las hojas. Desparramo la tierra. Con cuidado, extrajo las raíces. No habían entrado mucho. Quizá nada. Apenas hurgaban la carne. Hizo sus curaciones. Chalena —paleta cromática— mostró asombro. Rabia. Dolor. Miedo. Desesperación. Desconcierto...

Bramó:

—¿Qué está haciendo?

Juvencio no respondió. Ni siquiera se alteró. Chalena gritó, más recio aún:

—¿Qué pretende?

Avanzó. Tambaleándose.

—¡Suéltelo!

Intervino Cándido:

—Déjelo.

—¿Y el rosal?

—Lo iba a perder de todos modos.

Se descoyuntó.

—No. ¡No! ¡Por favor! ¡Que no mate el rosal!

Juvencio se volvió, Había vendado la mano de Tolón.

—Ya está.

La Muda dejó de llorar. Cayó de rodillas. Besó la mano del médico. Crisóstomo miró —otra vez sin control, idiota— lo que ocurría. Dos lágrimas escurrieron sus mejillas batrácicas. Cayó sobre la hamaca. Gimió.

—¡Mi rosal!

Reaccionó. Tornó a enfurecerse. Encaró al doctor. —Me la pagará. Tendrá que irse. ¡O verá lo que le pasa!

Miró con rabia y odio al padre Cándido.

—Y usted, también. ¡Entrometido! ¡Todos me la pagarán! ¡Todos!

Juvencio explicó:

—Si demoramos, las raíces se hubieran hundido en la carne del niño. Habría perdido el brazo. Tal vez, moriría,

El otro pareció no entender.

—¡No les daré agua! ¡Ni una gota! Y quien se las dé, la perderá. Para siempre. Ya verán. Les haré la vida imposible, ¡Morirán de sed!

El joven lo miró. Fríamente.

—Usted no está solo en el mundo, señor Chalena. Santorontón, tampoco. A pocas horas de aquí se puede buscar justicia, todavía.

Estas palabras parecieron calmar un poco al homúnculo. Sin embargo, no se dio por vencido.

—¡Ya veremos! ¡Ya veremos! De todos modos, es mejor que se vaya. Desde que viene empieza a causar problemas. ¡Es mejor que se vaya!

Nuevamente, la voz se le tornó quejumbrosa.

—Mi rosal. ¡Perdí mi rosal!

Ojos de Tolón brillantes. Potro de vidrio y espuma. De vidrio y sangre. De vidrio negro. De sangre verde. De humo y selva. Potro de alas. Potro de alísimas. De cuatro. De diez. De cien alas. Alejándose. Alejandísimo, Alejandisisísimo. Dando vueltas. Bola de vidrio. Dando vueltas mariposa. Bola de jaboncillo. Mariposa de mangle tierno. “Ay mi rosal.” “Ay mi potro, mi potrito, mi potrito! ¡Ay mi potritito negro-verde! ¡Ay mi potritito aire-luna, mar-luna! ¡Potro de vidrio luna! ¡Potro de mar espuma!” Días después —cuando ya estaba instalado en el pueblo— llegó Clotilde. Envuelta en su red de piñuelas. Asida de sus sueños testiculares. Se la envió Bulu-Bulu. Viajera de un mundo de sexos colgados estalactitas fluorescentes. Injerto de Luna en los ojos grandes. De mar en los labios abiertos. De serpiente en las distorsiones mentales. Medio desnuda senos de invitación y muslos de ofrenda, apareció en el umbral. Estaba más vestida, quizá, de caricias soñadas. Tenía algo de maravillosa imagen escapada de un vértigo. La luz penumbrosa que orientaba sus pasos parecía cintilar a cada instante. La fugaz hospitalidad del Brujo habíala transformado. Transitaba aún por evasión y lontananza. Con todo, su cuerpo sonreía primavera. Ya sus huesos no insinuaban ángulos agrios debajo de su cutis. Se estaba volviendo curvilínea. Una tenue atracción marginal a su conciencia parecía circundarla. Quien la llevaba. explicó:

—La manda Bulu-Bulu.

Juvencio lo miró, asombrado.

—¿Para qué?

—Para que la cure. Está adolecente.

Señaló la cabeza con el índice. Dio unas vueltas con él en su sien, Agregó:

—Del coco.

El doctor intentó una débil protesta,

—Es una muchacha. No puedo tenerla, Yo...

El otro se alzó de hombros.

—Usted verá lo que hace. Cumplo con lo que me encargó el Brujo. Nada más.

Y se marchó.

Clotilde entró, con naturalidad.

—¿Te doy ganas?

Quiso desnudarse más aún. Mejor dicho, quitarse lo poco que la tapaba. El médico lo impidió.

—Espera. Ven. Siéntate.

Ella obedeció.

--- ¿Cómo te llamas?

—Clotilde

La miró más intensamente. De súbito sintió una doble ternura. De médico y de hombre. ¡Psíquicamente parecía tan despojo!

—¿Quieres comer algo, Clotilde?

—Bueno. Y cuando quieras cubrirme.

—-¿Cubrirte?

—Sí. Montarte sobre mí... puedes hacerlo. Sólo que ya sabes lo que te pasa

---¿Qué me pasa? ¡No entiendo!

--- Si. Tendré que caparte. Así he hecho con todos los demás. ¡Mira!

Le mostró la guirnalda de piñuelas, Continuó:

—Los hombres son malos. Hacen daño a las mujeres. Y yo tengo que salvarlas.

CAP. XV

AL PRINCIPIO, ña Crisanta no las tenía todas consigo.

—¿Cómo puedes entregar la Minga a un Hijo de El que Sabemos?

—Puras habladurías.

— ¿Estás seguro?

Respondió con otra pregunta.

— ¿Prefieres que la muchacha esté enterrando X-Rabo-de-Hueso todas las noches?

—Ya le pasará.

—¿Y si antes la preñan los Tin-Tines?

—Los Tin-Tines no vienen hasta acá.

—Eso crees tú. He visto sus huellas al pie de su ventana. Especialmente, la primera noche.

—¿Ah, sí?

—Por eso, es mejor que el Coronel se la lleve.

No lo dijo. Pero lo e para sus adentros: “Aunque sea como medicina.” La Vieja se resignó.

--- ¡Qué le vamos a hacer, pues! ¡Ojalá que todo salga bien! Tengo miedo.

Él también tenía miedo. ¿Cómo no iba a tenerlo, conociendo como conocía a Candelario? Claro que el hombre había cambiado. Muchísimo. Esa Chepa Quindales, con sus ganas de difunta, le había hecho dar una vuelta al revés. Antes, él jamás le hubiera dado a su hija. Habría preferido que se la llevase cualquiera de los santoronteños y no el Ahijado de El Cura. Ahora, en cambio, estaba seguro de que éste se aferraría a la Dominga. Como a palo de balsa en mar alborotado. Para el Coronel, su hija sería el mejor remedio. ¿Sería? ¿La Difunta se batiría en retirada? ¿O, por el contrario, seguiría desnuda, en medio de los recién casados? ¿Pretendería que continuase revolcándose con ella y no con la otra? Si eso llegara a pasar, él, ¡el Brujo Bulu-Bulu, intervendría! Usaría sus poderes —los buenos y los malos— para que la Minga no tuviese que seguir enterrando serpientes, noche a noche. Por otra parte, parecía que todo iba a salir bien. El Coronel había instalado al pie de su casa la canoa tirada | por quelonios. Desde ella —como de un sitio de comando— organizaba los últimos detalles de la boda. Entre otras cosas, pidió a Ña Crisanta que invitara a cuanto Mandamás había en el pueblo. Ella se había resistido. Claro que de los dientes para afuera, Por dentro se movía como curiquingue.

—Es inútil, Coronel. No van a venir.

El Coronel peló los dientes.

—¡Vea que usted es fregada, Ña Crisanta! ¡Invítelos! ¡Avíseles que el Coronel Candelario Mariscal quiere que asistan a su matrimonio!

—¿Y si dicen que no?

—Entonces, les advierte que pueden ir hablando con Espurio. Para su lote en el cementerio. Que el entierro es gratis. De eso y del difunto me encargo yo.

La Vieja se arrugó trapo exprimido.

—¿Y?

— ¿Qué?

— ¿También invito a su padrino?

—No, Ña Crisanta. Ni a él, ni a sus amigos.

La mujer del Brujo ni los nombró. ¿Para qué? Los “amigos” cran, además de El Cristo Quemado, el doctor Juvencio Balda, Clotilde Quindales; José Isabel Lindajón y unos pocos más. Sin insistir en el asunto, se dispuso a cumplir el cometido. Empezaba a caerle bien el Coronel. Parecía que esta vez quería hacerlo todo “dedeveras”. Para ella resultaba una ocasión excepcional, En Santorontón jamás le habían perdonado que se fuera con el Brujo. Le hacían asco. “¡Figurense! Se casa con un Brujo. ¡Brujo y prieto!” En la mayoría de los casos, ni siquiera le dirigían la palabra. Cuando se presentaba en el mercado —o en cualquier lugar público—, las demás mujeres se alejaban. Como si ella tuviese la Fiebre Amarilla o la Peste Bubónica. Cuchicheaban entre sí. Le lanzaban miradas plenas de desprecio o burla. Igual cosa ocurría con la Donna Felizmente, a ésta todo la tenía sin cuidado. Andaba envuelta en el torbillo rojo. Aguijoneada por sus íntimos problemas. Por el estallido febril | que le encendía la libido. Con la angustia feroz de cada día, a medida que la noche se acercaba. Presintiendo la presencia cotidiana de la X-Rabo-de-Hueso, que tenía que enroscársele. A la que debía enterrar después, para poder dormir. Por todo ello, la Vieja saboreaba anticipadamente la chicha amarilla y espumosa de la venganza. Para cumplir mejor, empezó a acicalarse con esmero. Viejas ropas de colores chillones, que tenía refundidas en el fondo de cajones. Zapatos de imagen reidora y tono crujiente. Afeites que el Brujo usaba para nocturnos maquillajes espectaculares: todo le pareció poco para su atuendo. Cuando estuvo lista y pasó ante Bulu-Bulu, éste no pudo contener la risa.

—Pareces papagayo jumo.

Ella lo observó con rabia. Se dominó. Hasta esbozó una leve sonrisa.

—Papagayo y jumo será tu madre.

El Brujo soltó una carcajada. La miró embarcarse en su canoa. Bogó ella misma. Enrumbó a Santorontón. Ni siquiera se volvió un solo instante. La verdad es que se le hacía poco el tiempo para enfrentarse a la gente. Al primero que vio fue a Chalena. Éste se incorporó en su hamaca. Aunque ya se imaginaba a lo que venía el padre Gaudencio lo había hecho volar a los cuatro vientos asumió un aire candoroso.

—¡Qué milagro, Ña Crisanta!

—Pues sí que es milagro, don Crisóstomo. Vengo a invitarlo al matrimonio de mi hija.

—¡Ah! ¿Se va a casar?

—Ya era hora, ¿no? ¿O se iba a quedar para vestir santos? -

—No. Claro que no. ¿Y con quién?

—Con Candelario Mariscal.

—¿Así que atrapó al Coronel? ¡Quién iba a pensar eso de la Minga! Parecía que no quebraba un plato.

—A veces los ojos no sirven para ver las cosas, Don.

—¿Y cuándo es la boda?

—Mañana.

—¿Mañana? ¡Qué rápido!

Fue demasiado. El rostro de la mujer de Bulu-Bulu se hizo feroz.

—¿Qué? ¿Le parece mal?

Chalena reaccionó. Se dio cuenta de que había ido A lejos. Trató de ser amable. En rápida transición.

—No. Me parece muy bien. ¡Allí estaré! ¡Sería el colmo que faltase a la boda del Coronel Candelario Mariscal con la hija de Bulu-Bulu!

Ña Crisanta se despidió y se dirigió a la casa del doctor Espurio Carranza. Éste se adelantó a recibirla. No quiso, o no pudo, ocultar que sabía todo.

—Ya tenemos la noticia, Ña Crisanta. La felicito. El Coronel es el mejor partido de Santorontón. Cierto que la Dominga tiene muchos atractivos. La felicito nuevamente, Y le ruego felicitar a Bulu-Bulu. Deseo lo mejor para los novios.

—Gracias, doctor Espurio. Muchas gracias. Precisamente, vengo por eso.

—Explíquese, Ña Crisanta.

—Vengo a invitarlos, a usted y a su familia, para que asistan a la boda. El doctor sonrió, con gran amabilidad.

-—Por mí no hay inconveniente, Seré de los primeros en estar allí,

—¿Y ña Jovita?

Espurio se sobó la barbilla,

---Ella no podrá ir, seguramente.

—¿Por qué?

—Mi mujer no va nunca a estas cosas. Ni a nada.

La vieja sonrió. Con la cara más amable que pudo.

—Queremos que ella vaya. Ella y las niñas.

El rostro de Espurio se volvió un tanto irónico, Medio levantó la cabeza

—Uhmmm, ña Crisanta. ¡Usted está pidiendo imposibles!

La sonrisa femenina se acentuó.

—Como quieran. Es cosa de ustedes, doctor. Pero antes de irme, tengo que darle un recado del Coronel,

—Dígame. La escucho.

—Me dijo que los que no asistieran a la boda, podían ir arreglando con usted su lotecito en el cementerio. Que los muertos y el entierro corrían por cuenta de él. el caso de usted, todo será más fácil. Como la mayor parte del cementerio es suya. Como: usted tiene el negocio de los entierros. Y como serán varias personas a la vez —Ña Jovita, las niñas y usted— resultará más barato.

El otro repitió, mecánicamente.

—Sí. Claro. Como serán varias personas a la vez, resultan más barato.

Reaccionó violentamente.

—¿Qué es lo que está diciendo?

—Lo que oyó.

Reflexionó, rápido. Se calmó. Trató de aparecer lo más sereno que pudo.

—Tiene razón, Ña Crisanta. Creo que convenceré a mi familia.

Estaremos allí. No se preocupe

La noticia se extendió rápidamente. La forzosa invitación al matrimonio del Coronel surtió su efecto. Casi ni dejaban hablar a doña Crisanta. Apenas empezaba a formularla, ya se la estaban aceptando. A medida que los casos se repetían, ella se iba sintiendo más y más segura. Por tanto, podía gozar en forma más completa la humillación de los otros. Mejor dicho, de las otras. En el trayecto de una casa a la siguiente, estaba imaginando no sólo cuanto haría en esos momentos y en ese día, sino lo que realizaría después. Tenían que pagársela. Esos pocos instantes resultaban escasos para compensar los largos días, meses y años que ella había sufrido. Desde que se fue siguiendo a Bulu-Bulu. Los primeros en darle la espalda habían sido sus mismísimos padres. Cuando quiso —ya viviendo y casada con el Brujo— pedirles perdón, se lo negaron. O, por lo menos, el Viejo había impedido que su madre la perdonara. “No sólo es un brujo él. Toda su familia es de brujos” —había expresado—. “Si algún día tiene un hijo, también seguirá la tradición de la parentela. Será brujo.” La madre dizque había intentado una débil defensa. “¿Y qué? ¿Acaso los brujos no son gente? Tu hija, ¿deja de ser tu hija porque ahora sea la mujer de Bulu-Bulu?” “No me importa lo que tú pienses” —había argüido él—. “A lo mejor ya el brujo te hizo una brujería, Mientras yo viva y esté en mis cinco sentidos, esa bruja no volverá a poner los pies en esta casa.” ¡La bruja era ella, su hija! as fue con los que le dieron la vida, ¿qué podía esperar de los demás? Desde entonces, prácticamente se encerró. Sólo salía al mercado. Á veces —muy raras veces— iba a misa. Siempre arrinconada. Marginal. Lejos de todo y todos. Sin que nadie le dirigiera la palabra. Como si hubiera una barrera invisible entre ella y los demás. Aun cuando iba a comprar algo, los vendedores se lo daban con miedo. ¿Temerían contagiarse de algún mal desconocido e irremediable? Por todo ello, pues, buscaría la

forma en que los otros —sobre todo, las otras— se la pagaran. El asistir a la boda de su hija era apenas un abono. Un primer abono a la cuantiosa deuda. Con todo, gozaba con cada detalle de lo que estaba ocurriendo. A partir de la visita al doctor Espurio, ya no preguntó por los hombres sino por las mujeres. Estas la recibían inmediatamente. Y aunque por dentro estaban que se morían de rabia, por fuera forzaban una sonrisa. Ña Crisanta pesaba muy bien esa sonrisa. Sabía que si no la sacaban a palos. Que si no la envolvían en un poco de leña y le prendían fuego, era por el Coronel. El Coronel no decía las cosas solamente por decirlas. Además, seguíalo envolviendo la nube negri-roja de la leyenda homicida. Era como si llevara siempre su cortejo de cadáveres. Principiando por los viejos Quindales. Y continuando con los que —según corrían voces— había dejado, en estela macabra, por mar y tierra, detrás de sus pisadas. ¿Para qué jugar con machetes filudos por los cuatro costados? Era mejor, sonreír. Mientras se pudiera, era mejor sonreír. Mientras, sonreir. Sonreír. Pudiera sonreír. Sonreír. Mejor sonreír. Sonreír.

Cuando la noticia hurgó los oídos de Cándido, se incendió de furia. Su interlocutor de siempre recibió el impacto.

—¿Ya lo sabes, verdad?

—¿Quién no, en Santorontón?

—¿Cómo se atreve, ese desgraciado, a profanar la casa del Señor?

—¡Cándido!

—¡Es un sacrilegio! ¡No se llevará a cabo! ¡Iré a sacarlo a puntapiés!

—¡Cálmate!

—¿Y con quién? ¡Con la hija de Bulu-Bulu! Con una bruja. ¡Eso no puede ser!

— ¡Cándido! ¡Escúchame!

Levantó los ojos hacia el Cristo Quemado.

—¡Dime!

—Antes que nada, tranquilízate.

—¿Ya vas a meterte en lo que no te importa?

Jesús sonrió.

—¿Quién comenzó primero? Además, todo me importa.

—¿Ah, sí? Entonces, haz algo para impedir la boda.

—¿Por qué?

—Bien sabes que mi ahijado... Digo ese Coronel... es un criminal. Además, quemó la iglesia, Y hasta ¡a ti mismo!

—¿Olvidas que perdoné a los que me crucificaron?

—Éste... ¡es peor que ésos!

—¿Y qué? Por otra parte, ¿prefieres que no se case? ¿Que sólo se lleve a la muchacha? ¿No te parece que es una de las primeras cosas buenas que hace él?

—¡A mí no me engaña ese desgraciado! Algo se trac centre manos. Aunque te opongas, ¡yo impediré esa boda!

—Siquiera, ¿la conoces?

—¿A la Dominga?

—¿A cuál otra? Ésa es la novia, ¿no?

—Sí. La conozco. La he visto de lejos.

—¿Y qué te parece?

—Pues, una mujer. Una mujer... como todas.

-—¿No crees que también tiene derecho, igual que las demás a buscar felicidad?

—Si. Claro que sí. Por lo mismo debo impedir que la Ley de Dios la una con ese hombre.

—¿Y si ella lo quiere?

Quedó perplejo.

—Es cierto. No lo había pensado.

Miró a El Cristo, Como tratando de leer sus pensamientos. Se dio cuenta de que era absurdo lo que pretendía. Masculló:

—De verdad es que, a veces, ya no sé qué hacer contigo, Cuanto a mí me parece bien, a ti te cae mal. ¿Qué? ¿Estoy así tan suelto de la mano de tu Padre?

El Crucificado sonrió, burlón.

—No, Cándido. No es eso, Es que la vejez te está vol. viendo fósil. Un fósil gruñón.

A los labios del Cura también asomó la burla.

—¡Quién habla de vejez! ¿Qué edad tienes tú?

Su camarada le siguió el amén:

—Casi dos mil años.

El Cura continuó en el mismo plan. Pero sin cambiar sus propósitos anteriores.

—Bueno, “jovencito”. Por última vez, te dijo que ahora no te saldrás con la tuya. Iré a la iglesia. Haré cuanto esté en mi mano. Aunque sea a sacar de las orejas al padre Gaudencio. O a hacer huir a pata... a puntapiés al Coronel —¡vaya Coronel!— Candelario Mariscal.

Jesús movió la cabeza de un lado a otro, preocupado.

—¡Qué cabeza más dura tienes, Cándido! Estoy seguro que allí no entra ni un hacha ni un arpón.

CAP. XVI

La llegada del padre Gaudencio pintó de verde a Santonrontón. La mayoría de sus habitantes enarbolaron ornamentos fabricados con hojas de palmeras: ramos. Cruces. Figuras entretejidas. Se pusieron sus ropas de Domingo. Se acercaron a la orilla. Y esperaron a la lancha ---una lancha especial, a motor, fletada--- que traía al sacerdote. Casi todo el recibimiento fue obra principal del padre Cándido. Cierto que, al saber la llegada del flamante pastor de almas, se había desconcertado. Así lo comentó con su amigo del alma.

--- ¿No te parece que dos curas es demasiado para un pueblo como éste?

--- Sí. Sobre todo, en las condiciones de Santorontón. Y para una iglesia que, a pesar de tu optimismo…

Lo interrumpió, airado.

--- ¿Qué? ¿No es una iglesia como las demás? ¿Acaso porque está como está de serlo? Tu mismo, quemado y despintado, ¿no crees siempre El Crucificado?

--- Déjame terminar. Digo que, a pesar de tu optimismo, la iglesia sigue resultando demasiado grande para el pueblo.

--- ¡Ah, vaya! Así es diferente. ¿Y entonces?

--- Entonces, nada. No podemos prejuzgar las intenciones del Obispo. Lo único que debes hacer es preparar una recepción digna al nuevo sacerdote. Después, veremos que sucede.

--- Tienes razón.

De inmediato, hizo sonar ---con fuertes repiques--- la gangosa campana. Desde el día en que se fue Romelio ---el fatídico día del incendio--- el cumplía con éste y todos los demás menesteres del templo. El eco del golpe del badajo en el bronce se propagó. Golpeó las montañas y regresó, multiplicado, al pueblo. A su llamado acudió una buena parte de sus feligreses. Lo rodearon. Les habló:

--- Hijos mío: va a llegar otro sacerdote. El padre Gaudencio. Tenemos que recibirlo dignamente.

Algunos rezongaron:

--- ¿Para qué queremos más curas?

--- Con usted nos basta y sobra.

--- ¿Cómo haremos con dos, si no podemos mantener bien a uno?

Se engalló:

--- ¿Qué es eso de mantenerme? ¡A mi no me mantiene nadie! Casi todo lo hago gratis.

--- Es cierto.

--- Si hasta ---hay veces--- nos ayuda.

Los paró, en seco.

--- Bueno. Ya basta. Digamos lo que digamos, el padre Gaudencio estará aquí mañana. Debemos prepararnos para darle la bienvenida.

--- Esta bíen, padre.

--- Si usted lo quiere, está bien.

--- Esta bien.

Al día siguiente ---cuando atracó la lancha que tenía al nuevo cura--- todos se sorprendieron. Era bastante joven. Aunque alto, no tanto como el padre Cándido. Más grueso, sí. Tenía ojos claros. Tez blanca. Mejillas coloradas. Hablaba con un acento particular. Distinto del de ellos. Se notaba a leguas que venía de tierras lejanas, donde usaban otro idioma. ¿De dónde? ¿De dónde sería? ¿Del otro lado del mar, acaso? Casi siempre mantenía un aire de superioridad que humillaba. Vestía ropas nuevas y lujosas. Al llegar, agitó un fino pañuelo, bordado de encaje. La multitud correspondió al saludo movimiento en lo alto los ornamentos de palma. Esto duró breves segundos. Después, el Clérigo pisó una plancha de laurel que lo condujo a tierra firme. Tras él, protegiéndolo del sol con un paraguas, venía Filemón, el sacristan. La gente guardó una respetuosa espera. El padre Cándido ---muy limpio pero muy raído, como siempre--- se adelantó a saludarlo. Hasta tenía en mente unas cuantas palabras. El otro no se detuvo. Hizo una vrebe inclinación de la cabeza. Y continuó saludando a los santoronteños. Con el rítmico agitar de su pañuelo. El gigantón quedó un momento desconcertado. Se alzó de hombros. Y, sin darse por notificado del desaire que le hicieran, dio la vuelta. Anduvo, a largos pasos, hasta ponerse al lado del recién venido. Ante ambos, la multitud se iba apartando para que pudieran avanzar. En ningún momento, ni el padre Guadencio dejaba de sacudir el pañuelo, ni los santoronteños de agitar sus ornamentos de palma. De pronto, se detuvo. Se guardó el pañuelo. Dio unas bendiciones al pueblo. Y se volvió al cura dueño de casa.

--- ¿Dónde está la iglesia?

--- La tiene ante usted, padre.

El otro buscó por todas parte, con la mirada.

--- ¿Dónde?

El padre Cándido extendió su diestra, señalando. La humilde construcción de caña brava mostraba todavía las huellas del incendio. Lo que se había reconstruido era muy poco.

--- ¡Allí!

Gaudencio miró en la dirección indicada. No pudo contener una expresión de desagrado.

--- ¿Eso? ¿Eso es una iglesia?

Su colega empezaba a sentir que la sangre le hervía. El discurso que tenía preparado iba siendo sustituido por una colección de frases. De esas que levantan roncha. A duras penas podía contenerse. Sin embargo, pudo lograrlo. Dijo, con humildad.

--- En esa iglesia he dicho misa. He confesado. Y he bautizado durante varios años en este pueblo. Era mejor. Mucho mejor. Hasta que se quemó.

--- ¿Y por qué no se ha reconstruido?

--- Santorontón es un pueblo pobre, padre Gaudencio.

Este miró a su derredor. Con rápido cálculo hizo una especie de evaluación de las construcciones circundantes.

--- Con todo, veo algunas casas muy bien hechas. Bastante mejores que la Casa del Señor. Eso no puede ser. Todos tendrán que ayudarme a levantar una iglesia. Una verdadera iglesia digna de él. De concreto armado.

El padre Cándido continuó controlándose:

--- Sí. Tal vez tiene usted razón.

Entraron a aquella especie de corralón despedazado. Todavía mostraba las muecas negras del incendio. Los muñones del techo mal cubiertos por hojas de bijao. Las paredes agrietadas y tambaleándose. El piso con hacinamiento de ruinas por doquier. El amanerado no puedo contenerse. Tuvo un gesto de asco y desprecio. Sacó, otra vez, el pañuelo. Trató de ocultar su rostro. Con todo, no dijo una palabra. Sólo al ver al Nazareno ---despintado, con grietas y quemaduras por todo el cuerpo--- estalló:

--- ¿Y esto?

Al otro se le puso la voz ronca.

--- ¡Es cristo! ¡Nuestro Cristo!

El disgusto y el desconcierto se afirmaron más aún en el rostro del joven Cura.

--- ¡Qué falta de tacto! ¡Ahora me lo explico todo! Su presencia nos perjudica. ¡Tenemos que sacarlo de aquí, inmediatamente!

El cura Viejo se sacudió, como corvina arponeada. ¿Le daba o no una trompada? ¿Sacaba o no del templo, a puntapiés, a ese mequetrefe? ¿O lo agarraba de las orejas y lo llevaba arrastrando hasta la lancha, para que se regresara por donde había venido? Hizo un esfuerzo máximo sobre sí mismo. Musitó:

--- ¿A Jesús? ¿A Jesús Crucificado?

--- Sí. ¡A esto! ¡Es un desprestigio para la religión!

Iba a lanzarse sobre el joven ensotanado cuando, por casualidad, miró a su Cristo. Este le guiñó un ojo, burlón. Cándido ---en vista de aquello--- se sobrepuso a las circunstancias. Expresó:

--- No se preocupe, padre Gaudencio. ¡Me lo llevaré yo mismo!

El otro lo miró, con fijeza. Como tratando de penetrar sus pensamientos. ¿Le diría lo que debía hacerle? ¿O esperaría un poco más, cuando la multitud hubiera desalojado la iglesia? Ésta empezaba a llenarse como ante embestida de marca de aguaje. ¿Por qué esperar? Mejor decírselo inmediatamente, aprovechando las circunstancias. Además, así eliminaría uno de los problemas que tenía que resolver en Santorontón. Tomaría la decisión, expresó:

--- Sí. Es lo mejor. Así empezará el cumplimiento de sus nuevos deberes.

A pesar de que estaba preparado para las peores cosas, se extrañó.

--- ¿Nuevos deberes?

Fray Gaudencio asintió. Le explicó brevemente la decisión del señor obispo. En resumen, él ---Gaudencio--- se haría cargo del pastoreo de las almas de Santorontón. Por su parte, el padre Cándido cuidaría de las numerosas almas que se hallaban regadas por esa extensa zona. Aun del lado que el már ampliaba por el semillero de islas.

Balbuceó:

--- ¿Y mi iglesia?

--- Mejor olvídela, padre Cándido. Construiré otra, en su lugar. Diferente. Mayor.

Repitió, saboreando la imagen:

--- ¡De concreto armado!

--- Se hará como manda el señor Obispo, padre Gaudencio.

No hablaron más. Aunque lo quisieran, no hubieran podido. El público estaba terminando de invadir la amplia "nave" del templo. Cándido la observaba entrar. En los rostros de la mayoría se leía gran entusiasmo. En pocas horas, parecían haber cambiado de criterio. Se miraban entre sí. Daban la impresión de decirse: "Este sí es un verdadero sacerdote". Según pensaban en esos instantes, el padre Cándido había estado bueno para los primeros tiempos de Santorontón. Ahora, su figura denotaba vejez. Su aspecto fisico. Sus gestos, sus ademanes. Su ropa. Toda parecía de una época pretérita. Inexistente. Cuva vigencia había pasado. En cambio, el otro padre respiraba juventud. Agilidad. Elegancia. Distinción. Cuando los feligreses terminaron de entrar, levantó la diestra y con ella bendijo, otra vez, a la concurrencia. Se arrodilló. Lo imitaron. Rezó en alta voz. Era una voz metálica. Agradable. Arrogante. Permaneció vibrando en el ambiente. Las ovejas siguieron un rezo. Después, se levantó. En palabras breves pero muy ad-hoc, agradeció la bienvenida. Les hizo varias clases de promesas para la salvación de sus almas. Les dijo que la misericordia de Dios es infinita. No hay pecho ---por mortal que sea--- que no pueda perdonarse. Les pidió, al propio tiempo, que no pueda perdonarse. Les pidió, al propio tiempo, que no dejaran de visitar la casa del señor. Si fuese posible, todos los días. Aquí el tono se le volvió plañidero.

--- Aunque el señor se encuentra mal en Santorontón. No tiene una casa digna de Él y de los santoronteños. Pero, no se preocupen. Levantaremos un templo que será la admiración de estos lugares. Una iglesia a prueba de incendios. Eterna. Comenzaremos su edificación lo más pronto. No la próxima semana. No mañana. No está tarde. ¡Ahora mismo!

Llamó al sacristán:

--- ¡Filemón!

Casi como a un conjuro, apareció éste. Traía ya en sus manos un charola. El padre Gaudencio se dirigió a los fieles:

--- Los que quieran ayudar a la construcción del templo, pueden hacerlo ya. Los que al final den una contribución mayor, verán sus nombres grabados al lado del altar. ¡En letras de oro!

Filemón y la charola empezaron a circular inmediatamente. En forma ostentosa, Crisóstomo Chalena ---que estaba en primera fila--- dejó caer un puñado de billetes grandes. Lo imitaron casi todos los prominentes del pueblo. Los pobres sólo dieron monedas. Algunos, nada. Al regresar la charola a manos de Gaudencio, los ojos de éste se llenaron de júbilo.

--- Gracias, hijos mío, muchas gracias. Muchas gracias por esta demostración de fe. Así, nuestra iglesia será muy pronto una realidad. Como he visto que muchos de ustedes no pueden ---aunque sé que en el fondo lo desean de todo corazón--- dar su apoyo a esta obra sagrada, les pido que ofrenden sus manos. Sólo sus manos. Con ellas darán una buena ayuda a la construcción de la Nueva Casa del Señor.

Poco después, la iglesia estaba vacía. El padre Gaudencio se encontraba instalándose en las antiguas habitaciones que hasta ese día había ocupado el padre Cándido. Éste, se aproximó a su Cristo. No dijo una palabra. Se acercó a la Cruz, para bajarlo. Estaba triste y furioso. No lo podía negar. Tenía una angustiosa sensación de impotencia. De tener que dejarse pisotear. O arrastrar. Como si lo llevara la impetuosa corriente de una revesa. Por un momento, contempló a su camarada. Con los puños cerrados. Dos lágrimas de ira y dolor pugnaron por aparecer en sus ojos. Se las secó en la manga de la sotana, antes de que terminaran de surgir.

--- ¡Viejo!

Miró a otra parte, sin responder.

--- ¡Viejo!

Levantó los ojos.

--- ¿Qué?

--- No te pongas así.

--- Esto no lo perdonaré ni olvidaré jamás.

--- Esto no es nada, Cándido.

Lo observó con reproche.

--- ¿Ah, no?

--- ¡Acuérdate de lo que me hicieron a mí!

Sonrió, con cierta amargura. Agregó:

--- Y lo que me siguen haciendo. Aun aquellos que han dedicado a su existencia ---por lo menos eso dicen--- difundir y defender nuestra fe.

En ráfaga de imágenes, pasó por la mente del Clérigo toda la odisea de su amigo. Desde el pesebre hasta el Calvario. Sintió como si le clavaran en el pecho siete arpones. Cayó de rodillas. Cubrió de besos los pies del Crucificado.

--- Soy un idiota incurable, Jesús. ¡Perdóname!

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Era verdad lo que sentía? Dos manos lo levantaban suavemente. Dos brazos le rodearon el cuello. Oyó una voz cuya ternura inefable le taladró las vértebras.

--- Hermano. A veces, todos necesitamos ser perdonados. ¿Ya olvidaste el Huerto de los Olivos, en Getsemaní?

Levantó los ojos, que aún tenía bajos. El Cristo había descendido de la Cruz. Estaba a su lado. Unido a él en un fraterno abrazo. La emoción lo ahogaba. Insistió:

--- De todos modos, necesito ser perdonado.

El hijo de María sonrió.

--- Que así sea, entonces. ¡Te perdono!

Después, se le iluminó el semblante niño-con-un-juguete-nuevo.

--- Y ahora, ¡a sembrar optimismo, Padre Cándido! ¡La fe no puede encerrarse sólo entre paredes!

--- Tienes razón.

--- Además, de que en peores nos hemos visto, ¿o no?

--- Claro. Y de ésta saldremos tan bien, como de las otras.

Entre los dos cargaron La Cruz. La sacaron del templo. Estaba oscureciendo. Ya empezaban a parpadear debilmente las luces de Santorontón. Se acercaron a la orilla. Subieron a la canoa. No introdujeron el madreo en el hueco del centro, como en otras ocasiones. El Hijo de María preguntó:

--- ¿No vamos a usar tu sotana como vela?

--- ¿Para qué? Nos quedaremos cerca del pueblo. Muy cerca. Donde encontremos un lugar en que podamos levantar nuestra casa. Al pie de la orilla en que podamos levantar nuestra casa. Al pie de la orilla, eso sí. Sospecho que el padre Gaudencio no dispondrá de mucho tiempo para atender a los pobre. Éstos quedarán para nosotros. Para ti y para mí. Por otra parte, él va a estar ocupado en otras cosas. Sobre todo en la construcción de su iglesia.

Regresó los ojos, para mirar atrás. Cada vez se iba alejando más ese pueblo ---o lo que fuera--- que tanto amaba. Ya casi no era sino una sarta de cocuyos tendida al horizonte.

A pesar suyo, murmuró:

--- ¡Quién sabe cómo les irá a los santoronteños!

Jesús vió el rostro, sonriendo.

--- Muy bien. Santoronteño es un pueblo afortunado.

--- ¿Ah, sí?

--- Claro. Sí toda va a pedir de boca, mejor. En caso contrario, en las horas difíciles, siempre nos tendrá a nosotros.

CAP. XVII

LA RESEQUEDAD de la montaña estrió de cruces negras el ambiente. La presencia de la fauna agresiva empezó a hacerse más cercana. Agotados los vegetales verdes y los árboles que tuvieron en su tronco alguna sustancia líquida, la marcha hacia Santorontón se hacía inminente. Ya se advertía que algunas fieras habían llegado hasta los límites del pueblo. Los perros —con sus ladridos de alerta—, se habían encargado de espantarlas. Con todo, las

visitantes no se retiraban muy os Se escuchaban sus bramidos angustiosos. De noche, parecía rodear al grupo de casas un cinturón de ojos fosforescentes. Ciertos bichos —especialmente las víboras— lograron, sin duda, traspasar el límite. Sea por su silencioso reptar. Por el magnetismo de sus pupilas fijas. O porque su vaho se confundía con los miles de vahos llegados desde la montaña, lo cierto es que pudieron atravesar —o contornear— el pueblo. Se dirigieron hacia la orilla. Sc enroscaron en los nudosos troncos altos de los cocoteros. Subieron hasta las copas de éstos. Desde allí lanzaron numerosos cocos hasta el suelo. ¿O habían descolgado gajos enteros de frutos, anudándose, ofidio a ofidio, para formar una especie de cuerda de aros vivos? ¿O enroscaron cada fruto a su cola y empezaron a golpearlos contra las piedras de la entrada del mar? ¿O robaron un hacha, la enroscaron a su rabo, y partieron el fruto para sacarle el agua? ¿O clavaron sus agudos colmillos hasta perforar la dura corteza y extraerle el líquido? ¿O no eran serpientes sino monos? Esos monos de largas colas y extremidades bamboleantes. Que no dejaban huella. Que en vez de caminar, “volaban” de rama en rama de los árboles. O entre las salientes de las casas. O entre los picos de las rocas. O entre las estacas. O entre cualesquiera de las partes altas de las montañas. Lo cierto es que los santoronteños estaban perplejos. Cada instante las autoridades civil y militar, es decir Salustiano Caldera y Rugel Banchaca, iban con las noticias más recientes donde Crisóstomo Chalena. Hablaban uno detrás de otro, casi como una misma persona. Sin duda, esto se debía a la comunidad de sus intereses y propósitos.

—Ya los tenemos aquí, Don.

—Pascan entre nosotros.

— Así es.

—No nos atacan porque no quieren,

—Algunos se han acercado hasta los tanques de agua.

—¿Y los cocos?

—Cierto. Están acabando con los cocos.

—La gente empieza a tener miedo.

—Y le echa a usted la culpa de todo.

—¡Eso! Dicen que si no hubiera almacenado el agua, no vendrían las fieras hasta aquí.

Chalena se enardeció. Se incorporó en la hamaca. Rugió:

—¿No les han dicho ustedes, que si no hubiese recogido el agua de lluvia, ya nos hubiéramos muerto de sed?

Salustiano explicó:

—Se lo hemos dicho. Pero...

—Continúa.

—Ellos piensan que usted mandó a secar los pozos, para que no hubiera otra agua que la almacenada cen los tanques.

Rugel volvió a intervenir.

—Y así todos estuviéramos en sus manos.

El hombrecillo se enfureció.

—¡Malagradecidos! ¡Todavía que los he salvado de morir resecos! ¿Cómo pude haberle hecho daño a los pozos? No me moví de aquí. Además, creo que nadie se ha acercado a ellos. Mucho menos, que alguien los haya tapado.

Salustiano volvió a hablar.

—También les hemos dicho eso.

— ¿Y entonces?

—Es que piensan...

—Dilo. No tengas miedo.

—Piensan que lo ha ayudado su Socio.

—¿Mi Socio? ¿Qué Socio?

—El que sabemos. Que él es quien hace todo lo que usted necesita o quiere.

Levantó la cabeza. Por un momento, dudó. ¿Qué sería lo mejor? ¿Que creyesen, o no, que él tenía pacto con El Coludo? Tal vez lo más favorable para sus fines sería dejarlos con la duda. Ni afirmarlo ni negarlo. Los miró, desafiante. Estaba seguro de que ellos lo propagarían a los cuatro vientos,

—Pues bien. Aunque fuera cierto... Por lo pronto, lo único que hay que hacer es prepararse, Para cuando nos ataquen las fieras.

Rugel afirmó:

—Eso me cerco. Si nos cogen desprevenidos, no va a quedar nadie para contar el cuento.

Chalena sonrió, misterioso.

—No — apuren. Tengo un plan que no puede fallar.

Salustiano se aventuró a hacerle una pregunta:

—¿También en esto... lo ayudará su Socio?

Contestó, evasivo.

—Tal vez.

Para sus adentros pensaba que no. Algo raro estaba ocurriendo. Hacía tiempo que El que Sabemos no respondía a sus llamados. Tampoco venía, como antes, a hacerle una visita, de vez en cuando. ¿Sería que se había aburrido? ¿Creería que él y todo Santorontón ya resultaban pan comido? ¿Tendrían recelo porque ahora existían dos curas en el pueblo? ¿Pensaría que con el regreso de su hijo, el Coronel Candelario Mariscal, ya estaba suficientemente representada la familia? ¡Quién sabe! Lo cierto es que hacía tiempo que no lo veía ni de lejos. Ni siquiera el olor a azufre le llegaba.

Clotilde le llegó con la noticia.

—¡Juvencio! ¡Juvencio!

A los gritos, despertó.—¿Qué ocurre?

—¡Levántate! ¡Aprisa!

Se vistió, lo más rápido que pudo. Se asomó a la puerta.

— ¡Dime!

—Están quemando la montaña.

—¿Quiénes?

—No sé. ¡Mira!

Dirigió la vista tierra adentro. Allá, Donde empezaban a empinarse los cerros. Se veían, por distintas partes, grandes llamaradas. Crecían rápidamente. Acaso por la resequedad de las postrimerías del verano. También, claro está, por la deshidratación que había causado la sed de los zoomorfos. Se veían correr, aquí y allá, pequeñas luces. En la tierna madrugada —a medida que iba aclarando— cada vez eran menos identificables. Lo curioso es que donde se detenían surgía, de inmediato, el fuego. ¿Se trata de pirómanos que estaban realizando una tarea? Santorontón estaba en pie. Algunos de sus pobladores, asomados a sus respectivas casas. Otros, ambulando por las calles. Tratando de ver mejor el insólito espectáculo. Pronto, en grandes oleadas, empezó a llegar un olor a humo y madera quemada. Poco después, este olor estuvo injertado de otro, tal vez más penetrante. Olor de carne asada. Evidentemente, los habitantes de la selva ya estaban siendo atrapados. La cerca de llamas les impedía escapar. En tanto, el Padre Cándido —madrugador como era— había advertido desde muy temprano cuanto estaba ocurriendo. Algo desconcertado, se acercó a su Amigo.

—Ven a ver lo que ocurre.

—No es necesario. Lo sé.

—¿Sabes quiénes lo hacen?

— ¿Tú, no?

---Si. ¿Y por qué lo hacen?

—¿Lo ignoras?

—Francamente, sí,

—Tal vez pretenden impedir que los animales sedientos ataquen al pueblo. Y quieran apropiarse de los tanques de agua de Chalena.

— ¿Crees que van a achicharrarlo indiscriminadamente?

— ¡Vaya una pregunta!

---Contéstame

—¿Lo has dudado en algún instante?

—¿Y vamos a quedarnos con los brazos cruzados?

—Podríamos ir. Por si algo se nos ocurre.

Lo miró. Con reproche.

—Yo, en tu lugar...

—¿Qué?

—Adelantaría las lluvias. ¿No estamos tan cerca del invierno? Así se acabaría el problema. Y la mayoría quedaríamos contentos.

—Tú crees que en mi mano está cambiarlo todo, ¿verdad?

—Entonces, ¿para qué sirves?

—Cándido, Cándido. ¡No abuses!

—Tienes razón. Discúlpame. Esto me ha puesto de muy mal humor.

—Se nota.

Controlándose, el Cura ayudó a Cristo a bajar de su Cruz. Entre los dos la cargaron y se dirigieron al pueblo. A medida que se acercaban, se dieron cuenta de que el fuego había

tomado cuerpo por todos lados. Bandadas de aves de múltiples familias levantaban el vuelo. A algunas seguramente el humo les ponía niebla y picor en los ojos. Se detenían, de improviso. Como si se les inmovilizaran las alas. Caían —girando sobre sí mismas— en las lamas. Otras, se debatían, desesperadas, entre el millón de gigantescas garras rojas o grises. En la mayoría de los casos, vencían a las adversas contingencias y lograban escapar. Volaban, después, a gran velocidad, dentro de los rumbos del viento. Para huir, lo más pronto, de ese infierno. Por su parte, los Mandamás de Santorontón se habían reunido en casa de Chalena. El último en llegar fue Rugel Banchaca. Venía rodeado de sus rurales. Armado hasta los dientes. Sin saludar, fue directamente “al grano”.

—Como ustedes ven, le han prendido fuego a la montaña.

Chalena hizo un aspaviento hipócrita.

— ¿Está seguro de lo que dice?

—Sí, don Chalena. Segurísimo. Nosotros nos acercamos cuanto pudimos al incendio. Fue tarde. Ya los incendiarios se habían largado. Vimos, eso sí, sus huellas frescas.

Intervino Salustiano:

—Habrá que darles un castigo ejemplar.

Chalena concordó:

—¡Claro!

Cruzó una mirada de entendimiento con el Jefe Político. Continuó:

—Para que sirva de escarmiento. Para que nadie intente repetir esta infamia.

Rugel sugirió:

—Por lo pronto, debemos armarnos. Con lo que sea: Escopetas. Carabinas. Arpones. Machetes. Hachas. Y los que no tengan nada de esto, ¡pues con palos, piedras... cualquier cosa!

El tendero hizo un ademán con la diestra en alto, como siempre. No estaba en el plan. O no habían tenido tiempo de comunicárselo. Preguntó, ingenuo:

—¿Contra quién vamos a armarnos? ¿Contra los incendiarios?

Espurio explicó, impaciente:

—A ésos, les echaremos mano después.

—¿Y entonces?

— Ahora, acabaremos con las fieras.

—¡Ah!

—Pronto querrán escapar algunas.

—¿Y qué tenemos que ver con eso?

—Lo probable es que quieran atacarnos.

—¿Por qué?

Intervino Chalena. Rabioso

—Para apoderarse del agua. Imagínese. Si antes estaban resecas, ¿cómo estarán ahora que el fuego las está tostando?

Vigiliano Rufo, por fin, entendió. Inmediatamente se puso de parte de ellos.

—Entonces, debemos apurarnos. Y hacer que todo el pueblo se arme.

—Así es. ¡Vamos!

— ¡Vamos!

— ¡Vamos!

Los Mandamás se repartieron en los diversos sectores de Santorontón. A los pocos instantes, ya todo el pueblo se había armado con lo que tuvo al alcance de su mano. Como Espurio Carranza lo había predicho, pronto vieron que —por los límites de la montaña— en una mezcla absurda de razas, tamaños y colores, los múltiples habitantes de la selva trataban de escapar. Los insectos. Los herbívoros. Los carnívoros —todos, medio chamuscados— luchaban por salir. Apretados unos contra otros. A veces estrechándose entre sí. En ocasiones, montándose sobre los demás. Pisoteándolos. Despedazándolos. A ratos, viajando sobre los cuerpos ajenos. Era un espectáculo inverosímil. Animales que se hubieran devorado los unos a los otros. Que jamás hubieran podido estar próximos. Tanto los que vivían a ras del suelo. Como do que crecían bajo tierra. O los que se albergaban en los troncos o ramas de los árboles: todos intentaban encontrar los vacíos que hubiera dejado el incendio. Claro que éstos eran pocos. Las llamas crecían. Se agitaban. Se separaban, Se acercaban hasta fundirse en otras mayores. Iban devorándolo todo con sus millones de lenguas insaciables. Hubo un momento en que parecía que le nacieran múltiples ríos a las bases de la montaña. Múltiples ríos zoomórficos. De millones de aspectos diferentes. De millones de policromías cambiantes. Los hombres —apenas los tuvieron a su alcance— empezaron a liquidarlos. Los animales —aun los más voraces y agresivos— no intentaban. defenderse. A los mayores les disparaban. A los más pequeños, los deshacían a punta de armas blancas. Palos. O piedras. Estaban en eso, cuando ocurrió un hecho insólito. Pareció, de pronto que la montaña empezara a subirse en sí misma. En una oleada incontenible. Ascendía hacia las copas más altas de los árboles. Allí donde todavía no llegaba el incendio con toda su fuerza. Al advertirlo, los santoronteños quedaron paralizados por unos segundos. Sólo tuvieron ojos para ver aquello. ¿Qué ocurría? ¿Qué podía estar ocurriendo? Súbitamente, un griterío ensordecedor dominó los mil ruidos de las maderas crepitantes. De los árboles que caían. De las ráfagas de viento huracanado que el cambio de temperatura desplazaba hacia el mar. De la marcha dispareja del mundo animal en su huída caudalosa. Y de los acentos de desesperación, de dolor y de protesta, que surgían de ese mundo, ante la inesperada agresión de que eran víctimas. El griterío iba creciendo. Creciendo. Cada vez más fuerte. Más fuerte. De todos los pechos, se escapó un grito de asombro y temor:

—¡Los monos!

—¡¡Los monos!!

—¡¡¡Los monos!!!

Efectivamente, eran los elásticos antropoides. ¿Se habían vuelto de caucho? Valiéndose de sus largas extremidades y cola, empezaron, ahora, a saltar. En una especie de vuelo imposible. De rama en rama. Hacia las salientes de las montañas. Cuando llegaron a éstas empezaron a mecerse, para cobrar impulso y dar saltos hasta las casas. Hasta las puntas de las estacas. Hasta los mástiles de las embarcaciones. Hasta los picos de las rocas. Con los ojos desorbitados. Las bocas abiertas dentadas de miedo. Denotando espanto. Algunos de ellos, de vez en cuando, tocaban el suelo. Era para tomar más impulso, Para. elevarse, de nuevo y continuar los largos saltos. Parecía que se hubieran vuelto de resortes. Que cada ocasión que alguna parte de ellos tocaba algo sólido, era para brincar más alto y más de prisa. Dominando, por fin la parálisis humana transitoria, se oyó un grito. ¿Era Chalena? Sí, Era Chalena.

—¿Qué esperamos? ¡A ellos!

A continuación, los otros parecieron despertar. A su vez, gritaron:

—Sí!

—¡A ellos!

—¡A matarlos!

—¡Antes de que sea tarde!

— ¡Antes de que nos ataquen!

—¡Antes de que se adueñen de los tanques!

—¡A matarlos!

Les apuntaron. Empezaron a dispararles. Muchos de ellos fueron alcanzados, al vuelo. Otros, cuando' llegaron a tierra. O cuando se detenían un segundo, para tomar impulso. La muerte los hacía dar saltos absurdos. Como si estuvieran realizando su última acrobacia, Dando los postreros volantines. Otros, quedaban heridos. Caían en el suelo. Al verse perforados en algunas partes: del cuerpo, empezaban a hurgar la herida, con las extremidades superiores. Especialmente, si era en el vientre. Se sacaban los intestinos con gran curiosidad. Los mostraban a sus agresores, mientras chillaban, espantados. Los disparos continuaban. Iba aumentando el número de los que yacían en el suelo, sin vida. O de los que, heridos, trataban de arrastrarse. Mientras, seguían extrayéndose lo que descubrían en sí mismos. Los santoronteños parecían poseídos de una locura zoocida. Sus rostros se habían vuelto demoniacos. Estaban fuera de sí. Ya mataban sólo por matar. Gozando con destruir la vida. Se oyó, entonces, una voz airada y vibrante:

— ¡Basta!

¿La escucharon? ¿No la escucharon? Continuaron, imperturbables, la matanza.

— ¡Basta! ¡Basta!

Como tampoco hicieron caso, la voz se hizo más fuerte. Dominó todos los ruidos.

— ¡Basta! ¡Basta!

Sólo en ese instante, miraron. Con las manos en alto —igual que si quisiera detenerlos— al frente de ellos se erguía el doctor Juvencio Balda.

Intervino Salustiano:

— ¿Quién le dio vela en este entierro?

El joven médico preguntó, a su vez:

—¿Por qué matan a esos seres inofensivos?

Chalena —descompuesto por la rabia— tronó:

— ¡Usted se entromete en todo! ¡Ya nos tiene calientes!

Espurio aconsejó:

—No le hagan caso. Él no es de aquí. No siente estas cosas. Sigamos defendiendo a “nuestro” pueblo.

—Sí. Continuemos.

—¡Continuemos!

Volvieron a hacerse unos cuantos disparos. Más antropoides —muertos o heridos— cayeron al suelo. Otra voz, más fuerte aún que la anterior, tomó a detener la voracidad asesina.

—¿Hasta cuándo van a seguir matando?

El acento los dominó. Miraron a quien hablaba. Desmelenado. Con la sotana flotando al viento, estaba el Padre Cándido. El rostro severo. Extraña autoridad irradiaba de él. Esto no era todo. Apretado contra su pecho tenía el brazo más largo de La Cruz. ¿Qué fuerza hercúlea le permitía hacerlo? ¿Qué ánimo tan intenso lo ayudaba a elevar tan alto a ese Cristo, casi de tamaño natural? Lo cierto es que sobre -él —sobre todos— se levantaba la figura de Jesús, con los brazos abiertos. Como pidiendo clemencia. Hubo un momento de expectación y silencio. Lo interrumpió Chalena:

—¿Por qué vamos a hacerle caso a este Cura? Aun para cosas de la iglesia, tenemos a nuestro propio Cura, el padre Gaudencio. Pero, ahora, ni siquiera se trata de asuntos de nuestra religión. Queremos sólo defender nuestros bienes y nuestras vidas. Debemos hacer lo que creemos mejor.

Algunos corroboraron:

—Sí. ¡Tenemos que acabar con los monos!

—Son los peores.

—Antes de que nos ataquen.

— ¡Antes de que nos quiten el agua!

—¡Si!

—¡Sigámos matándolos!

— ¡Sigamos!

Volvieron a empuñar las armas. Dispararon nuevamente. Empezaron a caer, otra vez, los simios. No habían cesado en sus saltos para escapar de aquel infierno. El Padre Cándido —en vista de ello— no pudo contenerse. Se dejó llevar de su carácter belicoso. Enarboló La Cruz, con Cristo y todo. Amenazadoramente. Los hombres se detuvieron. Despues empezaron a retroceder. A Clotilde —que había acompañado al médico, pero que había quedado semioculta detrás de una casa— le pareció que estaba soñando. O que empezaba a ver cosas que no existían. Que no ocurrían. Que pasaban —como las de hacía algún tiempo, pavoroso. tiempo— sólo en su imaginación. El Padre Cándido siguió avanzando con la Cruz en alto. Se acercó a Juvencio, para acompañarlo y respaldarlo. Unos pocos santoronteños también lo hicieron. De pronto, Crisóstomo reaccionó. Se detuvo. Volvióse a los suyos.

—¿Vamos a permitir que un viejo Cura nos impida defendernos?

Espurio lo secundó.

— Además, ¡miren qué falta de respeto! Nos está amenazando con la propia Cruz. ¡Capaz de que intenta golpearnos con ella, sin importarle hacer pedazos al Cristo!

Salustiano:

— ¡No puede impedir que nos defendamos!

Y Banchaca:

—¡Nadie puede impedirlo!

Chalena sugirió:

—¿Por qué no le quitamos La Cruz y lo embarcamos con ella, para que regrese por donde vino?

El doctor Carranza agregó:

—Y le haremos lo mismo al doctorcito.

Y Chalena, con odio:

—A éste lo mandaríamos más lejos.

Los demás corcaron:

—-¡Si!

— ¡Sí!

—¡A quitarle La Cruz!

— ¡A embarcarlo en la canoa!

—¡Que se lleve al doctorcito, de una vez!

— ¡Eso!

— ¡Vamos!

—¡Vamos!

En masa. Envalentonados, Se lanzaron contra el Padre Cándido. Éste retrocedió. Un tanto desconcertado. Fueron sólo dos pasos. Reaccionó. Volvió a quedar firme. En su sitio. Al propio tiempo, hizo un poco más atrás La Cruz. Para —si fuese necesario— darle impulso y utilizarla como un mazo gigantesco. Los otros siguieron avanzando. Ya lo tenían muy cerca. Casi al alcance de sus manos. Las extendieron. Varias decenas de hombres le iban a arrebatar el Sagrado Madero. Ya iban a... Los detuvo una tercera voz.

—¡Un momento!

Alzaron la vista. Un estremecimiento de terror sacudió a la mayoría. En lo alto de un montículo. De pie. Cruzado de brazos. Estaba el Coronel Candelario Mariscal. Parecía haber crecido. Una extraña sonrisa, casi demoniaca, plegaba sus labios. Los ojos le echaban chispas. Siguió hablando tranquilamente:

—Quien le toque un pelo a mi Padrino... ¡puede darse por difunto!

Hubo un instante de estupor. Sintieron como un latigazo en los ojos. Una ráfaga de cadáveres y de atropellos sin cuento formó una especie de aureola sangrienta al derredor del militar. Algunos, hasta identificaron a los integrantes de ese carrusel de muertos y de atropellados. ¿Se atreverían a arriesgarse con El Hijo de El que Sabemos? Sólo Chalena —-¿sería porque tenía, o había tenido pacto con el Mismísimo— se atrevió a mascullar:

—Pero, Coronel. Nosotros sólo queremos defendernos.

El aludido lo miró, fríamente.

—A mí no me vengas con pendejadas, maricón de mierda. Yo sé muy bien lo que ustedes quieren. Y sé, también, quiénes son los incendiarios. Los que están causando todo esto. Pero a mí, ¿qué carajo me importa? ¡Allá ustedes! A mí el único que me importa es mi Padrino. Y con él no se metan. ¡Ya lo oyeron!

El Padre Cándido se volvió, furioso, a Candelario,

—¿Y quién eres tú, para defenderme? ¡Entrometido! Me basto y me sobro yo mismo, para defenderme. ¡De ti, no quiero nada! ¡Malnacido! ¡Lárgate! ¡Es lo único que debes hacer! ¡Largarte!

El Coronel quedó impasible, Ni siquiera miró al Sacerdote. Miró a su derredor, en una panorámica agresiva. El rostro le empezó a cambiar un poco. Exhibió una sonrisa llena de desprecio. Advirtió nuevamente:

— ¡Ya lo oyeron!

Se viró de espaldas. Empezó a caminar. Á grandes pasos lentos. Todos —esta vez hasta el propio Cándido— quedaron O Como formando un gran grupo escultórico. El primero en reaccionar fue, otra vez, Chalena. Quiso decir algo. Hacer algo. No tuvo tiempo. Cuando iba a iniciar el gesto o la palabra, ocurrió un hecho inesperado. Brilló un relámpago. Estalló un trueno. Una monstruosa nube negra, venida quién sabe de dónde, se aposentó sobre ellos. Cayó una gota de lluvia. Después, otra. Después, cien. Después mil. Después, ¿cuántas? Poco a poco se fueron convirtiendo en un aguacero torrencial. Un chillido escalofriante quebró el fuego. Las llamas se humillaron. Las vertientes zoomórficas lucharon con las vertientes líquidas, al tratar de ascender en contra de éstas. Los antropoides iniciaron saltos de regreso. Los hombres bajaron las armas. El Dueño del Agua miró al cielo, lleno de rabia.

— ¡Maldita sea!

Fue el único que sintió tal rabia. Los demás experimentaron una especie de liberación, Desde los Mandamás hasta los más humildes. Sobre todo éstos, claro. Hombres y mujeres echaron atrás sus cabezas y abrieron sus bocas. Bebieron unos cuantos tragos del líquido maravilloso. Clotilde hizo lo propio. No fue por mucho tiempo. Juvencio la llamó:

— ¡Clotilde! ¡Clotilde!

—¡Voy!

—¡Ayúdame!

Rápidamente, se acercó. El doctor, con dos varengas, bejucos y enredaderas entrelazadas, estaba tratando de construir una parihuela. Ella contribuyó eficazmente a que se terminara más pronto. Fueron poniendo allí, con gran delicadeza, a los monos heridos. Una extrañeza y una gratitud infinitas se retrataron en los ojos casi humanos. Los que estaban mejor, extendieron sus largos brazos y piernas, como para ayudar a que los cargaran. Los que estaban malheridos, simplemente se dejaban llevar. Ninguno hacía la menor señal de protesta. Parecían entender que todo era por su bien. En tanto, los santoronteños se retiraban a sus casas. Á recoger el agua en lo que podían: Baldes. Ollas. Tinas. Pipas. Tenían el temor de que esa lluvia fuera la primera y la única de la temporada. Que poco después, se encontrarían nuevamente en las garras de Crisóstomo. Minutos más tarde, Juvencio y Clotilde se dieron cuenta de que habían quedado solos. Eran los únicos que —en vez de recoger agua— estaban trasladando antropoides al improvisado consultorio. Pronto, comprobaron su error. No se hallaban solos. Había dos personas más, ayudándolos. Cándido y el Nazareno —en otra improvisada parihuela— también estaban transportando simios.

CAP. XVIII

Cuando vio por primera vez a Clotilde, se desconcertó. Aquel mundo terrible en que estaba sumergida. El contraste que existía entre las cosas monstruosas que expresaba y su apariencia tímida, casi candorosa, resultaban inexplicables. ¿Qué choque tan extraordinario había desquiciado así a esa desdichada? Debía ser algo ultrahumano. Fuera de los límites de la imaginación más calenturienta. De otro modo, no se explicaba que ella quisiera mutilar a todos los hombres. —¿Habría tenido este deseo antes de sumergirse en el piélago de sombras? Tampoco que ella se creyese envuelta en un poncho de testículos. De los testículos —según afirmaba— de cuantos la habían poseído. Y mucho menos, que acabándolo de conocer ya quisiera acostarse con él. ¿Sería que también anhelaba mutilarlo? ¿Es que, de verdad, había castrado a algún hombre? Los testículos imaginarios —en realidad sólo piñuelas entrelazadas de ramas—, ¿no eran otra cosa que la continuación en su mente de algo que ocurrió alguna vez, en un principio? ¿Alcanzaría él a averiguarlo? ¿Se lo diría ella? ¿Valdría la pena arrancarla de ese mundo de transitorios amantes castigados? El mundo cotidiano y racional, ¿resultaría mejor que aquella larga noche sexo y sangre? Era su deber de médico. ¿Y su deber de hombre? Si tuviese tal especialidad vería más claro. No la tenía. Lo más que podría hacer sería mejorarla físicamente. Más allá de ese límite, le resultaría difícil. Tal vez lo aconsejable sería enviarla a la ciudad. ¿Resultaría posible hacerlo? ¿Dispondría de los medios adecuados para realizar ese propósito? Lo primero que hizo, después que ella comió, fue consultarlo con José Isabel Lindajón, en cuya casa se hospedaba, todavía.

—¿Clotilde podría quedarse aquí unos días?

Su interlocutor quedó desconcertado. Se rascó la cabeza. Miró hacia adentro de sus habitaciones.

—Vea, doctor. Yo no tengo inconveniente. Por mí, al menos. Peró quién sabe si mi mujer la aguante. La Maclovia es tan jodida...

—Será poco. Hasta que podamos enviarla a la ciudad.

—Es que... Además... Las cosas que dice esa muchacha. Quiere que los hombres la monten. Para después caparlos.

—¿No comprende que todo es mentira? ¿Que eso sólo existe en su imaginación?

Se quitó el sombrero —<que siempre llevaba puesto—. Se rascó la cabeza.

—Lo sé, doctor Balda. Claro que lo sé. Pero de que lo dice, lo dice. Lo entiendo, también. La Clotilde está trastornada. Lo que le pasó no es para menos.

—¿Qué le pasó?

Se lo contó en pocas palabras. Desde lo ocurrido la noche en que asesinaron a los Quindales. Hasta donde sabía. Es decir, el descuartizamiento de los Viejos y la desaparición de las muchachas.

—¿Y cuánto tiempo duraron perdidas?

—Clotilde, unos meses. Hasta que la encontró, en medio de la selva, el Brujo Bulu-Bulu.

—¿Y la otra?

Lindajón quedó pensativo, preocupado. Habló como para sí mismo.

—De la Chepa no se ha vuelto a saber. Como si se la hubiera tragado la tierra. Lo último que se palabreó es qué andaba por arriba. Que los Viejos la mandaron con tiempo.

—Pobrecitas.

Hizo una pausa. Continuó:

—Entonces, ¿puede quedarse Clotilde, hasta que yo consiga enviarla a la ciudad? Allá tengo un amigo, que fue mi compañero y que trata estos casos. Es muy bueno. Tiene una clínica magnífica. Ha hecho curaciones sorprendentes.

—Repito lo que le dije antes, doctor. Por mí...

No resultó difícil convencer a Maclovia. Además, Clotilde aparte de su obsesión sexual frente a los hombres —era normal en todo. Cuando estaba entre mujeres, trabajaba igual que ellas, en los menesteres que les competían. Hablaba de asuntos generales con sorprendente cordura. A veces, hasta excedía un tanto lo que pudiera esperarse de su edad y de sus circunstancias. Reía. Jugaba con las que tenían una edad equidistante de la suya. Se olvidaba del tema obsesivo que la tornaba diferente. Sólo si alguna de las otras empezaba a hacer preguntas acerca de ese asunto, trasformábase. Volvía a referir lo que, según ella, habíale ocurrido. Sus interlocutoras, en un principio, se horrorizaban. Ni siquiera podian concebir las escenas absurdas que contaba. Cuando recordaban las circunstancias reales —conocidas por la mayoría— de la muerte de los Quindales, y el tiempo que Clotilde había estado sola en la montaña, se estremecían. ¡Quién sabe en qué forma la había pasado la muchacha! ¡Sólo entonces evaluaban los límites horribles de cuanto había sufrido! Nerviosas, la cercaban a preguntas:

—¿Qué pasó después de que mataron a tus Viejos?

—¿Dónde fuiste?

—¿Cómo pudiste pasar tanto tiempo sola?

— ¿Qué comiste?

—¿Dónde dormías?

—¿No te atacaron las fieras?

—¿No se te acercaron los Tin-Tines?

Las quedaba mirando con angustia. Hacía esfuerzos por recordar. En eso, era como transitar entre tinieblas. Respondía simplemente:

—No sé... No me acuerdo... No me acuerdo de nada... E Las de proseguían. Con relación a su hermana.

—¿Y la Chepa?

-—¿La mataron?

—¿Es verdad que la llevaron “arriba”, donde nacen los ríos?

¿En realidad no lo sabía? ¿Hasta con ella guardaron el secreto los Viejos? ¿No quería decirlo? ¿Continuaba viva la Chepa? ¿Estaba ya bajo tierra? ¿La había enterrado otro? ¿Acaso la había enterrado ella misma? Presa de zozobra y desesperación, respondía, casi siempre:

—Se fue.

O, a veces, repetía:

—No me acuerdo. Palabrita de Dios, que no me acuerdo. No puedo acordarme.

Poco a poco, las mujeres se fueron habituando a sus maneras. Á sus fugas mentales. A sus cambios repentinos, cuando alguien —a veces ella misma— hacía alusión a los hombres. Se transformaba. Repetía las mismas historias. Su rostro se endurecía. Sus pupilas se

dilataban. Se descomponía fisicamente. Parecía como si, en un instante, sustituyeran una mujer por otra. Cuando proseguían las alusiones. Cuando empezaba a dar los detalles, la transformación iba *in-crescendo*. Sus cabellos parecían alborotarse y erizarse. Sus gestos y ademanes se hacían automáticos. Obedecían más a los impulsos oscuros, incontrolables, que a su propio albedrío. ¿Es que podía conservar algo de su albedrío en esos momentos? ¿No era el otro ser —injertado transitoriamente dentro de su ser— quien la dominaba y la obligaba a actuar en una forma absurda? Pasado un tiempo, las mujeres se fueron acostumbrando a esta especie de doble presencia de ella. Hasta la tomaron un poco a risa. Tal vez, con el ánimo de que se sintiera menos preocupada. Le hicieron bromas. No se dio cuenta. O no quiso darse cuenta. Era un diálogo dispar. De tesitura doble. Mientras las preguntas tenían implícitamente el tono festivo —y a veces hasta la burla— ella siempre respondía en serio.

— ¿Así que andas envuelta en güevos de hombre?

—Si…

—¿Todos ellos tuvicron algo contigo?

—S.

—¿Y, después, tú los capaste?

—Sí. Si. Si.

Su comportamiento con ellos era diferente. No dejaba de insinuársele a Juvencio. Y, también, a José Isabel Lindajón. Pero, sobre todo, al doctor. En vista de que éste no le hacía caso. De que no respondía a sus invitaciones amorosas —por más estímulos que le insinuara—, empezó a decirle malas razones. ¿No era hombre? ¿No tenía centre las piernas algo con qué responderle? ¿O lo que tenía no servía para nada? ¿Estaba sólo de apariencia? Los estímulos habían empezado por palabras, Insinuantes. Agradables, al comienzo. Después, airadas. Rabiosas. Y todo ello había constituido apenas prólogo. Pronto pasó de los procedimientos verbales a los hechos. A la conminación a la fuerza. A tomarlo del brazo y quererlo llevar, casi arrastrando, al cuero de venado. Como todo resultara en vano, una noche su propósito hizo crisis. Se le presentó en el cuarto. Totalmente desnuda. Se acercó a su cama. Él dormía. Cuando acordó, ya la tenía a su lado. Rozándolo con su piel estremecida y tibia. Tuvo que cometer dos actos de violencia. Uno, consigo mismo, para no dejarse vencer por la presencia atractiva. Para superar el impulso de la propia libido exacerbada en la abstinencia. Y otro, con ella. Para someterla. Para obligarla, en contra de su voluntad —sufriendo golpes, arañazos e intentos de mordiscos— a salir de su habitación. Para conseguir que se vistiese. Y, por fin, para conducirla, después, donde la familia de José Isabel Lindajón, en la parte de arriba de la casa. Al día siguiente, ella —todavía flotando en su mundo de niebla— al encontrarlo, le preguntó:

—¿Por qué no quieres?

El trató de distraerla, hablando de otro tema.

—¿Lograste dormir anoche?

Ella no le hizo caso. Insistió:

—¡Contéstame! ¿No estoy buena para ti?

—Debes alimentarte muy bien. ¿Qué comiste esta mañana?

—¿O no te sientes lo bastante hombre?

—Y descansar. Descansar cuanto puedas.

—¿Me tienes miedo?

—Y bañarte. Debes ir al estero todas las mañanas. Con las demás muchachas. Y nadar.

Clotilde lo miró. La rabia empezaba' a encenderle los ojos. Por un momento, pareció fuera de sí,

—Lo que te cuelga entre las piernas va a ser mío. ¡Lo verás!

La Maclovia no pudo callarse. Dio la noticia. Agregó pormenores. Muchos de éstos, de su propia cosecha. Pronto Santorontón entero se hacía lenguas del asunto.

Como siempre, el coro fue dando tumbos, de un lado a otro, ola boba en las tardes sin viento.

—¿Saben ustedes? La Clotilde...

—¿Qué, ah?

—No tiene tan mal el coco.

—¿No?

—No. José Isabel Lindajón y la Maclovia la sorprendieron desnuda en el cuero del doctorcito.

—¡Ah, qué doctor Balda!

— ¡Eso! Parecía un chivo inofensivo. ¡Y nos está resultando un verraco picha brava!

—Es que ella se le refriega a toda hora.

—¿Y de dónde salió la Clotilde?

—¡Vaya a saberlo Dios!

—Dicen que al doctor se la mandó Bulu-Bulu,

—¿En qué hondonada la encontraría éste?

—Tal vez en los Quintos Infiernos.

—Puede.

—Cuando mataron a los Viejos Quindales, ellas se hicieron humo.

—¿Y la Chepa?

—De veras. ¿Qué será de ella?

—¿Se habrá muerto?

—Pues, quién sabe.

—¿O sólo se habrá largado de aquí?

—A lo mejor.

Concluían:

—Sea lo que sea, la Clotilde es un peligro para todos.

—Claro. También dizque se le ha refregado a José Isabel.

—¿De verdad?

—Eso dicen.

—Allí sí que la puerca torció el rabo.

—¡Ajá! ¡Imagínese que, aquí en Santorontón, le dé por refregarse con todos los hombres!

Éstos, por su parte, estaban que “se lamían los bigotes”. En los días caliginosos, cuando el Sol les culebreaba por dentro y por fuera, se tiraban en la arena, a orillas del mar. Las olas les llegaban a los pies. Ni se movían. La imagen de Clotilde en cueros, les rondaba —bejuco de cien mudos batea de chirigua blanda llama torturante que iba y venía uñas de gato clavadas en todo el cuerpo marejada perenne contagiada en la sangre olas calientes espuma teñidora de todos los sentidos—. Clotilde, Clotilde, Clotilde.

—Y que se ha puesto buenaza la condenada.

—Como para batirle la ostionera.

—Horas de horas.

—Días de días.

—Pero está trastornada.

—Y eso, ¿qué hace?

--- Siempre estorba, ¿no?

--- ¿Qué tiene que ver el trastorno con lo otro?

—¿Y si es verdad que capa a los hombres?

—Pura pendejada.

—¿Y si es verdad?

—¿No ves que dice que las piñuelas que carga son los güevos de los hombres que le anduvieron por donde sabemos?

—¿Así que tú crees que todo lo tiene en el coco?

—¿Dónde, entonces?

---¿Y lo del doctor?

---Eso sí, ¡quién sabe! ¡No me quemo por nadie!

Las mujeres, en tanto, seguían alborotadas. Parecían una casa de avispas apaleada. Iban y venían, zumbando. Las capitaneaba, hasta cierto punto, la mujer del doctorsepulturero. Parecía que doña Jovita había encontrado, por fin, una razón para justificar su existencia. Siempre aplastada en el ambiente casi sepulcral creado por su marido, se había deslizado como una sombra ósea por los ángulos que éste le dejaba. Anónima. Silenciosa. Muerta en vida. Ella misma se extrañaba de que Espurio no la hubiese puesto ya dos metros bajo tierra, en alguno de los lotecitos de su cementerio. Lo de Clotilde fue como si le saliera el Sol, por vez primera, dentro de su propio patio. Su mínimo destino doméstico —poblado de marido e hijos vampiros chupa sangre— tenía, al fin, un cachito de luz,

Como quien tira un anzuelo para ver los que pican, afirmó:

—No podemos quedarnos con los brazos cruzados.

Picaron algunas.

—Si. Debemos hacer algo.

—Lo mejor sería sacarla de Santorontón.

—¿Y si no quiere irse?

—La sacaremos de todos modos.

—Cierto, ¿no? Podemos embarcarla en una canoa. Darle un poco de agua y comida. Y que se largue para donde le dé la gana.

Alguien arguyó:

—Pero está trastornada. No se da cuenta de muchas cosas. ¿Dónde podría ir?

—Es cosa de ella.

Otra propuso:

—¿Por qué no le consultamos al Cura?

Y otra, haciéndose la inocente:

— ¿Al Padre Cándido?

—No, Al Padre Gaudencio.

La mujer de Espurio volvió a intervenir.

—Él estará de acuerdo con nosotras. Es un hombre inmaculado. Un verdadero santo. ¿Y cómo va a consentir que Santorontón se pervierta?

—Sobre todo, ahora, que pronto tendremos concluida la iglesia.

—Y que vamos hacerle una fiesta a la Patrona del Pueblo.

—Es verdad.

—Entonces, vamos.

— ¡Vamos!

— ¡Vamos!

Cuando regresaron con la anuencia del Joven Clérigo, era tarde. Juvencio —por fin, después de algunas gestiones epistolares— había conseguido enviar a Clotilde a la ciudad. La mandó con los propios pescadores que lo trajeron a Santorontón. Aunque le había aplicado una inyección para que hiciese el viaje dormida, consiguió que doña Maclovia la acompañase. Á ésta le dio todas las indicaciones. El propio doctor Carlos Alaya, su antiguo compañero, las recibiría. Había aceptado hacerse cargo de la enferma. Inclusive, había demostrado interés por el caso. Especialmente, debido al origen de la muchacha. A las especiales circunstancias que habían causado su dolencia. Ya la original obsesión que manifestaba. El psiquiatra llevaría al muelle todo lo necesario para conducirla a su clínica.

Como era de esperarse, esto causó la furia de la crema y nata femenina de Santorontón. ¡Le habían arrebatado el blanco de sus arponazos! Se manifestó —además de en los gestos y ademanes agrios— en las palabras airadas y violentas. El primer estallido fue en la garganta de Jovita:

—Esto no va a quedarse así. ¡Ah, no! ¡El doctor Balda va a tener que pagarla!

—Claro. ¿Por qué se mete en lo que no le importa?

—Llegando llegando fue con el hijo de la Muda.

—Tal vez él mismo hizo desaparecer a Tolón y a la madre.

—¿Cierto, no? Desde ese día no se volvió a saber de ellos.

—¿Usted cree que la mandaría a la ciudad, doña Jovita?

—¡Quién sabe! La verdad es que hunde las narices en todo. Ya ven ahora...

—Acaso quiera curarla.

—La Clotilde no necesita cura, sino castigo.

—A lo mejor si se cura, va a querer regresar.

Alguna opinó tímidamente:

—Bueno. Ella es ahora la dueña, la única dueña, de “Daura”, la islita de los Quindales. Puede venir a estar en lo suyo, ¿no?

La mujer de Espurio estaba que ardía. Gruñó:

—Lo veremos.

Por su parte, la cónyuge de Vigiliano Rufo había guardado un discreto silencio. Oyó los comentarios. Y creyó que era el momento de intervenir.

—El doctorcito puede decir y hacer lo que quiera.

Nosotras no vamos a permitir que una mujer de ésas esté cerca. ¡Qué ejemplo para nuestras hijas! - —¡Y para nosotras mismas!

—¡Y qué desprestigio para Santorontón!

La que había expresado los derechos de Clotilde sobre “Daura”, insistió:

—¿Y si se cura?

—¡Qué se va a curar!

—Te repito. ¿Y si se cura?

Doña Jovita lanzó una mirada de desafío a su derredor.

—Lo veo difícil. Esa mujer tiene algo peor de lo que pensamos.

La miraron ansiosas. Con preocupación. Preguntaron, a coro:

—¿Qué, ah?

—Tiene El Malo. El Malo dentro del cuerpo.

CAP. XIX

CARACOL bajo la ola. Caracol erizado de huesos al descubierto. Sumido escondido desaparecido dentro de la coraza gris. Caracol bajo la ola. La ola bailándole encima con su millón de ojos melódicos. Sortija blanca en los dedos de arena. Caracol bajo la ola. Enano iridiscente gurvia introduciendo sus dientes en el viento techo de cono y espinas barbas boca-arriba de estalagmita calcárea. Juvencio. ¿Qué quieres Juvencio?

—Yo decía, doctor,

—¿Qué, José Isabel?

—Debíamos hacer algo.

—¿Algo de qué?

Juvencio. Fabricante de fantasmas. Dejaste los tuyos—vivos y transeúntes, que te acompañaron desde niño— incrustados en los nichos del asfalto urbano. Y ahora tienes nuevos fantasmas columpiándose en los linderos de tu insomnio. Llevas ronda vertiginosa un equipo de ellos. ¿Están vivos o muertos? ¿Existen o los estás creando en tu trampolín de sueños? ¿Vas con ellos? ¿Eres uno de ellos? ¿Transitas por Santorontón y su espejo vertical de lluvia? ¿O no has dejado tu ciudad crepitante ciudad jaula donde hiciste añicos tu cadáver entre sus barrotes de angustia?

—Algo que nos salve de lo que nos está pasando. Y de lo que puede pasarnos.

—¿Lo dices por el incendio?

—Y por el agua, doctor. Sobre todo por el agua.

—¡Ah, sí! Por el agua.

Te sobrevives, Juvencio. Quien cres ya no eres. ¿O sigues cadáver entre cadáveres? Este micromundo, ¿no lo estás inventando? ¿Ha existido siquiera alguna vez? ¿Es de ayer, de hoy o de mañana? ¿No lo proyectas tú mismo hacia afuera puente al infinito para poder ambularlo en tus interrogantes? E de todo, ¿qué importa? Sigues caracol remecido por la ola. Arrastrado a trechos por el girón de lluvias que se apropian de las mil rutas del viento.

—Cuando se acaben las lluvias, ¿qué irá a pasarnos?

—Todo se lo han entregado a Chalena, ¿verdad?

—Todo.

—Sí. Debemos hacer algo.

Juvencio. ¡Ah, Juvencio! ¿Qué deseas? ¿Qué te propones? ¿Dónde estás? ¿Continúas en el consultorio médico de la ciudad, sin amigos y sin clientes? ¿Sigues creyendo que la Medicina se ha convertido en un negocio? ¿Que ella —debiendo de servir sólo para luchar contra la muerte— ahora no siempre cumple sus funciones? ¿Que se deben tener fuertes capitales para trabajar en ese campo? ¿Sigues pensando que los Quijotes y los samaritanos se joden en ésta y en la otra? Tatuado de rebeldía inoculado de desinterés, tu destino es comer hambre. Beber sed. Amar impotencia. ¡Ah, Juvencio! ¡Pequeño cascabel de vidrio destinado a que lo trituren las pezuñas de los bueyes! ¿Qué vas a hacer? ¿Qué puedes hacer en Santorontón? ¿Ácaso curar eternamente a los monos que hieran los hombres de Chalena?

—Me creo que sólo usted puede ayudarnos, doctorcito.

—Y quiero ayudarlos, José Isabel,

—Desde que Clotilde regresó de la ciudad, cuenta muchas cosas de usted.

— ¿Buenas?

—Muy buenas. A ella se las palabreó el doctor Alaya.

—Es que el doctor Alaya piensa que todos son como él

—Así ha de ser, no más, doctor. Pero usted tiene que ayudarnos.

Tus senos, Diamantina. Tus senos. Toda tú, pero tus senos. ¿Sabes que un tiempo vi el mundo a través de tus senos? Cuando interceptaste mi ruta, tus senos me horadaron los ojos. Desde entonces quedé daltoniano. Viviendo un laberinto que no me pertenecía. Pasé noches enteras soñando tus senos, Diamantina. Cárcel de senos. Cadena de senos. Venda caleidoscópica de senos. Globos de alabastro he volado en ellos. Con ellos. Ahora están verdes. Verdes y amarillos. Toda mi ciudad se ha vuelto verde. Verde y amarilla, Lo que Ella es. Lo que es en Ella. Verde. Amarilla. De plátano verde. De plátano amarillo, La fruta bautizo en dientes careados de ricos prematuros. Verde cuando verde. Amarilla cuando madura. Tus senos sin uso. Entonces, sin uso. Apenas, para humillar el encuentro con los ávidos. Los ávidos como yo. Sin uso. Después los has usado —corre en chismes de asfalto— en los labios de muchos hombres. ¿Ahora sólo en los labios de tus hijos? Tus hijos que debieron ser míos. Para eso te asalté en la calle. Día de cacao hirviente bajo el sol, Ciudad sepia-dorada. ¿Recuerdas? Atravesando las pilastras. Protección de portales Esquivando mis ansias. ¿Qué quieres? ¿Por qué me molestas? ¡No me sigas!”. En verdad, no te seguía. Tú me seguías. Me perseguías. Y más que tú, tus senos. Tus senos desafiantes. Agresivos. Al margen de las vigilias engranajes de insomnio. Yo trabajaba en la Biblioteca del Colegio. Vivía entre libros. Y no veía libros. En los anaqueles. Arriba. Abajo. Por doquiera Tus senos. Se volvían multicolores. Cambiantes. Bebía en ellos. Bebía de ellos. Vivía bebiendo como si -bebiendo viviera. Como si cada libro —cada seno—- fuera para vivir bebiendo bebidas vivificantes o bebedizos de beberrón bebido. Me orbitaban espirales de pezones guinda-rosa. Ondulada montaña rusa mínima el polifonema imán de curvas. Imán sobre imán, imán. Obsedido encandilado diurno obnubilado palpitando en tus huellas. “¿Por qué me persigues? ¡Suéltame!”, Imán bajo imán, imán. Meta metamor metamorfosis. Microrrúbricas de llama en tu sangre. Orquesta de nervios sinfonizando tus pupilas. Pentagrama cambiante en tus mejillas. Imán hacia un lado imán. ¡Diamantina, Diamantina! ¿Por qué no me subí por tu escalera rubia? ¿Por qué no me mecí en tus hamacas de redes doradas? ¿Por qué no me incrusté en ti vampiro loco succionador de savias de sueño trasplantado en tejidos de músculos y arterias? Imán imantado imán, “¿Qué quieres, Juvencio? ¿Qué quieres?” “Te quiero a ti.” Imán. Reíste tus dientes collares anfibios imán media luna roja cenefa de pétalos tibios imán. Diamantina imán. Imán Diamantina.

—¿No podríamos abrir los pozos nuevamente?

—Don Chalena los taparía en seguida, doctorcito.

—¿También el de Bulu-Bulu?

—Me creo que también,

—¿Y si todos los santoronteños se unieran para defender el agua de sus pozos?

—Antes tal vez sería posible. Lo que es ahora, lo veo dificilito. Estamos divididos. Hay muchos cristianos que ganan cuando los demás se joden.

—Los que ganan son pocos. Sólo quienes están enredados con Chalena.

—Pero don Chalena tiene ayuda. Una ayuda contra la que no se puede nada.

— ¿Cuál ayuda?

—El que sabemos,

—Son figuraciones de ustedes, José Isabel,

—Así será, doctorcito. Pero de que lo ayuda, ¡lo ayuda!

—¿Lo estás viendo, José Isabel? ¿Cómo van a poder defenderse si hasta tú piensas así?

—Nada se puede cuando no se puede nada.

—¿Y se van a cruzar de brazos? ¿Van a permitir que Chalena acabe con ustedes?

—Eso no.

—¿Y entonces?

—Ahí está la cosa. Por eso queremos que nos aconseje usted, que sabe tanto. Clotilde nos lo ha dicho.

—¿Qué?

—Que sólo usted puede salvarnos.

—¡Ah, cómo será Clotilde!

¡Ah, cómo fuiste tú, Juvencio! La ciudad no estaba verde. Menos aún, amarilla. Quizá por eso te embarcaste en un carrusel de precipicios. Pequeño marsupial columpiado en Diamantina. Ebrio de ella, seguías ante el umbral de sus caricias. Colgado a su ventana. Farol vivo de esquina atornillado a las distancias insalvables. En perpetua autofagia de silencio. Acaso alguna vez llegaste hasta sus manos. ¿Y en un baile del Colegio no abecedariaste todas las letras de su cuerpo? Sólo en intuición torturadora. Separados por la muralla china de los ojos ajenos. Seguiste en el umbral. Acopiando ánimo para trasponer esa muralla. Sentías que sus senos ya no te horadaban las pupilas sino el torso. Se interpuso algo más. Alguien más. Un Maestro. Lazo traidor hecho de víboras trenzadas, la arrancó de tus brazos. La llevó en las espirales delirantes de la música. Mezclados en los —para ti, Juvencio— cuchillos sonoros que salían del pentagrama. Estirándote el corazón como un trofeo elástico. Cuando el viento devoró los últimos compases, quisiste que volviera. Vano empeño. Con su llave verde el Maestro la tenía en encan encanda encandada. Llave verde. Candado verde. Maestro verde, Verde. Todo verde. ¿Las casas, también, verdes? La ciudad, ¿también verde?

—Pues verás, José Isabel.

—Diga, doctorcito.

—Lo mejor sería construir una presa.

—¿Qué es una presa?

—Bueno. Aquí cerca hay una gran hondonada. ¿Verdad?

—Si, doctorcito.

—Sólo se puede llegar a ella por un paso. Entre dos cerros.

—Así es.

—Si unimos esos dos cerros. Si levantamos un muro de piedras, palos y tierra, se puede recoger mucha agua. El agua de todo un invierno.

—¡Ah! Usted dice una ciénega.

—Si ustedes la llaman así. ¡Una ciénega! Con ella habrá agua para todo el verano.

—¡De veras, doctorcito! No se nos había ocurrido.

—Y don Chalena se quedará con las narices largas.

Narices largas. Los sapos no tienen narices largas. Ni les pueden crecer las narices. Sólo les crece la panza. Hasta reventar. La panza estriada. Verde. Verde amarillenta. ¿Tú estás con las narices largas, Juvencio? Diamantina y el Maestro. ¿El Maestro maestreó a Diamantina? ¿Diamantina diamantizó al Maestro? “No, Juvencio. Pienso explicártelo todo. Quise explicártelo todo. No pude negarme, porque él es Maestro. Maestro. Tú lo sabes. No sabes lo demás porque te fuiste. Te busqué cuando el baile terminó”. Baile. Baile. Baile. “Quiero explicártelo todo, Juvencio. Espérame a la tardecita. En la clase de pintura. Bien a la tardecita.” A la tardecita. Trémulo de soledad y de miedo. La guirnalda del silencio prendida de sus lenguas. Llenas de frases multicolores estranguladas. Meciéndose con sus antorchas de almíbar vitrales policromos para beberse injertadas de angustia. Frases nonatas afasias nocturnas claveles florecidos en las neuronas sin extender sus minimos tentáculos a la vibración de la garganta. De pronto, el Maestro erizo de celos. El Maestro estalagmita de nieve. é hacen aquí, solos?” “Nada.” Nada. Ni siquiera hablábamos. Nos estábamos mirando. Intuyendo en nosotros las rutas del espasmo de las llamas que germinan de las caricias tatuadas. Sin palabras. Sin actos. Sólo mirándonos. Repitió. “¿Qué hacen aquí, solos?” “Ya dijimos que nada.” De inmediato, la denuncia. La microinquisición. Los belfos postulantes de lujuria. El camino de alfileres enhiestos. La ola boba de excrementos meciéndose en las gargantas enanas. “Estában solos. Diamantina y Juvencio, solos. Los dos solos. Solos en un aula. La de pintura. La más lejana de todas las aulas.” La insidia cerbatana escondida con pequeñas dosis de curare para matar a gotas. ¿Se estaban besando? ¿Se habían explorado, a través de las ropas, los ángulos salobres de sus cuerpos? Si eran inocentes, ¿por qué buscaban las sinfonías solitarias de los espejos sin luna los ojos sin párpados? - Solos. ¡Solos —Dios Santo— en un aula! La de pintura. La más lejana de todas las aulas. Los comentarios hirvieron de coral y de venas sulfurosas. Primero, entre Maestros y estudiantes. Dentro del Colegio. Después, atravesando, jinetes de las furias, en sus bestias desbocadas, todos los umbrales. "Diamantina y Juvencio en el aula de pintura.” “Sí, En el aula robinsoniana sola y distante.” “Era en la tardecita.” “No. Era en la noche y estaban solos.” “Estaban acariciándose. Medio desnudos.” “Completamente desnudos.” “Los vieron diez ojos. Diez. Diez ojos.” “No. Veinte "ojos.” “No. Cien ojos.” “Desvergonzados.”” “Corrompidos.” “Solos.” “Desnudos.” “Y estaban haciendo.” “¿Qué, ah?” “Eso.” “¿Eso?” '¡Eso!” En el Colegio, crecía el maremoto. Había que sancionarlos. Un castigo ejemplar. ¿Matarlos? ¿Asarlos? ¿Hacer un festín antropofágico para que todos les hincaran los dientes? No se podía. Desgraciadamente, no se podía. ¿Entonces? Expulsarlos del colegio. ¿Y Juvencio no acababa de representar a los estudiantes en un certamen internacional? ¿No era una de las promesas estudiantiles de esos años? La microinquisición lo microinquisicionó. Por lo menos, había que suspenderle su Bachillerato. Que se dejara pasar varios años. Por lo menos, uno. ¿Y Diamantina? “Que también pierda un año.” Ya tenía el INRI colgado entre los senos. O, tal vez, más abajo. Entre las piernas. Todo el mundo debería saber que ella y él. Solos. En un aula sola. En una noche sola. Desnudos. Haciendo “eso”. ¿Y tú, Juvencio? ¿Qué pudiste hacer por Diamantina? Ni siquiera la besaste nunca. Ese día ni le tomaste la mano. Ese atardecer ni siquiera dialogaron. Después, menos. Estabas preso. Mejor dicho, estaban presos —cada uno por su lado— en la invisible carcel de un gran amor guillotinado. ¿Un gran amor? Y la ciudad aún no estaba verde. O no estaba completamente verde. Quizá un poco sepia. Olor de cacao. ¿Estaban hechos de cacao, todavía; los hombres y las cosas? ¿Diamantina, también, de cacao? Tú, Juvencio, ¿también de cacao?

—Lo único malo, José Isabel, es que para hacer esa ciénaga se necesitan muchos hombres,

—¿Muchos?

— ¡Imagínate! ¡Levantar una muralla de madera, piedra y tierra! Y levantarla en poco tiempo. En un abrir y cerrar de ojos. Cuando haya un veranillo. Porque si no, ¡las propias

lluvias no dejarán que se haga! Arrastrarían los materiales hasta el mar. ¡Se necesitan muchos hombres, José Isabel!

—Ya lo estoy viendo.

—Hay que cortar los palos. Acarrearlos. Clavarlos. Terciarlos. Meter entre ellos las piedras. Las piedras habrá que llevarlas de aquí, desde la orilla. Y después poner la tierra, atrás, para que aguante.

—Eso sí. ¡Hartísima tierra!

—No debía hablarte de estas cosas, José Isabel. De ellas tú sabes más que yo.

—No crea, doctorcito. Las ciénegas aquí siempre las hizo Dios. Los hombres, nunca.

—Y si no son muchos hombres, tampoco la podrán hacer, Aun suponiendo que el agua no destruyera la muralla, se pasarían trabajando todo el invierno. Llegaría el verano y quedaría mucho por hacer. Necesitaríamos que trabajara todo Santorontón.

—Imposible, doctorcito. La mayoría está vendida a Chalena. Y él no va a soltar a nadie.

—Entonces, lo veo difícil, José Isabel. Sólo que el Padre Cándido quisiera ayudarnos.

—Antes, tal vez. Ahora, ¡quién sabe!

—Es cierto. Ahora quien manda aquí es el Padre Gaudencio. Aparte de Chalena, claro.

—A veces creo que don Chalena no es don Chalena.

—¿Qué dices?

—El no es el socio de El que Sabemos. ¡Él, es el mismísimo Coludo!

—¿Cómo así?

—A El Malo también le gusta meterse dentro del cuero de los cristianos.

—¡Ah, cómo son ustedes, José Isabel!

—Así son las cosas cuando las cosas son así, doctorcito!

—Entonces, no sé qué vamos a hacer.

—¿Y Clotilde?

—¿Qué tiene Clotilde?

—A lo mejor ella puede ayudarnos. Sabe mucho de la montaña desde que vivió allí tanto tiempo.

—Tienes razón. Tal vez ella pueda ayudarnos.

¿Y a nosotros, Diamantina? Nadie puede ayudarnos. No te vayas. Quiero seguir colgado a tus senos. Si. Tal vez Clotilde pueda ayudarnos. Nadie sabe lo que hizo cuando estuvo sola, en la montaña. Tal vez aprendió a entenderse con los animales. A veces, creo que la obedecen. Por lo menos, he visto que algunos la siguen. Quizá, también, conozca a varios amigos de sus padres. Dicen que los Quindales fueron respetados. Y queridos. ¿Qué se habrá hecho la otra? Parece como si la hubiera tragado la tierra. ¿Y por qué no le hicieron algo al Coronel? ¿Por qué no dieron parte a las autoridades? ¿No pudo comprobársele nada? ¿Se investigaría al respecto? ¿Será que lo protege, sin quererlo, el padre Cándido? ¿O todo es pura habladuría? No te vayas, Diamantina. Conseguir colgado a tus senos. Colgado de la esquina farol parecio Colgado a tu silencio. No importa el batallón de bacterias que anhela derrotarnos. Inquisición sepia microbios absurdos miopía inconsciente verde. Venceremos en la ciudad avatar sepia que se ambarina nácar de quelonios. Volveremos a encontrarnos más cerca. ¿Por qué callas? ¿Por qué te has enroscado a ese Maestro florecido de viruelas

—el si ya verde chirimoya andante—? ¿Por qué trazas esa larga paralela que nos mantiene equidistantes? ¿Un gran amor? Nunca más cerca pero nunca más lejos, Diamantina. No me robes tus senos para dárselos a otro. Diamantina. Sigo volando en ellos globos de espuma que yo mismo bato. Globos de volutas de humo que yo mismo soplo. Globos de pompas de jabón que enhebro con mi carrizo dentado… ¿Un gran amor? Diamantina. ¿Un gran amor?

—Aquí está Clotilde, doctorcito.

—Dí, Clotilde.

—José Isabel me contó lo que piensan hacer.

— ¿Puedes ayudarnos?

—Creo que sí, doctor.

—Llámame Juvencio,

—Sí, Juvencio.

— ¿Estás segura de poder ayudarnos?

—Sí, Juvencio,

Diamantina poema cercenado en el viento. ¿Existes? ¿Existías? ¿No fuiste escarabajo de suspiros lianas de miradas? En represalia al insomnio sin vigilia he clavado mi corazón en el Anfiteatro Anatómico. Allí lo he dejado en el mundo escalofriante de los muertos. ¿Muertos? Mi corazón —un trozo de cadáver— en una orgía de cadáveres, Para ellos es igual que una pelota sangrante. Jugarán en las noches partidas de juegos inverosímiles. En tanto, por las calles ya verdosas, yo sigo enverdeciéndome. El theobroma va dejando su dominio a una musácea, la paradisiaca sapientum. Yo sigo enverdeciéndome. Las casas crustáceos gigantes también están verdosas. Verde río verde luna verde estero verde calle. Todo se está volviendo verde. Y yo cadáver enverdeciéndome. ¿Mis manos y mis pies hechos de jade? ¿Mis cabellos llamas de esmeralda? ¿O remolino de musáceas? ¿La noche paradisiaca? ¿La Luna sapientum? ¿La ciudad entera musácea paradisiaca sapientum? En represalia, serpentinas de bilis. Bilis estela largo hilo de rabia telaraña de frío verde chiri lumar. ¡*Achachay! Huagllichina. Huagllichigrina. Huagllichicuna. Huagllichimuna. Huagllinacuna*. ¡Ah, Juvencio Balda, *runa lumar*! ¡*Cambag llaquita huacaypagni cangui*!

—Creo que Si, Juvencio. Creo que sí.

CAP. XX

QUELLA noche Dominga esperaba casi con felicidad la llegada de la X-Rabo-de-Hueso. ¿Sería la última X-Rabo-de Hueso de su vida? Todo parecía indicar que sí. Al día siguiente se efectuaría su matrimonio con Candelario. Sólo de pensarlo, se estremecía. No sabía bien qué sentimientos encontrados se anudaban en su pecho. Tenía una mezcla de temor y angustia. De atracción y repulsión. La verdad es que antes pocos hombres se le habían acercado, para bien o para mal. Cuando estuvo en la ciudad, porque todavía no se hacía mujer. En Balumba o en Santorontón, a causa de otras razones. Á veces, de lejos, la habían perseguido rosarios de frases agridulces: “Carajo que está buena la hija de Bulu-Bulu.” “Cada día más buena.” “¡Lástima que su padre sea brujo!” “¿Y eso qué tiene? ¿Te va a contagiar la brujería si la tumbas?” “No. No es eso.” “¿Y entonces?” “Hay que tener mucho cuidado con los brujos.” “Es cierto.” ““Le pueden dejar fregado para siempre.” “¿Me lo vas a decir a mí? En Melao Chico un montubio se metió a la mala con un Brujo. ¡Pobre de él! El Brujo lo convirtió en iguana. Y lo amarró al puntal de su casa, para darle palo todos los días.” “Y le fue bien. A otro, unos brujos lo convirtieron en rata. La tiraron a un pozo ciego. Para que le estuviera cayendo mierda todo el santo día.” “Ahá. Por eso el culo de la Minga quedará para que le ponga una vela el propio padre.” “O para que la gocen animales de la montaña.” “O los Tin-Tines. Como los maldecidos hacen el daño y se van.” “Claro.” Ella se hacía la desentendida. ¿Qué sacaría con volverse e insultarlos? Lo probable es que los secundaran todos los santoronteños y aun los clientes de su padre, ¿Y qué iba a poder ella contra el pueblo entero? ¿O contra los adolecentes del hospital al aire libre de Balumba? A veces, sorprendía entre los jóvenes alguna mirada diferente. Con simpatía. Como si quisieran decirle: “Comprendemos lo que te pasa, Dominga. Quisiéramos acercarnos a ti. Invitarte a salir en canoa. A tirar el arpón. La fija. O a dejar la calandria con sus cien anzuelos, mar afuera. A lanzar la atarraya por las noches, para pescar los cardúmenes de lisas. O a tender las redes de caleta o de boca de estero. También quisiéramos llevarte a la montaña. A remecer los árboles de mango. O de pechiche. A buscar las pitahayas maduras, entre los brusqueros. A meternos dentro de un saco, para tumbar los panales de miel de moquiñañas. O simplemente a irnos a bañar juntos. En los esteros o en las orillas de las playas arenosas. Pero, tú ves que no es posible, Nuestra familia no nos deja. Nos ha prohibido hablarte: No quiere ni que te veamos. ¡Eres la hija de Bulu-Bulu! Y nadie quiere tener nada con los Brujos. Sobre todo, un Brujo como tu padre. De cabeza de chicharrón, bemba de mono y retinto como el ébano” En cierta ocasión, uno se había atrevido a seguirla. Era un marino fuereño. De esos que sólo de tarde en tarde llegaban a Santorontón. Ella había apresurado el paso. Como el otro había hecho lo mismo, se había parado en seco, volviéndose: “Vea. Conmigo no se meta.” “¿Por qué?” “Es mejor para usted y para mi.” “¿Por qué?” “Porque es lo mejor.” “Es que me gustas muchísimo. Palabrita de Dios.” “Por lo mismo, déjeme tranquila.” “Pero, ¿por qué?” “Porque yo no puedo gustarle a nadie.” “¿Te caen mal los hombres?” “No. No es eso.” “¿Y entonces?” “Soy la hija de Bulu-Bulu.” “¿Del Brujo?” “Si. Del Brujo.” “¿Y eso qué tiene? A mí los Brujos me vienen guangos.”

Ella, entonces, le había suplicado: “De verdad. Por Diosito. ¡Vayase! ¡Déjeme tranquila!” Y, súbitamente, había vuelto a correr hacia su canoa. Él no pudo alcanzarla.

Con el Coronel era distinto, Su propio padre se lo había refregado en las marices. Hasta ña Crisanta parecia estar de acuerdo. Y eso que, por lo común, la Vieja era quien más se oponía a que ella se uniera a cualquier hombre. Cierto que hubiese preferido a otro que no fuera el Coronel. Por ejemplo, a aquel marino fuereño que un día la persiguió. Lo que no se puede no se puede. Además, Candelario no le disgustaba. Parecía tan fuerte, Sobre todo, por dentro. Daba la impresión de que tuviera músculos hasta en las palabras. Ella casi que no podía ni mirarle los ojos. Cuando lo había intentado, le entraba un hormigueo por todo el cuerpo. Le comenzaba en las manos y los pies. Y se le concentraba entre las piernas. Además —como a ella también la habían humillado las santoronteñas— participaba en cierto modo de la alegría vengadora de Ña Crisanta. Ya las vería al día siguiente —ataviadas con sus mejores galas— asistir a su boda. Se morirían de envidia. Sobre todo, las muchachas casaderas. Todas desearían haber pescado a Candelario ¿Lo desearían? ¿No se decía que él se había acostado con cientos —o miles— de mujeres? ¿No se sabía que sus manos estaban empapadas en sangre? ¿Y qué había con eso? Tal cosa demostraba, precisamente que era el más hombre de esos lados. En conclusión, pues, debía sentirse satisfecha. Y, sin embargo, no podía estarlo. Por el contrario, la inundaban las cavilaciones y las dudas. Todo estaba bien por el momento. Pero, ¿y después? A la noche siguiente. Cuando él empezara a acariciarla. Cuando se le subiera encima y le clavara su puntal de carne. ¿Seguiría satisfecha? ¿Le agradaría? Eso, sí. Casi estaba segura de que le agradaría. Descubriría, por fin, aquel secreto —¿era secreto? — que la estremecia muchas veces. ¿Y más después? ¿Más después, qué? ¡Que viniera lo que viniese! La meneadera. El gusto. El descubrimiento. ¡No se los quitaba nadie! Además, había algo importante. Lo más importante. ¡La despedida de la X-Rabo-de-Hueso! Aunque ya se había acostumbrado a sus visitas —¿Cuántas, cuántas visitas le había hecho el crótalo maldito?—, lo cierto es que era preferible que no la visitase más. El acostumbrarse no significaba que hubiese perdido el pánico, la repulsión, la angustia. Todo esto era mayor cada noche. Continuaba sintiéndose como si caminara a saltos sobre arpones punta arriba. Cualquier vacilación. O pérdida del control. ¡Y se desgraciaba para siempre!

Por su parte, Crisanta no las tenía todas consigo. En los últimos momentos, los preparativos de la boda habíanla azonzado. Andaba canoa al garete arrastrada por fuerzas ignoradas. No se daba cuenta de lo que hacía. Como si ella no estuviera participando en las cosas. Y todo lo mirase desde fuera. Al atardecer, la inminencia de los acontecimientos parecía despertarla. Repentinamente, recuperó la conciencia de lo que estaba ocurriendo. “Mañana se va a casar tu hija. Tu Dominga. Se va a casar con Candelario Mariscal —el hombre más malo de estos lados—. Mujeriego. Asesino. Y, por si fuera poco, hijo de El que Sabemos.” ¿Cómo había pasado ceso? ¿En qué momento se había arreglado todo para esa absurda boda?

¿Bajo el efecto de qué brujería —porque tenía que ser una brujería— ella lo había aceptado? Y no sólo eso. Había participado, también, en los preparativos,

A su lado, roncaba Bulu-Bulu, como un bendito. Se acercó. Lo sacudió. El Brujo abrió los ojos, cn seguida.

—¿Qué? ¿Qué?

—Despierta. Quiero hablar contigo.

Medio se incorporó.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Y entonces, por qué no me dejas dormir? Es muy tarde, y esta media noche y mañana tenemos mucho que hacer. Mejor lo dejamos para otro día, ¿no?

—Tiene que ser ahora.

Abrió bien los ojos. Sospechó inmediatamente de qué se trataba.

—Como quieras, Vieja.

Se desperezó. Se sentó en la cama. Su mujer lo miró con fijeza. Estudiándolo.

--- Quiero que me digas la verdad.

Se hizo el inocente.

—La verdad. ¿La verdad de qué?

Se lo echó a boca-de-jarro.

—¿Por qué quieres casar a la Minga con el Coronel?

—¿Yo? No he intervenido en nada. Son cosas de ellos. Tú lo has visto.

—Sí. ¡Lo he visto! ¡Has intervenido en todo! Haciéndote el chancho rengo, has llevado las cosas para donde querías. Dime por qué lo has hecho.

—Te juro, Crisanta que...

—A mí no me vengas con guaragüeos. Quiero saberlo todo.

—De verdad, te engañas.

—Si no la cantas ahora, voy donde Candelario y le digo que mañana no hay boda.

El Brujo se torció todito. Exhibió una serie de gestos absurdos, Al fin, se decidió.

—Está bien, pues.

Hizo una pausa. Agregó:

—Fuiste tú quien me dio la idea.

—¿Yo? No me hagas reír.

—La noche que dijiste que la Minga necesitaba un hombre. Un hombre para que le quitara la serpiente y la luna. Fue precisamente cuando llegó el Coronel Candelario Mariscal.

La Vieja masculló, como para sí misma:

—¡El Coronel Mariscal! ¿Tú sabes quién es él?

— ¿Quién no lo sabe en Santorontón?

—¿Y cuánto ha hecho?

Tú sabes que yo sé mucho más de lo que saben los otros.

—¿Y cómo así le entregas a tu hija?

—Es un hombre, ¿no?

—De todos los hombres, ¡es el único que no puede casarse con la Minga!

—¿Por qué no lo dijiste antes? ¿Por qué has hecho lo posible para que esa boda se realice?

—¿Por qué? Porque tú me embrujaste. Yo no era yo. Era quién sabe quién. Obedecía tus Órdenes. ¡Eso se acabó! No me dejaré levar más por brujerías.

Se hizo un silencio. La Vieja volvió a hablar.

—En primer lugar, ¿cómo conseguiste que el Coronel se case con la Minga?

—Yo qué sé. Lo repito. Fue cosa de ellos.

—¿No me vas a decir que lo hace porque le gusta la muchacha?

—¿Y si fuera así? ¿Es que la Minga no puede gustarle a cualquier hombre?

—¡Ah, Bulu-Bulu! Tu me crees recién desombligada, ¿verdad? Está bien. Si no quieres decirmelo, yo sé lo que tengo que hacer.

—¿Por qué no crees que él?...

—Si él hubiera querido a la muchacha, se la lleva. A las buenas o a las malas. Sin siquiera decirnoslo.

El rostro del Brujo se arrugó chirimoya seca.

—Eso estaría por verse... Está bien. Te lo voy a palabrear todo.

En síntesis. le contó el asunto, de cabo a rabo. La Vieja, a medida que lo escuchaba, se fue enfureciendo más y más. Cuando el Brujo terminó, lo miró, Nena de odio.

— ¿Hiciste eso con la Minga?

—Era lo mejor, ¿no?

Se aplacó un poco. Hasta le entró algo de lástima.

—Brujo o no, cada día estás más bruto, Bulu-Bulu. Eso lo único que va a hacer es traer desgracia. Tengo que palabreárselo a la Minga. Ya mismo.

—Crisanta...

No le hizo caso. Se asomó. Dominga estaba terminando de enterrar a la X-Rabo-de-Hueso. ¡A su última X-Rabo-de-Hueso! Se puso en pie. Regresó a la casa. Como las ocasiones anteriores, venía desnuda. Rampante. Erguida. Con pasos rápidos. Ellos pensaron que iba a seguir de largo, igual que siempre. Se engañaron. La muchacha se detuvo. Les sonrió. Resplandeciente.

—Hasta mañana, Taita. Hasta mañana, mamita.

Contestaron, en forma lacónica.

—¡Hasta mañana!

— ¡Hasta mañana, hijita!

Por un momento, Ña Crisanta dudó. ¿La detendría? ¿Le pediría que olvidase la boda? ¿Que —pasase lo que pasase— era mejor no realizarla? Era una farsa concertada por su padre. Con la mejor de las intenciones. Farsa, de todos modos. El Coronel no tenía, sin duda, ningún interés en ella. Para él, era simplemente medicina. Se casaba, para librarse de una muerta a la que debía darle gusto noche a noche. Bulu-Bulu creía que, al tener una mujer legítima —casada por Iglesia y todo—, la difunta se retiraría para siempre. Eso resultaba peligroso. ¿Y si la muerta no se iba? ¿Y si quería que el Coronel le continuara dando gusto? ¿Y si delante de la recién casada se encueraba y obligaba al flamante marido a que le cumpliera a ella, antes que a nadie? ¿Y si lo agotaba, de tanto cubrirla, dejándolo inservible para cumplir a nadie más? ¿Y si se acostaba en medio de los matrimoniados, impidiéndoles hasta que se tocaran? Lo mejor, era retirarse a tiempo. Después sería difícil. Por otra parte, si el Coronel la quisiera de verdad, podría arrostrarse cualquier peligro. Ella y el Brujo —estaba segura de que éste haría lo imposible— la ayudarían. Incluso hasta cuidarían que la muerta no los molestara. Se quedarían cada noche —los dos, o turnándose— al pie del cuero de venado matrimonial, para luchar contra la Chepa. Porque —¿no lo sabía?— la difunta no era otra que la mentadísima Chepa Quindales. En todo. En toditito la ayudarían, si el Coronel la quisiera. Lo malo es que no la quería. Candelario no podía querer a nadie. Por lo menos, a nadie que fuera de este mundo. Los de este mundo sólo le servían para sus

actos criminales. Sobre todo, para conseguirle más almas a El Coludo. Porque —¿tampoco lo sabía?— él era Hijo de El Coludo. Debía perdonarla a ella, su madre, por no habérselo dicho antes. Pero, quizá Bulu-Bulu la había embrujado. O el propio Coludo había metido el rabo en esas cosas. Sólo esa noche empezaba a darse cuenta de cuánto daño le había hecho. Sin saberlo...

Se decidió. Tenía que decírselo. Pasará lo que pasara debía palabreárselo. Era mejor enfrentarse con el Coronel Mariscal. Y no desgraciar a Dominga para siempre.

— ¡Hijita!

La muchacha se detuvo.

-—Dime, mama.

—Quiero hablar contigo.

Floreció en sonrisas.

—Lo que quieras.

—Vamos a tu cuarto.

— Vamos.

Bulu-Bulu, temeroso, quiso intervenir.

—Crisanta... yo...

—¿Qué?

—Este... No. Nada. Sólo que aconsejes bien a Minga.

La Vieja razonó, con acritud.

—¿Cuándo la he aconsejado mal? Son otros quienes lo han hecho.

El Brujo contempló a su hija. Una extraña emoción le caracoleó en la garganta. Súbitamente, le dolió ser BuluBulu. El Brujo. Cara 'e Mico, como lo llamaban sus congéneres. Habría querido —en ese momento— ser otro hombre. O quizá, una débil mujer. Así podría llorar agritos. Se contuvo. Miró a su hija. Con serenidad. Dominándose plenamente. Sólo la voz se le hizo más cascada que otras veces.

--- Que duermas contenta. Y que te vaya bien en todo.

--- Gracias, Taita. Te deseo lo mismo.

Cuando entraron al cuarto vecino, Dominga tomó las manos de ña Crisanta:

—Y gracias a ti, también, mama. Gracias por todo cuanto has hecho para que me case.

—Pero, si yo...

—Si supieras lo feliz que me siento.

—¿Ah, sí?

—Mañana, cuando entre a la iglesia, ya no me humillarán. Se olvidarán de q soy y de quién es mi padre. Yo les perdonaré todos los desprecios que me han hecho.

—Ellos —y sobre todo, éllas— nunca nos perdonarán lo de mañana.

—¿Qué importa? Lo que viviré en la iglesia no me lo quitará nadie. La iglesia estará lema de luces. De colores. De música. Jamás se habrá visto tan bonita. Será como un sueño, mama. Nunca imaginé que me ocurriría algo semejante.

¿Se lo diría? ¿No se lo diría? Suponiendo que sí, ¿le haría caso? ¿Se lo agradecería? ¿Lo creería? aun creyéndolo, ¿no seguiría adelante? ¿No realizaría la boda, aun a despecho de la voluntad de ellos? ¿Aun a sabiendas de que iba a pagar muy caro aquella dicha? Por otra parte, ¿tenía derecho de quitarle a su hija ese cachito de felicidad? Antes de decidirse, le preguntó, una vez más:

—¿De verdad estás contenta?

—Mucho, mama. Creo que esta noche no voy a poder dormir. Estaré contando las horas que me faltan. Muy temprano, al amanecer, iré al estero. A darme un baño. Así, cuando el sol caliente, me secará los cabellos.

Hubo un silencio, enredado en los pensamientos disímules de la hija y de la madre. Al fin, ésta se atrevió por lo menos, a hacerle una pregunta.

—¿Y?

—¿Qué, mama? Quieres al Coronel?

—No lo sé, mama.

—¿Y entonces?

—Me gusta, mama. Me gustó desde que lo vi. Es tan fuerte. Tan seguro de lo que dice y hace. Y, a pesar de eso...

—Continúa.

—No sé por qué me parece que oculta algo. Que tiene un alacrán picándolo por dentro. Á veces, se pone triste, sin motivo. Mira a lo lejos, como si viese cosas que los demás no vemos.

—¿Y si es verdad lo que cuentan de él?

—¿Que es Hijo de El que Sabemos? No lo creo. Pero si lo creyera, ¿qué importaría? Trataría de ayudarlo. ¿No puede salvarse? ¿Tiene que estar fregado para siempre, sin ninguna esperanza? Además, hay gente con la cual es bueno. Con su Padrino, el Padre Cándido, por ejemplo. Y —queriéndolo o no— al doctor Balda lo ha ayudado varias veces.

¿Para qué contradecirla? Sería inútil.

—Claro, Dominga. Claro.

Lo único que podía hacer era defenderla. Bulu-Bulu y ella tenían que defenderla. Ella y Bulu-Bulu. En seguida, empezó a darle consejos. Consejos más íntimos. Esos consejos que las madres dan a sus hijas cuando van a casarse. Bulu-Bulu y ella. Tenía que hacer esto. Y lo otro. Y lo de más allá. Sólo así conseguiría defender su matrimonio. Sobre todo, con un hombre como el Coronel Candelario Mariscal. Ella y Bulu-Bulu.

Y Bulu-Bulu estaba como loco. De dos trancadas, bajó la escalera. Dio dos o tres vueltas alrededor de la casa. Se detuvo ante uno de los puntales. Orinó. Hizo lo propio con cada uno de los otros puntales. Encendió un puro. Un puro largo y delgado, hecho con varias hojas de tabaco enrollado. Echó chiflones de humo. Por la nariz, las orejas y los ojos. Peló éstos, que blanquearon en las tinieblas. Corrió hacia la montaña. Buscó un tronco. El tronco de un árbol altísimo, El más alto de todos los árboles. Se subió en él. Se enroscó con las piernas y el rabo. Ya tenía rabo. A la más empinada de las ramazones. Dio varias Chupadas al puro. Se vistió nuevamente con humo de los seis chiflones. Con la boca, siete. Siete chiflones. Después describió, con la punta encendida, remolinos de luz. Alzó los brazos. Brazos tigre. Brazos negro y oro. Remeció el cuerpo. Negro y oro. Remeció las piernas. Negro y oro. El rabo. Negro y oro. Las fauces. Negro y oro. Tigre. Tigre negro y oro. De puñales dentarios. Rojo y blanco. Negro y oro. Rojo coral. Blanco espuma. Negro ébano. Y oro oro oro. Bramó. Sc remecieron las hojas del árbol. Las hojas de todos los árboles. Y en

las hojas los -ojos. Hojas verdes ojos policromos. Volvió a bramar el Tigre. Silencio. Silencio en las hojas y en los ojos, Negro y oro. “Balumba. Bulu-Bulu. Bulu-Bulu en Balumba. La Minga en Balumba. La boda en Balumba. Bálumba-Balumba Balumba-Balumbá. Bulu-Bulu Tigre. El Tigre en Balumba. La Minga en la boda. La boda en Balumba. Bálumba-Balumba. Balumba-Balumbá.”

CAP. XXI

—CREO que sí puedo ayudarte, Juvencio.

—¿Y cómo?

— Haciendo que nos ayuden los habitantes de la montaña.

—¿Te refieres a los animales?

—Sí, Juvencio.

—No lo había pensado, Clotilde.

—Especialmente, los monos.

— ¿Estás segura de que se presten a ello?

—Nada cuesta probar. Puedo tratar de convencerlos.

—Si lo consiguieras, no habría problema. Nos podríamos preparar para el primer veranillo que viniera.

Intervino José Isabel:

—¿Y lo podremos hacer todo en un día?

Respondió el doctor:

— ¡Quién sabe! Si es necesario, trabajaremos día y noche. Hasta que terminemos.

—Está bien, doctorcito. Además, los veranillos vienen con Luna llena. Y, por eso, tendremos luz hasta decir basta.

“Luz hasta decir basta.” Y, sin embargo, Juvencio, tú, ¿hasta cuándo estarás oscurecido? Con la noche tatuada en tu alma. Anocheció en ti antes de tiempo. Si fueras vanidoso —o

quizá más vanidoso— podrías aplicarte la frase que corrió de boca en boca en el Incario, después del asesinato de Atahualpa chaupi punchapi tutayacu. Anocheció en la mitad del día. ¿Recuerdas? Después que los microinquisidores quisieron pulverizarte, buscaste una salida. La Medicina. La Medicina se te figuró un hilo luminoso para escapar del laberinto. Todavía, el laberinto no era verde. Te pegaste a los libros. Como una ventosa. Te asomaste a la Morgue fantasma fantasmal de otro planeta. Fantasma cotidiano. La peripecia de los bisturis resultó tu propia peripecia. ¿Diamantina? Por paradoja, eso te ayudó a resurrectarte. ¿Diamantina? Diamantina empezó a formar parte de un carrusel de recuerdos rasurados. Se hundió en el torbellino del silencio y la sombra. Poco a poco, sentiste que tu corazón ya no era ajeno. Los muertos habían dejado de jugar con él. A media noche Cuando se levantaban de sus heladas plataformas. A veces, ya cortados. Faltándoles alguno de los miembros. O con ventanas —huellas de disección— por los cuatro costados. O con estrías absurdas en su rostro o en su vientre. Á veces, enseñando sus carcajadas óseas. O algún policromismo sicodélico causado por las cisuras anatómicas. O acaso ya sólo convertidos en parte de alguien. En trozos dispersos activos automáticamente por inercia. Pero te devolvieron tu corazón. Tal vez cada uno de ellos, por turno, se sacaba su propio corazón. Y jugaba, con él, ese futbol macabro, Serían superiores esas vísceras ajenas. Porque la tuya carecia de la elasticidad que requerían. Ya dueño de ella, la pusiste —como todo lo tuyo— al servicio de la ciencia. Tu amor, en ese entonces, fue la Medicina. Cuando pudiste —cuando llegó tu hora— dejaste ese mundo fascinante de los muertos recortados. Te hundiste en el absorbente peripatetismo de los hospitales. Es cierto que los cadáveres te persiguieron largo tiempo. Te habías familiarizado en demasía con su aspecto. Con su olor agresivo. Con su decrecimiento paulatino. A medida que se hundían en ellos los cortantes aceros. En los primeros tiempos, hasta extrañabas que los seres humanos —vivos— pudieran moverse. Actuar. Hablar. Expresar ideas. Te parecían menos reales que los otros seres humanos —¿exseres?— silenciosos. Pasivos. Tranquilos. Incapaces de hacer nada. Ni para bien ni para mal. Sólo una muerta te hizo daño. ¿Diamantina? Se parecía demasiado a Diamantina. Joven. Hermosa. Suicida. Hubo un momento en que te pareció que se movía. ¿O se movía? Totalmente desnuda como estaba, se levantó de la plancha. Extendió los brazos para asirte. Pediste trabajar con ella. En ella. Lo concedieron. Cuando te acercabas con tus instrumentos | quirúrgicos, te acometía un temblor extraño. ¿Ella respiraba? ¿Movía el rostro para verte? ¿Se iluminaban sus pupilas? ¿Pretendía abrazarte? Cuando salías —los pocos momentos que dejabas el necrocomio— te asaltaban dudas. Vacilaciones. ¿La necrofilia te estaba atrapando dentro de sus redes absurdas? ¿Se estaba deformando tu libido? ¿No te atraían ya los coitos con las mujeres vivas? ¿Te estaba dominando esa pasión por la difunta? Debías de apresurarte a realizar la necropsia. La quieta necroscopia podía conducirte al proceloso ambiente de las órbitas mortuorias. Era mejor alejarse. No volver. Controlar ese impulso desviado. Buscar el encuentro sexual con otras fémeas. No importaba quiénes fueran ni dónde estuviesen. Lo que requerías era agotamiento. Anulación total de la libido. ¡Volvías! Empuñabas los aceros cortantes. Te disponías a usarlos con ella. Sin embargo, permanecías inmóvil. Descontrolado. Desconcertado. Sin saber qué hacer. Tenías el hervor de tu sangre golpeándote los sentidos. Surgían en ti ondas voluptuosas prenecrofílicas. Querrías vestirla de besos. Recorrerla con tu boca. Tatuarte en ella. ¡Hasta fundirte en ella o, mejor dicho, con ella! Como si le hicieras el amor a un cuerpo mármol. “Desde mañana comienza el veranillo, doctorcito.” Si no fuera porque los demás empezaban a observarte. Á cada instante. Los vigilantes —sobre todo cuando los otros estudiantes se hablan ido— seguían pendientes de tus movimientos. Eras el primero en llegar. El último en salir. Una tarde el Maestro te llamó la atención: “Juvencio, ¿cuándo empieza la disección de ese cadáver?” Te contuviste para no agredirlo. Llamarla “cadáver”. ¡Era un irrespeto! ¡Cadáver! ¡Cadáveres serían él y toda su familia! *“Doctorcito, doctorcito. Desde mañana comienza el veranillo”.

José Isabel lo sacudió:

—Doctorcito. Doctorcito.

—¿Qué? ¿Que pasa?

—Le estoy ablando y parece que no me oye.

Reaccionó.

—Pensaba en otra cosa. Dí, José Isabel.

—Mañana comienza el veranillo.

—¿Ah, si? Entonces, no hay que perder tiempo

Intervino Clotilde —sólo en ese instante reparó en Clotilde—, con cierta preocupación.

—¿Te sientes mal?

—No. Estaba recordando...

Sonrió,

—Mejor que estés bien. Porque todos necesitamos estar preparados. Para lo que venga.

—¡Claro!

—Por lo pronto, creo que nos ayudarán los monos.

José Isabel aclaró:

— Además, que ya he apalabreado a muchos cristianos. Aquellos con los que se puede contar.

—¿Y qué dijeron?

—Aunque están con miedo, ¡han aceptado!

Juvencio se entusiasmó.

—Muy bien. Los hombres nos encargaremos de cortar los palos. De buscar las piedras. De dirigir el trabajo.

Clotilde aseguró:

—Los monos, y cuantos animales los ayuden, harán el acarreo de los materiales. Y también clavarán las estacas. Asegurarán las piedras. Y juntarán la tierra de los cerros.

José Isabel se rascó la cabeza.

—Sólo me preocupan.

—¿Quiénes?

—Don Chalena y su gente. Tratarán de impedir el trabajo a toda costa.

Juvencio lo tranquilizó.

—Las cosas han cambiado, José Isabel. En primer lugar, ahora todos tienen agua.

— Así es. Y les alcanza hasta para después que pasen las lluvias.

—Claro. Han recogido algo. Y saben que el invierno va a seguir todavía.

—Asi es, doctorcito.

—Además, la principal arma de Chalena contra Santorontón era que toda el agua le pertenecía. Si el agua es de todos, ya no podrá amenazarlos. Les aseguro que si nos ayudan algunos, la mayoría no intervendrá. Dejará que se construya la ciénega, como ustedes la llaman.

Clotilde estuvo de acuerdo.

—Juvencio tiene razón, José Isabel,

¡Clotilde! Clotilde se ha curado completamente. Mirale los ojos. Ya sus pupilas no se dilatan. Está serena. Tranquila. Parece haber olvidado, como si no hubieran existido nunca, las ideas absurdas que la dominaban cuando la conociste. Vive en su casa. La casa que era de sus padres. Sola. Totalmente sola. O, para expresarlo justamente, sola con una perra "Vencedora". Es una perra blanca. Vieja. Huesuda. Toda ojos. Ojos de miel, un tanto tristes. Un día le pediste a Clotilde que se instalara en Santorontón. Ella sonrió. "No, Juvencio. Prefiero tenerte lejos." Te sobresaltaste un tanto. "¿Por qué?" Te miró, maliciosa. Con una especie de coquetería innata. "Porque cualquier día me vuelves a mandar a la ciudad." "¿No te gustó la ciudad?" "Sí. Pero quiero estar donde estoy." "¿No te da miedo?" "Miedo, ¿de qué? Estoy más protegida que nunca. Además de "Vencedora", tengo a mis otros amigos. Ellos me cuidan. Esos que no veo, aunque siento. Tal vez no quieren dejarse ver para no molestarme. Escucho sus gritos. Sus palmadas. Sus carreras. O sus vuelos, A veces, hasta me dejan al pie de la puerta algunos regalos. Especialmente cosas de comer." "Que así sea. Clotilde. Si tú crees que es lo mejor." ¡Clotilde! Cada día está más mujer. Más bien hecha. Noto que la persiguen las miradas de todos los hombres. Las mujeres, por su parte, han tenido que aceptarla. Desde que regresó, no se ha metido con nadie. Y si algún hombre le ha dicho algo, ¡lo ha parado en seco! Además, ya viene muy poco a Santorontón. Cuando viene, visita solamente a José Isabel y su familia. Y a mí. Estás pensando demasiado en Clotilde, Juvencio. Te está pasando lo mismo que te ocurrió con tu hermosa muerta de hace ya varios años. Pero ésa estaba muerta. Amarla. Desearla era dar vueltas boca abajo sobre tu dedo índice. Pe diste cuenta a tiempo. Por eso, un día le rogaste al Maestro: "Vea, doctor. Dele mi muerta a otro. Me está pasando algo extraño." El Galeno sonrió. "¿Acaso te estás enamorando de ella? No te preocupes. En ciertas ocasiones a algunos de nosotros nos ha pasado lo mismo. Es una confusión de sentimientos. Lo que debe ocurrirle a ciertos escultores. Que de tanto observar a sus estatuas, cuando las van haciendo. De tanto imaginarse cómo van a trabajarlas, les insuflan algo de sí mismos. De sus propias pasiones. Por reflejo reciben, a su vez, lo que entregaron a sus obras. Y amándolas, se aman. O aman su pasión creadora. O la insatisfacción de lo que no lograron en la vida cotidiana. Te lo repito. No te preocupes. Se la daré a alguno de tus compañeros." Cuando vio que le hicieron la primera incisión, se estremeció. Y cuando empezaron a destrozarla, estuvo a punto de lanzarse contra quien lo hacía. Se contuvo a duras penas. Salió de la Morgue. Loco. Corrió hasta el cercano cementerio. Un cementerio de bóvedas blancas y palmeras verdes. Verdes palmeras para abanicar el sueño post-mortem bajo el sol caliginoso. Alli arrancó a llorar. Desesperado. Tuvo la sensación, por un instante, de que quienes estaban bajo tierra. O en los mausoleos bruñidos. O yaciendo sobre las planchas del Anfiteatro Anatómico —especialmente su muerta— eran los verdaderos vivos. Los que va tenían una vida eterna, sin zigzag, hecha definitivamente. En cambio, los que se movían, pululando como vermes, para encontrar el destino de los otros y el propio destino, eran los auténticos difuntos.

Sa-u. Po-cug. Sapo-ucug. Sapo verde. Sapo negro. Sapo amarillo. Sapo hinchado. No sapo chico-jambatu. Sapo grande-ucug. Tirado en su hamaca. Sin Muda meciendo. Sin el Tolón venteando. Sapo sapcando. No jambatuando. Ucugando. No jambatu. Ucug. El sapo Chalena. Chalena no jambatu. Chaluna ucug. ¿Rurruillag Chalena? ¿Chalena capón? ¿Rurruillag Ucug? ¿Sapo grande capón? Chalena capón. Auto capón. Por hundirse en sí mismo. Por hundir dentro de él sus partes viriles. Por filo-auto-atrofiarse. Por minimizar todo aquello que le aminorase su sed de poder. Su hambre de plata. Aunque nadie —ni él mismo — supiera que es capón. ¡Ay la capadura! ¡Ay rurru surcushca chugri! Chalena hamaqueando. Sin Muda meciendo. El sapo ucugando. Sin Tolón venteando. ¡Ay la capadura! ¡Av rurru surcushca chugri!

— ¡Don Chalena! ¡Don Chalena!

Malhumorado.

—¡Ah, Salustiano! ¡Eres vos!

—Sí, don Chalena. Yo venía...

—¿A qué? Dilo, pronto.

—Este. Muchos santoronteños se están aconchabando con el doctor Balda.

— ¿Para qué?

—Para hacer una ciénega.

Se incorporó, furioso.

— ¡Carajo! ¡Ese doctor me tiene frito! ¿Y para qué quieren una ciénega?

—Para que usted ya no controle el agua. Con una ciénega todos tendrán agua hasta fines del verano.

Chalena volvió a acostarse.

— ¿Y cómo van a hacer la ciénega?

—Van a unir dos cerros.

—Esos cojudos están locos. Gastarán todo el verano y no terminarán de hacer la albarrada. ¡Y eso si trabajan todos los santoronteños!

—Han aconchabado a muchos, don Chalena.

—No te preocupes, Salustiano. ¡Eso todavía está por verse!

Se dio un poco de vuelo en la hamaca. Él mismo. Sin Muda meciendo. Sin Tolón venteando. Él. Ucug ucugando. Salustiano se alzó de hombros.

—Yo decía, no más, don Chalena. Pero...

—Continúa.

—Anoche los perros ladraron mucho hacia la montaña. Mc asomé, Parecia que los árboles se estuvieran moviendo. Sonaban mucho las hojas y las ramazones. Como cuando vienen, una detrás de otra, las ráfagas del sudeste.

Tornó a incorporarse. Sapo verde. Sapo amarillo. Sapo Negro.

—¿No fuiste a ver lo que pasaba?

—Si. Fuimos cesta mañana. Rugel Banchaca, yo y unos rurales.

—¿Y qué encontraron?

— ¡Nada! ¡Ni siquiera rastros! Sólo había unas cuantas ramas caídas.

—¡Ah, carajo! Esto comienza a no gustarme.

---¿No serán cosas de...?

—¿De quién?

—De El que Sabemos.

—No lo creo. Han de ser cosas de los monos.

—Puede ser. Como ellos no dejan rastro. Caminan siempre por arriba. Saltando de rama en rama.

—Cuando el incendio, ¡debimos acabar con todos!

—Asi hubiera sido... si no se entromete el Coronel Candelario Mariscal.

—De todos modos, hay que prepararse, Avisa a nuestra e que tenga listas las armas. ¡No fuera! ¡Que hicieran a ciénega en nuestras propias narices!

—Está bien, Don.

Salustiano partiendo. Chalena hamaqueando. Sin Muda meciendo. Sin Tolón venteando. Ucug ucugando. Capón caponeando. *Rurruillag rurruillagando.*

CAP. XXII

La noche anterior a la boda, Santorontón tenía su apariencia de siempre. Las luces guiñaban el ojo desde los faroles. Los perros estriaban el silencio con sus rúbricas desafinadas. Las gangosas garras del mar arañaban de blanco la arena. Sólo de tarde en tarde, la montaña dejaba oír la polifonía de sus millones de gargantas. Esto, claro, en la parte exterior de las casas. Por las calles ausentes de pisadas. Por el cinturón de bejucales que limitaba el pueblo. Por la playa desnuda. En cambio, dentro de la mayoría de las habitaciones, todo era diverso. Santorontón —curiosamente— hervía. Un movimiento inusitado torbellinaba a las mujeres. Iban de aquí para allá. De allá para acá, Apresuradas. Se vestían con una rapidez desconocida. No se preocupaban —¡inaudito! — de la ropa que usaban ni de su apariencia física. Lo que anhelaban era ganar tiempo. Lo extraño es que de este espectáculo no se libraban ni los mandamás. Ni siquiera la máxima autoridad policial del pueblo, Rugel Banchaca. Contemplaba, azonzado, los preparativos insólitos. Su mujer, hembra de pocas carnes, doña Prudencia —que de ordinario hacía honor al nombre— y su hija Petita —inocente y pura por falta de oportunidades— ni siquiera lo miraban. Como si no existiese. Todavía, más. No le habían dado ninguna información al respecto. Sintiéndose herido en su triple autoridad —de marido, de padre y de jefe de la Rural— no pudo contenerse. Con su voz de pavo asustado, gritó:

—¡Prudencia!

Ni el eco respondió a sus palabras. Se cerró la bragueta y se ciñó el pantalón. Cuando descansaba, siempre tenía abierta la una y desceñido el otro. Se puso en pie. Subió el tono de su voz.

—¡Prudencia!

Su mujer —arpón parado— sin dejar de moverse, respondió. ¿Puso miel u ortigas en su lengua?

—Dime, Rugelito.

—¿Qué les pasa a ustedes?

—Nada.

—Y entonces, ¿por qué es todo este ajetreo?

—Vamos a salir.

Lo cegaba la furia.

— ¿A dónde?

—No te lo puedo decir.

—¿Y para qué?

—Tampoco te lo puedo decir.

El Jefe de la Rural quedó pensativo unos momentos. Sospechaba que aquello se relacionaba con el matrimonio del Ahijado del Cura y la hija del Brujo. Pero, en definitiva, ¿de qué se trataba? ¿Por qué ese misterio? ¿Qué pretendían? ¿No sería algo descabellado, que pudiera traer consecuencias desagradables para todas las familias? En Santorontón se conocían muy bien los procedimientos del mentado Mariscal. Si se le oponían, cumpliría su amenaza. Si fuese necesario, hundiría al pueblo entero bajo tierra. Las mujeres no se daban cuenta exacta del peligro al que estaban exponiéndose. Sin duda, el Coronel no exceptuaría edad ni sexo. ¿Entonces? Lo mejor era frenarlas.

—Ustedes no van a ninguna parte.

—¿Quién nos lo va a impedir?

—Yo.

Doña Prudencia se detuvo un momento. Miró con fijeza al Jefe de la Rural.

—No me hagas reír, Rugelito.

Éste no quiso poner en juego su triple autoridad. Estaba seguro de que la última palabra la diría la Vieja. Se ablandó.

—Lo hago por su bien.

De todos modos, Ña Prudencia lo miró, con sorna.

—¿Vas a llamar a tus rurales para que nos detengan a la fuerza?

Él volvió a engallarse, aun sabiéndolo inútil.

—Me sobran pantalones para mandar en mi casa.

—¿Ah, sí? ¿No será que tienes miedo de que te pase algo?

—No me busques, Prudencia.

—Si, de verdad, fueses tan hombre; habrías impedido muchas cosas en el pueblo.

— ¿Lo dices por la boda del Coronel?

—Por eso. Y por todo lo demás.

Banchaca se rascó la oreja. Así lo hacía siempre que estaba en el colmo de la furia.

—Digas lo que digas, esta noche no te saldrás con la tuya. Así que ya pueden irse quitando esos trapos tú y Petita. De aquí no van a salir.

Su mujer se sentó cerca de él. Cambió de actitud. Se volvió más serena. Más comprensiva. Al mismo tiempo, más segura de sí misma. Fue, como siempre, más Prudencia. Al final, era así que derrotaba a su marido.

—Ve, Rugel. Es mejor que no te metas.

— ¿Por qué? —Todas —o casi todas— las mujeres de Santorontón estamos de acuerdo en lo que vamos a hacer.

— ¿Qué es lo que van a hacer?

—Te lo repito. No lo podemos decir.

—¿Acaso van a pedirle al Coronel que desista de la boda?

— ¿Qué quieres que te diga?

—¿Van a rogarle al Brujo que mande a su hija lo más lejos que pueda?

— ¿Por qué insistes?

—¿O le van a pedir al padre Cándido que impida el matrimonio?

—¿Para qué te cansas? Además, bien sabes que el Padre Cándido ya no es ni camarón ni jaiba en Santorontón.

—Entonces, ¿es al Padre Gaudencio a quien van a con- vencer de que no los case?

—No quieres entender. No puedo. ¡No debo decir nada! A Banchaca se alzó de hombros.

—Está bien. Está bien. Pero, te advierto que aunque todas las mujeres se hayan puesto de acuerdo, ¡estoy seguro que los hombres, no!

—Te equivocas, Rugelito. Nos apoya la mayoría de los hombres. Hasta tus propios rurales.

—¿Y Salustiano?

—También.

—¿Y don Chalena?

—También.

—¿Y Vigiliano?

—También. Y también el doctor Espurio. Y también casi todos los demás hombres. Sólo lo ignoran —lo ignoran todo y tal vez por eso no nos acompañan— quienes están del lado del Padre Cándido. Claro que los que nos apoyan, lo hacen porque sí. Tampoco saben exactamente de qué se trata.

Volvió a alzarse de hombros y a rascarse la oreja.

-—Allá ustedes, pues. ¡Váyanse! Eso sí, les advierto una vez más que están poniendo la nuca bajo los colmillos del tigre. ere se puso en pie ojos pulverizantes.

—Lo sabemos. Pero todo es preferible a que se burlen de nosotras.

La mujer expresaba lo justo. En la mayoría de las casas del pueblo, la escena había sido semejante. Sólo en la del doctor Espurio Carranza fue diferente. El Galeno había notado las idas y venidas de algunas mujeres a su hogar Había advertido, también, que su cónyuge se

estaba convirtiendo, de la noche a la mañana en algo así como un líder femenino de Santorontón. En un momento de descanso que ella tuvo, le preguntó:

—Bueno. ¿Y qué te tracs tú, Jovita?

—Nada. ¿Por qué?

—Tantas visitas no son por nada. Dime qué es lo que están planeando.

El rostro de alcachofa se contrajo.

—¿No lo sabes?

—No.

—¿Ni lo adivinas?

— Tampoco.

La inundó una rabiosa lástima.

—Eres un angelito, Espurio.

—Explicate.

—¿Crees que vamos a permitir que la hija del Brujo y el hijo de El que Sabemos profanen nuestra iglesia?

El pánico y el furor batieron la bilis al Médico-Enterrador. Rugió:

-—No te vas a meter en eso, Desgraciada. ¿Verdad?

—Ya estoy metida.

—Muy bien. Entonces empezaré a prepararte el ataúd y el hueco.

—Eso quisieras tú, Espurio. Pero, no se va a poder.

—¿Ah, no?

—No, Porque no soy ninguna boba. Aunque he puesto en movimiento al pueblo, ¡me quedaré en casita! ¡Haciéndote compañía!

Esto no tranquilizó al Médico.

—Bien sabes que con el Coronel no se juega.

—Lo sé. Por eso hemos preparado muy bien las cosas, para que todo resulte natural.

—Como quieras. Lo que es yo, en esto me lavo las manos. Como Pilatos,

—Tú eres el más afortunado. Espurio.

—¿Lo crees?

—En el peor de los casos, si todo fracasa. Si el Coronel interviene y mata a medio pueblo. ¿Quién sale ganando?

—No lo sé.

—Pues tú, Idiota. ¿No eres el dueño del cementerio? ¿No tienes el negocio de las Pompas Fúnebres? ¿Entonces? ¿Quién tendrá que enterrarlos a todos?

—Hombre. No estaría mal. Tienes razón.

Reaccionó. La sombra del Coronel pareció proyectarse en cuanto lo rodeaba. La miró fijamente.

—De todos modos, no me gusta. ¿Y si no quedo ni yo para contarlo? Es un negocio en que se juega la vida.

Jovita rió.

—No seas cobarde, Espurio. La única vida que se juega es la de los otros.

Cerró la cara. Continuó:

—De cualquier manera, no permitiré que ese Brujo Prieto y su familia —sobre todo su familia— nos pisoteen. Para impedirlo, yo sí me jugaré la propia vida, si es preciso.

Poco a poco fueron muriendo las últimas luces de Santorontón. Primero, cerraron sus párpados los candiles y las lámparas que iluminaban el interior de las casas. Después, callaron los faroles sus carcajadas de ámbar. Un batallón de tinieblas se adueñó de todas las cosas. Sólo en ese instante, como volutas blancas, empezaron a surgir las mujeres. Afluentes de ríos silenciosos, engrosaron la corriente humana rumbo al templo. Tocaron. No les abrieron. Insistieron. Filemón, malhumorado, preguntó:

—¿Qué desean?

Como Jovita no las acompañaba —pretextó dolor de cabeza, malestar general, cansancio, etcétera, etcétera—, Prudencia asumió el mando.

— Hablar con el Padre Gaudencio.

—Ya está acostado.

—Que se levante. ¡Es urgente!

— ¿Por qué no esperan hasta mañana?

—No podemos perder tiempo. ¡Apúrate!

—Pero...

—No hay pero que valga. ¿O quieres que nosotras mismas vayamos a buscarlo?

El tono de la mujer del Jefe de Policía Rural había asumido una autoridad inesperada. El Sacristán se inclinó.

—No. Eso, no, doña Prudencia. ¡Pasen! ¡Voy a llamar al señor Cura!

El aluvión de mujeres entró a la nave de la iglesia. Quedó esperando en silencio. Poco después, apareció el Sacerdote. Venía envuelto en una nube de ira. Hizo un esfuerzo. Se dominó. Ante él estaba la crema y nata femenina del pueblo.

—Buenas noches de Dios, Padre Gaudencio.

—Buenas y santas las tengan ustedes, hijas mías.

Encaró a la mujer del Jefe de la Rural.

—Doña Prudencia, ¿a qué se debe esta visita, en hora tan avanzada, a la casa del Señor?

—Discúlpenos, Padre Gaudencio. Queremos hacerle un ruego. Y es impostergable.

El Cura se sobó las manos.

—Ya saben que conmigo pueden contar. ¿De qué se trata?

Se hizo un gran silencio. Las mujeres ni se movieron. Con una voz un tanto emocionada, Prudencia expresó:

—Queremos que vaya a visitar a Bulu-Bulu. Al Brujo.

Como si no hubiera entendido, balbuceó:

—¿Que vaya a casa de... el dueño de Balumba?

—Sí. Padre.

Estalló. Sin poderse contener, perdió el control.

—¿Se han vuelto locas?

Reaccionó de inmediato. Tuvo una transición. Su voz tornó a ser meliflua, arpegiada, como siempre.

—¿Se dan cuenta de lo que me están pidiendo?

—Sí, Padre. ¡Tiene que impedir la boda de mañana!

—Eso... ¡Eso es imposible! En primer lugar, ya se lo prometí al Coronel.

—Sería un pecado, señor Cura. Más todavía, ¡un sacrilegio!

El Sacerdote no prestó atención. Continuó:

—Además, aunque no hubiera empeñado mi palabra de Siervo del Señor, ¡el Coronel me obligaría a hacerlo! Ustedes no lo conocen muy bien. Yo sí. Usa unas razones muy convincentes. ¡Nada puede oponérsele!

—A él, no. ¡Pero a Dominga, la hija del Brujo, sí!

—No entiendo bien. ¡Explíquense!

—Por eso, le rogamos que vaya a casa de Bulu-Bulu. Allí puede hablar con la Crisanta. Con la Dominga. O, si es preciso, con el propio Brujo. Tiene que convencerlos de la clase de hombre que es el Coronel. De los peligros que afrontará la chica si se casa con él. Que aunque les diera una bendición sería forzado por las amenazas de Candelario Mariscal. Amenazas contra usted y contra el pueblo. Que un matrimonio así no tendría valor. En fin, cuanto a usted se le ocurra.

—No creo que eso dé resultado.

—Por lo menos, tiene que intentarlo.

—Tal vez, no quieran ni recibirme.

—¿A usted? Lo recibirán con los brazos abiertos, Padre.

El sacerdote hizo una panorámica por el amplio grupo de mujeres. ¿Podría negarse a ese deseo de ellas, justo o no? Eran su fuerza principal en el pueblo. Si se le ponían en contra, su misión sería difícil. Talvez, imposible. Quizá, no tornaría a pronunciar un sermón, Ni a oficiar una misa. Ni a practicar otros oficios religiosos. De menor cuantía. O de cuantía indeterminada. Tenía que aceptar. No le quedaba otro camino. *Ad majorem Dei Gloriam*, En último caso aduciría que lo obligaron. Todas las mujeres del pueblo le hicieron presión. Lo obligaron. ¿Y si el Coronel no lo creía? ¿Si lo vejaba como lo había hecho antes? Todavía sus pies parecian arbustos. *Ad majorem Dei Gloriam*. No. Lo probable es que el Coronel actuara en otra forma. Ahora, sería distinto. Las mujeres de Santorontón lo respaldaban. Las mujeres. Ántes de matarlo a él. Las mujeres. O de herirlo gravemente. Las mujeres. O de pisotearlo en su dignidad. Las mujeres. Estabababá Segurororó. ¿Le iban a castañetear los dientes? ¿Tenía miedo? Muchísimo miedo. Las mujeres. ¿Qué podía él contra las mulasjelasres? Mumumú jejeje resresrés. “Domínate, Gaudencio”. Por otra parte, ¿podría convencer a BuluBulu y su familia? Tal vez, sí. Especialmente a Ña Crisanta. Aglutinaría razones. Razones. Amenazas veladas. Veladas. También él estaba de acuerdo en que esa boda no debía realizarse. Haría lo posible porque no la hubiese. Esgrimiría lo dicho por Ña

Prudencia. Y agregaría cosillas de su propio gaznate. De su propia molienda. *Stultorum infinitus est numerus*. De indole religiosa. Claro. Muy ciertas y justas por otra parte. No había habido ninguna preparación. No se habían corrido amonestaciones. Todo era precipitado. Pasando por encima de los preceptos del Dogma. ¿Podía ser válido un matrimonio de esa laya? Y si lo fuera para los hombres, ¿con el beneplácito divino? Zurcidos sus escrúpulos, se decidió. Era evidente. No podía negarse. El pedido de las damas era de lo más adecuado y oportuno. ¿Damas? Este calificativo lo hizo reír por dentro. Recordó en chispazo que él era un cura atlántico. Atlántico. De allende el mar. Mujeres. Mujeres de Santorontón. Atlántico. Sólo por un absurdo del destino estaba allí. Añoraba otro mundo distante. Más cónsono con su formación y sus propósitos. ¿Volvería allá, alguna vez? ¿No quedaría allí santorontoniano para siempre? Atlántico.

Musitó:

—Está bien. Acepto. Y lo hago sólo por quienes me lo piden. Quizá Dios esté hablando por boca de ustedes.

El coro femenino se hinchó nido de chontas. Vibró campana de músculos. Los colmillos verdes rechinaron en su acento.

—Gracias.

—Muchas gracias, Padre Gaudencio:

—Muchas gracias.

Ña Prudencia conminó:

—Eso sí. Tiene que ser ya mismo, señor Cura. Los minutos son preciosos. Después, sería tarde

El joven clérigo infló sus mofletes. Insistió en su criterio. Esta vez, ungido. Sacro. -

—¡En seguida! Vox populi vox Der!

Y, para su coleto —pensando en las mujeres de Santorontón y en el Brujo y su familia—, *Stultorum infinitus est numerus.*

CAP. XXIII

Tendido allí. Herido allí. Sufriendo allí. Allí. Mirándola. Los ojos grandes. Muy grandes. Todo vuelto ojos. Febriles. Asombrados. Siguiéndola miradas de lazo. Envolviéndola. Atravéndola. Pupilas murallas. Pupilas cadenas. ¿Dónde ir? ¿Dónde escaparse? ¿Dónde buscar refugio? Atada. De pies v manos. De alma. Atada a unos ojos. En el suelo. En el aire. En él. Atada. “Clotilde. Clotilde.” ¿Le hablaba? Sin palabras. Sin mover los labios. Con los ojos. Atada. Con miedo. Con recelo. Con angustia.

—Clotilde.

—Dí.

—¿Estás aquí?

—Sí. Aquí.

— ¡Acércate!

—Estoy cerca.

—Más cerca.

—No se puede estar más cerca,

No se puede estar más cerca. Más cerca del tigre. Corro. Y él detrás de mí. No viene a comerme. No tiene hambre de mí. ¿Entonces? Tiene otra clase de hambre. Corro. Y él detrás de mí. A ver si no me alcanza. Á ver si puedo subirme a los árboles. O enredarme a los bejucos y las ramazones. Soy chica. Soy débil. Tengo miedo. El Hijo de El que Sabemos mató a mis Viejos. Se me trepó encima porque no encontró a la Chepa. Ahora, el tigre también quiere trepárseme. Corro. Y él detrás de mí. Sus ojos me dan sueño. Voy a acostarme. Quedaré inmóvil. Como muerta. Él se acercará. Lanzará un bramido de desafío. Lucharán dentro de él las dos hambres. Vencerá el hambre de celo. Me bailará el torbellino de fuego y ébano. Después, me clavará las garras y los dientes. Cien cuchillos blancos harán surcos en mi piel. ¿O respetará más que la comida-hembra la hembra-hembra? Me dormiré. Voy a dormirme. Me duermo. Me estoy durmiendo. Ya estoy dormida. El tigre baila. El tigre baila sobre mí, Sus barbas me hacen cosquillas en el cuello. Sus ojos taladran los míos. Su cara enorme crece en mi retina. Brama y ríe. Y baila. Baila sobre mí su baile bestial. “¡Clotilde!'” ¿Lo estoy soñando? ¿Lo he soñado? “¡Clotilde! ¡Clotilde!” ¿Lo habré vivido? ¿Es un recuerdo? “¡Clotilde! ¡Clotilde! ¡Clotilde!”

—¡Clotilde!

—Dí, Juvencio.

—Tengo sed.

Le pasó el brazo bajo el cuello. Le levantó la cabeza. Lo apretó, suavemente, contra su seno. ¡Pobrecito! Tendido alí. Herido allí. Sufriendo allí. Por un momento, olviló cuanto la rodeaba. La emoción le arboreceó la garganta.

—Bebe.

El bebió mirándola. Los ojos. Los grandes ojos sedientos. ¡Si ella pudiese volverse agua para calmar la sed de esos ojos!

—Gracias, Clotilde. Muchas gracias.

Sonrió. Sonrió toda. Toda vuelta labios.

—Trata de dormir.

—No te vayas, Clotilde.

—No me voy.

No me voy. Ya no puedo irme. Es demasiado tarde. Aquí estoy esperando que el tigre me desgarre. ¿Qué puede importarme? AS que el Hijo de El que Sabemos me hizo lo que me hizo, todo me da igual. ¿Me ha desgarrado el tigre? ¿Me falta algo? ¿Estoy completa? Detrás del tigre viene el caimán. ¿O será nuevamente el Hijo de El que Sabemos? ¿No dicen que él siempre toma forma de caimán? ¿O será un caimán caimán y no un hombre caimán? Éste sí viene a comerme. Oigo el chasquido de sus dos mandíbulas colmillos resonantes. Veo sus dos ojos menudos persiguiéndome. ¿Para qué moverme? ¿Para qué correr? ¿Para qué intentar resistir? Todo será inútil. Pronto vibraré entre sus fauces bola humeante de carnes retorcidas y trituradas. ¿O también vendrá a montarme? ¿Sólo a montarme? Si me salvo de él, ¿no me perseguirán los Tin-Tines? ¿No me asaltarán, en sartas, los Tin-Tines? Y si me salvo de los Tin-Tines, ¿dejarán de llegar los árboles? También ellos querrán clavar sus raíces en mí. Crecer en mí. Gozar en mí. Vivir en mí. Sacudir sus cabelleras verdes mientras danzan en mí. Sólo soy tierra. Un pedazo de tierra. En la tierra. Todos clavarán sus pezuñas en mi vientre. Entre mis muslos. ¿Las clavarán? ¿Las clavan? ¿Las han clavado? ¿Las están clavando? “Clotilde.” Tengo lluvia de sal en los ojos. Hormigueo de quin-quines en la lengua. “Clotilde. Clotilde.” Me zurcen los oídos con agujas vegetales. Tierra. Eso es lo que soy. Mc zurcen con hilos de savia. Tierra. Donde todos han ido. Han venido. O se han quedado. Tierra. Tierra.

— ¡Clotilde!

—Di, Juvencio.

—Gracias, otra vez.

— ¿Por qué?

—Por salvarme.

—No entiendo.

—Si no hubieras llamado al Padre Cándido, yo no viviría.

—Te hubieran salvado los monos. Hubieran matado a Chalena y a los suyos.

—¿Qué pueden los monos contra la gente?

—¡Quién sabe! Acaso cualquier noche habrían venido a Santorontón. Sc habrian apoderado del pueblo. Y no hubieran dejado ningún cristiano con cabeza.

—¿Tú crees?

—Y no sólo los monos. También otros animales. Los monos tienen muchos aliados en la montaña.

—Sí. Eso sí.

—Ante el peligro. O cuando quieren algo, se unen todos. Amigos y enemigos.

Se unen todos. Amigos y enemigos. Si no fuera por los monos, ella no contaría el cuento. Era lo único que le venía, ráfaga de imágenes, de cuando en cuando. Los monos la salvaron. De eso casi estaba segura. Los monos. ¿Impidieron que la montara el tigre? ¿Se la arrebataron al caimán? ¿La defendieron de los Tin-Tines? ¿La protegieron de las serpientes? ¿La amurallaron con sus cuerpos, contra los demás animales del monte? ¿La taparon contra los propios árboles? ¿La llevaron hasta la cueva, donde —en esas ráfagas de memoria— ella los veía? Casi segura. No segura del todo. ¿La salvaron? ¿Qué pasó aquel tiempo todo noche? O casi noche. ¿Transcurrieron semanas, meses? ¿Estuvo totalmente sola en la selva? ¿O durante ese tiempo —tiempo elástico— la cuidaron lo monos? ¿O no la cuidó nadie y hasta los monos sólo estaban en su noche? Noche de muchas noches. Noche de muchos días y muchas noches. La madrugada de esas noches, ¿había sido cuando la encontró Bulu-Bulu? La luz, ¿había empezado a penetrarla en la Ciudad Verde? La presencia de Juvencio, ¿había sido la verdadera luz? Desde su llegada a Balumba podía tener noticias. Había tenido noticias. Algo le habían contado —a fuerza de preguntas— algunas de las mujeres. Especialmente, Maclovia, la mujer de José Isabel Lindajón. Sobre todo, que quería castrar a los hombres. A todos los hombres. Aunque tuviera que entregarse primero a ellos. Después, castrarlos. Para salvar a las mujeres. Sólo así no tendrían con qué hacerles daño. Le habían explicado, después, que no pasaba nada. Ella tomaba por testículos lo que sólo eran piñuelas. Lo proponía a todos. Eso sí. Uno a quien se lo había propuesto era al propio doctor Balda. Se había metido, desnuda, a la cama de él. Claro que sin consecuencias. Lo de la castración era, pues, mentira. ¿Y lo otro? ¿Lo que había pasado en la montaña? ¿Aquello de que no tenía ni noticia? Por eso, es mejor que me vaya. Mejor que te deje, Juvencio. Te hago daño. Hago daño a cuantos me acerco. Debo dejarte ahora. Estás mejor. Tienes quien te cuide. El Padre Cándido es bueno. Y Cristo también te defiende. Nuestro Cristo. Ya no tengo nada que hacer aquí. Mejor que me vaya. No sea que me vuelva la noche. Una inundación de noche. Y lo que piense y haga sea telaraña de noches. Es mejor que me vaya, Juvencio.

—Clotilde.

— ¿Qué?

— ¿Dónde vas?

—Á tomar agua.

—No te tardes.

— ¿Quieres algo?

—Sólo que estés cerca.

Juvencio medio entrecerró los ojos. Ella aprovechó. No para ir hacia adentro. Hacia la cocina. Por el contrario, se encaminó a la puerta que daba al mar. A la orilla del mar. Anduvo de puntillas. Para que no la oyeran. Que él, sobre todo, no la oyera. El Nazareno la siguió con la mirada. Una leve sonrisa de bondadosa burla plegó sus labios. Le avisó a su cuate:

—La paloma quiere volar, Cándido.

—¿Qué, qué?

—Clotilde está huyendo.

El Cura, que estaba repasando sus oraciones para que no se le olvidaran, la alcanzó. Ella trasponía el umbral en ese instante.

—¿Buscabas algo?

—No, padre.

—¿Y entonces? ¿Dónde ibas?

—Á lavar. A lavar una ropita.

—Ya veo. Pero, te olvidaste.

—¿De qué?

—De la ropa.

— Voy por ella.

Dio media vuelta con los ojos bajos. No tuvo tiempo de alejarse.

—Espera, Clotilde.

—Mande, Padre.

—En primer lugar, no salgas sola. Sin avisarnos. Los cien ojos de Chalena están acechando. Por todas partes.

—Los monos nos cuidan.

—Nadie. Ni los monos, pueden detener una bala per- dida. O el vuelo de un arpón. Ya viste lo que le pasó al cojo Timoteo Ruales.

—Cierto, Padre.

—Capaz de que, después, también le echarían la culpa al doctor Balda.

—No lo había pensado.

Hubo una breve pausa.

—En segundo lugar, no debes mentirme.

—No le miento, Padre Cándido.

—Entonces, ¿por qué no me dices... que ibas huyendo?

—Es que...

—¿No huías?

—Usted sabe que yo...

— ¿No huías? Contéstame. ¿No estabas huyendo?

Levantó los ojos. Lo miró. Fijamente.

—-Sí, Padre.

—¿Y por qué?

—Es lo mejor para todos.

-—¿Quiénes, todos?

—El Cristo, Usted, Juvencio.

—No veo la razón.

—Ustedes ya tienen demasiado con sus cosas. No hago más que aumentárselas.

—Contigo o sin ti, continuarán los problemas. Además, el doctor te necesita. Hay que cuidarlo. que darle sus medicinas. Que hacerle curaciones. No puedo estar siempre a su lado. Aunque quisiera. Debo salir a cumplir con mis fieles. Ya me quedan pocos. Por lo mismo, me necesitan más que nunca. No puedo abandonarlos.

Sí. Es cierto. Cuanto dice el Padre Cándido es cierto. No debo irme. No debo dejar a Juvencio. Tengo que atenderlo en todo. Como está, no puede valerse por sí mismo. Hay que curarlo. Ayudarlo en sus necesidades. Aun en sus mínimas necesidades. Es cierto. Todo es cierto. Pero, ¿y si no puedo contenerme? ¿Si esto que me hierve dentro jaiba de fuego arañándome toda se me sale? ¿Si un día lo aprieto contra mi pecho? ¿Si lo empiezo acariciar? ¿Si lo cubro de besos? ¿Si le digo “mi Juvencio, mi hijito lindo”? ¿Si le digo que no puedo estar sin él? ¿Que soy de él, en él, para él? Necesito morirme. Ir tras la muerte. Hundirme en la muerte. Caminar en mí hacia la muerte. La muerte puede salvarme. Sin él, vivir es morir muriendo sin acabar de morir. Morir muriendo muertes vivas. Morir muerta viva. Muerta moribunda de esos días semanas meses que morí viviendo en la caverna. ¿O no fue en la caverna? ¿O bailé brasa viva bajo los ojos verdes de los árboles? ¿O viví entre los colmillos del tigre? ¿O me dormí muriendo entre las fauces del caimán? ¿O me enterraron los monos y después me desenterraron? ¿Me condujeron más tarde, donde Bulu-Bulu, para que me reviviera? ¿O estoy muerta? Sigo muerta. Lo que hoy existe para mí no existe. ¿He inventado a Juvencio? No sé qué hacer. No sé nada. ¿Dónde ir? ¿Dónde hundirme para recuperarme? Sólo en la muerte. La buscaré dentro del mar resonante ataúd líquido. O iré a la montaña, ¿Llamaré a los tiburones o a las víboras? ¿Me tenderá en la tierra —tierra yo misma— para que crezcan en mí los espineros? ¿Iré desangrándome en ella reintegrándome hasta el fin? Morir. Morir muriendo. Es lo que puede salvarme. Lo único. ¿Qué hacer, Padre Cándido? ¿Qué hacer?

—Yo me quedaría. Por mí, me quedaría. ¿Cómo no iba a quedarme? No puedo. ¿No ve que no puedo?

—¿Por qué?

—Tengo as cuidar mis cosas. Mi perra, Vencedora. Está solita. Y la chacra. Las siembras. ¿De qué voy a vivir después? Debo trabajar. No tengo a nadie que me ayude. Soy sola en el mundo.

—¡Ah! Por eso...

—¿Por qué otra cosa iba a ser? Hay que sembrar algo. No para vender. ¿Quién me va a comprar nada? Sólo para mí. No se puede vivir únicamente de pescado. Y a veces los pescados no pican. Se ponen huyilones. Además, la casa se está cayendo. Debe estar toda

destrozada. Casi no he tenido tiempo de arreglarla. Y mi perra. Pobrecita. ¡Cómo la estará pasando!

—Sí. Claro que sí.

—Usted tiene que explicárselo a Juvencio. El doctor Balda entenderá. Tiene que entender.

—Así es. El tiene que entender.

La miró. Como si quisiera atravesarla con los ojos. Agregó:

—Todos tenemos que entender.

—Entonces... ¿puedo irme?

—Puedes. ¿Por qué no?

Corriendo —como para que ninguno de los dos se arrepintiera— se encaminó a la orilla. De un salto, mientras la desvaraba, cayó en la canoa. Cogió su canalete y empezó a bogar. Bogaba como si en ello le fuera todo. Cándido la miró, hasta que sólo fue un punto empequeñeciéndose en el mar. Después, se volvió a su amigo.

—Tenías razón. La paloma quería volar.

—¿La dejaste ir?

—Tenía que irse. Va a cuidar sus siembras, su casa, su perra. Además, piensa que su presencia nos puede complicar más las cosas,

Jesús movió la cabeza de un lado para otro, como pensando: “no tiene remedio”,

—¡Ay, Cándido! ¡Qué idem eres!

El rostro del Cura se agrió.

—¿Por qué?

— ¿De verdad, no te das cuenta?

—¿De qué?

—De que todo es mentira.

—No entiendo.

—Clotilde no va huyendo porque tema hacernos daño. Ni porque quiera Cuidar lo suyo.

—¿Y entonces?

—Clotilde va huyendo del amor.

El viejo Cura se rascó la oreja.

—Hombre. Creo que tienes razón. ¡Qué burro soy!

Hizo una pausa. Agregó:

—¿Y si voy a buscarla?

—Sería inútil. Lo más difícil para ella era arrancarse de aquí. Ahora es tarde.

En ese momento, se oyó clara, precisa, la voz de Juvencio:

—¡Clotilde! ¡Clotilde!

El Cura miró, desolado, al Cristo:

—Entonces, ¿qué hacemos?

El Coronado de Espinas lo observó, irónico. Una leve sonrisa burlona plegó sus labios:

—A mí no me metas. ¡A ver qué haces tú! ¡Quiero oír lo que le vas a decir al doctor!

—¿Por qué no me ayudas? ¿No somos tan buenos camaradas?

—Ya estoy cansado de ayudarte.

El Cura se amoscó.

—¿Y no eres tan milagroso? ¿No multiplicaste por tanto el pan y el vino en las Bodas de Canaán?

—Sí. ¿Y qué?

—-¿Por qué no multiplicas por dos a Clotilde? Así, mientras la una se va a su casa, la otra se queda, acompañándonos. ¡Mejor dicho, acompañando al doctor!

—¡Tú quieres arreglarlo todo con milagros! ¡Como si fuera tan fácil! Esos tiempos se acabaron.

Su compañero lo miró con reproche.

—¡No me digas!

La voz del doctor cobró más fuerza:

— ¡Clotilde! ¡Clotilde!

Cándido, como si fuera él a quien llamase, respondió a su propio asombro, se le había aflautado un tanto la voz.

—¡Voy! ¡Voy!

Clotilde desmelenada ceñidas las ropas desgarradas a su cuerpo. Bogaba. Vértigo de remos aguas cielo viento. Canalete prolongación de sí misma sus manos sus ojos su amor su ansia de fuga. Vértigo. Hundimiento en su cuerpo y en la canoa clavada en el espacio. Canoa arpón canoa sed de agua canoa corazón lanzado a la distancia. Vértigo. Zumbido de palabras de caricias de hundimientos. Bogaba vértigo. ¿Hacia dónde? ¿Hacia la fuga? ¿Hacia el olvido y el silencio? Las zarpas de la noche noche noche. Noche dentro de ella. Desgarrándola vestida de tinieblas. Mejor morir. Morir en zarpas de alas muertas de ébano nocturno. Morir. Allí. Vértigo. Noche. Muerte.

Se arrojó en el mar. Las manos verdes oscuras claras blancas la subieron. La devolvieron. La lanzaron, otra vez, a la canoa. Tomó el canalete. Dio con él en su cabeza. Flor de viento. Vara de pétalos torcidos. Enhebrados. Víbora rosada. Golpe de humo. El canalete ni pareció tocarla. ¿No podía morir? ¿Tenía que seguir muriendo viva, día a día? ¿O viviendo muerta

noche a noche? ¿O era que los monos la envolvían en cortinas de luces, en palos de balsa hechos de risa? ¿Era que ellos la cuidaban para si? ¿Era que aún podía hacerles bien y no querían perderla?

Entonces, por lo menos, huir. Entre dos aguas alga erecta, a bogar con furia. Clavó largo machete de carey en el vientre verde blanco de la risa marina. Otra vez, regresó al mundo de los dientes careados y las tortugas taciturnas. Con más furia. Como si abriese fosas movedizas en el agua para enaguar sus últimos esfuerzos. Debería seguir viviendo muerta. O muriendo viva. Cada canaletazo lo sentía hundiéndose en su sangre empujando la corriente roja dentro de sus venas dilatadas, Como si viajara hacia su propia conciencia. ¿Estoy bogando hacia atrás? ¿Mc cambiado el rumbo? ¿Hay algo superior a mi horizonte que me lleva en contra de la propia proa? Arriba del agua ya no estaban olas solamente. Los garabatos de espuma empezaban a poner su rúbrica en las playas. ¿Dónde iba? ¿Estaba regresando? Sí. ¡Estaba regresando! Ya surgía la casa del Padre Cándido, del Cristo quemado y, provisionalmente, de Juvencio. ¿Qué podía hacer? Convertir su propio corazón en tumba.

Cuando la canoa empezó a besar la orilla, la sacudió el grito angustioso:

—¡Clotilde! ¡Clotilde!

Incendiada —otra vez incendiada de vida— respondió:

— ¡Voy, Juvencio! ¡Voy!

CAP. XXIV

Bulu-Bulu Tigre en lo alto de un árbol. El árbol más alto. Bulu-Bulu injerto coral en la noche. El Tigre fumando. Bulu-Bulu fumando. Orquestas de humo vistiendo las hojas. Fantasmas de humo viajando en el aire. Bulu-Bulu Tigre agitándose. Desprendiéndose. Dividiéndose. Bulu-Bulu Tigre uno y muchos. Remolino de BuluBulu Tigres. Tigre Bulu-Bulus. El Brujo en fragmentos. Bulu-Bulu brazos. Bulu-Bulu piernas. Bulu-Bulu rabo. Cabezas con ojos de

fuego. Cue brazos piernas orejas y rabo. De ébano y llama. Bulu-Tigre-Bulu. Tigre-Bulu-Tise Volando O del Brujo gritando: “Hay boda en Balumba.” “La hija del Brujo se casa en Balumba.” “Bulu-Bulu llama a los Brujos a verlo en Balumba.” “BuluBulu casa a su hija Dominga en Balumba.”

Al norte y al sur. Al oeste-y al este. Siguieron volando pedazos del Brujo-Entigrado. Del Tigre-Embrujado. Sobre todo, hacia el norte. Allá donde ríos enhebran listones de espuma rugiente. De lo alto del cielo hasta el mar. Fueron dando sembrando la fresca noticia: “Hay boda en Balumba”. Los Brujos distantes —de sierra y de costa, de cerca del cielo y de orillas del mar— la fueron captando. Disgregando. Propalando: “Cara 'e Mico casa a su hija en Balumba.” “¡Vamos a la boda!” “¡Vamos a Balumba!” Bálumba-Balumba Balumba-Balumbá. Algunos ya dormían su sueño de muerte dentro de la tierra. Diez generaciones. Sin embargo, oyeron la voz taladrante: “¡Caso a mi hija Dominga en Balumba!” Bálumba-Balumba Balumba-Balumbá. Despertaron del sueño de muerte. Vistieron de carne sus huesos, Estriaron el suelo. Asomaron sus rostros abuelos. Su aspecto de siglos. Y emprendieron en rutas del viento su viaje a Balumba. Por los cuatro caminos. Por los cuatro horizontes. Por los cuatro brazos de la cruz flotante. “¡Vamos a Balumba!” Sin tocar los árboles. “¡Vamos a Balumba!” Sin besar las sombras. “¡Vamos a Balumba!” Bálumba-Balumba Balumba-Balumbá.

Cuando sintió que había avisado a todos los suyos, Bulu-Bulu-Tigre se fue reintegrando. Rehaciendo. Los pedazos del cuerpo volvieron a soldársele. Se marchó su cola. Se marcharon, también, los moteados rojinegros de su piel. Su enorme cabeza. Sus bigotes felinos. Quedó solo el tabaco encendido. El vestido de redes de humo. El Brujo Bulu-Bulu. El sin par Cara 'e Mico. Que parecía tatuado de eterna sonrisa. Que doblaba su lomo ante todos. Bálumba-Balumba Balumba-Balumbá.

Antes, no era así. Ántes —cese antes canoso cuatricentenario— él llegó en un barco negrero. De cuadernas y tablas en muecas sonoras. Negrero. De velas y mástiles con saliva de océano. De casco ataviado con nácar vivo de bivalvas. Bulu-Bulu entre esclavos —príncipes, guerreros, vírgenes, artistas, artesanos, brujos— con cadena al cuello. Entre muchos esclavos, La mitad la devoró la distancia. La otra mitad, ¿estaba viva? Negrero. Bamboleo de las velas, Carcajadas del viento. Dentelladas del sol abrasante. Las tripas resecas de hambre y de sed. Los cuerpos vestidos con huellas de látigo. Negrero. Empujados. Hundidos. Descendidos. Catarata de sangre y de lágrimas. Negrero. ¿Cuántos soles y lunas, hacinados, prensados, muriendo en la cárcel flotante de noches inmóviles? ¿Cuántas veces siete? Con el aro de hierro en el cuello. Unidos por hondas cadenas de hierro y angustia. ¿Cuántos soles y soles? ¿Cuántas lumas y lunas?

Un día sintieron un mínimo ruido. Miraron. Una espada verde sonriendo en el vientre del barco. ¡Qué maravilloso! ¡Espada esmeralda! Iban a acercarse. Cuanto permitían todas las cadenas colgadas del cuello y los ojos. Resultó imposible. Una nueva espada asomó por el vientre del barco. ¡Y siete! ¡Y catorce! ¡Y veintiocho! ¡Y septenas de veces siete, siete, siete! Todas puntiagudas. Todas esmeraldas. Los esclavos quedaron absortos, inmóviles. - Sin poder hablar. Sin poder reír. Lo mismo que estatuas de chonta o de ébano. Tan sólo siguieron mirando con ojos atónitos. De improviso, las joyas se fueron dentando. Dientes también verdes. Y después agitáronse. Fueron y tornaron. Salieron y entraron. Aserraron las tablas del casco del barco. Abrieron enormes horámenes. Por ellos, el agua clavó sus millones de garfios de espuma. Las espadas nadaron adentro del barco. Se vio que eran peces. Catanudos ágiles de estampa color de esperanza. Los esclavos temblaron de miedo. Los esclavos —Bulu-Bulu, el primer Bulu-Bulu, y el último, y el mismo de siempre entre ellos

— pensaron llegada su última hora. El barco temblaba. El barco se hundía. Temblaba y se hundía, Todos los esclavos —príncipes, guerreros, vírgenes, artistas, artesanos, brujos— pidieron ayuda a sus dioses. Cadenas al cuello. Hundidos en aguas rugientes. Trataron de elevar canciones. De exhibir acrobáticas danzas rituales. No tuvieron tiempo. Los peces rodeáronlos. Usaron los dientes menudos. Serraron las duras cadenas. Los esclavos pudieron, de nuevo, moverse. Sintiéndose libres, intentaron subir a cubierta. A enfrentar a los torvos verdugos de días y noches sin fin. No pudieron hacerlo. Los peces abrieron sus piernas. Metiéronse en medio de ellas. Y, al igual que caballos marinos, los hicieron surcar el océano. ¿Nadaban? ¿Volaban? Carabela cárcel fue quedando atrás. Carabela de blancos barbados a bordo. Fue quedando atrás. De barbados blancos color de marfil, Color de colmillos de morsas vetustas. De blancos vestidos de hierro —corazón asimismo de hierro —. Á veces, tornados bicéfalos monstruos octópodos. Fue quedando atrás. De blancos que guardaban en tubos metálicos el fuego y la voz del relámpago. Sembradores de muerte y angustia. Negociantes de cuerpos y de almas. Fue quedando atrás. Las velas enhiestas. Los cabos vestidos de luto. Los remos exánimes. Sin fiebres de Evangelio u oro. Sumergiéndose. Bamboleándose. En las glaucas hamacas salobres. Cuando vieron la anfibia procesión de esclavos llegando a la orilla, gritaron rabiosos. Temblor. Desconcierto rondó sus sentidos. Empuñaron instrumentos de pánico. Vomitaron terror homicida por las bocas del hierro gangoso. Se crecieron. Hoscos. Irreales. Absurdos. Fogonazos tejieron sus barbas. Estriaron de luces sus lívidos rostros. Sus ropas metálicas. Parecian levantarse. En la pro Se estaban levantando en la popa. La carabela se hundía por la proa. En guinguilingongo. El castillo de popa ascendiendo. Los hombres barbados oblicuos. Disparando. Algunos al ver alejarse a los negros esclavos lanzáronse al agua. Nadaron ansiosos, Con furia. Vibrando estertores agónicos. En - cambio, los otros siguieron clavados al piso del barco. A la mecha y la pólvora. A cañones. Lombardas. Y versos. Guinguingui-guinguín. Guinguín-guilingongo. Los blancos barbados ya casi en la línea del gris horizonte. Sin soltar las armas. Sin soltar el piso de la carabela. La proa inclinándose. La proa atrayéndolos. La proa descendiendo. La proa sumergiéndose. En rebaños sin fin de camellos de espuma. Después, todo rápido. Como si alguien —de arriba— estuviera empujando la nave hacia el fondo.

En Balumba, otra vez. —¿Cuántos? ¿Cuántos años tenía en Balumba? Mejor dicho, quizá, ¿cuántos siglos?— En aquel entonces, al llegar a la tierra esmeralda, identificaron, primero los árboles. Supieron, muy pronto, los que eran amigos. Y también, claro está, los que no. Cuáles flores, raíces y frutos podían ayudarlos. Los mismos, o iguales, a cuantos dejaron, en lejanas orillas opuestas del mar. Fueron, de nuevo, lo que fueron antaño. Revivieron sus viejas costumbres. Sus artes, leyendas y mitos. Sus tatuajes y máscaras. Sus danzas. Sus cantos. Sus múltiples secretos en todos los órdenes. Fue un pedazo del mundo pretérito incrustado en el mundo futuro, Los negros que en otras regiones cercanas seguían esclavos fueron integrándose al Reino Esmeralda. Los que iban huyendo. Los que eran castrados por haber huído. Los que simplemente, oyeron del sitio donde aún se era libre. Todos. Todos. Todós se fueron fundiendo —con sangre y con sueños— en el pueblo del Reino Esperanza. Los blancos barbados, en cambio, nunca se acercaron. No podían hacerlo. Aunque persiguieran a algún fugitivo —negro fugitivo, fugitivo eunuco—. Las verdes murallas manteníanlos marginales. Los nativos, en cambio, también empezaron a unirse a los recién llegados. Les dieron ayuda para que supieran cientos de secretos de la nueva tierra. Que domesticaran animales útiles. Y que cultivaran las plantas que curan. Las plantas que

matan. También les mostraron sus mejores armas. Y sus instrumentos de música. Fabricados con hojas o maderas elásticas.

Un día ocurrió lo imprevisto, Pareció trepidar la montaña. El mar se empinó hacia la orilla, Fue roto por mástiles. Por velas. Por vergas y jarcias. ¿Sería la carabela que los trajo desde África? ¿Sería la carabela que vieron hundirse? ¿Que creyeron por siempre dormida en el fondo del mar? Sí. La carabela, Sí. “Su” carabela. El barco despierto venía tocando la tierra. Cuando menos pensaron, estuvo varado ballena gigante de viejas maderas llorosas. Intacto. Sus castillos de popa y ventanas. Sus costillas cuadernas clavadas al casco. Aún los tensos cordajes templaba el bauprés. Aún cubierta, trancaniles y puente estaban enteros. En las velas unos cuantos crustáceos escribían en las nubes palabras anfibias. Los ex-esclavos temerosos dejaron la selva. Blanquearon la orilla con sus ojos y dientes atónitos. Se acercaron. Las espumas bajaban escaleras de olas. La carabela —-“su'” carabela— simulaba seguir caminando. Hacia adentro. Hacia la orilla. Hacia la tierra firme. Sólo allí pareció detenerse. Los negros subieron a bordo. La esperanza rondó sus sentidos. Se diría que el barco no estuvo jamás en los fondos marinos. ¿Ni siquiera se habría sumergido? Cuanto en ella encontraron, estaba perfecto. Como era ocasión memorable, eligieron un Rey.

El Rey ordenó, de inmediato, incrustarla en la selva. En el centro del sitio en que estaban las chozas. Obedecieron. La descargaron. Le quitaron los torvos cañones. Los clavaron, de boca hacia arriba, como enormes estatuas. Y esos fueron los primeros monumentos del reino flamante. Aunque sabían que en su entraña florecían el trueno y £l relámpago, querían guardarlos. Lo mismo que a dioses vencidos, humillados, encadenados. Encima de ellos pondrían, más tarde, sus dioses auténticos. Después, desembarcaron las picas, las lanzas, los mosquetes, las ballestas. También las municiones y la pólvora. A seguir, el incendio líquido del vino. Los víveres: los garbanzos, las habas, la harina, los bizcochos. Unos cuantos animales —que fueron reviviendo apenas los tocaban— y que servirían para la propagación de sendas especies. Finalmente, las telas. Los atavios civiles y los atuendos de guerra.

La carabela fue arrastrada a puro esfuerzo humano. Empujándola con los hombros, los brazos, la cabeza. El cuerpo todo. Se rodó sobre polines. Poco a poco. Montaña adentro. Monumental proboscidio panza arriba. Á su paso, iban derribando los árboles. Separándolos. Desarticulando sus ramazones y sus hojas. Limpiando los bejucos. Las yerbas gigantes o mínimas. Especie de périple absurdo en el vegetal océano polimorfo. Los ojos de la selva se abrían enloquecidos. Nunca vieron antes espectáculo análogo. La multibillonaria fauna quedó estática. Con pánico. Los hombres oscuros —equipo incansable de hormigas monstruosas— continuaban arrastrando el barco hacia adentro.

Cuando todo estuvo listo, comenzó una fiesta simbólica. El barco quedó erecto, sostenido por decenas de pilotes a ambos lados del casco. Los pobladores del Reino Esmeralda fueron a vestirse, Se pusieron las ropas recién recabadas. Carnaval inefable en la selva, todos se apropiaban de atuendos distintos. Las acorazadas cubiertas metálicas. Los vistosos trajes cortesanos. A veces, mezclaban partes de los unos con las de los otros. Las mujeres cubrieron sus cuerpos con sedas. Sólo en ciertos sitios. Donde no impidieron mostrar la belleza tallada en sus cuerpos. Ya vestidos con esos atuendos, iniciaron danzas de gozo epiléptico. Onomatopéyicos cantos estentóreos. Caleidoscópicos banquetes. Que fundían añosas costumbres culinarias de | sus antepasados. Con las que aprendieron de sus estrenados amigos aborígenes. Y con lo que habían encontrado en el vientre de la carabela. Arriba, en el puente, sentado, mirábase al Rey del Reino Esmeralda. El Rey sonreía. El Rey

presenciaba los actos triunfales. Sentíase uno y muchos. El mismo y, también, cada uno de todos sus súbditos. Por eso al instante, detuvo la música. Detuvo los cantos. Detuvo las danzas. Detuvo el banquete. Y a través de la boca del primer Bulu-Bulu —y el mismo de siempre— les dio una noticia que llenó sus sentidos de asombro.

El multiplicado acento de los troncos huecos fue haciendo pulsar la noticia aun en sitios distantes: Allí, en el corazón del Trópico había nacido un pequeño país de hombres libres. Todos sus pobladores llegarían a Reyes. Se irían turnando cada siete días. Uno después de otro. Hasta que todos, todos, hubieran alcanzado la honrosa —jerarquía. Entonces el primer Rey volvería a ser Rey. Y así para siempre, en cadena infinita.

Pasaron septenas de días. Siete, siete, siete. Llegaron las lluvias sonoras puñales de vidrio. Llegaron puñales dorados de soles innúmeros. La vieja carabela empezó a sonreír. Siete, siete, sicte. Sonrisa nacida en su vientre. Después rió toda. Estalló en carcajadas. Siete, siete, siete. Cayó el Rey en turno. La. nave mostró sus cuadernas costillas al aire. Sus mástiles tuertos cuajados de astillas. Sus vergas y jarcias tejidas con redes de ramas y de hojas vecinas. Sus velas volando —murciélagos grises— por rumbos del mar. Siete, siete, siete. El Reino se fue diluyendo. El imán —libertad— atrajo a otros hombres de varios colores. A otros hombres ya mezcla de blancos barbados y bronce aborigen. Siete, siete, siete. Los antiguos esclavos se desparramaron. Los tiempos cambiaban, Perdieron el miedo a encontrarse castrados. A tener de corbata las gruesas argollas de hierro. A los rojos barrotes tatuados que el látigo deja en el cuerpo y el alma. A la negra ambición y crueldad del negrero. Siete, siete, siete.

Una noche, se fue Bulu-Bulu —el primero y el último, y el mismo de siempre—. Caminó hasta la orgía vegetal Bulu-Bulu. ¿Bautizáronlo allí con tal nombre? ¿O fue de ellos que dieron el suyo? Bulu-Bulu. El Brujo Bulu-Bulu. Los brujos Bulu-Bulu. Bulu-Bulu-Bulu. Bulu-Bulu-Bulu. Bulu-Bulu-Bulu. Bulu-Bulu, que estaba de boda. Bulu-Bulu que casaba a su hija Dominga en Balumba. Que seguía enhebrando el aviso en la aguja viajera del viento. Hay boda en Balumba.” Bálumba-Balumba, Balumba-Balumbá.

Ya empezaba a mirar a los brujos de antaño. Ya estaban llegando. De los cuatro horizontes. Caminando volando surgiendo. Los brujos de antaño y de siempre. Él los recibía con sendos saludos. Ya estaban llegando. Ya estaban reunidos, ahora. Venían como Tigres. Vestidos de Tigres. Con dientes y garras de Tigres. Bigotes de Tigres. No, Tigres. Envueltos, tan sólo, en pieles de Tigres. Por fuera felinos y por dentro brujos. En medio de ellos, viviente, un auténtico Tigre. Un tigre en su jaula de palos tejidos. Cazado con arma invisible. Con arma de magia. Auténtico Tigre. Lo cazó Bulu-Bulu al volver a Balumba. Sin herirlo. Sin siquiera rasgarle la piel. Echando chiflones de humo en la cara de triángulo. Transportándolo en ralas hamacas de humo a la jaula. Auténtico Tigre. Lo cazó Bulu-Bulu al volver a Balumba. Cuando todos los brujos sentáronse en torno a la jaula, Bulu-Bulu entró en ella. Miró breve rato los ojos del Tigre. El Tigre quedó como estatua. Bulu-Bulu avanzó. Introdujo el machete puntón en el duro codillo del Tigre. El Tigre bramó. Cole sus ojos, sus dientes, sus garras en ese bramido. Bulu-Bulu hizo trizas la jaula. Comunión totémica, los Brujos lanzáronse encima del Tigre. Desolláronlo. Con manos y bocas fueron arrancando —Bulu-Bulu entre ellos— pedazos de carne. De nervio. De hueso. Bebieron, también, la sangre espumosa, caliente. Comunión totémica. Después, las extrafias visitas se fueron. Las extrañas visitas llevaban las nuevas imágenes del sin par Cara 'e Mico. Distorsión de su danza en zigzag disgregante. Cohesionante. En que partes del cuerpo del Brujo se iban separando y uniendo al compás de las voces y golpes. “¡Oh, Tigre! ¡Oh, Tigre, ayúdanos! ¡Se casa la hija de Bulu-Bulu, en Balumba! ¡Oh, Tigre! ¡Haz que sea fecundada desde la primera noche! ¡Canoa

balumosa de pechiche es su cuerpo! ¡Oh, Tigre! ¡Que tenga siete hijos! ¡Que viva para verlos! ¡Y que vea, también, los hijos de sus hijos! ¡Oh, Tigre, ayúdanos! ¡Oh, Tigre!”

¿Eran su familia? ¿Era sólo él mismo vuelto multitudes? ¿O eran los diversos Bulu-Bulus muertos? ¿Antes de integrarse a sus tumbas volvían a mirarlo? Fuese lo que fuese, los otros tornaban a su hondo destino. A quitarse las pieles de Tigre. También a quitarse las pieles humanas que unas horas antes habían cubierto sus huesos. Y, por fin, a habitar las vasijas de barro donde estaban durmiendo su sueño de siglos.

CAP. XXV

Un día, Timoteo Ruales amaneció en Santorontón. Venía sentado en su carrito de cuatro ruedas. De tablas y cuatro ruedas. Allí cruzaba las piernas. Mejor dicho, lo que le quedaba de piernas. Que ya no era gran cosa. Apenas una cuarta, a partir del comienzo de ellas. Desde que- una alfajía —montaña adentro, cuando empezaban a “reformar” la casa de Crisóstomo Chalena— le cayó encima. Haciéndole tortilla cuanto encontró a su paso. Ahora, se empujaba con ambas manos, apoyadas en el suelo. El subir a tierra firme le costaba gran esfuerzo. ¿Le habria sido difícil recorrer la arena húmeda? Porque había venido del mar. No cabía duda. Avanzaba perpendicularmente a la orilla. Desde allá, donde las olas mordían el límite movedizo, hasta el barranco. ¿Se habría arrastrado —caracol caracol— gasterópodo de cuatro extremidades? Dos completas y dos casi incompletas. A cuestas, su carrito de tablas y cuatro ruedas. ¿Vendría nadando? ¿Al lomo de un escualo o un cetáceo? ¿O en una embarcación? ¿Cuál embarcación? ¿Canoa, balandra o balsa? ¡Quién sabe! De ser así, se habría escuchado el golpe de los remos. O la arriada de las velas. Lo cierto es que se encontraba allí. Rompiendo, con su presencia, la atarraya violeta de la madrugada. Uno de los primeros en divisarlo fue Espurio Carranza. El doctor-sepulturero se comía los amaneceres. Iba a deletrear los horizontes tiernos. A ver si arribaba un nuevo cliente. Porque cada vez que un recién llegado recortaba su figura contra el cielo, Espurio lo consideraba un candidato. Primero, candidato a enfermo. Después, candidato a difunto. O

lo que es lo mismo, tarde o temprano, candidato a ser un poblador de sus dominios. Al ver a Timoteo mostró sus cuatro dientes amarillos.

—¿Viniste nadando?

El cojo lo miró, rabioso.

—-Si, vine nadando.

Despues parecieron temblarle los bigotes de morsa.

Agregó:

—Encima de tu madre.

El otro no se inmutó. La sonrisa se le sazonó de presagios.

—¡Ése es Timoteo Ruales! La lengua más arrastrada del pueblo.

El doble cojo no le hizo caso. Se esforzó en acercarse al barranco. Trató de subirlo a puro clavar de manos. No pudo. Se bajó del carrito. Prácticamente se acostó en el suelo. Se alzó un poco sobre su mano derecha y los dos muñones. Con la izquierda, empuñó el borde del carrito. El pequeño armatoste con ruedas sc movió unos centímetros. El esfuerzo era tremendo. Timoteo levantó la cabeza. Miró con desesperación a su derredor. No había nadie. Sólo el médico-sepulturero que lo observaba socarrón. ¿Qué podía hacer? Venció su repugnancia instintiva. Gruñó:

— ¡Bueno, carajo! ¿No me vas a dar una mano?

—¡Claro! ¿Por qué no?

Bajó el barranco. Lo ayudó a subir, tomándolo de la diestra. Ruales se sostuvo en lo que le quedaba de piernas. Las tenía cubiertas con unos pedazos de cuero curtido. Envueltas. Como si fueran botas de un elefante minúsculo. Cuando estuvieron arriba del barranco, la sonrisa de Espurio se acentuó. Su sonrisa estereotipada. De saurio.

—Ahora sí, ¡vámonos!

El Cojo lo miró, con una mezcla de rabia y angustia.

--- ¿Qué?

—¿Ya estás en tierra, no? ¡Andando!

—¿Y el carro?

—Ah, sí. ¡El carro!

De dos saltos, bajó el barranco. Se acercó al pequeño artefacto. Retrocedió un poco. Tomó impulso. Y le propinó un puntapié, lanzándolo hacia el mar. El carrito quedó muy cerca de la orilla. Las olas que avanzaban le dieron unas cuantas lamidas. Avanzó unos pasos. Volvió a tomar impulso. La voz del Cojo lo detuvo.

—Veo que sigues tan hijo de puta como antes.

Quiso argüir algo. Se desconcertó. No pudo. Reaccionó. No tuvo tiempo de actuar. Con saltos inverosímiles. Mezcla de gusano y grillo gigantes. El Cojo —improvisado acróbata, dando volantines— venía acercándose. Quiso correr. Imposible. El remolino humano había adquirido rapidez de vértigo. Sintió un doloroso golpe en las pantorrillas. Trató de

responder. Otro golpe lo hizo tambalearse. Otro. Dio con su corpulenta humanidad en el suelo. Ante él. Parado en los muñones. Timoteo. Enano —absurdo enano descomunal en ese instante— Timoteo. La cabeza enorme. Desproporcionada. Los ojos saltones, feroces. Reía 1acían1cos colmillos de fiera.

—Tan hijo de puta como antes.

Los colmillos se hicieron más grandes.

—En castigo, me llevarás cargado.

Atemorizado. Por el ridículo que haría ante los suyos, si lo vieran. Por los planes respecto a su persona que pudieran revolotearle a ese cojo medio loco. Masculló:

—Era una broma.

—También esto es una broma. ¡Levántate!

Espurio obedeció. Timoteo tomó el carrito con la mano izquierda. De un salto se trepó sobre la espalda del galeno-enterrador. Con fuerza increíble, le puso los brazos al derredor del cuello. Lo que le quedaba de piernas lo utilizó para apretarle la cintura, como una tenaza. El médico pareció dudar. Lo golpeó con los dos muñones envueltos en cuero.

—¡Apúrate!

El dueño del cementerio —dueño a medias, porque ya el padre Gaudencio se estaba apropiando de los mejores lotes— tartamudeó:

— ¿A dónde vamos?

—A ver a mi mujer.

— ¿La Muda?

—¿Tengo otra?

--- ¡Es cierto!

—Y también a mi hijo. Ya Tolón ha de estar grandecito.

Calandria de anzuelos venenosos clavó sus aguijones en la mente de Espurio. Con la mayor inocencia, musitó:

—¡Quién sabe dónde están!

Le apretó más el cuello.

—¿Qué dices?

—Se largaron hace tiempo.

—¿A qué lugar?

— ¡Sépalo Dios!

—¿No me estás engañando?

—Por la cruz que me alumbra, ¡no!

Quedó pensativo unos momentos. Espurio se detuvo. El desconcierto y la angustia pintaron de verde el rostro bronceada del Cojo. Murmuró, casi a pesar suyo.

—¡Maldita sea! Y entonces, ¿para qué he venido?

Reaccionó.

—¡Cuéntame! ¡Cuéntame todo! No me mientas, eso sí. ¡Te costaría muy caro!

— ¡Suéltame!

—¡Eso no, carajo! ¡Te soltaré cuando vomites lo que sabes!

Viendo que no le quedaba otro remedio, Espurio hizo de tripas corazón.

—Pues verás. Hace tiempo que vino aquí un médico. Un tal Juvencio Balda.

—¿Y eso a mí qué me importa?

—¡Él es el culpable! El culpable de cuanto está pasando en Santorontón. Ha puesto patas arriba al pueblo y a toda su gente. Aquí, ya nada es como antes.

—¡Déjate de revesadas! ¡Háblame de mi mujer y mi hijo! Lo demás me viene guango.

El médico lo contó. Todo a su manera. Claro. Según él, Juvencio había tratado profesionalmente a Tolón. Lo había hecho mal. Tan mal, que el chico estuvo a punto de morir. Por más que se opuso él —£l, Espurio Carranza—. Por más que se opuso Crisóstomo Chalena. Tolón adoraba a Chalena. Chalena le iba a regalar un potro.

Timoteo se extrañó.

—¿Chalena? ¿Un potro?

—Sí. Ya le había regalado un rosal…

Era un rosal que todos cuidaban. Lo regaba el propio Chalena. La Muda seguía prestando servicio a Chalena. En casa de éste vivía. Con su hijo. No les faltaba nada. “Chalena es bueno con los que tiene a su lado.” Le iba a regalar un potro. Lo había encargado va. Lo traerían de “arriba”. Allá donde los árboles se tercian con los torrentes. Un potro pequeño para que jugara Tolón. Pero se entrometió el doctorcito. ¿Sería doctor? Y la Muda y Tolón desaparecieron de la noche a la mañana. No dejaron rastro. Chalena los buscó, personalmente. Después. – también los buscaron los demás. El Jefe Politico y el Jefe de la Rural.

— ¿Sabes que son Salustiano Caldera y Rugel Banchaca?

—No me jodas mentándome a otra gente. ¡Cuéntame lo que pasó después!

— Todos se 1acían cruces pensando dónde podían haberse metido tu mujer y tu hijo. Cuando se terminó de buscar en Santorontón, lo hicieron en la montaña. Después, fueron a Balumba. A la Chacra de los Quindales. Y nada. Absolutamente nada. Como si se los hubiera tragado la tierra.

— ¡Qué vaina, no? ¿Y qué dijo el doctorcito?

—Que no sabía nada. El tampoco los había vuelto a ver. A lo mejor se habían ido a la ciudad. ¡A la ciudad! ¿Cómo podían irse a la ciudad? ¿Con quién? ¿Con qué plata? ¿En qué? ¿A dónde quién? ¡Imagínate! ¡Una mujer que no puede hablar con un chico que casi no habla!

—Y ese doctor… ¿todavía está aquí?

—Todavía.

—Entonces, ¡llévame donde él!

—Pero… yo no entro. ¡No quiero verle la cara!

—¿Quién te lo está pidiendo? ¿Para qué ibas a entrar? Quien lo busca soy yo.

Juvencio aún dormía. El Cojo Ruales golpeó la puerta,

Como si quisiera tumbarla. A poco, se escuchó la voz soñolienta del galeno.

—¿Quién?

—¡Tu taita, desgraciado!

—¿Que qué?

—¡Abre pronto, o echo la puerta abajo!

Casi en seguida se oyeron unos pasos, acercándose. El médico abrió.

—-¿Qué pasa?

No tuvo tiempo de decir más. Timoteo —con una zancadilla— lo tenia ya en el suelo. Le sujetó el cuello con ambas manos.

—¿Dónde están mi mujer y mi hijo?

El médico lo miró, asustado.

—¿De qué me está hablando?

—No te hagas pendejo. ¡De Carmen! De la Muda que estaba con Chalena. Y de Tolón. ¡Mi mujer y mi hijo!

Juvencio reaccionó. Quiso fijar sus ideas. ¿La Muda? ¿Tolón? Al principio no recordaba. Un súbito chispazo le aclaró la memoria. Sí. Fue cuando recién llegó a Santorontón. Para ser exacto, el primer día que pisó el pueblo. Era el chico que tenía un rosal en la mano. Un rosal que empezaba a clavarle sus raíces en los músculos. Él sólo le quitó el rosal. Nada más. Supo, más tarde, que el muchacho y la madre ya no estaban. Cuando preguntó, le dijeron que unos parientes se los habían llevado. ¿Para dónde? ¡Quién sabe! Le llegaron, también, algunas habladurías. No se preocupó de investigarlas. Se referían a otras gentes. Muchas de las cuales ni siquiera conocía. Allí oyó hablar, por ejemplo —ahora lo recordaba— por primera vez de Timoteo Ruales. Trató de incorporarse. Seguramente, algún mal entendido. Él, quizá podría aclararlo.

—Yo…

El otro no se lo permitió. Con gran fuerza, lo empujó. El médico volvió a caer de espaldas en el suelo. Se golpeó la cabeza. Medio atontado advirtió una mirada de odio.

—Bien sabes de qué te estoy hablando.

El médico —venciendo el impacto de los golpes— intentó serenarse. Sí. Debía aclararlo todo. A tiempo. Si demoraba un poco, sería tarde. Ese energúmeno estaba como poseso.

Parecía decidido a lo peor. ¿Qué le habían contado? Sin duda algo muy malo para él —Juvencio Balda—. Algo sugerido, con toda probabilidad, por Crisóstomo Chalena y sus secuaces. No alcanzó a organizar sus razones. El dojo le dio una tremenda sacudida.

—A ver si me dices dónde están. O lo que ha sido de ellos. Si no, puedes ir rezando la oración que sepas.

—No sé dónde están.

Lo golpeó en la cintura, con el muñón derecho. Al propio tiempo, exclamó:

—¿Ah, no?

—De verdad, no lo sé.

—¿No curaste a mi hijo?

—Sí. ¡Eso sí!

—¿No se largaron ellos, después?

—Sií. Pero…

Repitió el golpe. El médico no se quejó. Aunque hizo un gesto de dolor.

—Sigue.

—No tuve nada con eso. ¿Qué interés podría tener? Acababa de llegar a Santorontón. No conocía a nadie. Apenas salté al pueblo me hablaron de lo que pasaba a Tolón. Pedí que me llevaran donde él. En seguida. Me acompañó el Padre Cándido. Fui…

—¿El padre Cándido? ¿Lo conoces?

—Sí. Claro.

Se le ocurrió una súbita idea. Continuó:

—¿Por qué no vamos donde él? Puede explicarlo todo.

Ruales masculló, como para sí mismo.

—Tienes razón. El Padre nos dirá la verdad. Vamos. ¡Párate!

Juvencio obedeció. Instantáneamente —en la misma forma que antes con Espurio— el Cojo se le trepó. Repitió:

— ¡Vamos!

El médico protestó.

— Así, de caballo, ¡no voy!

El otro le apretó aún más el cuello. Repitió, con ambos muñones, el golpe en la cintura. El doctor se retorció un poco. No se- movió. Timoteo aseguró, rabioso.

—Irás, como a mí me dé la gana.

Juvencio medio volvió —lo que pudo—-— la cabeza. Su voz era tranquila. Firme.

—Usted se equivoca. Así. ¡No voy!

El gesto y el acento vencieron al Cojo.

—Está bien, pues. ¡Está bien!

Se bajó, de un salto. Se aproximó al carrito. Se subió a éste.

— ¡Vamos!

Con todo, mientras se daba impulso con las manos, advirtió:

—No creas que te vas a salir con la tuya. Todo depende de lo que diga el padre Cándido.

—Lo sé.

Fueron hasta la orilla. Allí, en una canoa —ya el doctor tenía una canoa de montaña— enrumbaron hacia la casa de Cándido. Como tenía que ser, se aclaró todo. Timoteo creyó —había sido uno de sus buenos fieles— en la palabra del Sacerdote. Lo conocía muy bien. Era de los pocos que se portaron amables con su hijo y con Carmen. Esa mujer que llegó, como barco al garete. Él la recogió y la tuvo a su lado hasta el día que le cayó la alfajía. Tuvo que dejarla —cuando lo llevaron al hospital de la ciudad— al servicio de Chalena. ¡Chalena! Debió de suponerlo. Por eso, el maldito lo mandó a una empacadora de pescado. Lejos de allí. En un sitio donde pudiera trabajar sentado. Seguramente, para impedirle que volviera a Santorontón. Miró hacia el lugar donde quedaba la casa de dos pisos del Mandamás del pueblo. Amenazó:

— ¡Ya me las pagarás! ¡Desgraciado!

CAP. XXVI

—Nosotros se lo dijimos, don Chalena.

—Sí, Don. Ellos sólo esperaban el primer veranillo,

—El veranillo ya comenzó.

—Comenzó ayer, Don.

Se incorporó en la hamaca. Con el sombrero de toquilla se espantó la plaga de zancudos y güitifes. Los miró, Co —sapo capón capón bajo pezuñas de toro—. Croó:

—¿Y ustedes no lo impidieron?

—No pudimos, Don.

—¿Por qué?

Tartamudeó Salustiano:

—Han aconchabado a todo el pueblo.

Y Rugel:

—No sólo al pueblo. También han aconchabado a los animales.

—Fue el doctorcito, ¿verdad?

—Y la Clotilde, y Lindajón, y don Cándido, y otros…

—Me creo que hasta el Santo Cristo los está avudando. Se pasó la pañoleta por el cuello. Sudaba a mares. De emoción, sería. Masculló:

—No hables pendejadas.

—¿Usted cree que el Santo Cristo no se meta?

—No. No es eso. Es que el Santo Cristo es ese que ha traído el padre Gaudencio. El otro es un Cristo Quemado. Nada más.

—Así será, Don. Pero de que lo han aconchabado. ¡Lo han aconchabado!

—Ahora, tenemos que hacer algo. No podemos quedarnos con los brazos cruzados.

—Como mande, Don.

—Para eso estamos aquí.

— Vamos, entonces.

—Vamos, Don.

— Vamos.

Se detuvo. Preguntó:

—¿Y se puede contar siquiera con algunos?

—Sí, don Chalena. Con los rurales y unos pocos santoronteños. La mayoría de los ricos del pueblo,

—Está bien, entonces. ¡Andando!

Panga balumosa, avanzó. Injerto de sapo crecido en panga balumosa. Moviéndosele los músculos sarta de abalorios constantemente sacudidos. A cada rato tenían que esperarlo. Panga-sapo balumosa. Sobre todo cuando empezaron a ascender. Panga-panga sapo-sapo. Al llegar cerca de la unión de los cerros, Chalena se restregó los ojos. ¿Sería verdad lo que estaba mirando? No. No podía ser. "Todo era pura imaginación suya. No existía nada de lo que tenía ante sí. Los hechos estaban ocurriendo en su propia mente. Cuanto contemplaba resultaba demasiado absurdo. ¿Y no fue siempre así? Tal vez desde que había puesto los pies en Santorontón todo fue absurdo. El venía desde el Sur, Embarcado en balandra de niebla. Proveniente de tierras de niebla. ¿De dónde? ¿De la sombra? ¿Cómo había nacido? ¿De qué madre? ¿Una mujer parecida a las otras? Cuando empezaba a sembrar sus recuerdos rodaba sobre las tablas de una cubierta. Oyendo la voz de un piloto borracho. ¿Sería su padre? Nunca lo había llamado hijo. Jamás tuvo para él una frase de cariño o simpatía. Es más. Un buen día, en plena borrachera, le contó que lo había encontrado entre un montón de basura. Había soltado una carcajada latigazo. "A lo mejor, tu madre no quiso cargar con el pecado. Y te botó como si fueras un poco de mierda. Yo te recogí allí. De pura lástima. Chillabas, como un condenado. Te traje a bordo. Y te puse mi nombre. Sólo porque no tuve otro a la mano. Pero ya estoy cansado de que lo uses. Un día de éstos te lo voy a quitar. ¿Lo oyes? Y te voy a arrojar, otra vez, al s, En la basura. Ése es tu lugar. El lugar donde debes estar siempre. La basura. Tu lugar". ¿Cuál? ¿Cuál era ese pueblo? ¿Dónde estaría la mujer entre cuyas piernas asomó por vez primera la cabeza? El más viejo de los dos marineros le daba otras razones. ¡Mentira! ¡Mentira cuanto decía el piloto! El piloto era su verdadero padre. Un buen día, su madre —de Crisóstomo— subió a la balandra. Lo traía envuelto en trapos. Lo mostró al piloto. - Lloraba de rabia: "¡Aquí tienes lo tuyo, desgraciado! ¡Mal marido! ¡Mal padre! Me voy a largar con otro. Siquiera me dará para comer. ¡Me iré lejos! Pero no quiero estorbos."- El piloto estaba borracho, como siempre. Quiso írsele encima. No pudo. Estiró, por un momento, las manos. Tal vez para agarrarla. O para golpearla. Cayó. Dijo una oleada de palabras. Que nadie entendió. Que se colgaron —como sardinas secas— en una ráfaga de viento sudeste. Ella no se movió. Cuando estuvo en el suelo, se inclinó. Te dejó caer sobre él: ""¡Tómalo, desgraciado! ¡A ver si no lo matas de hambre!" "Desde entonces —explicaba el otro marinero— anda más jumo. Y contagia su borrachera a la balandra. Por eso, ya no la llaman La Borrasca. La nombran La Borracha. Y le cae bien el nombre. ¿No has visto la meneadera con que andamos siempre? Hacemos zigzag de este a oeste y de norte a sur. Nos tropezamos con todo. Hasta con los muelles de la ciudad. No sé por qué no nos hemos despedazado o ido a pique, todavía." ¿Qué se iban a ir? El le había oído decir al piloto: "No se preocupen, Cojudos. A los jumos nos cuida El Coludo." Quién sabe quién los cuidaría. Lo cierto es que La Borracha —aunque se mantuviera a flote a duras penas; aunque culebrease por todos los rumbos— siempre llegaba a su destino. La imagen de La Borracha la tenía tatuada en su mente. Y lo mismo su olor, a cáscara de mangle, aguardiente y mariscos podridos. En cambio, no recordaba casi nada de los marineros. Y sólo pocos detalles del piloto. Especialmente, la- voz. Esa sí la tenía | clavada en la memoria. Su voz aguardentosa, crecida, alta, preñada de órdenes. "Anda. Güevón —así lo llamaba, nunca por su nombre—, anda, Güevón. Caliéntame el café y ásame los plátanos". "¿Qué pasó con el foque, Güevón?" "Güevón, ¿por qué no tiemplas los amantillos?" "Quiero que cuando regrese, con mis tragos adentro, ya esté baldeada la cubierta. ¡Pobre de ti, Güevón, si no brilla de limpia!" Cuando la borrachera le batía un poco el cerebro y lo hacía caminar como si contorneara una revesa, lo trataba de usted. Adoptaba una actitud de respetuosa burla. Los ojillos se le entornaban. Sonreía mostrando sus dos únicos dientes. Su voz asumía, estropajosa, el agridulce de la miel de moquiñañas:

“Don Güevón, ¿no me da una mano para subir los trancaniles?” “Don Güevón, voy a echarme un pestañazo, ¿puede avisarme cuando cambie la marea?” Si se le olvidaba cumplir alguna de las recomendaciones, el piloto lo quedaba mirando. Se torcía todo. Tratando de conservar en esa forma el equilibrio. Intentaba mirarlo a través de su noche alcohólica. No lo insultaba. Por el contrario, su sonrisa se hacía más diluída, más empalagosa. Su mirada, más lejana, más estúpida. El tono burlón, más insultante: “Don Güevón, ¿por qué es usted tan güevón?” ¡No! Ese hombre no era su padre. Y aunque lo fuera, ¿qué importaba? Lo odiaba con toda su alma. Con un odio circulatorio que le recorría todo el cuerpo. Odiaba, también, cuanto le rodeaba: La balandra, el río, el mar, las ciudades, los pueblos, la gente, los animales. Era un odio fermental que iba creciendo y ganando fuerza, día a día. ¡Maldito cuanto existía! Si estuviera en su mano, desaparecía a todo el mundo. Por lo pronto, tenía que dejar de ser lo que era. Tenía que transformarse en otro. Diferente. A los demás, los aplastaría como a gusanos. Los pondría a su servicio. Sin que tuvieran otra voluntad que sus órdenes. Pero, ¿cómo? ¿Cómo? Le seguía decorando el paisaje la voz de ese piloto sin cara. ¿Para él sin cara, a fuerza de borrarlo? ¿O fue que en realidad jamás la tuvo? Seguía la voz sacudiéndolo, impregnándolo, enloqueciéndolo: “Don Güevón, vaya cómpreme otra botella de aguardiente.” “Don Güevón, ¿quiere echarse un trago conmigo?” “¿Por qué no le gusta el trago, don Güevón?” “Don Güevón, consígame una hembra.” “Don Güevón, consigase una hembra para usted, también.” “¿No le gustan las hembras, don Güevón? Y entonces, ¿qué le gusta, don Güevón? ¡Ah, ya sé! ¡A usted lo único que le gusta es la plata! ¡La plata, don Güevón!” Salir de allí. Dejar la maldita balandra borracha. Más maldita que borracha. Abandonarla con todos adentro. Escaparse, en la forma que fuera. Y liquidarlos a ellos, de una vez. Maduró el proyecto largas noches insomnes. Lo sintió inundándolo ortiga que le creciera piel adentro. Empezó a borrar la imagen de cuanto lo rodeaba. Sumergida en el dulce sueño de la venganza futura, casi ni escuchaba las órdenes: “¿Qué te pasa, Güevón? ¿No me estás oyendo?” “Estás en la luna, Güevón. ¿Ya te haces la paja? ¡Voy a tener que darte unos al Güevón! ¡A ver si así despiertas!” Todo lo planeó, cuidadosamente. Fue una noche oscura, De plena creciente. La borrachera que tenía el piloto era total. “¿Me despierta cuando repunte el aguaje, don Güevón?” Ya dormido, roncaba bajo la ramada, en cuatro tiempos. También los marineros estaban medio alumbrados. Ellos dormían cerca del botalón. Arropados con la trinquetilla. El trató de constatar el sueño general. Después, tiró unas provisiones en la única canoa. Más tarde, armado de un hacha, se lanzó al agua. Se metió debajo del casco de la balandra. Por la parte de la popa. Cerca del timón, con el gavilán del hacha, empezó a desclavar una de las tablas pegadas al codaste. Apenas se abrió la tabla, el agua entró con violencia. Arrojó el hacha. Se subió a la canoa. Y bogó, a todo bogar. ¿Se despertarían el piloto y los marineros? ¿Tendrían tiempo de saltar y nadar? Era probable que no. En todo caso, si lo hicieran quedarían en medio río. Mejor dicho, casi en medio Golfo. ¿Cómo podrían alcanzar la orilla? ¿Cómo podrían ser recogidos por alguien? Pareció que le gritaran en el oido: “Güevón, ¿y si de verdad es tu padre?” ¿Su padre? Aunque lo fuera. ¿Que importaba? Y aun importándole, ¡ya era tarde! ¡Estaba o lejos! Además, lo probable era que La Borracha ya se hubiera ido a pique con los dos marineros y el piloto. Con todo, volvió a sentir la voz. ¿O esta vez era la propia voz del piloto: “¡Güevón, Güevón, Güevón! ¡Qué desgraciado eres! ¡Güevón, Güevón, Güevón!”

—¡Don Chalena! ¡Don Chalena!

-—Don, ¡mire!

— ¿Dónde?

—¡Allá! ¡La ciénega pronto estará lista!

Lo que observaron era portentoso. Una especie de fiebre colectiva estaba sacudiendo a ese mundo vegetal-animal. Todos trabajaban. Los árboles caían y caían, talados por los hombres. Éstos, quitaban las ramazones. Cortaban las más gruesas. Las que pudieran servir para estacas O travesaños. En seguida, los monos se trepaban a los troncos, tratando de limpiarlos. Los despojaban de hojas, flores, frutos o enredaderas. Á veces, ellos mismos transportaban los trozos de madera hacia donde se unían los cerros. Otras ocasiones, no lo hacían. Habían aparecido, venidos quién sabe de dónde, centenares de murciélagos. Eran éstos quienes cumplían el encargo. Volaban torpemente, en múltiplos de siete. Se hacinaban debajo de los troncos. Y alzaban otra vez el vuelo. Los troncos se elevaban, entonces, como si tuvieran alas. No sólo eran los monos y murciélagos. También otras especies zoológicas prestaban sus servicios. Como en todas las horas cruciales, parecían olvidar sus cotidianas diferencias. En un pacto implícito, no se devoraban los unos a los otros. Cuando chocaban entre sí, por acaso, se apartaban con prudencia. Sin responder u sus instintos naturales de agresión. Continuaban usando sus propios lenguajes. Desde los mamiferos hasta los reptiles. Sin embargo, se diría que un sincronismo dinámico unificaba esas expresiones en un idioma único, exclusivo, integrado en la voz de la selva. Donde confluían, asimismo, ruidos de pasos, batir de alas, arrastrarse, quebrar montes y cortar palos. Ninguno de los representantes de la escala vital cesaba de moverse un solo instante. Ninguno vacilaba. Se dijera que estaban cumpliendo órdenes precisas, definidas. En la unión de los cerros, por su parte, seguían trabajando hombres y mujeres. Sin descanso. Recogían los materiales que les traían los monos, los murciélagos, los tejones, los venados, los jabalíes, los tigres, las víboras... Unos clavaban las estacas en la tierra. Otros, entretejían las varengas. Otros, las amarraban. Otros, acomodaban piedras para formar el ancho muro de contención. Las piedras se pegaban. utilizando una especie de argamasa hecha con tierra prieta, mezclada con muvuyo y otros aglutinantes. En estas tareas sí los ayudaban exclusivamente monos. Su colaboración era magnifica. Parecian entender las palabras. Y más que las palabras, los ademanes. Los gestos. Las miradas. Cuando no alcanzaban la altura requerida para algún trabajo, se trepaban el uno sobre el hombro del otro hasta dar la justa medida. Cuando había que cruzar una hondonada, o vadear un estero, se iban enlazando entre ellos, por medio de sus extremidades y de su rabo enroscado, hasta formar un verdadero puente. Por éste pasaban los que llevaban las innúmeras cargas. La gran obra se encontraba presidida por la Cruz del Cristo Quemado. Como una estaca más, la habían clavado en la ladera de uno de los cerros. Cándido, que había pensado que tendría que darle ánimo a la gente, pronto vio que no era necesario. Y estaba cumpliendo, como el que más, en el trabajo. Los otros semejaban estar poseídos de una especie de engranaje mecánico. La obra crecía a ojos vistas. En forma incontenible. Al constatarlo, Juvencio y Clotilde cruzaban, de cuando en cuando, miradas de alegría y estímulo.

Chalena, con voz cavernosa, gritó:

—¡Ey! ¡Qué están haciendo allí!

No lo oyeron. Continuaron imperturbables su faena. Sin detenerse un instante. Sin siquiera mirar hacia atrás. El homúnculo elevó la voz:

—¿Qué están haciendo alli?

Idéntico silencio. Idéntica desatención. El Mandamás, rojo como un pargo, se volvió a Salustiano. En sus ojos se leía rabia e impotencia. Entendiéndolo, el Jefe Político gritó:

---¿No han oído? ¿Qué están haciendo allí?

Evidentemente, los millones de ruidos eran muy fuertes. Los gritos no valían nada. Chalena, más y más nervioso, se pasó las manos por el rostro. Después, empezó a jugar con la pañoleta. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Salustiano lo miró, desolado. El sapo —sapo capón capón— ya no le habló. Simplemente, con la mirada, le indicó la carabina. Caldera entendió. Medio asintió. Se apoyó el arma en el hombro derecho. Disparó. La detonación fue multiplicada por las cien voces del eco. La montaña entera pareció moverse. Volvió sus millones de ojos hacia los recién llegados. Después, se detuvo, como bajo un impacto hipnótico. Creció el silencio en sus incontables lenguas vegetales. El primero en moverse fue Cándido. Dentro del marco de silencio su voz dibujó una llamarada de anatema.

—¡Ustedes! ¿Qué quieren aquí?

-—¿Por qué están derrumbando los árboles?

-—Para hacer una ciénega.

—¿Con qué derecho?

—El de defender nuestras vidas. Santorontón no puede morir de sed.

—Nadie se ha muerto de sed. ¡A todos les di el agua que necesitaban!

—Tuvieron que pagarla. ¡Y a qué precio!

Sapo, Sapón, Sapete creyó llegado el momento de ordenar.

—Bueno. Basta. ¡Paren el trabajo!

Una sonrisa de amarga burla plegó los labios del viejo cura.

—¿Ah, sí?

—Si no, ¡los obligarán las autoridades del pueblo!

Cándido dejó de sonreír. La voz se le hizo cortante.

Dura.

—Vea, don Crisóstomo. Es mejor que ustedes se larguen de aquí. Esto no lo va a detener nadie. ¿Lo oyó bien? ¡Nadie!

El batracio tornó a sudar a mares. Pareció inflarse su cabeza globo de pitahaya.

—Eso cree usted. Yo soy el dueño del pueblo. Lo cambié por un poco de agua. Los santoronteños son míos. ¡Míos!

Se dirigió a los que estaban trabajando.

—¡Díganselo ustedes! ¡Y vengan! ¡Vengan conmigo! Desde ahora tendrán toda el agua que quieran. Sin pagar nada. ¡Gratis!

Cándido no pudo más. Gritó:

— ¡Lárguense!

Al propio tiempo, avanzó un paso hacia Chalena. Como si hubiera sido una consigna, los hombres y animales, en un acto sincrónico, también avanzaron en esa dirección.

El Gigante repitió:

— ¡Lárguense!

El Mandamás se volvió a los suyos.

—¡Ellos lo han querido! ¡Tírenles! ¡A matar!

No lo obedecieron. Ninguno hizo el menor ademán de empuñar las armas. Salustiano —en transición inusitada— expresó

—En esto no me meto más, Don. ¡Allá usted, si quiere!

Se acercó. Le arrebató la carabina.

-—Pues yo, sí. ¡Ya verás!

Una, dos, tres, cuatro, diez piedras llovieron sobre él. Los monos, ¡claro! Un griterío tremendo sacudió la montaña. Una pedrada en el brazo le hizo soltar el arma. Miró, desconcertado, a su derredor. Le pareció que toda la montaña se le venía encima.

—¡Me las pagarán!

Se dio cuenta de que estaba corriendo. Todos los suyos estaban corriendo. El, un poco atrás. Miró en dirección a la unión de los cerros. La mayoría de los pobladores de Santorontón y de la montaña ya le habían dado la espalda. Como si no hubiera ocurrido nada, estaban, otra vez, entregados a su faena.

—¡Me las pagarán!

CAP. XVII

ATLÁNTICO. Sus ojos estaban vestidos de rutas oceánicas. Nació casi en cuna de rocas. Escuchando algarabía de mares helados. Que escribían, a veces, con nieve, ideogramas fantásticos. Entre rezos de viento y caricias de yodo. Y, ahora —paradoja—, ¡él era tan otro y estaba tan lejos! Ostionándose en el ombligo del trópico. Conviviendo con una sarta de escualos varados. ¿Qué otra cosa eran Chalena, Carranza y los demás?

—¡Apúrate, Filemón! Si llegamos tarde, ya la familia del Brujo estará dormida.

¿Qué cara pondría Bulu-Bulu al saber la noticia? ¿Su habitual Cara 'e Mico? Seguro que no. Aunque así lo apodaran. Más bien, exhibiría rostro de Belcebú. BuluBulu Belcebú en Balumba. Se distorsionaría en dislocadas peripecias faciales. ¿O aparecería como Tigre? ¿No decían que Bulu-Bulu, en las horas cruciales, sufría la metamorfosis del Manchado? ¡Quién sabe! Lo cierto es que se retorcería como pámpano picado por arpón. Él se retorció cuando le comunicaron: “Te mandan al umbral del Equinoccio. Allá donde un cinturón de fuego parte a la Tierra en dos. Y la tierra y el mar arden en llamas verdes.” Más tarde, supo que exageraban. Las llamas verdes eran en las tierras bajas. Aledañas al océano. O ya empinándose sobre el verdadero cinturón de fuego, Del Pacífico, El cinturón de fuego —allí convertido en dos— de cadenas de montañas altísimas. Ebrias de volcanes. Que alzaban cundurcungas —cuellos de cóndores— encima de las nubes. Después, le delimitaron más aún: “Vas a Santorontón.” Preguntó, ingenuo: “¿San Torontón? ¿Algún santo nuevo? No lo conocía. Como hay tantos...” “No. No es un santo. Es un lugar llamado así.” “¡Ah!” “A orillas del mar. Santorontón. Donde el Diablo aún baila en la punta del rabo. Donde el Hijo del Hombre no gana todavía sus últimas batallas.” Desde entonces, sintióse más atlántico. De un Atlántico nórdico límite con el Ártico. ¿Atlántico o Atlante? Como si su atlantismo lo dotara de zancos para ver desde lo alto.

—¿Qué pasa, Filemón? ¿Por qué te estás durmiendo? ¿Es que tu canalete se ha hecho almohada?

Debía cambiar al sacristán. Cada día estaba más óseo y cuneiforme. Anticipación del osario, su piel transparentaba la estructura perióstica. Amanecía cansado. Pereza acumulada siete décadas. “Sí. Pronto tendré que substituirlo.” ¡Qué curioso! Recibió la impresión de que la canoa también dormía.

—¡Filemón! ¡Filemón! ¡Despierta!

Como no le respondiera, miró hacia atrás. Roncaba. Se había apoyado en el mango del canalete. Ahora sí, de verdad, canalete-almohada. El delgado madero permanecía un tanto oblicuo. Clavado en el agua. Sin hundirse. Igual que si el mar se hubiese vuelto sólido. ¿Se habría vuelto sólido? Desde luego no era de agua. Era un mar de cristal carcelero encarcelando la canoa. La canoa, a su vez, cárcel Con creciente desconcierto y miedo, su voz fue de barro.

—Despierta, Filemón, despierta.

Para darse ánimo, como quien arroja al vacío una semilla inútil, murmuró:

—Se nos va a hacer tarde, Ya verás. Se nos va a hacer tarde.

Un ruido delante de la proa, lo hizo volverse. El agua —mejor dicho el cristal— se estaba quebrando. Al poco tiempo, asomó un grueso madero, vertical. Después, unas espinas. Una Corona de Espinas. En seguida, un Rostro. Un Rostro sangrante. Los brazos de una Cruz. Clavadas en sus extremos dos Manos. Dos Manos sangrantes. Un Cuerpo. Un Cuerpo sangrante. Unas Piernas clavadas por los Pies en la parte inferior del Madero. Piernas y pies sangrantes. Al final, salió del cristal la Cruz entera. Permaneció suspendida en el aire. Rozando apenas la líquida faz detenida. Una luz que llegaba quien sabe de dónde, destacó la Imagen sobre el marco de sombras. ¿Era Cristo? Sí. Era Cristo. El Cristo de Cándido. El Cristo Quemado. Levantó la cabeza. Sus ojos envolvieron —atarraya de invisibles incógnitas — el rostro del Cura. Preguntó, voz severa un tanto triste:

---¿Quo vadis?

El clérigo, sin control, en piélago de hipnosis, iba a responder mecánicamente: “A Roma. A ser, otra vez, crucificado.” Reaccionó. Se dominó. Trató de parecer normal, tranquilo.

—Sólo a dar unas vueltas. Estaba paseando.

—¿Tan lejos de Santorontón y tan cerca de Balumba?

Cada vez se sentía más dueño de sí mismo. Hasta esbozó una sonrisa.

—Nos arrastró la corriente. Como ya Filemón no tiene muchas fuerzas. - ,

La Cruz dio un salto. Quedó sobre la canoa. Flotante. Oblicua. El rostro de Jesús se aproximó a pocos centímetros del rostro del Cura. La voz surgía más severa aún.

—¿Por qué mientes, Gaudencio?

—¿Yo, Jesús Crucificado?

—¡Tú! ¡Sí! ¡Tú!

—Te engañas. Yo...

Una fuerza sobrehumana lo arrojó sobre el plan de la canoa. Cayó de rodillas. La Cruz, al propio tiempo, se enderezó. El Crucificado tronó:

—¡Es el colmo, Gaudencio! ¿No te das cuenta de lo que estás haciendo?

El cura sintió que se desquiciaba por dentro. Un micromaremoto. Ebullicionaba en sus arterias. Le golpeaba todos los ángulos del cuerpo. De rodillas, avanzó hasta la Cruz. Trató de besar Jos pies del Crucificado. Los besó. Se estremeció. Las heridas estaban vivas. De ellas manaba sangre. Sus labios se empaparon. Gimió:

— ¡Perdóname! ¡Perdóname, Señor!

—¿Crees que mereces perdón?

—No, Señor. Pero tu misericordia es infinita.

El Nazareno hizo un gesto de disgusto.

—Así creen tú y la gente como tú. Por eso abusan.

—Escúchame, Señor. ¡Perdóname!

— ¡Uhm! Eso lo veremos. Por lo pronto, vamos a dialogar un rato. ¡Siéntate! Yo haré lo mismo.

—¿Te vas a bajar de la Cruz?

—Puedo, ¿no? ¿ros que no me canso de estar clavado allí todo el tiempo?

—Si, sí. Desde q que sí.

La Cruz flotaba, verticalmente, sobre el mar. Cristo se había acomodado en el pequeño asiento de proa. Gaudencio, como antes, seguía sentado en el centro. Filemón ya no roncaba, aunque seguía dormido. Al derredor de la canoa se había hecho un silencio y una quietud totales. Fue Jesús quien primero tomó la palabra.

—Ahora sí, cuéntame. ¿Por qué querías convencer a Bulu-Bulu y los suyos de que suspendieran la boda?

—Me lo pidieron las mujeres de Santorontón. Lo sabes.

—-Claro que lo sé. Pero tú, ¿por qué aceptaste?

—Era lo justo, ¿no?

— ¿Justo con ellas o con tu conciencia?

—Con ellas... ¡y con mi conciencia!

— ¿De verdad, la crees?

—¿Tú, no?

—Soy yo quien está preguntando. ¡No lo olvides!

—Es cierto. Perdóname... Pues, sí. ¡Lo creo!

—¿Me puedes decir por qué?

—En primer lugar, no se había cumplido ningún requisito con la Iglesia.

— ¡Déjate de cuentos!

—En segundo lugar, ¡ese matrimonio sería un sacrilegio!

—No me hagas reír, Gaudencio.

—¿Tú no piensas así?

—Ni muchísimo menos.

—Me asombras, Jesús Crucificado.

—No te asombres. Á peores gentes y en peores circunstancias les has otorgado los sacramentos y auxilios de la religión católica. Y no sólo esto. Te has atrevido, desde aquí, desde Santorontón, a repartir el cielo entre algunos malvados. ¡Verdaderos monstruos!

—Errare humanum est.

—Guárdate tus latinazgos para mejor ocasión. No me hagas perder la paciencia.

—Hágase tu santa voluntad, amén.

—¡Oh, qué!

—Está bien, Señor. Pero te ruego que seas menos severo en tus juicios. ¿Por qué sólo contra mí? En casi toda la redondez de la tierra, la Iglesia ahora hace lo mismo. Además, debo decirte lo que pienso. Y lo que pienso es que ninguno —¡Óyelo bien, ninguno! — de los habitantes de Santorontón es como Candelario Mariscal.

—Te lo repito. No me hagas reír, Gaudencio,

—Jesús, ¡por favor!

—¿No me estás engañando? ¿De verdad lo piensas así?

—Sí, Santo Cristo. ¿No ha matado a cientos —tal vez miles— sólo por el placer de matar? ¿No ha violado a cuantas mujeres se le enfrentaron, sin respetar edad ni condición? ¿No ha violado incluso a niñas? ¿No ha despojado de todo a los que encontró a su paso? ¿No ha, sembrado la destrucción y el pánico en la tierra y el mar? ¿No incendió tu propia iglesia? Tú mismo, ¿no muestras en tu rostro y en tu cuerpo las marcas de ese incendio? Por último, ¿no es un hijo de Belcebú?

—Veo que sigues siendo tú quien interroga.

—Perdóname, otra vez. Pero...

— Además, me haces al mismo tiempo, muchas preguntas. No importa. Lo importante es aclarar las cosas y las posiciones. Te voy a responder. Aquí en Santorontón -—para no hablar de otros sitios iguales o res de este mudo hay muchos hombres parecidos al Coronel Mariscal.

—¿Cómo puedes decir eso, Señor?

El Nazareno habló con voz queda. Como si hablara posa sí mismo. Ni siquiera miró a Gaudencio. Los ojos se e perdieron por encima de los seres y el paisaje. En un atarrayazo de distancias. Distancias en el espacio y, sobre todo, en el tiempo. La serpiente. ¿Estaría pensando en el Fruto Prohibido que la serpiente hizo probar en el Paraíso a Eva, para que ella y Adán abrieran los ojos y descubrieran que estaban desnudos? ¡Ah, serpiente, serpiente! ¿O en el Diluvio Universal, en qué su Padre destruyó a todos los hombres que había creado, a su imagen y semejanza, cuando los encontró pecadores? Sólo salvó a Noé y los suyos, en el Arca de la Alianza, con representantes de todas las especies zoomórficas. La serpiente entre ellas. Serpiente. Siete veces serpientes. ¿O pensaba en otra destrucción total, la de Sodoma y Gomorra, también por Diluvio —Diluvio de Fuego, serpiente de fuego — En tanto, dentro de la dualidad de pensamiento y verbo, proseguía:

—Candelario Mariscal es un polihomicida. Lo sé. Ha cometido todos los delitos. Es cierto. Incendió la iglesia. Verdad. Aunque en esa ocasión fue presa del delirio alcohólico. Sin embargo, también eso es evidente. En cuanto a lo demás, algunos tienen sus dudas. ¿Que su padre es Belcebú? ¿Que su madre es la mula loca Pancha? ¿Pueden probarlo? Hay otros que aseguran que es hijo del Padre Cándido, Con todo, aun suponiendo que todo esto también sea cierto... ¡el Coronel Mariscal tiene algo en su favor!

—¿Vas a defenderlo, Jesús?

—No. No voy a defenderlo. Sólo quiero que lo juzguemos juntos. Es malo. No cabe duda. Con todo, su maldad resulta un estallido. Una predestinación. El papel que le toca representar. Obedeciendo a causas ajenas. Producto de una mente desquiciada por enfermedad, vicio o herencia. Además, cuando actúa, lo hace abiertamente. Sin esconderse. Sin tratar de ocultar sus hechos o sus móviles. Sin pretender, hipócritamente,

conquistar el cielo pagando unas monedas. Ni, tampoco, por la misma cantidad, quiere obtener respeto y aprecio, miedo u odio de sus semejantes. Un asesino, un ladrón, un violador. ¡Claro que lo es! Pero, ¿sabes cuáles son las fuerzas que lo impulsan?

—¡Señor! ¡Qué cosas estás diciendo! ¡Tú! ¡Tú, defendiendo al Hijo de El Diablo!

—En cambio, ¿has pensado en los otros?

Balbuceó:

—¿En los otros? ¿Cuáles otros, Jesús Crucificado?

—No te hagas el tonto. En los tuyos. En los que mandan en Santorontón. ¿Has pensado, por ejemplo, en Chalena? Tú no lo sabes, pero se inició asesinando a tres, entre ellos a su propio padre... Lo que sí sabes es que ¡intentó matar de sed a todo el pueblo! ¡Hizo lo que hizo con Timoteo Ruales, para inculpar al doctor Balda! ¡Por diversión, quiso que un rosal creciera en la mano de un niño! ¡Mandó a morir, a éste y a la muda! ¡Pretendió liquidar, porque sí, a todos los seres de la montaña! ¡Y ello fríamente, sólo por poder o por dinero!

Gaudencio se hizo la Señal de la Cruz.

—En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. Amén.

El Hijo de María no le hizo caso. Prosiguió:

—¿Qué me dices de Espurio Carranza, que tiene tantos muertos entre pecho y espalda? ¿Que, si no le pagan, deja morir a los enfermos? ¿Que si no le pagan, entrega a los gallinazos los cadáveres?

No lo miró de frente. Los ojos del Nazareno parecían llamear. Le sería imposible soportar esa mirada. Oceánica. Más que Atlántica. Cósmica.

---Con todo respeto, creo que exageras.

El tono de Cristo crecía. Sus palabras, ahora, resultaban martillantes. Estremecedoras.

— ¿Y todos los demás que mandan en el pueblo? Son, igualmente, una colección de hipócritas malvados. Cometen, día a día, cientos de delitos, amparados por lo que llaman la ley y la justicia. Y las peores acciones —aquellas que tal vez ni tu conoces— las realizan en la sombra. A escondidas. Creyendo que pueden ocultarse de la vista de Dios.

Hizo un silencio. Miró a Gaudencio. Con intensidad. Penetrándolo. El clérigo, aunque tratase de evitarlo, no habría podido. Tenía que enhebrar sus ojos en el impacto de esa mirada. El Hijo de María continuó:

—Tú mismo...

Tartamudeó:

— ¿Yo... tam...también... Se… Señor?

—Sí. Tú. Tú, también. Has pactado con ellos. Eres el PO de sus cómplices. Estás de acuerdo con lo que hacen. Les has vendido la salvación eterna por unas cuantas monedas. Te has aliado con ellos. Te has atrevido, varias veces, a enfrentarme. En cambio, les has dado la espalda a los tuyos, a los de abajo, a los que más te necesitan. Ya eres, también, uno de los que mandan en el pueblo.

Bajó la cabeza. Se sintió atrapado por una red de anzuelos. Tuvo la evidencia de que cualquier intento de escaparse sólo originaría que los gavilanes de esos anzuelos se e clavaran más hondo. Por decir algo, musitó:

—Estoy confundido, Santo Cristo.

Pareció dudar breves momentos, todavía. Aplastado por el peso de las razones de El Hijo de El Hombre. Reaccionó. Levantó la cabeza. Volvió a mirar los ojos de su' Interlocutor. Una impotente rabia sorda le hirvió en el pecho. Una especie de rebelión intima, imposible de contener, lo fue invadiendo. Cuando tornó a hablar, tenía la voz extraño contrabajo con infarto.

—¿Me permites decirte lo que pienso, Señor?

—¿Por qué, no? ¡Dilo!

—Creo que... te has vuelto un agitador. Un revolucionario.

—Te equivocas, Gaudencio.

—¿Qué? ¿Acaso no lo eres?

—Te equivocas al decir que me he vuelto. Siempre lo fui. Por eso me crucificaron. Por eso, me siguen crucificando, ahora, todos los días. ¡Y me sacrifican los míos —o los que se dicen míos— que es lo peor!

Desconcertado, el sacerdote expresó, con cierta desesperación.

—Lo que afirmas es contrario a cuanto aprendí, Contrario, por otra parte, a gran parte de la tradición, la doctrina y la disciplina eclesiásticas. Entonces, ¿sólo los desheredados, los humildes, los miserables deben entrar al Reino de Dios? 'Los de niveles sociales superiores, ¿están condenados de antemano?

Cristo sonrió. Con cierta amargura.

—Veo que sigues interrogándome. Todavía no comprendes. O no quieres comprender, Y continúas llevando el trigo a tu molino.

—Entonces, ¿no es eso lo que quieres decirme?

—¡No! Jamás afirmé que los que nada tienen, las víctimas de la explotación de los otros son los únicos que pueden entrar al Reino de mi Padre. Ni mucho menos que los de las altas clases sociales carecen de esperanza de salvación. El problema no es de poder y riqueza sino de conciencia y conducta. Aunque en gran número de veces el poder y los bienes materiales dañan a los hombres, las oportunidades son de todos. Las puertas del Cielo están abiertas para cuantos lo merezcan. No sólo para los que pagan. ¡Oyelo bien! Tú —y los sacerdotes como tú— tampoco deben aliarse únicamente con los mandamases. Los pecados veniales o motales lo son por la índole de ellos y no por la posición política, económica o social de quienes los cometen.

Gaudencio empezaba a sentirse cada vez mejor. Este nivel de diálogo le parecía más ad-hoc. Se alejaba del plano personal —que lo rozaba tan de cerca— y pasaba a linderos menos concretos y más generales. Arguyó:

—Siguiendo ese criterio, la Iglesia no prosperaría. Los que nada tienen, nada pueden dar. Aunque lo quisieran. Y los templos importantes. Las realizaciones artísticas y culturales. El

alto sitial que deben ocupar los Jefes de la Iglesia. Las manifestaciones de culto externo. Las grandes empresas de variada índole. La catequización y dominio de las mayorías: Todo. Todo sólo se puede conseguir con la ayuda de los que mandan. Desde que hubo la escisión entre el Poder Temporal y el Poder Eterno. es lo único que nos queda. Convéncete, Jesús. Para que la Iglesia sea fuerte y pueda cumplir holgadamente sus funciones, necesita tener en sus manos todas las posibilidades de riqueza y de poder. Por lo menos, mientras el Mundo siga como está.

Cristo replicó, vivamente:

— ¿Y volverse contra la Religión? Al fin y al cabo, ¿qué es lo más importante? ¿La Religión o la Iglesia? ¿Crees que resulta -mejor una Iglesia fuerte con una Religión débil? ¿O has llegado a la paradoja de una Iglesia sin Religión que la sustente?

Como para sí mismo, Gaudencio murmuró:

—Con toda humildad, te digo, Señor, que continúo confundido, Como si habláramos idiomas diferentes. Jamás pensé que la actual Iglesia —según tú das a entender— estuviese tan lejos y tan en contra de la Religión.

—De verdad, ¿no lo crees así?

—Te lo repito, Señor. Estoy confundido. Cuanto me dices es tan contrario a lo que me enseñaron. A lo que he visto en los sitios de dónde vengo. A lo que practico desde que em a ejercer mi ministerio.

Jesús afirmó, benévolo:

—En eso tienes razón. En tu mundo —el mundo de dónde vienes— el genocidio es pan de cada día. Hay hombres que, con una sola palabra, o un solo gesto, acaban con millones de seres humanos. Y hay principes de la Iglesia que no sólo los absuelven, sino que a veces los aplauden. Pero no estamos allá. Estamos aquí. En Santorontón. En un lugar donde las cosas empiezan a inventarse. Por tu parte, medítalo. ¡Hasta para la salvación de tu propia alma!

Se asustó.

—¿De mi propia... alma? ¿Es que... ella también está en peligro?

—Consúltalo a tu conciencia. Por lo pronto, recuerda que el Coronel Candelario Mariscal no es mucho peor que los demás. Si es que es peor. Por tanto, merece una oportunidad para su arrepentimiento y contrición.

Hubo un silencio. El padre no las tenía todas consigo. Pero sabía que era su única salida. Por un momento, le rondaron las figuras de doña Prudencia y sus secuaces. Con las cabelleras y faldas templadas por el viento, tenían los rostros agresivos. Lo amenazaban con los puños en alto, agitándolos ante sus ojos.

—Está bien, Señor. ¿Y qué les digo a las santoronteñas?

—La verdad. Que no pudiste llegar donde Bulu-Bulu.

—¡Uhm! No lo van a creer,

—No necesitas contarles lo que ha pasado. Simplemente, les manifiestas que es lo único que puedes decirles. Con lo imaginativas que son, y conociendo al Brujo, pensarán que éste

se hizo humo, con familia y casa. Quién sabe si con la propia isla de Balumba. O también puedes “contarles que te puso una venda de humo encima de los ojos:

A despecho de su autocontrol, le salieron las palabras:

— ¡Hágase tu voluntad, Señor! Así en la tierra como en el cielo. ¡Amén!

Un golpe de canalete lo hizo mirar atrás. Filemón bogaba. El líquido había dejado de ser cristal endurecido. Era ya, simplemente, agua. Agua salada de mar. Regresó la mirada hacia proa, para decirle otra razón a Cristo. No había nadie. Se restregó los ojos. ¿Habría soñado? Advirtió que el sacristán estaba dando vuelta a la embarcación, cambiando el rumbo. Se orientaba, sin duda, a Santorontón, cuyas luces parpadeaban en el horizonte. Alzó un poco más la vista. En el fondo, había una especie de aureola, que marchaba rápidamente hacia el pueblo. Dentro de ella, se enmarcaba claramente la Cruz.

En ese momento —voz ronca y como para sí mismo— habló Filemón:

—Ya ve, Padre Gaudencio. Hemos bogado horas de horas sin encontrar a Balumba, A lo mejor, ya se hizo humo con el Brujo y todo.

CAP. XXVIII

Tendido allí. Herido allí. Sufriendo allí. Alí. Mirándola. Los ojos grandes. Muy grandes. Todo vuelto ojos. Febriles. Asombrados. Siguiéndola miradas de lazo. Envolviéndola. Atrayéndola. Pupilas murallas. Pupilas cadenas. Ya no podía escaparse. Estaba atada, Definitivamente, atada. No lo volvería a intentar jamás. Por otra parte, sería en vano. Lo había comprobado. La Muerte la había devuelto. Parecía rechazarla. Le había hecho cambiar el rumbo. Regresar

a la casa del Padre Cándido. Constatar que pertenecía al doctor. Ese doctor que estaba allí. Tendido. Herido. Sufriendo. Mirándola.

—¿Volviste?

—Si.

—¿No pudiste dejarme?

¿Lo sabía? Entonces, ¿lo sabía todo?

—No.

—No vuelvas a intentarlo.

—No.

Él sonrió.

—Ya ves. Estamos amarrados, el uno al otro, para siempre.

—Si. Pero...

—Dí.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque no.

Las fuerzas lo abandonaban. Empezaba a verla irreal. Fundida en él mismo. Igual que si brotara de su cuerpo. “Sobre todo, de sus ojos. Curiosamente, la veía desnuda. Semejante a aquella noche en que se le metió en la cama. Claro que entonces los ojos de ella eran diferentes. Tenían un brillo lejano, extraño. Todo cuanto la envolvía irradiaba ausencia. Ahora, no. Se erguía ante él. Vital. Bella. Atractiva. Presente. Y, sobre todo suya. ¿Suya? Le faltaban las fuerzas. Cada vez, más. Insistió, ya con la voz diluida por su niebla interior.

—¿Por qué, no?

La respuesta tuvo un tono fatalista.

—Lo que no puede ser, no puede ser.

—No puede ser...

Se iba integrando a las otras formas. ¿Estaba allí o se había ido? El, ¿estiraba las manos? ¿Cómo podía saberlo? Rogó, con angustia:

—No te vayas.

—No me voy.

—No vuelvas a intentarlo.

Los ojos se le cerraban. ¿Tenía plomo en ellos? ¿O se los estaban pegando? Repitió la voz en hilachas:

—No vuelvas a intentarlo.

—No.

Ya casi bogaba entre dos aguas. En los linderos de la vigilia y el sueño. ¿Lo decía, o sólo creía que lo estaba diciendo?

—Si lo vuelves a intentar. Si me dejas...

—¿Qué?

—La vida no significaría nada para mí.

¿Lo había escuchado o no? No podía escuchar. En la ciudad no podía escuchar. Ni ver. Era como si dentro du la caverna empezaran a batirse las sombras. ¿Murciélagos - ciegos hiriéndose entre sí? ¿O hiriéndola? La golpeaban. La hacían caminar tambaleándose. O la arrojaban contra las paredes pétreas. O se unian diez, veinte de ellos. Veinte de ellos para inmovilizarla, ¿Estaba inmovilizada? Con sus alas nervudas la habían pegado contra el suelo. En remolino de ojos, querían penetrarla más allá de su silencio. De pronto, esos ojos crecían. Lámparas de gasolina que le bailaran a su derredor salpicadas de luz verde. Dentro de esa luz iban surgiendo seres absurdos. Paisajes ignorados. La ciudad empezaba a darle sus dentelladas luminosas. ¿Era la ciudad? Ella no lo sabía. Se yuxtaponía cabalgando en doble exposición sobre las imágenes macabras. Candelario. Matando a sus Viejos. Acercándosele. Matándolos: Tocándola. Tres. Cuatro machetazos. Arrancándole las ropas. Los Viejos desnudos. Ella desnuda. Macheteándolos. Machete de acero. Macheteándola. Machete de carne. Oleadas absurdas de venas y nervios y músculos rotos. Jineteándolos. Jineteándola. Sangre de los Viejos. Sangre de ella. Los Viejos muriendo. ¿Ella muriendo? ¿Lo había vivido? ¿Lo había agonizado? ¿Estaba soñando? Los testículos en sarta. El encima de ella. Ya no él. El-otros. Siempre él-siempre otros. Ya no sólo hombre. También fieras. ¿U hombres-fieras? La sarta de testículos vistiéndola. Desnuda. Vestida sólo con testículos. ¿El? ¿De verdad, él? ¿De verdad, otros? Ella cortándoles las partes viriles. Los Viejos. Los hombres. La selva. La cueva. Amaneciendo. ¿Fuera de ella? ¿Dentro de ella? Las imágenes tiernas, como un abanico gigante llevándose el viento homicida. Las sartas de imágenes fugándose. Era como si su chacra se hubiera transformado. Su Daura tierna, con flores, plantas, árboles. No tierra reseca, arenosa. Tierra tierna, más bien. Tierna de caricia. Gentes raras. Vestidas de blanco. ¿Dónde estaba?

— ¿Dónde estoy? -

— ¿Se siente mejor?

¿Quién le hablaba? Un hombre. De alta estatura. De ojos negros —detrás de los lentes— penetrantes. De perenne sonrisa nerviosa. De un tic repetido en la cabeza, como si temblara. De modos afables. De arrolladora simpatía.

Con todo, lo miró, agresiva.

—¿Quién es usted?

El seguía sonriendo

—Carlos Alaya. El doctor Alaya.

— ¡Ah! ¿Y qué quiere?

—Curarla. Sólo curarla.

Repitió la pregunta:

— ¿Se siente mejor?

—¿Mejor? Estoy bien.

Como para convencerse a sí misma, insistió.

—Estoy bien.

Y, con una súbita confianza.

—Sólo que parece que hubiera dormido. Todo el tiempo. ¿Desde cuándo estoy aquí?

—Hace ocho días.

—¿Ocho días? No me acuerdo. No me acuerdo de nada... ¿Y quién me trajo?

—La mandó un amigo mío. Un compañero de estudios, que ahora está en Santorontón. El doctor Juvencio Balda.

Juvencio Balda. Allí estaba. Tendido. Mirándola. Sorbiéndola con los ojos. No dormía. ¿No podía dormir? ¿Creería que teniendo levantados los párpados era como si la tuviese encarcelada en ellos? ¿Pensaría que sólo así podria evitar que se fuese? Ignoraba que ella no podría dejarlo jamás. Que estaba pegada a él. Adherida a él. Timón a balandra. Si lo dejase —si pudiera dejarlo algún" día— se iría al garete. Dando tumbos o zigzags. En los dedos del viento. En las lenguas del mar.

Del mar. Del mar venía. El agua lo tejía de perlas iridiscentes. Diadema viva —con Cruz y todo— avanzaba lento. Se dijera que el Madero pesaba más que en otras ocasiones. ¿Estaría fatigado? ¿O lo hacía a propósito, para deslizarse sobre el suelo? Cándido, que estaba cerca de la puerta, mirándolo llegar, se le acercó, solícito.

—¿Te ayudo?

— ¡Qué pregunta!

—Veo que vienes de magnífico humor.

— ¡Cándido!

El Clérigo se hizo el desentendido. Metió el hombro debajo de la Cruz y lo ayudó a avanzar. No pudo soportar el prolongado silencio.

—¿Por qué mejor, no te subes a ella?

El Nazareno lo miró, con reproche.

—¿Crees que no me canso de estar siempre clavado allá arriba? ¿Crees que las heridas no me duelen? Si algún día quieres probar lo que se siente, puedes sustituirme unos minutos. Ya verás lo agradable que es aquello.

El Cura rezongó, de mal talante.

—No soy el Hijo de Dios. No vine a que me crucificaran para la salvación de los hombres. Soy un Cura viejo y pobre. No tengo iglesia. Y hasta a mis ovejas debo buscarlas exponiendo el pellejo. Hago lo que puedo por colaborar contigo. ¡Y todavía te disgustas!

Estaban acercándose a la casa. Cristo se detuvo. Una oleada de afecto iluminó su faz.

Murmuró:

—Olvídalo, Cándido. Es que las cosas que estoy viendo me ponen los nervios de punta.

— ¿Qué cosas?

—Las que están pasando en este mundo.

—Mi mundo es Santorontón?

—Es igual en todas partes.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, dejaron la Cruz a un lado. Se sentaron sobre un tronco. Frente a la casa. Jesús lo miró. Fija. intensamente. Le preguntó:

—¿Sigues en tus trece?

Su acento se llenó de pesadumbre.

—Todavia, Señor.

—Entonces, si crees que tu ahijado es tan malo, ¿por qué dejaste que otros tan malos, como él entraran a tu iglesia? Por ejemplo, los de la lista de oro de Gaudencio.

—Es que...

—¿Crees acaso que Candelario es... peor que Chalena o Espurio, para citarte solo a dos?

--- ¿Quién sabe, Señor!

—El propio Gaudencio, ¡tú sabes cómo es! ¡Y sin embargo, sigue diciendo misa, bautizando, dando la comunión, usando la palabra de Dios, para sus fines!

—Sí, pero...

-—¿También piensas tú que sólo los ricos, los que mandan, deben ser, asimismo, dueños -de la religión?

—Bien sabes que no. Pero...

—¿Pero, qué?

—¡Los pecadores! ¡Son los pecadores los que no pueden entrar a la Casa de Dios!

—¡Ah, cómo serás, Cándido! ¿Entonces? ¿Para qué está la Casa de Dios? ¿Para qué existe la Iglesia? ¿Para qué nació la religión? ¿Para qué estás tú? ¿Para qué vine al mundo, a ser crucificado? ¡Para ayudar a los pecadores! Los que están salvados, pueden prescindir de nosotros. Y los que tienen todo. Los que pueden todo, ¡por soberbios, se engañan o quieren engañarnos! Creen que pueden comprar cuanto desean. Ya ves. Además de sus bienes aquí abajo, ya están consiguiendo, con tiempo, sus lotecitos en el cielo. Pe lo repito, los buenos no nos necesitan. Si todo el mundo fuera bueno, ¿para que íbamos a estar nosotros aquí? Los malos, los pecadores, los que no están en el camino recto... ¡ésos son los que más requieren nuestro auxilio! Aunque, por otra parte..., ¿quién está libre de culpa? ¿Quién puede arrojar la primera piedra? Tú mismo...

—¿Yo, Señor?

—¿Por qué entraste al Seminario? ¿No fue porque te estaba devorando la lujuria?

Lo miró, con angustia.

—¡Es cierto! Pero, me arrepentí.

—¿Sólo tú puedes arrepentirte? ¿Los demás están condenados de antemano?

Se golpeó el pecho, contrito.

—*Mea culpa! Mea...*

—Déjate de eso. Y reflexiona.

A través de las tinieblas, trató de leer en el rostro del Nazareno. Murmuró, con zozobra.

—Francamente, no sé qué pensar. Antes, lo veía todo tan claro. Tan limpio. Ahora camino por un mar de sombras. Á veces...

—No te detengas.

—Creo que te has vuelto loco.

—¡Cándido!

—Y que me estás volviendo loco, a mí, también.

Del mar, igualmente, venía Gaudencio. Atlántico. Traía un cocktail de laberintos en su mente. ¿Qué hacer? ¿Qué podría hacer? A primera hora del día siguiente lo visitarían todas las damas de Santorontón. ¿Qué des diría? ¿Que se había encontrado con Cristo? ¿Que Éste lo había disuadido de sus propósitos? ¿Que había visitado a Bulu-Bulu? ¿Que no había podido convencerlo? ¿Le creerían? ¿No le creerían? ¿Y si después se enteraban de la verdad? En todo caso, daba lo mismo. Lo que ellas deseaban era que la boda no se realizase. La forma en que se impidiera esto les importaba un adarme. Por decir algo. Por no sentirse tan solo, se dirigió a Filemón.

¿Aceptarán doña Prudencia y sus compañeras que casemos mañana al Coronel Mariscal?

— ¡Qué va, señor Cura!

—¿Tratarán de impedirlo?

—¡Claro, señor Cura!

Como para sí mismo, murmuró.

— ¡Claro! ¡Se van a poner furiosas!

El sacristán comentó:

—Son capaces de destruirnos la iglesia, O de sacarnos del pueblo. O de golpearnos hasta acabar con nosotros. ¡Ya vio cómo se pusieron esta noche!

—Es cierto.

—Pero el Coronel...

Al nombrarlo hizo-la señal de la Cruz. Continuó:

—...el Coronel no se va a quedar con los brazos cruzados.

—No lo había pensado. Tienes razón, Filemón. En fin. ¡Ahora sólo nos queda encomendarnos a la misericordia divina! *Consummatum est!*

Como siempre que el Padre soltaba un latinazgo, el Sacristán musitó:

— ¡Amén!

Gaudencio no pareció quedar satisfecho. Soltó otro. Mientras en su fuero interno recordaba a Poncio Pilatos:

—Quod scripsi, scripsi.

— ¡Amén!

CAP. XXIX

Cuando terminó el veranillo, las lluvias arreciaron. Una canción azul mordió techos de zinc. El agua rebosó los tanques. El verde tierno de las hojas se convirtió en carcajadas espumosas sobre las grietas ocres de la tierra. Parecía que los cocoteros saludaban empinándose, agitando sus pañuelos tejidos arpones de jade. Los monos gritaban, hamaqueándose, felices, en las altas ramas. Los murciélagos jugaban con sus cuerpos malabares de alas. Los hombres florecían mazorcas en sus dientes. Sentíanse libres, otra vez. Las líquidas argollas invisibles ya no encadenaban su albedrío. La ciénega espejo enorme preñado de colores apostrofaba al cielo con sus manos de cristal dinámico. Sólo

Crisóstomo Chalena —sapo sapón sapete— estaba triste tristón tristete. Aquellos desgraciados, ¿iban a salirse con la suya? ¿Tendría entonces, como antaño, que volverse un lameculo de los santoronteños? Y eso si lo toleraban. Si no la largaban de allí a patada limpia propinada donde no le daba el sol. ¡Quién sabe si fuera peor! Si lo encerraban en una cárcel de risas y miradas burlonas. Súbitamente, recordó a su Taita —¿de verdad, sería su Taita?—. Y otra vez la palabra guindante —badajo dislocado— fue de la montaña a su oído. De su oído a la montaña. Tilón-Tilin. Güevón-Güevín. Tilín-Tilón. Güevin-Güevón. ¿Estarían oyendo-viéndola los otros? ¿Sabrían que ésa fue la palabra bautizante de su Taita? Si fuera así, ¿qué pensarían? Tilin-Tilón. Güevin-Güevón. Tilin-Tilón, Güevin-Güevón. Güevín-Güevón. ¡Tenía que hacer algo! Tilín-Tilón. Güevin-Güevón. ¿Arrastrarse ante Gaudencio, como una Culebra epiléptica? ¿O cortar por lo sano? Rodear la casa de Candelario Mariscal con velas encendidas. De noche, claro. Bailar de rodillas y clamar misericordia al Coronel. Para que éste llamase al padre de él. A El Que Sabemos. ¿Y si el Coronel no era hijo de El Coludo? ¿Y si se calentaba y le ponía los glúteos de fuego a punta de planazos? ¿Por qué mejor, entonces, no llamaba al Mismísimo, en persona? El Mismisimo ya no le hacía caso. Lo había soltado de su mano. ¿Entonces? ¿Solicitaría ayuda a Bulu-Bulu? ¿Se la prestaría? Tal vez, ni le haría caso. Quizá ni pudiera entenderse ahora con El Malo. Mejor era dejar tranquilo al Brujo. Por otra parte, ¿antes no lo hizo por su cuenta? ¿No estuvo siempre solo? Le hablaría directamente. Lo llamaría más tarde cuando la noche tuviera más silencio. Además a El Otro no se le podía andar con muchas vueltas. Ni le gustaban los intermediarios. Se mecía en la hamaca, desesperado. Las sombras deglutían los perfiles de cuanto le rodeaba. De las casas vecinas llegaban ya vaharadas de silencio. Las tinieblas se iban haciendo más densas. Como un bosque de ébanos entretejidos. De pronto, sintió que no estaba solo. A su lado en la hamaca había un bulto. ¿Quién? ¿Quién podría ser? ¿Sería la Muda, que había vuelto? Pendejo. ¿Cómo podría regresar? Bien sabes que no regresará nunca. Ni ella ni su hijo Tolón. Sólo que fuera el Mismísimo. Miró, tratando de acuchillar las sombras. Era el Mismísimo. La luz de sus ojos llameantes le servía de linterna. Estaba medio encogido. Melancólico. Con la punta del rabo se rascaba la barbilla. Chalena movió la cabeza de un lado para otro, resentido. Le reprochó:

—Viniste, por fin...

El Otro musitó, muy triste:

—Estuve ocupado. Los tiempos estan malos. Hay que hacer mucho esfuerzo para conseguir la milésima parte de lo de antes.

Chalena insistió en su tono.

—Sabías que te necesitaba. ¿No?

Suspiró.

—Si.

—¿Por qué no me hiciste una señal? Te hubiera agradecido tanto una prueba de confianza. De respaldo.

—¿Crees que yo mismo no necesito esa prueba?

Lo miró con zozobra.

---¿Tan mal están las cosas?

—Peor de lo que te figuras. ¡Estamos requetejodidos, Crisóstomo!

—No te creo…

El acento de El Malo se hizo plañidero.

—Es la verdad. Por un lado, cada vez estoy más prestigiado. Por otro, cada vez es mayor la competencia. arece que el mundo estuviera despertando. Especialmente, los jóvenes. Quieren vivir sin utilizar nuestros servicios. Quieren que las cosas que antes fueron pecado, ahora dejen de serlo. Además, se están dando cuenta de que pecar es siempre más caro. Y como cada vez hay menor número de ricos más ricos y mayor número de pobres más pobres, los pecados empiezan a estar fuera del alcance de sus manos. ¿Con qué pueden pecar los pobres, entonces?

—¡Exageras!

—No: ¡Mil veces, no!… El primero, orgullo. ¿De qué van a estar orgullosos los pobres? ¿De su miseria, de su fracaso, de su carencia de todo? Es como si un esqueleto se vanagloriara de sus huesos. El segundo, avaricia. Es avaro el que tiene riqueza de sobra y la atesora. ¿Cómo puede guardar quien no tiene nada y vive de préstamos al futuro? El tercero, lujuria. La lujuria es pecado de llenos. De los que tienen tiempo, dinero y pode para dilapidarlos. Los que difícilmente pueden mantener una mujer, ¿en qué forma podrían disponer de horas y energías extras para buscar sólo la satisfacción de sus apetitos carnales? El cuarto envidia. Para tener envidia se necesita sentir deseos semejantes. Un caimán puede envidiar a un tiburón. El uno manda en el Río; el otro, en el mar. Tienen hambres parecidas. A éste le puede doler que aquél se coma cien cristianos, mientras él sólo devore veinte. O algo así. Pero una lisa o una chaparra no pueden envidiar a un tiburón. Los pobres podrían envidiarse entre ellos. Pero las necesidades los igualan. El quinto gula. ¡Jajaja! ¿Te imaginas un pobre que peque por gula? La gula es producto de la abundancia, del exceso y ¿cuándo los hay en la mesa del pobre? El sexto ira. Bueno, ira puede tener cualquiera. Pero quien vive aplastado, humillado, siempre abajo, ¡tiene que tragarse sus corajes! Si alza la cabeza, le costará caro. ¡Tendrá, después, que hundirla mucho más! En cambio, el que todo lo puede, el que cree que con su dinero abre todas las puertas, se vuelve airado, insolente, Cualquier obstáculo le enciende la cólera, El séptimo pereza. ¿Cómo puede ser perezoso quien necesita trabajar para que él y os suyos subsistan? Los de abajo nacen y mueren trabajando. A veces, no descansan ni el séptimo día. Su destino es producir para el consumo de los otros. Si mi querido Crisóstomo, en este campo la pesca de almas se está haciendo cada vez más difícil.

—Siempre fue lo mismo, ¿no?

— ¡No! Como te dije antes, la riqueza se concentra cada vez en menos manos. Por lo mismo, el número de pecadores actuales o en potencia va siendo menor. ¡Y todo ha ocurrido cuando parecía que las cosas iban mejor que nunca! ¡Fíjate que yo estaba pensando en ampliar el infierno! O crear una sucursal aquí. En este mundo. ¿Para qué perder tiempo en transportar las almas a mi Reino? Lo ideal hubiera sido instalarme entre ellas. Por otra parte, un gran número de los pobladores de este planeta eran candidatos a súbditos míos. Las promociones y la publicidad más importantes son manejadas por mis socios. De pronto. ¡todo se ha venido al suelo! ¡El mundo se está volviendo de cabeza! Ya no sé qué hacer. ¡Quién iba a pensar que el negocio del Diablo iba a ser un día el peor de los negocios! Ya ves aquí. Tú que eres mi socio predilecto, estás siendo derrotado. Has tenido que pedir mi ayuda. Vamos a ver si puedo dártela.

Un súbito rumor creciente los sobresaltó, En el gran silencio, crecía, minuto a minuto. Carreras y voces acercándose. También un mínimo chirrido de ruedas. De ruedas pequeñas. Belcebú masculló, malhumorado:

—Sólo eso faltaba. ¡Que vinieran a interrumpirnos! ¡Me voy!

—¿Por qué no te esperas? Eso pasará en seguida.

—No puedo. Ahora tengo que dedicarle a cada asunto mucho más tiempo que antes. Te veré más tarde. U otro día:

—Está bien. Te estoy esperando.

La hamaca quedó sin el compañero azufroso. Chalena quiso pensar en las extrañas cosas que había oído, Se lo impidió la sarta de gritos que colgaban del aire:

—¡Chalena, hijo de puta, voy a ver de qué color es tu sangre!

Los testículos se le subieron a los ojos. Se los opacaron pulpos de miedo. ¿Quién? ¿Quién podría ser? Trataba febrilmente de identificar esa voz. En vano. No podía ubicarla en su presente. Menos en su pasado. Los gritos seguían empapando la casa con su agrura.

— ¿Dónde estás, desgraciado? Sal si aún te queda algo de hombre.

Un desconocido. Un desconocido en lo absoluto. Y entonces, ¿por qué la seguridad en las palabras? ¿Por qué el insulto y el odio tan directos? ¿Sería en realidad desconocido? Era lo más probable. Alguno de los mil enemigos gratuitos que se había, conseguido. Ése era el mayor producto del pacto con El que Sabemos. ¿O sería alguien que quería asaltar a Santorontón? Las malas lenguas habían desparramado la noticia alarmante. Algunos piratas merodeaban el pueblo. ¿O sería uno solo? ¿Aquel Ogazno en el cual muchos no creían? Otros, en cambio, juraban que lo veían, noche a noche, bailando sobre las crestas de las olas. En tanto, los gritos agresivos seguían aproximándose. Los gritos y los ruidos. Se oía, cada vez más claro, al lado de los pasos, el chirriar de unas pequeñas ruedas. ¿O no eran pasos sino golpes de puños sobre el suelo? Trató de arañar las tinieblas con sus ojos. Nada. A poco ya no fue necesario. Tenia ante sí, al pie de la hamaca, a Timoteo Ruales. Quiso decir algo. Demasiado tarde. Ya lo tenía encima de la barriga. ¿Timoteo Ruales? El Cojo lo miraba con ojos atornillantes. Atornillados en sus propios ojos. Musitó:

— ¿Tú?

—Si. Yo. Que vengo a beber tu sangre.

¿Beber su sangre? Murciélago. ¿Se habría vuelto murciélago?

—¿Por qué?

—No te hagas el cojudo. Bien sabes por qué.

Tilin-Tilón. Güevin-Güevón. Trató de aparentar ingenuidad.

—De veras, Timoteo. No lo sé.

El Cojo apretó los muñones contra la panza fofa del batracio bipedo.

—¿Ah, no?

Repitió el golpe. Chalena soltó un alarido.

—¡Ayyyv! ¡Me estás matando!

—Todavía, no.

--- ¿Que es lo que quieres?

—¿Dónde están Carmen y Tolón?

Gruñó:

— ¡Yo qué sé!

Un nuevo golpe le hizo perder el habla.

—¿No lo sabes?

Suspiró.

—Bueno. . . Sé que se largaron.

— ¿Para dónde?

— ¡Quién sabe!

Le apretó el cuello. Se lo apretó larga, intensamente. Los ojos empezaron a brotársele. Por más que trató de apartar las manos del Cojo, no pudo lograrlo, Manos tenaza. Manos de boa. El cuello le ardía. Se ahogaba.

—¿No me lo vas a decir?

¿Se estaba muriendo? ¿Era “eso” la muerte? Se batían a machete las sombras. Los dientes de vidrio del viento parecían rasgarle los pulmones. Morderle la garganta. Estriarle por dentro la nariz. ¿Así era morir? Y El que Sabemos, ¿no iba-a hacer nada? El muy desgraciado, ¿lo iba a dejar colgado de su angustia? En el remolino cada vez más oscuro, le pareció ver la horrible cabeza de los cuernos agudos y de las pupilas llameantes. Adivinó más que oyó sus palabras: “¿No ves que no puedo, Crisóstomo? Estamos requetejodidos.” Siempre en su interior, le gruñó: “Si, don Cojudo. Requetejodidos. Y vas a perder otra alma. ¡La mía!”. El rostro se le contrajo al Señor de las Tinieblas. Soltó una Are ¿De despecho? ¿De rabia? ¿De impotencia? Inclinó la cabeza y arrancó a correr, de puntillas. Desapareciendo. Casi en seguida, se oyeron las. voces —ya fuera de él— de Salustiano Caldera y Rugel Banchaca.

— ¿Qué pasa, Don?

—Alguien nos avisó que necesitaba ayuda.

—No le vimos la cara.

—Sólo oímos su voz.

—Aquí estamos para lo que se le ofrezca.

—Diga, no más.

Como no les respondió, se acercaron. Vieron lo que estaba ocurriendo. Rápidamente, cogieron a Timoteo Ruales. De donde pudieron. El Cojo se defendió tintorera en celo. En vano. Los hombres lo atraparon, cada uno por su lado. Lo alzaron. Con todo, Timoteo pudo aún dar otro golpe a Chalena. En medio de las piernas. Si hubiera podido enroscarse, el

Sapo se habría hecho víbora en candela. No pudo. Quedó inmóvil. En silencio. Al fin, masculló:

—Quería matarme

El Cojo amenazó:

—Y te voy a matar. Hoy. Mañana. Pasado. ¡Algún día!

Chalena no respondió. Buscó, con los ojos, algo que no hallaba. Al fin, lo vio. Un arpón. Se levantó de la hamaca. Dio dos o tres pasos. Vacilantes. Casi no podía andar. Se sentía despedazado. Por fuera y por dentro. Puré con patas. Hizo un esfuerzo. Se inclinó. Tomó el arpón. En la noche medio brilló el metal del arma. Timoteo se dio cuenta. Los otros, también. El Cojo se sacudió. Inútil. Los otros manos de hierro lo sujetaron más aún. El Sapo alzó el arma. Los ojos de los otros tres se abrieron. Salustiano insinuó:

—No lo haga, Don.

Y Rugel:

—Se va a desgraciar, Don.

El arpón. Las manos en el arpón. El sapo jadeó. ¿Podría? ¿Tendría fuerzas para lanzarlo? Miró el blanco. El Cojo. El blanco. Tomó impulso. Los tres pares de ojos. Salustiano rogó:

—Don Crisóstomo. No sea pendejo.

Y Rugel:

— ¡Claro! ¿Para qué rascarle el colmillo a la X-Rabo-de-Hueso?

¿Los oía? ¿O no? Lanzó el arma. Se oyó un golpe seco. Al mismo tiempo, un mugido. Los secuaces del Sapo abrieron las manos. El Cojo cayó. Chalena se acercó. Con los dos puños, arrancó el arma. Lo levantó. Volvió u clavarlo. Lo levantó. Lo clavó. Lo levanto. Lo clavó. Al fin.

— ¡Ya!

Preguntó Salustiano:

—¿Y ahora, qué hacemos con él?

—Lo enterraremos,

Y Rugel:

—¿Qué quería el Cojo?

Una risa que llegaba a los ojos, se incrustó en el rostro ostionado.

—Buscaba a su mujer y a su hijo.

Salustiano sugirió:

—¿Por qué, mejor, no lo tiramos al agua?

El Batracio:

—De veras. Así será más fácil que los encuentre.

Los otros se pusieron serios. Pensativos. Les bailó en el recuerdo la imagen tremenda. Después que Juvencio curó a Tolón, habían embarcado a éste y a la Muda en una canoa. En una canoa de montaña. Sin remos. La habían remolcado hasta las rutas del Golfo. Allí la habían soltado. Todo eso, de noche. Noche de lluvia. Sin hacer caso de los cuatro ojos. Cuatro ojos. Horror hecho lágrimas. De las manos gritantes. De los gritos inteligibles de Tolón. E ininteligibles de la Muda.

Chalena cambió de criterio.

—No. Ni lo enterraremos ni lo arrojaremos al agua. Lo dejaremos cerca de la casa del doctorcito.

— ¿Para qué?

—Si. ¿Para qué?

No respondió. Continuó:

—Le pondremos cerca el arpón. Y mañana...

—¡Ah, ya...!

—Sí: ¡Ya!...

—No será difícil probar su culpa.

—Claro. Algunos los vieron embarcarse juntos.

—El doctor Espurio llevó a Timoteo a verlo.

—Es verdad. Y el Cojo estaba furioso con el doctorcito.

—Hasta podemos acusarlo de la desaparición de la Muda y Tolón.

—Nadie lo creería.

—¿Y qué importa eso? Lo creeríamos nosotros. Se lo juraríamos al padre Gaudencio. Y éste...

—Así es. Éste...

—Nos ayudará en todo, ¿no?

—¿Cómo iba a no ayudarnos?

CAP. XXX

LOS PRIMEROS pasos sostenido por ella. Ella era tan fuerte y él estaba tan débil. ¿Le hablaba? ¿Le transmitía, de mente a mente, sus deseos? Las tinieblas y el silencio, ¿le arañaban los oídos, los ojos y la lengua? Lléveme ante el Cristo. Mejor descansa un momento. El Cristo. ¿Ha crecido, verdad? ¿Quién? El Cristo. Se ha vuelto un gigante. Llena el cuarto con sus ojos abiertos. Mejor dicho, saca sus brazos. Atraviesa con ellos las paredes, las montañas _ y el mar. Para abrazar al mundo. ¿Lo ves? No, Juvencio.

Lo veo como siempre. Te equivocas. Ha crecido. En sus ojos crepita una extraña fuerza. Una fuerza germinal. ¿Estará resucitando nuevamente? ¿Es que ha muerto alguna vez? Sus heridas se han vuelto luminosas. Eso sí lo ves, ¿verdad, Clotilde? No, Juvencio. Lo veo igual. Igual que todos los días, desde que puedo ver. Fíjate bien, Clotilde. Cristo está ardiendo. Es una antorcha. Una antorcha viva., Así será, Juvencio. Así será. Cuando Cristo lo advirtió, ¿levantó la cabeza? ¿Una afectuosa sonrisa parpadeó en sus labios? El doctor hizo un esfuerzo por clarificar sus fantasmas. Por ser dueño de sí mismo. Musitó:

—Gracias, Señor.

La sonrisa del Crucificado pareció hacerse más ancha. El médico oyó, dentro de sí mismo, la Voz.

—Gracias a ti, Juvencio.

Sacudió la cabeza. Como entre nubes danzantes, en hilachas de colores y perfiles, distinguió la Imagen. ¿Era el Nazareno? ¿Estaba allí? ¿Vivía? ¿Moría? ¿Soñaba? Estiró la mano. Tocó los pies del Cristo. Allí donde el Gran Clavo floreció la Carne.

—Gracias, ¿por qué?

Otra vez, la Voz interior:

—Por todo lo que has hecho por los míos.

¿Los tuyos? Claro. Todos somos los tuyos. Pero estos son más míos que tuyos. Más míos. Desde que nací. Allá. En la ciudad. Al pie de los zangoloteantes muelles que caminan en palmeros de mangle sobre el Río. Las chirimoyas caracoleaban sus ojos verdinegros —todas vueltas ojos— en el corazón de los novios. Sobre el malecón —malecón malecón ah mi malecón— se arrastraban las góndolas al compás de las mulitas. Las lenguas del gas mortecinas lenguas amarillas lamían los cuchillos de las sombras evidenciando los portales. Enredado en la red musical de los barquilleros y del millón de vértebras humosas de los barcos marítimos. Los míos. Los nacidos como yo en el umbral de las calles estriadas de cacao. Hombres-río. Hombres-cacao. Para vivir ahogándonos —rondines ciegos asidos a una

zarpa del sol— sin hundirnos. En equilibrios trémulos. Que sí que no. Oye no que sí. ¿Vale la pena vivir? ¿Vale la pena morir? ¿Valía vale? ¿Vale la pena vivir, Clotilde? Necesito tu mirada mansa. Tu hombro columpio. Tu sonrisa almohada. Que palpites en mí.

Quiero respirar mi rostro hundido en tus cabellos. U horadando tus senos. Quiero vivir en ti, Clotilde. Quiero viajar en ti, como en laberinto sin salida. Los míos.

Continuó el diálogo *in-mente*:

— ¿Cuáles tuyos?

—Las gentes de Santorontón. Y los seres inferiores, de otros idiomas —la mayoría indefensos— de la montaña. Sobre todo, estos últimos. Si no hubiera sido por ti, ya no existirían.

— ¡Ah, Cristo, Cristo, Cristo. . .!

Ahora, llévame al mar, Clotilde. ¿Para qué? Debo tomar mi canoa. Regresar a mi casa. Volver a mi trabajo. No puedo vivir de bocanadas de viento, Juvencio, no debes irte. En estos momentos, tu vida no vale nada. Te está acechando el arpón de Crisóstomo. La rabia-envidia de Espurio. La ponzoña del padre Gaudencio. La venganza de los otros. Pero, no puedo quedarme, Clotilde. No puedo.

—No puedo quedarme.

—Sí puedes, Juvencio. Quédate el tiempo que quieras.

—¡Ah, Jesús, Jesús, Jesús…

El tiempo que quieras. ¿Para qué esperar? Esta noche tiende sus manos para acariciar mi rostro. Mis clientes me necesitan. Yo también los necesito. Vine a Santorontón para curarlos. Y curarme. Curándolos curarme. Además, la ciudad tiene mil bocas para devorarme. Caminar en ella es correr de rodillas sobre colmillos de piedra. Colmillos hambrientos. Mis vestidos —de una talla mucho menor que la mía— siembran risa Mis brazos y piernas se exhiben con vergüenza fuera de las mangas y los pantalones cortos. Desde las graderías de un circo, me enamoré de la Ecuyére. Los cascos de su corcel violeta baten mis ojos entre el polvo. No me animo a rescatar mis ojos. A levantarlos hacia su montura alada. Mucho menos, a restregarlos sobre la tela escasa que le ciñe el cuerpo. ¿Para qué? Sería *como si un caracol quisiera columpiarse entre las alas de un murciélago. Mi caparazón, hecho de todas las abstinencias, sólo permite que me arrastre por la arena —Aah, caracol, caracol gasterópodo con una serpiente de cal sobre la espalda—. He visto a la Écuyére una vez única. Aunque siempre me deslizo subrepticiamente por debajo de la lona de la carpa. Una vez única. Estaba sola. En su camerino empapelado de carteles y retratos de ella. Estaba sola. Desnuda. La primera mujer desnuda que miré en mi vida. Se peinaba ante un espejo. Desnuda. Los cabellos sueltos sartas de semillas de mamey en sus caderas. Desnuda. Yo asomando mi cabeza —mis ojos— debajo de la lona. Desnuda. Después, en mis sueños y vigilias. En la escuela. La casa. La calle. Desnuda. La Écuyére, Desnuda. Una única vez, Aunque siguen mis ojos de alfombra esperando que ella pase. O mejor dicho que transiten mis propios ojos incrustados a los cascos amatistas. No me atrevo a mirarla. Hamacas de ilusión tendidas de mis ojos a la piel reluciente del equino. Equino amatista.

Aunque quieras irte, Juvencio, no podrás dejarme. Te necesitamos aquí, también. Más de lo que puede necesitarte nadie. Te equivocas, Clotilde. La Luna me está llamando. La Luna y el Río.' Lunas. Las Lunas. Las siete Lunas guirnaldas entre los cocoteros esmeralda. Siete

Lunas pupilas rúbricas de plata. Las lunas. Las siete Lunas. Entonces alquilaba bicicletas para recorrer los cuernos de .la Luna. O hacer acrobacias entre las siete Lunas. Sobre los techos de la ciudad trampolín de tejas me enredaba a las nubes. O a veces: me estremecía en el hilo de una cometa. Las dos ruedas automáticas —alas rodantes de acero— me arrancaban de la enorme rueda del circo. La Écuytre. Quería atravesar el techo de lona empinado por “los mástiles. La Écuyére. La soñaba en un circo de espuma. Yo cabalgando en caballo de arco-iris. Al lado de ella. Otras veces usaba cuatro zancos —con mis cuatro extremidades— para escarmenar al Cerro. Para pescar ciruelas o robar un cabello de La Viuda del Tamarindo. Con un solo cabello podemos conseguir lo que queramos: una bolsa de oro, un palo invencible o un plato siempre lleno. No quiero ni el oro, ni el palo, ni el plato. Sólo quiero a la Écuyére. Con su sombrero de copa. Su mínimo vestido de terciopelo rojo. O, mejor, sin sombrero y sin vestido. Desnuda. Como la vi la única vez que la vi. Para guardarla en una urna bajo siete llaves. Cuando vaya a la escuela. O la lleve en las noches a pasear en el Río. En el Río que engendran dos ríos a la vera del Cerro. Allí donde Orellana se mira a sí mismo. Preparándose para el salto a través de los Andes. A encontrar el más grande de todos los ríos. Capitán Orellana puente vivo para unir las enormes corrientes fluviales: El Patriarca Barbudo que con boca de Golfo rotura el Pacífico y la Boa Constrictor, de billones billones billones de escamas azules, que clava sus líquidos dientes en el propio pulmón del Atlántico. La Écuyére. La Écuyére que se fue con el circo. Que duró lo que duran las lonas alzadas con cuerdas y mástiles. Se marchó con los tres prosboscidos enfermos de spleen. Con leones y tigres sonámbulos. Con payasos colonias de amibas o bacilos de Koch, fabricados de yeso, cartón y agonía. Con sus dos trapecistas colgados del sueño. Con un equilibrista que viajaba con dos ataúdes, previniendo una muerte que en dos lo partiera. Con tres malabaristas que tenían el secreto de cercar en cada mano siete dedos ágiles. Con siete caballos azules y rojos. Y un solo caballo amatista para la Écuyére. La Ecuyére que siguió. Que siguió cabalgán. Cabalgando en mis ojos. En mis ojos durante mi infancia extendida. Extendida como una atarraya. Como una atarraya en esteros. En esteros que siembra el barbasco. El barbasco de gualda mortal.

—Mejor vuelve al cuerito de venado, Juvencio.

—Mejor, me voy, Clotilde.

—Estás débil. Descansa.

—Descansaré en mi casa. Irás a verme cuando puedas.

—No podrías llegar a la orilla. Mucho menos, bogar. Muchisimo menos, vencer las corrientes. Y los hombres te están siguiendo. Ya no quieren tan sólo matarte. Quieren difamarte. Hacerte asesino. Te acusan de la muerte de Ruales. Ya inventaron testigos, propósitos, hechos. Y si no, inventarán otra muerte. O cualquier otra cosa igual o peor. Nadie puede saber lo que están tramando. Ni cómo van preparándolo todo. Ni la clase de pronto que te están tendiendo, para darte el templón. ¡Y hacerte ver las estrellas con los ojos de espaldas!

—Son imaginaciones tuyas, 'Clotilde,

No le hizo caso. Prosiguió:

—Además, el pueblo entero está nervioso. Tú no lo sabes, porque no te has dado cuenta de nada en estos días.

¡Estabas tan mal! ¡Tan sin sentido! Pero, mañana se casa el Coronel Candelario Mariscal. Se casa, por todas las de la ley, con Dominga, la hija del brujo Bulu-Bulu.

Reaccionó.

—¿Mañana?

—Sí. Mañana.

—Entonces, con mayor razón debo ir. Tengo que impedir esa boda.

—¿Tú, también?

—Sí. Yo. Yo, también.

— ¿Por qué, Juvencio?

—Por... porque debo hacerlo,

Tengo que impedir esa boda. Candelario Mariscal tiene que casarse contigo. ¿Por qué? El fue quien te hizo mujer, ¿no? A mí nadie me ha hecho mujer, todavía. Pero... Aunque fuera el único hombre sobre la tierra. Aunque me estuviera derritiendo por ganas de tener hombre, ¡jamás me uniría a él! Es decir, ¿no te importa que se case con otra? A mí, ¿por qué? Ah. ¿Y a vos no te importa? A mí, tampoco. ¿Por qué tenía que importarme? Pero, eso sí. Tengo que impedir esa boda. Tengo que impedirla.

Cuando Gaudencio llegó a Santorontón, tuvo una sorpresa. En la orilla, como un enjambre de moquiñañas furiosas, estaban las santoronteñas, esperándolo. “Todavía seguía capitaneándolas Ña Prudencia. Apenas se acercó la canoa, lo rodearon. Parecieron preguntarle con todo el cuerpo. Con la boca distorsionada. Con los ojos ansiosos. Con los gestos y los ademanes tensos. Las palabras lo envolvieron nudos de cien cuerdas que lo ataran una y otra vez. Quiso hablar. No pudo. Estaba cercado por cadenas de gritos crecidos en la noche densa.

—¿Qué pasó, Padre?

—¿Vio a Bulu-Bulu?

—¿Convenció a Crisanta?

—¿Le dio miedo a la Minga?

—¿Se acabó la boda?

—¿Cómo reaccionaron?

—¿Qué le dijeron, al fin?

—¿Qué me dijeron? ¿Qué me iban a decir? ¿Les contaría la verdad a esas mujeres furiosas? ¿Le creerían? Aunque le creyeran, ¿qué importaba? Sabía que cuando conocieran el resultado de su misión, lo único que las convulsionaría era el haber fracasado. Saber que, de todas maneras, iba a celebrarse la boda del Coronel con la hija del Brujo. Todas las mujeres del pueblo —en contra de su voluntad— tendrían que asistir a la iglesia. Deberían ponerse sus mejores galas, para acompañar a los ritos de arios ceremonia eclesiástica.

Porque, eso sí, tendría que ser suntuosa. Yo estrenaré unas ropas espectaculares, que guardo en el fondo del baúl, para las grandes ocasiones. El Coronel no le había dicho nada. No necesita decírmelo. Al final de cuentas, para mí y para la iglesia es una ocasión memorable, No la voy a dejar pasar así como así. Aunque el Coronel no me pague, tendré que hacerlo en la mejor forma posible. Ya conocía el genio que se gastaba el bendito —¿bendito?— militar. Además que, a lo mejor, pagaba. Pagaba espléndidamente. Quién sabe si hasta pagase mejor que cualquier otro. ¿No decían que había robado tanto? Aunque muchos afirmaban que no se había quedado con nada, eso estaba por verse. El dinero es pegajoso, como la pulpa del caimito. Aunque uno no quiera, se le va quedando entre los dedos. A mí que no me vengan con cuentos. La plata es la plata. En Santorontón como en cualquiera otra parte. ¿Entonces? Las santoronteñas tendrían que resignarse. Él, por su parte, se resignaría a escucharlas. Claro que intentaría calmarlas un poco. No con palabras de consuelo. Eso no daría resultado. Más bien, con táctica. Con un poco de malicia. Del mal, el menor. Hicieran lo que hicieran esas mujeres. Dijeran lo que dijeran, ¡allá ellas! Yo tengo que cumplir mi santo ministerio. *Ubi bene ibi patria*. No. Eso, no. Podría estarlo oyendo el Cristo Quemado. Nadie sabía - en qué momento se le antojaría aparecer. Mejor, *Sursum corda. Sursum corda.* Lástima que no se lo pueda decir a las santoronteñas. ¿Y por qué no? ¿Por qué no?

—*Sursum corda!*

Se miraron, las unas a las otras, desconcertadas. ¿Estaría en su sano juicio? ¿Qué querría decirles con eso? ¿Había en esas dos palabras algo con lo cual les estaba respondido? ¿Por qué les hablaba en otro idioma? A coro:

—¡Qué!

—*Sursum corda!* ¡Eleven los corazones!

Ña Prudencia hizo ademán a las otras, para que se callaran.

—Los tenemos muy elevados, Padre Gaudencio.

—Cuánto me place oírlo, hijas mías.

Las mujeres hicieron gestos de impaciencia. Esto va sé estaba prolongando demasiado. ¿Qué pretendía el señor cura? ¿Acaso trataba de engañarlas? ¿O era que el Brujo —con sus 77 mañas— lo había enredado y lo tenía bailando en la palma de su mano? Gritaron nuevamente, confundiendo las voces:

—Ya díganos qué pasó, Padre.

—No nos tenga en esta incertidumbre.

—¿Convenció al Brujo y su familia?

—¿Se acabó la boda?

—Por favor, ¡díganos algo, señor Cura!

Gaudencio, solemne, levantó los brazos. Todas se callaron. Hizo entonces, la Señal de la Cruz. Las mujeres lo imitaron. Él se arrodilló. Igual, ellas. Filemón para sus adentros, entonó un Hosanna. Pensó que ya las tenía convencidas. Así actuaba siempre. Cuando las hubiera apaciguado, les diría lo que tenía que decirles. Lo conocía muy bien. Para manejar a sus ovejas, como él las llamaba, y para sacarle dinero al prójimo, nadie era como él. Por otra parte, el hombre tenía sus méritos. Por ejemplo, se abstenía del pecado de la carne. Y eso

que a veces afirmaba: “Es lo que más me cuesta, Filemón. Me gustan —¡perdón, Señor! — me gustaban mucho las mujeres. Y aunque todavía me sigan gustando —¡otra vez, perdón, Señor, pero es la verdad!— cierro los ojos para que pasen sin que yo las vea.” El pecado de la gula sí, no podía vencerlo. “Es lo que me queda, Filemón. Comer. Todo lo demás me está vedado. Comer.” Era lo único que allí podía hacerse. Comer: Cangrejos —atados de corales —. Ostiones —diamantes negriazules—. Camarones —pétalos de rosa enroscados—. También era un poco soberbio. “¿Cómo no voy a ser soberbio, Filemón, en medio de gente tan humilde y atrasada? Soy un hombre de alta clase. Mi destino es ser príncipe. Un be de la Iglesia, por lo menos.” Filemón —malabarismo de huesos erectos— lo miró con mayor atención. Ya las tenía rezando el Rosario. Lo acompañaban a despecho de su voluntad. Con las rodillas" clavadas en la arena, Como si fuera una colección de tortugas poniendo sus huevos en la playa. Terminada una Avemaría, comenzaba otra, inmediatamente.

Ña Prudencia no pudo más. Entre una y otra oración, se puso en pie y bramó:

—Pero, Padre Gaudencio...

Las mordía el frío. La rabia. El desconcierto. Empezaban a tener una vaga idea de que el cura se estaba burlando de ellas. Pero, ¿qué podían decir? ¿Qué podían hacer? Era su bien amado Padre Gaudencio. El Pastor de sus almas. Aquel que conocía —dentro y fuera del confesionario— todos sus secretos. Como ya empezaba.

—Dios te salve, María...

Antes de que el Coro lo siguiese, interrumpió, furiosa:

—¿No le parece que ya es bastante?

El Cura, imperturbable, le hizo señas de que se calmara y prosiguió:

—...llena eres de gracia...

Cuando terminó la última oración, las santoronteñas estaban vencidas. Sentían cada vez más hondo, en la piel de sus rodillas, los dientecillos húmedos de la arena. El frío carcajeante del mar les hacía cosquillas salobres en la nuca. De vez en cuando, el Sudeste —con sus nutridos peines de agujas— arañaba sus cráneos. O les escarmenaba los largos cabellos extendiéndoselos alas de murciélago. La gran mayoría rezaba monocordemente. Por inercia. Al igual que se deslizan las canoas cada vez que el canalete las empuja. No tenían ya la menor idea de lo que estaban haciendo. Lo que ansiaban era cama. Descanso. Calor apretado de sus hombres. Sueño. En cambio, otras, dentro de sí mismas, empezaban a arrepentirse de la dura jornada. De la actitud asumida. De los actos cometidos. Hasta empezaban a maldecir a Jovita, Prudencia y las demás cabecillas. Al fin y al cabo, el fundillo de Dominga era de Dominga. Ella podía hacer de él lo que le saliera de las entretelas. Si quería entregarlo, con todas las de la Ley, al Coronel Mariscal, y si éste peleaba por la bendición del Cura, ¿qué les importaba? Era cuestión de ellos. En cierto modo, estaban tal para cual. ¿Por qué las santoronteñas tenían que agarrar su vela en ese entierro? Además, que si Candelario se enteraba de que se habían opuesto, no se lo perdonaría. Les parecia verlo con su aire de quien-me-jode-se-jode. Desempolvando el machete y la carabina que seguramente estaban durmiendo desde los tiempos en que se alzó en armas. ¿Quién se atrevería a enfrentársele? Ninguno de sus hombres, sin duda. Quizá, algunas de ellas tuvieran voluntad de hacerlo. Pero, ¿en qué forma? Lo único que manejaban un poco eran las cazuelas y las ollas. Algo, los aperos de pesca: el arpón, la fija, el anzuelo. ¿Éstos serían suficientes para darle combate al Coronel Candelario Mariscal? Sólo de pensarlo, era para

que les estallasen de risa las tripas. Además, ¿con qué objeto? Sabían que él cumpliría su promesa. Se los almorzaría a todos y convertiría a Santorontón en un cementeio. Por otra parte, quien las había metido en esa olla de - grillos era como el Capitán Araña. Las había embarcado en la balsa mal atada, para que fueran a provocar al caimán de abiertas fauces. ¡Y ella se había quedado en tierra! ¿Sería por eso que muchos no la llamaban Jovita, sino Jovita? Bueno, ¿y por qué no lo habían pensado antes? ¿Por qué se habían dejado enmelar por la mujer de Espurio? Eso, tal vez estaba bien antes. Cuando el doctor-enterrador era el único en cada uno de sus respectivos oficios. Ahora, había un nuevo médico: Juvencio. Un nuevo sepulturero: el Padre Gaudencio. Del uno —por las curaciones en gentes y animales que había hecho— tenían la certeza que era superior como médico. Del otro, ¿cómo iban a dudar que su cementerio no estuviese santificado? En todo caso, A era tarde para arrepentirse. En el futuro —si es que había futuro— tenían que andar con pies de plomo. ¡Quién sabe si Jovita y su marido estaban de acuerdo para hacer que se enredaran en esa trampa de sombras todas las familias de Santorontón! De ese modo harían el negocio completo con el Coronel. Éste les entregaría los cadáveres y les pagaría los entierros. ¿No era eso lo que había mandado decir con Ña Crisanta? De verdad de verdad, ¿por qué no lo pensaron antes? ¿Por qué dejaron que la mujer del médico-sepulturero les echara tierra en los ojos? Tal vez lo mejor, era irse en seguida. Ni siquiera esperar que el Padre Gaudencio les diera el resultado de la misión. Mientras menos se comprometieran habría más probabilidades de salvarse. O quizá podrían pe que realizara la boda, Que olvidara lo que le habían solicitado a tempranas horas de esa noche. Exageraron su cambio. Pensaron que tal boda sería una gran fiesta para el pueblo. Ellas podrían divertirse de lo lindo. Quién sabe si hasta hubiese baile. Comida. Bebida. Y todo lo demás...

La voz de Gaudencio interrumpió sus meditaciones.

—Pues bien, queridas hijas mías.

El Coro —con pocos tonos de ansiedad o de interés, y muchos, de aburrimiento o desgano— inquirió:

—¿Qué?

Puso una cara de mártir.

—No se pudo hacer nada con el Brujo y su familia.

Esta vez hubo sincronización en el Coro. El interés fue común.

—¿No?

—No, mis queridísimas hijas, Por más que lo intenté, ¡no pude llegar a Balumba!

CAP. XXXI

Tonos los días, al amanecer, José Isabel Lindajón miraba al cielo. Arriba, las nubes parecían darse golpes con sus puños algodonosos. Venían desde el Golfo. Comenzaban doradas al beso del Sol tierno. Después, se agrisaban. Y, por último, volvíanse casi negras. Se empujaban, más tarde, hasta ponerse sobre la montaña a cuyas plantas aún dormía Santorontón. Hoy llueve. Hoy sí que llueve. Y se nos va a joder la ciénega. Todavía falta de cubrir un pedazo. La tierra de los muros no está seca. ¿Para qué nos habremos fregado tanto trabajando? Nuestro esfuerzo será inútil. Cualquier momento de éstos caerá un chaparrón. Y todo se lo llevará Candanga. Pero, pasaba el día. Las | gentes seguían trabajando con frenesí hasta la alta noche. Las nubes tormentosas y bajas, casi enredadas entre las ramas de los árboles, se marchaban. O se iban enrareciendo. Desapareciendo.

—No llovió, ¿verdad, doctorcito?

—Así es, José Isabel. No llovió.

—Vamos a ver, mañana.

—Vamos a ver,

Al día siguiente, se repetían los hechos. José Isabel con su angustia centinela madrugaba más aún. Sus ojos habituados a arponear las tinieblas trataban de hurgar en la madrugada nonata. Querían descubrir —más bien, adivinar— el itinerario de las nubes. En vista del fracaso de su empeño, la ansiedad se le enraizaba más aún en el ánimo. Lo que es hoy sí llueve. Y ya nos falta poco. Será cuestión de dos o tres días más. Se terminará de levantar la palizada. De hacer el grueso muro. ¿Aguantará el muro? Tiene que aguantar, Hemos levantado un muro que parece base de otra montaña. Claro que lo hemos hecho sólo porque los animales nos ayudaron. Nos ayudaron sin descanso. Todos ellos. Especialmente los monos y murciélagos.

—Cuando el agua llene la ciénega, ¿no se vendrá todo abajo?

—No lo creo, José Isabel. Y no lo pienses. Sería espantoso.

—¿Por qué, doctorcito?

—¿Te imaginas esa masa de agua cayendo sobre el pueblo? Sería como si se nos viniera encima una montaña.

— ¡Ah, carajo! No lo había pensado.

Pasaban los días y los días. Ya el muro se iba a terminar. Ya se había terminado. Ya estaba secándose. Ya estaba seco. Pronto regresaron las lluvias. Unas lluvias torrenciales que sembraban de arroyos las laderas. El veranillo daba las últimas boqueadas. Todos sonreían en la montaña. Y una gran mayoría, en Santorontón. La risa de los monos era fácil de observar. Las otras risas -—las de los murciélagos, tigres, tigrillos, tejones, venados, colembas, ardillas, culebras, etc.— más difícil. Con todo, José Lindajón estaba seguro: Los animales vestían de carcajadas cada hoja de los árboles. Cómo no van a estar contentos —muriéndose de risa— al ver que ya no les va a faltar el agua. Ya no dependerán de los charcos o ¡los pozos. Y menos, mucho menos, de robarle el agua a don Chalena. ¡Don Chalena! Ese pendejo sí que se va a podrir de rabia. Las tripas puñado de gusanos rabiosos se le van a querer salir por la boca. ¿Qué se había creído el hijo de puta ése? ¿Que se iba a salir con la suya?

—Ahora verá don Crisóstomo lo que se siente cuando los demás no tienen sed.

—Sobre todo si ya no está en sus manos quitar o no la sed.

—También otros han de estar como alacranes en brasero. Clavándose en la espalda su propia ponzoña.

Juvencio lo miró con atención. Parecía que bailaba un alza-que-te-han-visto. El cuerpo se le movía al compás de las palabras.

—Se te ha soltado la sin-hueso, José Isabel. Mejor dicho, se te está soltando todo el cuerpo.

No hizo ningún comentario. Prosiguió:

—... como al cara-de-bragueta-abierta del doctor Espurio

—De verdad, ¿comiste lengua de perico esta mañana?

Esta vez, lo miró. Con afecto. Sonrió.

—No, doctorcito. Es que me nada el cuero. Estoy contento. ¿Cómo no voy a estarlo? Ya no tenemos que despojarnos de nada para poder usar el agua que queramos. Hasta la vergüenza es nuestra, de nuevo, doctorcito.

—Explicame eso.

—Antes, nuestra vergüenza no era nuestra si no de don Chalena.

A todas horas empezó a asomarse al borde de la presa. Al principio, la tierra sedienta del fondo, se bebió a tragos largos las aguas de los aguaceros iniciales. ¡Carajo! ¿Es que la ciénega se va a sorber toda el agua? Debíamos de haber puesto con tiempo mucha piedra. O, siquiera, bancos de palizada. Ahora, ¿qué vamos a hacer? El pánico empezaba a dominarlo. Bajaba saco de huesos descoyuntado. Sin voluntad. Sin ánimo. Casi sin darse cuenta. Nada había valido la pena. Al final, iban a estar tan jodidos como antes. Quizá, más. Ahora, Chalena les apretaría más fuerte los tornillos.

—La ciénega no va a servir, doctorcito.

—Ten paciencia, José Isabel.

—Fijese. Ya han caído varios aguaceros. Y toda el agua se va para el fondo. La ciénega no se va a llenar nunca.

—Ya verás que sí.

— ¡Qué va a llenarse! Ese Cuyo-nombre-no-se-pronuncia ha de estar ayudando, otra vez, al Cara-de-Sapo. Debíamos de haberlo esperado. Así fue siempre todo aquí. El que agarra el sartén es que el fríe las lisas, doctorcito.

—Te equivocas. Ahora, será distinto. Ten paciencia.

Al día siguiente volvía a los bordes de la presa. La ansiedad le hacía pisar el aire. Igual que si tratara de evitar tachuelas punta arriba. Casi volaba. A lo mejor, la Ciénega estaba más seca. Tal vez, para lo único que iba a servir era para criar zancudos. Para que hubiera más carcajadas de sarteneja en el verano. O cuando menos, para que surgiera un fango intransitable. ¡Todo, pues, en vano! Cuando se asomó a la presa, dio un salto de alegría. Ya empezaba a llenarse. Se veía —espejo creciente— allá al fondo. Y mientras más llovía, más aumentaba de tamaño. Pronto alcanzó los niveles más altos. Pronto empezó a rebosarse. Los melenudos árboles, con sus brazos clamantes, parecieron bañarse invertidos en la enorme superficie. Las laderas de Jos cerros se vistieron con líquidas túnicas dinámicas. Y las yerbas menudas se empinaron para no perder el espectáculo.

—Usted tenía razón, doctorcito. Vamos a tener agua hasta fines del verano.

—Quién sabe si hasta el otro invierno. José Isabel.

—Ya no nos joderá don Chalena.

—Ni Chalena, ni nadie.

Chalena había empezado a ver cruces. Cruces. Cruces, por doquiera. Superpuestas en todas las cosas. Y en todos los seres. No Cruces de iglesia, con El Cristo clavado en ellas. No. Cruces pequeñas. De esas que florecen en las tumbas. Como si el horizonte que dominaban sus ojos fuera sólo un enorme cementerio. Desgraciados. Ya me la pagarán. Todavía tengo con qué fregarlos, aunque mi Socio me haya abandonado. ¿Y si no me ha abandonado? ¿Si sólo espera una oportunidad para ayudarme? ¿Cómo va a perder varias almas —la mía y las de quienes me acompañan— por darse el gusto de dejarme al garete? Tiene que ayudarme. Y si no, ya me las arreglaré solo. Claro que las cosas están color de hormiga. Se dijera que todo me da la espalda. Todo y todos. Hasta los infelices lameculos que dicen que están de mi parte. Pero, ya los agarraré —a ellos, también— de atrás para adelante. Siempre cruces. Entre la línea de los ojos, ojales, ojículos. Sore la boca —ya casi era todo boca— siempre cruces. ¿Su destino sería ése? ¿Al final le quedaría como único derrotero, esa larga perspectiva de cruces? Don, veníamos. Sí, veníamos a decirle, Don. Están envalentonados los santoronteños. No nos hacen caso, Don.

—No quieren ni pagar las deudas.

Se enderezó. Todavía lograba enderezarse. La panza y la boca —hechas una sola cosa— parecían un colchón enrollado y erecto. ¿Erecto?

— ¡Ah! Son ustedes.

Salustiano Caldera y Rugel Banchaca estaban desconcertados. Toda su autoridad —de Teniente Político y de Jefe de la Rural, respectivamente— se les guindaba de las manos caídas. Culebras pachonas. Muertas. No osaban mirar al Sapo-sapón-sapete.

—Sií, don Chalena.

—Nosotros.

—No sabemos qué hacer con los santoronteños.

—Ni siquiera nos toman en serio.

—Se ríen en nuestras barbas.

—Los hubiéramos apresado.

—-O castigado.

—Pero son muchos.

—Todo el pueblo.

—Ni siquiera nuestros rurales quieren obedecernos.

—Estamos jodidos, Don.

—Requetejodidos.

Pendejos. No están. Así nacieron. Requetejodidos. Si no me estorbara tanto la panza. Si la boca no me pesara tanto como la panza. Yo mismo iría a cobrarles. Tendrían que pagarme. En cualquier forma. Ya lo verían ustedes. Pero soy más panza y más boca que yo mismo. Soy un hombre pegado a una panza. No puedo casi ni menearme. ¿No lo están viendo? ¿Y de verdad irán a dejar de pagarme los santoronteños? ¿Y entonces? ¿Qué va a pasar con mi plata? ¡Con mi platita linda! ¿Iré a perder mi platita?, ¡Mi platitita! ¡No! ¡Eso no! Iré a suplicarles de rodillas que me paguen. Haré cualquier cosa para que me den lo mío. ¡Domínate, Crisóstomo! Cuidado te pones a llorar aquí, por tu plata. ¿Qué conseguirías con eso? Además, ¿qué te van a pagar? ¿Qué le iban a pagar si ya no tenían el fantasma del agua haciéndoles cosquillas en el cuerpo? Ya no sentían las puñaladas de arena estriando su garganta. Ni las lijas de fuego quemándoles los labios, No tendrían, tampoco, miedo a secarse como plátanos en playa. Sin duda, las mujeres, ahora, le enseñarian la lengua. O le echarían orines en el rostro. Y eso si no le largaban encima los perros. Le daban golpes. Le lanzaban unas cuantas pedradas. O le cumplían una amenaza que le echaron cierto día. Lo vamos a desnudar, Don. Le vamos a embarrar miel de moquiñañas en todo el cuerpo. Y después lo amarraremos a una estaca en el centro de la plaza. Para que comiencen lamiéndolo los perros y terminen picándolo los güitifes y puyones. Sapo-sapin-sapete, empezó a escuchar —boca adentro, panza adentro— las campanadas humillantes. Tilin-Tilín. Tilin-Tilón. Güevin-Güevín. Güevón-Güevón.

—Entonces, Don. ¿Qué quiere que hagamos?

— ¿Podemos hacer algo, todavía?

Los miró. Estaban como encerrados en una cárcel que, en lugar de rejas, tuviera puras cruces. ¡Qué graciosos se veían! De pronto, ya no los vio de pie sino acostados. Acostados —un metro bajo tierra— pálidos. Inmóviles. Con una cruz encima. ¿Estaban muertos? ¿No? ¿Sí? ¡Qué graciosos! Miró un poco más allá. Y la visión se multiplicó. Ya no eran sólo Salustiano y Rugel los que estaban bajo tierra. Era toda la gente de Santorontón. Quietos. Tendidos. Siempre con una cruz encima. La risa le hizo oleadas en el vientre. Fue una risa mínima. De rata dichosa. Mecida en una cuna por dos gatos. Jijijí. ¡Jijijí!

—Tenemos que hacer algo.

—¿Pero, qué, Don?

— ¿Pero qué?

—Cualquier cosa.

—¿Y si no logramos nada?

—Son capaces hasta de darnos palo.

Meditó breves segundos. Tuvo una súbita transición.

—Entonces, esperemos. Un poco. Ya les pasará. Pronto nos tocará a nosotros. Reiremos al último.

—Así será, Don.

— Asi será.

—Claro que así será.

Los otros, —sin tenerlas todas consigo— se marcharon. Los vio —a través de las cruces del primer plano— caminar entre las otras cruces. Con todos los santoronteños yacentes. Sintió un peso a su lado. ¿Se le habría colgado la barriga? No. De la hamaca le llegó el conocido olor a azufre. ¿Sería El-que-Sabemos?

Horas más tarde —al caer el Sol salió la Luna tamboril de plata— los santoronteños se encontraron. En la plaza. Frente-a la iglesia. Estaban —a pesar de la creciente ciénega— con el alma en un hilo. Los comentarios les hervían, como cangrejos cocinados vivos. Surgían al unísono. Casi sin identidades peculiares. Lo mismo que si todos tuvieran una voz. O el dialogo engendrara un gran monólogo. Un monólogo hecho de vértebras de diferentes seres, que se iban enhebrando y deshebrando a cada instante, ¡Carajo! ¿Ustedes vieron lo que nosotros vimos? ¿Quién no lo vio en el pueblo? ¡Cómo volaba don Crisóstomo! ¿No? Volaba sin alas. Como una pelota que acabaran de patear. ¿De qué otra manera podría volar el Desgraciado? Han de haberle pateado la panza. Con patada o con alas —o, ¡quién sabe con qué!— lo cierto es que el Maldito se elevó. Yo creí que se iba de aquí para siempre. Yo, también. Y yo. Y yo. Y yo. Todos lo creímos. Sobre todo, por la ciénega. Claro. La terminación de la ciénega le ha de haber provocado prieto vómito. O, por lo menos, baba. Eso, ¡baba! Baba de varios colores. No, baba prieta. Y, sin embargo, volvió. Pero, antes cayó en una canoa. Ajá. De cuatro remos. La condenada estaba en medio río, esperándolo. ¡Qué raro! ¿No? Nadie la había visto antes. ¿Ó brotaría del fondo? ¿O sería otra cosa? ¿Qué? La canoa. ¿La canoa no era canoa? ¡Quién sabe! Y entonces, ¿qué era? ¡Vaya a saberlo Dios! Acaso una tortuga enorme. ¿Grande como una canoa? Las hay hasta más grandes. ¿Y los remos? ¡Qué remos ni qué pendejada! A lo mejor eran las patas de la tortuga. Lo cierto es que el Panza de sapo. . . ¿Panza de sapo? Más bien, Sapo de panza. O Panza de Panza. Eso. El Panza de Panza regresó. ¡Qué desgracia! Debía haberse caído al agua. Y no volver a asomar las narices por aquí. ¿Las narices? No tiene narices. Tiene panza. Bueno, la panza. Que no hubiera vuelto a asomar la panza por aquí. Lo curioso es que no vino como fue. Cierto, ¿no? Traía abrazado algo. De verdad, ¿qué sería? ¡Quién sabe! Ha de ser algo malo. Claro. ¿Cómo puede ser algo bueno trayéndolo Chalena? ¿Será veneno para echarle a la ciénega? ¿O dinamita para volarla? ¿Se la daría El-que-Sabemos? ¿Quién otro? Eso. ¿Quién otro?

CAP. XXXII

Desde lo alto de la colina, miró al pueblo. Las luces parpadeaban sartas de cocuyos. ¿Qué estarían haciendo los santoronteños? Tuvo ganas de dispararles salivazos. Salivazos. Salivazos que por ser de él los bañarían de miedo. Tal vez no había ni uno solo —los que aún seguían despiertos— que no lo pensara en ese instante. En cuanto a los dormidos, lo más probable es que estuvieran sufriéndolo en sus sueños. A todos, sin duda, les parecería mentira que él —el Coronel Candelario Mariscal — se fuera a empiernar, de allí en adelante, sólo con una hembra. Sobre todo, bendecido por un cura, Y nada menos que en la iglesia de cemento armado de Gaudencio. Los dientes se le hicieron música a impulsos de la risa. ¡Cojudos! No quieren darse cuenta —¿O sí se dan y por eso las cosas andan viento en popa?— de que yo los hubiera hecho mierda si hubiesen intentado detenerme. Sacaría mi machete roncador —que aún tengo durmiendo debajo del petate— y escribiría con su sangre mi nombre en sus barrigas. Hubiera sido bueno, Coronel. A lo mejor te estás perdiendo un espectáculo gracioso. Quizá te hubieras divertido más despanzurrándolos que lo que vas a gozar mañana con Dominga. ¿Dominga? ¿Gozar con Dominga? No te hagas el chancho rengo, Candelario. Para nada se trata de Dominga. Si la Chepa —la difunta condenada— no te estuviera exprimiendo noche a noche, jamás hubieras visto a Bulu-Bulu. Y mucho menos, te irías a aplicar su “medicina”. Y entonces, ¿qué más quieres? Si la medicina te cura y está buena, ¿qué más quieres? Y: dedeveras que Dominga —Dominga-medicina— le encendería la vela hasta a un finado. Con ella te va a faltar el ánimo para darle gusto al siete. Y con un cuero vivo. No con uno que sale de adentro de la tierra para verte. Dale gracias al Cielo —¿al Cielo, don Cojudo?— por haberte puesto a Bulu-Bulu en medio de la trocha. ¿Te das cuenta lo que es vivir amarrado para siempre a una difunta? ¿Tener que revolver su chirimoya sin descanso? ¿Y esta noche? ¿Tendrás su visita en esta noche? Quizá lo sabe todo. Los muertos nada ignoran. A lo mejor, ya viene sobre el viento a restregarte las entrepiernas. Tratará de concentrar todas sus ganas. De sacarte hasta lo último del jugo que te queda. Así, mañana no le harás ni una sola a la Dominga. ¿O la difunta no quedará contenta ni con eso? ¿No querrá helarme los güevos, con sus besos de

tumba, como en otras ocasiones? ¿Me dejará la picha seca cascarón de culebra acabada de mudar? ¿Todo será por gusto? ¿Las cosas volverán a ser como antes? Si así fuera, desgraciaré al Brujo Bulu-Bulu. Con dos tiros, le vendaré los ojos para siempre. Le zurciré el pellejo a punta de machete. ¿Y si el Brujo se vuelve muchos Brujos? ¿Si al mismo tiempo tienes que pelear con cincuenta, cien o más? ¿Si antes de que lo toques se divide en varias partes? ¿Si cada una de estas partes —cuerpo, brazos, piernas y cabeza— te atacan separados? Tú lo sabes, Candelario. Agarrarse con un Brujo no es lo mismo que pelear con cualquier otro. Mientras tú le des en la cabeza —o en una de sus múltiples cabezas— él te puede hacer cedazo con sus dientes, sus uñas o sus golpes. Además, ¿y si es verdad que acapara muchas vidas? Si acabas con alguna, ¿no tendrás que vértelas, después, con varias otras? Claro que si él se vuelve tigre, te haces tigre. Si él murciélago o caimán, tú murciélago o caimán. Y si X-Rabo-de-Hueso, X-Rabo-de-Hueso, tú, también. Para eso naciste. Para eso. ¿Y al final? ¿Cuál sería el final de tanta lucha? El Brujo Bulu-Bulu ¿se saldría con la suya? No lo creo. ¿No lo crees, don Cojudo? No. No lo creo. A mí, ni un Brujo me podrá ganar jamás. El único que puede derrotarme es mi padrino. Él, y su Cristo Quemado. Con ellos nunca pelearé. Á los demás me los paso por donde no me quema el sol. ¿También al Brujo? ¿Por qué no? A mí no pueden ganarme en estos lados. Para eso soy quien soy. Y de verdad, ¿quién eres? Todos dicen que el hijo de El Coludo. ¿Será cierto que mi padre es El Coludo? Coludo desgraciado. Diablo desgraciado. Porque es un desgraciado. Si no lo fuera, no me hubiera botado a las puertas de la iglesia. Donde mi padrino me encontró. Además, me hubiera buscado cualquier día. O me hubiese indicado su presencia alguna vez. No habría permitido que pasara lo que está pasando con la Chepa. ¿O él mismo la mandó para que me diera gusto todo el tiempo? A lo mejor, pensó que así yo no tendría más problemas con las hembras. Una sola se acostaría conmigo, de por vida. Una sola. De por vida. Y muerta. Terminadas las peleas de miaderos, se largaría, sin causarme ningún daño. A enterrarse de nuevo. Dos metros bajo tierra, en “Los Cocuyos”. ¡Carajo! Pero ya se me subió la miel al cuello. Ese fundillo se me atora en todo el cuerpo. Sólo al verlo me encrespo hasta los huesos. ¿Por qué, si es que mi padre es el Traga-Almas, no se da Cuenta de que estoy cansado de metérmele? ¿Por qué no se la lleva para que le saque filo a otros arpones? ¡No! ¡No creo que yo sea hechura de El Coludo! De El Coludo y una mula, como dicen. Y tampoco el padre Cándido es mi padre, según riegan otras lenguas. Él sólo es mi padrino. ¿Por qué piensas así? Lo juzgas incapaz de tener hijos. Eso, no. Por el contrario. Podría tener cien hijos, si quisiera. El Padre Cándido es muy hombre. Tan hombre como cualquier santoronteño. Lo que pasa es otra cosa, Al ser cura, se anudó lo que sabemos. Y aunque a veces quisiera desatárselo, ¡se aguanta! Ese nudo lo tiene para bien. Si no, estas islas se poblarían de Mariscales. Quién sabe si tetearían hasta el Golfo. ¡Claro que es muy hombre mi padrino! He visto encendérsele los ojos cuando una hembra se le acerca. ¡Se aguanta! Cierra los ojos. Aprieta las manos. Y de seguro, reza. ¡Se aguanta! O quién sabe si se insulta por haberse vuelto cura. O por haberse hecho un nudo tan fuerte y tan amargo. Y eso es —entre otras cosas— lo bueno que tiene mi padrino. ¡Se aguanta! ¿Cómo no iban a gustarle los fundillos? ¡Se aguanta! Él mismo se ha tejido una atarraya. Invisible atarraya que lo atrapa entre sus plomos y sus piolas. No. No creo que mi padrino sea mi padre. Aunque lo quiero como si lo fuera. Es la única luz que tengo adentro. ¡Ah! ¡Si él me hubiera entendido! ¡Si no me hubiera botado de su casa! ¡Si me hubiera creído que, por jumo, le incendié la iglesia! ¡Todo hubiera sido tan distinto! ¿De verdad, Candelario? ¿No te engañas? ¿No tratas de engañarte? ¿Y tus entrañas nido de alacranes, avispas y gusanos? Hiciste lo que hiciste porque eres menos hombre que caimán; Ahora te has calmado porque te tumbó los cocos el Coronel Moncada. Porque los años te están volviendo fofo, comején, tronco podrido. Y, sobre todo, porque la difunta se te ha colgado de los güevos. Si no, aún

seguirías convirtiendo en manicomio o cementerio los lugares que marcaras ton tus huellas. Aquí estoy, Candelario. Nada te detendría. Aquí estoy. ¿O será verdad que tu padre —si es que €s tu padre el de los Siete Siete-mil-cachos— te estaba usando para mandar más almas a los Siete Siete-mil-Infiernos? Entonces, ¿todo lo que has hecho no lo has hecho? ¿Ha sido El Traga-Almas-Verde-Colorado —verde azufre, colorado llama— quien lo hizo? ¿Fue la mano de El-Jódanse-todos-que-aquí-estoy-yo, la que empujó tu mano para quemar la iglesia, para que empaparas en su propia sangre a los Quindales, para que esparcieras violación y muerte en mar y tierra? Ya llegué, Candelario. ¿No me ves? Entonces, ¿tú no eres culpable si no El Otro? Cojudo, mil veces Cojudo. ¿Qué importaba que El Traga-Álmas le empujara o no la mano? ¿Que lo hubiera hecho o no, por su propia voluntad? Todo era lo mismo. Lo había hecho. Candelario. Candelario. ¿No me ves? ¿Es que se estaba arrepintiendo? ¿Es que le dolía ser tan hijo c-mula cómo era? Todo daba lo mismo. ¡Apúrate, Candelario! Se nos hace tarde. Todo daba lo mismo. No podemos perder tiempo, Candelario. ¡Apúrate! Todo daba. Te has dormido con los ojos abiertos. Todo. Candelario. ¿Qué te pasa, Candelario? Todo. Vengo con más ganas que nunca. ¡Apúrate!

Ante él estaba la Difunta. Encuerada. Como siempre. ¡Que buena hembra! A pesar de saberla muerta, sintió que se le templaba la bragueta. Sólo porque estaba tan convencido, no podía dejar de convencerse. Bien muerta, carajo. Bien muerta, la condenada. A dos metros —¿o sería menos o más?— bajo tierra. Tal vez en puro hueso va. Y de verdad, ¿cómo haría para ponerse carne encima? Carne dura. Carne como la mejor que pudiera tener mujer alguna. Bien muerta, Allá. En “Los Cocuyos”. Llorada por su primer marido. Casimiro Caliche. —¿El, Candelario Mariscal, era su segundo marido? ¿Se puede llamar marido a quien se tira a una difunta?— Bien muerta. Y, sin embargo, allí estaba. De pie. Ante él, Tetas mamey. Caderas fiesta. Ante él. Mirándolo. Los ojos. Los ojos los ojos los ojos. Semillas de muyuyo taladrantes. Clavándosele con garfios de ida y vuelta. Lo mismo que se clavan los anzuelos. Tibia como ladrillo de brasero. Sí. ¡Qué buena estaba la Difunta, su difunta! ¿Y si mejor reculaba y acababa esa boda con Dominga? ¿Si iba en seguida donde Gaudencio y le pedía que anulara todo? ¿O si no decía nada a nadie y se largaba de Santorontón? La Chepa lo buscaría donde fuese. Para los muertos todo es fácil. Y el gusto sólo quiere que le den más gusto. Al día siguiente, nadie sabría nada. Sólo que él que se había hecho humo, una vez más. Hasta el Brujo pensaría que se fue con el Mismísimo. Enredado a sus siete mil cachos. O a sus siete mil rabos. ¡Dedeveras que sería lo mejor! ¡Para qué buscar fuera de la Chepa lo que allí tenía noche a noche? Sí. Sería lo mejor, pero... ¿Pero qué? Es que ya estaba cansado de lo mismo. o probar mariscos nuevos. Sobre todo un marisco de hembra viva. ¡Ah, cómo serán los hombres de pendejos! ¡Quieren buscar afuera conchas prietas, cuando ya las tienen asándose en las brasas! ¡Ah, qué pendejos somos, Candclario! ¡Qué pendejos!

—¡Apúrate, Candelario!

—Claro, Chepa.

—La noche no nos va a durar toda la vida.

—Así es, Chepa. Así es.

Como para constatar, una vez más, que palpitaba, la tocó. La piel incendio lo erizó. Ola de agujas le bailó en el cuerpo. Sus dientes hamacas diminutas. Su sangre alga espumosa creciéndole adentro. La Chepa sonrió,

— ¿Todavía estoy buena?

—Más que antes.

—Entonces…

— ¿Qué?

— ¡Dale!

Dale-que-dale-dale-dale-dale. Dale-que-dale-dale-dale-dale. Dale-que-dale-dale-dale-dale. Y pensar que hubo veces —hacía ya tantos años— en que se hubiera contentado con tenerla cerca. Con quitarle los trapos, uno a uno, sólo para saciar el hambre de sus ojos, de sus narices, de sus manos. Sólo con tenerla cerca. Ahora, en cambio, mar hirsuto. Mar de carne en que él bogaba, sin descanso. Cresta tras cresta remeciéndolo. Él, todo canalete. Canalete de espasmos parpadeantes. Pestañas salobres recorriéndole el cuerpo. Estirándose en sus dedos. En su boca. En el tornillo con que estaba atornillándola. Rebosante de luz y sombra. De vida y muerte. Condenada Difunta. Difunta condenada. ¿Estaba muerta? ¿Podría estar tan viva estando muerta? Tan viva y tan buena. Tan requetebuena. Dale-que-dale-dale-dale-dale. Dale-que-dale-dale-daledale. Una vez. Otra vez. Otra vez. ¿Cuántas veces?

—Dale.

—Si.

—Más.

—Si.

Dale-que-dale-dale-dale-dale. Dale... que. .. dale... dale... dale... dale...

— ¿Te cansaste?

—No.

—¿Y entonces?

—Nada.Dale-que-dale-dale-dale-dale.

Dale-que-dale-dale…

Dale-que-dale...

Dale-que.

—Dale, ¡más!

— ¡Espérate!

—¿Por qué?

Por decir algo, preguntó:

— ¿No quieres un trago?

—¿Yo? No. ¿Para qué?

—Pues, yo, sí. ¡Voy a echármelo!

Se levantó. Caminó a buscar el aguardiente de caña —mata-burro—. Alzó la botella. Bebió unos cuantos tragos largos.

La Difunta se enderezo. Ojos-brasas siguió sus movimientos. Enronqueció:

—Ven, Candelario. A mí no me vengas con pendejadas.

—¿Que qué?

—¿Tengo cara de Cangrejo-en-agua-dulce?

—No sé lo que estás palabreando.

Chepa se sentó. Chispas. Puras chispas toda ella.

—¿Crees que me vas a echar tierra en los ojos? No seas tan este-pues, hombre. Cuando tú vas, yo vengo.

La rabia la seguía encendiendo. Agregó:

—¡Desgraciado! ¡Lo que pasa es que quieres guardar lo que te queda, para Minga!

Candelario se contuvo. Sentenció:

—En estero tapado no entran lisas, Chepa. La Difunta se puso en pie. Salió del petate. Enseñó los dientes, insultante:

—¡Jajajá! ¡Jajajá! Allá, en Los Cocuyos, donde estoy bajo tierra, nadie me ronca. Ni los tiburones ni los tigres. Además, ¿por qué te pones tan arisco? Ni que fueran tras de ti las caga-fuego.

—¿No tienes tú las caga-fuego debajo del ombligo?

— ¡Síguete haciendo el chango rengo! ¡Bien sabes que lo sé todo!

El se puso un tanto guaragüero,

—¿Y qué es lo que sabes?

—Todo. Que para no empiernarte más conmigo, buscaste a Bulu-Bulu. Él dijo que para sacarte a la muerta lo mejor era una viva. Y te encajó a Dominga. Que has convencido a todo el pueblo —hasta al cura Gaudencio— de que tienes que casarte. ¿No es así?

El, peló los dientes. ¿De rabia? ¿De risa? Peló los dientes. Por si las moscas, dijo evasivamente:

—¿Qué no saben los muertos? ¿No?

La Difunta lo miró, con desprecio. Se le acercó. Difunta. Difunta en llamas. ¿Le ardía el pellejo? ¿Iba a quemarlo? Chirigua candela. ¿O era chonta? ¿Chonta candela? Candela. Sí. Era chonta. Chonta candela. Chonta para hacer teclas de marimba. O arpones de madera. Chonta candela. ¿La tocaba? ¿Se le echaba encima, otra vez, para calmarla? ¿Le batía la jaiba velluda, nuevamente? Nada la calmaría. Nada la enfriaría. Estaba hecha de candela. ¿Y si se quemaba? ¡Cuidado, Candelario! ¡Te puedes hacer carbón! ¿Cómo podrías, así, cumplirle a la Dominga? ¿Cómo te presentarias en la iglesia? Quemado. Negro. Crespo. Carbón. Todos se burlarían de ti. ¿Burlarse? Eso, no. Sacarías el machete y los harías —de Crisóstomo a Gaudencio— bailar un curiquingue. Para que te las pagaran todos, mandarías que se quitaran los calzones. Y limpio a limpio los verías bailar. Limpio a limpio. ¡Sólo eso te

faltaba! ¡Que la Difunta en llamas te quemara! La: Difunta-Candela. Candela-mar. Candela-tierra. Candelario. Candelario.

—Candelario: Cada día te pones más peor.

—Ya deja de fregarme.

—¿Tú crees que vas a montar a la Dominga?

No pudo aguantarse más.

—Claro que sí carajo. ¿Por qué no?

—Jajajá. Jajajá. No me hagas reír, hijo de la guayaba.

—Rie lo que quieras. No me importa.

—Ya verás mañana qué risa me sale del guargüero.

— ¿De deveras?

No le hizo caso. Continuó:

—Dejaré que vayas a la iglesia. Que te bendiga el Cura. Que te cases. Que tengas tu fiesta bien meneada con todos los del pueblo. Que vengas a esta casa. Que los dos —Dominga y tú— se encueren. Que se aprieten. Que a la hora de la hora, se hagan todo lo que quieran. Menos...

—¿Menos... qué?

—Lo que sabemos,

El Coronel sintió que hervía. Continuó controlándose. Su voz se hinchó de burla. Repitió:

— ¿Dedeveras?

La Chepa no reparó —o no quiso reparar— en el tono. Se dirigió a la puerta. Allí se volvió.

—Si yo quisiera, ahora mismo te arrancaría los güevos, con mis dientes. ¿Para qué? Te los presto. Hasta mañana. Que te sigan colgando. Hasta mañana en la noche. Así, Dominga se dará gusto tocándotelos. Tocándotelos. Porque sólo podrá darse ese gusto.

Candelario ya no se aguantó. Avanzó hacia ella. La agarró del brazo. Curioso. Sintió un brazo duro, rígido. Esqueleto. No se asombró. Bramó:

—¡Ya lárgate y no me jodas más!

Esqueleto. Esqueleto en la puerta. Risa calcárea. De pulsos maxilares. Esqueleto. Luz en las cuencas vacías. Luz mortuoria. De velones taciturnos. Esqueleto riendo. Risa calcárea. Al propio tiempo, risa de caimán al engullir su presa. Calcárea.

—Sólo ese gusto. Porque los miaderos —el tuyo el de ella— no podrán juntarse nunca. ¿Lo oyes? Nunca. Cuando traten de hacerlo, yo los separaré. Con esta mano. Con esta...

La enseñó. Larga. Extendida. Abierta. Flor ósea. Prosiguió:

---Una mano de hielo. De tumba. La mano que tengo allá, dos metros bajo tierra, en Los Cocuyos.

CAP. XXXIII

Pronto el Sol sacudiría de oro la nuca de los árboles. ¿Seguiría la noche incrustada en su alma? Ojos abiertos insomne hilvanó itinerarios de pesadilla. Largas horas. Sin embargo, sentíase mejor. Cada vez, mejor. Con ánimo de enfrentarse a los batracios y víboras de Santorontón. que ansiaban liquidarlo. A los Crisóstomos, Espurios, Vigilianos. Salustianos y Rugeles... De roturar una nueva vida. De afirmación, lucha y victoria. Con Clotilde, claro. Clotilde era un tatuaje en sus sentidos y en su mente. Vértice de sus sueños y esperanzas. Tendría que convencerla. Los dos eran sólo uno. Cuernos de una misma Luna. Alas. de una misma tijereta. Si va no quería —o no podía— transitar por esos lados, la arrancaría de Daura. Se exilarían juntos de Santorontón y sus contornos. Se llevarían a Vencedora. La de los ojos de miel les avudaría a endulzar la vida. Volverían a su ciudad. Su ciudad. Nunca se le volvió de espaldas su ciudad. No retiró —acordeon de asfalto, pilastras de cemento— sus portales para negarle sombra. Ni bajó, para ignorarlo, sus párpados persianas de colores. Ni recogió sus brazos de vitrinas para aislarlo. Ni hizo que sus compañeros médicos se agruparan para hundirlo. Ni que las mujeres suturasen labio y sexo para herirlo de abstinencia. Ni que los muelles susurrantes lo insultaran invitándolo a partir. Era él. Era él quien se envolvía en una escafandra. Escafandra invisible. Andaba bajo el Sol tatuaje de oros. Como si patinara sobre: el fango, dentro del vientre líquido del mar. Era él. Él, quien se había puesto de espaldas. Zurcidos los sentidos. Robinsón en la isla de su miedo y su tiniebla. Era él, Quería que lo buscase la ciudad. Lo mimara. Lo conquistara. Se arrodillase ante él. Le dijera palabras de respeto y obediencia. Le entregara sus mitos. Sus leyendas. Su heroísmo. Sus palabras y tesoros escondidos. Rumiante de absurdos embarcado en un giroscopio de cilicios vértebras diademas de orgullo deglutiente de miopías. Era él. Microbio-Eróstrato. Era él. Indigestado de soberbia. Capaz de sembrar sismos en su propia ciudad, sólo por darse importancia. Era él. De allí en adelante, cambiaría. Volvería a la Urbe amada. Él, sí, de rodillas. Besando cada calle. Cada trozo de asfalto. Cada pared de caña brava. Cada techo de zinc, teja o bijao. Volvería. A buscar sus ríaces. Sus raíces allí estaban. En la Ciudad-de-los-dos-Ríos. Que al frente se hacen Uno. Y tiene el mar detrás. Se hundiría en las entrañas, de ella para hallarse. Él también estaba hecho de Paradisiaca Sapientum y Theobroma. Al hacerlo, sentiríase más él. Te meceré, Clotilde, en las hamacas verdes de mi

río. Te llevaré al cementerio de palmeras. Donde da gusto vivir la vida que vendrá. Te contaré las historias colgadas de los ciruelos del cerro. De las casas que se desgranan hasta el Río. Juntos, veremos cómo la ciudad camina. Cómo va avanzando día a día, sus extremidades vegetales en la fiebre del pantano. Es una ciudad que anda, Clotilde. Que anda fuera y dentro de nosotros. ¿No sientes como si empezara a crecer en tu pecho y en tus ojos? Es una ciudad que no cesa de caminar un sólo instante. Perforando a la vez cuatro horizontes. Una ciudad que anda.

—¿Estás despierto, Juvencio?

—Si, Clotilde.

—¿Dormiste mal, verdad?

-—SÍ,

—Te sentí toda la noche dando vueltas.

—¿Tampoco tú dormiste?

Sonrió.

—Tampoco.

—Ya ves. Estamos iguales.

—¿Te has vuelto a sentir mal?

---Por el contrario. Cada vez, estoy mejor.

— ¿Y entonces?

—Estuve pensando en nosotros. Todo el tiempo.

—¿Se puede saber qué?

Le respondió con otra pregunta.

—¿Te gusta mucho Daura?

Se emocionó.

—Allí nací. Allí estuve siempre, cuando mis padres vivían. Allí está Vencedora. Además, es lo único que tengo. ¿Por qué me lo preguntas?

—Estoy... pensando irme de Santorontón.

Siete espinas le punzaron el pecho. Se dominó.

—Tal vez... Tal vez es lo mejor para... todos.

—Pero…

—¿Qué?

—Voy a llevarte conmigo.

Pareció que una ráfaga de sudeste le hiciera perder el equilibrio.

—Eso, ¡no puede ser! Tú bien lo sabes. ¿No ves que no puede ser?

—Aunque no pueda ser... ¡será! Aunque te opongas. Aunque se opongan todos. Nos iremos a la ciudad.

—¿Y Daura?

—La venderemos. La regalaremos. Haremos con ella lo que sea.

---¿Y Vencedora?

---La llevaremos con nosotros.

— ¿Y Santorontón?

Se incorporó. Bromeó.

—A ése no podemos llevárnoslo.

Ella no le siguió la broma. Por el contrario, su rostro demostró cierta angustia.

—¿Y los enfermos que aquí tienes? ¿Y las gentes a quienes les das ánimo? ¿Y tus amigos de la montaña?

Todos te necesitan.

—Vendremos a verlos siempre. La ciudad está cerca.

—Sí. Eso si.

-—Además, creo que Santorontón va a cambiar. Mejor dicho, está cambiando.

—¿Por qué lo dices?

—¿Te parece poco Des ya no dependa de Crisóstomo? ¿Que tenga agua para lo que quiera? ¿Que Candelario ---el propio Candelario Mariscal— se case con una mujer? ¿Con una sola mujer?

—Anoche, pensabas impedir la boda.

—Anoche. Ahora pienso lo contrario. Hay que dejarlo que se case. Tal vez, esto le haga bien. Y quiera que mejoren las cosas en su pueblo. Aquí es el único que puede poner orden. El único. Sólo depende de que se lo pida el padre Cándido.

—¡Qué se lo va a pedir!

—El padre Cándido lo hará, si es por el bien del pueblo.

—-¡Quién sabe!

— Además, ¡eso es cosa de los santoronteños! Tú y yo también tenemos nuestras vidas. Nuestras propias vidas. Que nos pertenecen. Las dos a cada uno. Tenemos que luchar por ellas.

—Juvencio... Verás... Yo...

—Así que, ¡empieza a prepararte!

Nidos de luz los ojos. La estaba dominando la ternura ¿Tenía derecho, ella, también, a ser dichosa? ¿Podría ser dichosa alguna vez? ¿Lograría borrar de su memoria las pretéritas imágenes? No importaba. Lo importante era que él parecía necesitaría. Sin aceptar o no, desgranó lentamente sus palabras.

—Esto no saldrá bien, Juvencio. No puede salir bien.

Crisóstomo —a esas horas— rebotaba sobre su panza. Pelota inverosímil parecía haber perdido extremidades y cabeza. De aquí para allá. De allá para acá. Feliz. Feliz. Feliz. Tampoco había dormido. En los últimos tiempos no dormía. El rencor, la ira y la venganza verdes trapiches triturábanlo. Las masas enmueladas le hacían surcos en el cuerpo y en el alma. Convertíanlo en ostión arrancado de su concha. Gelatinoso, triste y adhesivo. Salía del petate. Se enredaba en un sartal de maldiciones. Maldecía y maldecía. La hora en que nació. La hora en que eligió a Santorontón para vivir. La hora en que regresó Candelario Mariscal. La hora en que apareció por allí Juvencio Balda. La hora en que se salvaron del incendio Cándido y su Cristo. Maldiciones. Puras maldiciones. En perenne autofagia alimentandose sólo con su bilis. Así —entre maldición y maldición— hasta la noche última. En ésta, tampoco había dormido. Sin embargo, las razones eran otras. No había dormido por dichoso. Como si tuviera a un enemigo pisoteándole las vísceras. Saboreaba de antemano el espectáculo. Sería algo inaudito. Que calmaría para siempre sus deseos de revancha. Sólo por eso valía la pena haber vendido su alma. ¿Recuerdas, Güevón? Güevón, no. Mejor, Güevín. ¿Es que él mismo se iba a llamar así, de allí en adelante? ¿Qué importaba? ¿Qué importaba, ahora, cualquier cosa? Lo único importante era vengarse. Hacer besar el polvo a esos malditos. Y ya faltaba poco. ¡Tan poco! ¿Recuerdas, Güevón? ¿Recuerdas la noche en que hiciste el negocio con Candanga? Los vientos te soplaban por la proa. Todos los vientos. Por eso, en lugar de avanzar, estabas reculando. Ninguna cosa te salía derecha. Sentado —aún podías estar sentado— cn una piedra puntona de la playa. Con ganas de arrojarte el agua. Para allí terminar tus penas y fracasos. De pronto, lo llamaste. Sin pensarlo. Sin saberlo por qué lo hacías, Como si hubieras lanzado un estomudo: “Mandinga: Cómprame el alma. Te la vendo por lo que me dés.” No creíste que El pudiera responderte. Te engañabas. Ya él estaba allí. Contestando a tu llamada. Cuando acordaste, te rascaba la oreja izquierda con el rabo. “¡Acepto, Güevón!” —Durante mucho tiempo sólo te dio ese nombre. Sólo más tarde te llamó Don Crisos. Y después, Crisóstomo —. Repitió: “Acepto, Güevón. ¿Qué quieres por ella?” “Plata. Mucha. Muchisísima plata. Únicamente muchisisisisima plata.” Sonrío sonrisa de horno bocanada en llamas. “Tendrás la plata, Güevón. Serás el más platudo de estos lados”... Y qué curioso. Ahora todo había cambiado. Ya no quería plata. Quería cruces. Cruces. Cruces. Quería sembrar de cruces todo el pueblo. Cruces sobre las tumbas de los santoronteños. Muchas cruces. Que obstruyeran el paso. Hasta perderse de vista, en lontananza. Muchas cruces. Aunque se quedara, otra vez, pobre. ¿Otra vez, pobre? Bueno. No tan pobre. Pero acabar, eso sí, con los secuaces de Juvencio. Para ya no tener quién se atravesara en su camino. Cruces, Mandinga. Muchas cruces. Sólo cruces. Ánte la perspectiva de tenerlas, todo*el cuerpo le estallaba en carcajadas.

A poco, aparecieron Rugel y Salustiano. Como siempre, hablando a dúo.

—Aquí estamos, Don.

— Aquí estamos.

—¿Qué es lo que vamos a hacer?

—Cuando más pronto, mejor. Ya está amaneciendo.

El hombrecillo pelota irradiaba contento. No sabía cómo expresarlo. Tal vez sólo en los pliegues de su cuerpo. Cosa inusitada, hasta intentó invitarlos.

—Este... esperen un momento. ¿No quieren tomar un cafecito con bolón de verde? ¿O con unas lisas ahumadas?

—Ya tomamos, Don.

—Sí, Don.

Se miraron —el uno al otro— con zozobra. Querían decir. algo, sin duda. No se animaban. Al fin, tomaron valor.

—Lo único que...

-—Si es algo con...

Aunque sospechaba cuál era la causa de su desconcierto. Aunque imaginaba lo que querían decirle, no quiso demostrarlo. Preguntó, indiferente:

—¿Por qué no lo sueltan, de una vez?

Se atrevieron. Lo miraron a los ojos. Con firmeza,

—Si es contra el Coronel ... ¡yo no me meto, Don!

—Ni yo...

Quiso ganar tiempo. Acaso sólo para gozar dilatando su angustia.

—De verdad. ¿Por qué no se fríen unas corvinas? ¿O quieren mejor un recalentado de arroz con mejillones?

No le hicieron caso. Continuaron.

—Si es contra Él, ninguno del pueblo va a meterse.

—Claro, Don. ¿Quién va a meterse?

—Sería amarrarnos una piedra en el pescuezo. Y arrojarnos al río.

—O peor. Como si caváramos un hueco. Nos metiéramos en él. Y con las propias manos nos cubriéramos de tierra.

Rió fuertemente. Le bailaron las carnes redondas. Igual que si estuviera hecho de hamacas.

— ¡Carajo! Veo que ustedes son jodidos, ¿no?

Las palabras revesa dieron vueltas.

—Así son las cosas...

—Cuando las cosas son así, don Crisos...

Se puso serio. Los encaró:

—¿Tengo cara de bolsas-de-burro-en-tembladera?

—No, Don.

—Eso, no.

Se tamboreó la panza,

—Entonces, no se preocupen. No se preocupen por nada. Ahora, tengo el arpón por el mango.

Lo quedaron mirando. Asombrados. Sin entender.

—¿El arpón?

— ¿Cuál arpón?

—Ningún arpón. Lo que quiero decir es que, ¡ahora, mando yo! El que Sabemos se aconchabó conmigo.

Salustiano se rascó la cabeza. Rugel se ajustó la pretina. Quedaron un instante guaragüeros.

—¿No será como cuando la quemazón de la montaña?

—¿O cuando íbamos a parar la hechura de la ciénega?

—Ya vio que tuvimos que recular en seguida.

—Con el rabo entre las piernas.

—Sin derecho al grito.

—Para salvar el número uno.

Los paró, en seco.

—¡No, carajo, no! Esta vez seré distinto. Antes, no me aconchabé con Candanga. Ahora sí. Candanga se apalabreó conmigo. Me ayudará en lo que quiero,

—¿Y el Coronel?

—¿No es hijo de Ése?

—¿No le avisará con tiempo?

—¿No lo defenderá?

—¡Ah, cómo serán ustedes! No hay más remedio que dárselos todo masticado. Les repito. ¡Esta vez será distinto! El propio Candanga me dio algo.

—¿Lo que le entregaron ayer?

— ¿Es medio río?

—Si, carajo, sí. ¡Allí está la cosa!

—¡Ah, si es así!

—Claro. Si cs así, ..

En tanto, Jesús había inclinado la cabeza, Miraba con cierta socarronería a su camarada. Éste iba de un lado para otro. Aunque no hacía nada, parecía estar absorto en ocupaciones importantes.

--- ¡Oye, Viejo!

Ni lo miró. Ni se detuvo.

—¿Qué?

— Ya preparaste la sotana?

Dejó de moverse. Alzó la vista,

—¿Cuál sotana?

— ¡Ah! ¿Tienes muchas?

—Tengo dos. La que llevo puesta. Y la otra.

—Me refiero a la otra. La de los días de fiesta.

—Esa siempre está limpia. Bien lo sabes. En hilachas, como ésta. Pero, limpia. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿A qué hora te la pones?

—¿Para qué?

—¿No vamos a la boda?

—¿A cuál boda?

-—No te hagas el manesteroso. Bien lo sabes. La única boda que hay en Santorontón. La de Candelario.

—Anda tú, si es tu gusto. Yo no quiero ni ver a ese malnacido.

—Es tu ahijado, ¿no?

— ¡Qué ahijado ni qué niño muerto! ¡No es nada para mí! |

— Además, tú eres lo único que él tiene en Santorontón.

—¡No me jorobes! ¡Déjame tranquilo!

Hizo una pausa. Agregó:

— Además, ¿para qué voy a ir? ¿De “metido”? Ni siquiera me ha dicho nada. Mucho menos, me ha invitado.

—Tal vez, pensó que no necesitabas invitación. O tal vez tuvo miedo de que ni lo recibieras.

—Ése no le tiene miedo ni a Dios ni al Diablo...

Lo encaró, con rabia.

—... ¡Y ya basta! ¡No me hagas desvariar! Además, mejor es así. ¿Para qué voy a pasar un mal rato, por gusto?

—Si te invitase, ¿irías?

Se encogió de hombros.

—Hay días en que amaneces con el genio virado. Sólo quieres mortificarme. Cualquier rato de éstos te voy a sacar de mi casa. Para clavarte en el cerro más alto. Frente a la ciénega. Así no volverás a sacarme de mis casillas.

De improviso, una voz estremeció el ambiente...

—¡Padrino! ¡Padrino!

Cándido miró a Cristo. Desolado. El Nazareno desprendió sus brazos de la Cruz. Hizo ademán de qué-quieres-que-te-diga. Después guiñó un ojo, malicioso.

La voz pareció crecer. Clamorosa. Desesperada.

— ¡Padrino! ¡Padrino!

Casi en contra de su voluntad, a su vez, gritó:

— ¡Voy! ¡Voy!

Y al Nazareno, con angustia:

—Ahora, ¿qué hago?

—¿Aún sigues dudándolo? Debes ir. ¡Es tu ahijado!

Dolido, reprochó:

—¿Mio? ¿Sólo mío? Cuando lo encontramos, ¿no me -convenciste de que se quedara en la iglesia? ¿No gozamos juntos con sus tempranas sonrisas? ¿No te alegraste igual que yo con sus primeros juegos y palabras? ¿No discutimos muchas veces acerca de su porvenir? Es nuestro —tuyo y mío—. ¡Nuestro ahijado!

—Bueno. ¡Nuestro! Ya déjate de discursos, Y ve a cambiarte de sotana.

—Es que... se ha portado tan mal. No ha recibido ningún castigo...

—Es lo que tú crees.

—¡No! ¡No debemos ir! Saldré a desearle felicidad. Pero, que no cuente con nosotros... ¡Es lo mejor!

Dio dos pasos hacia la puerta. Lo detuvo la voz de su Camarada.

—Ahora... ¡nos necesita!

—¡Ése no necesita a nadie!

—Santorontón entero está en su contra...

—Aunque así fuera. Él Se da -abasto para todos. Ya lo conoces.

—Hay muchas cosas que no sabes. Y que -no puedo decirte.

—¡Empiezas con tus misterios!... Además, él está más fuerte que nunca. ¡Tiene a Bulu-Bulu!

La voz de Cristo se hizo grave, solemne:

—Nadie —ni los brujos pueden contra ciertas fuerzas.

El tono de su Amigo lo alarmó.

—¿Y nosotros?

—¡Quién sabe!

—Podemos intentarlo, ¿no?

—Sí. ¡Eso si!

—Entonces. ... ¡voy a cambiarme de sotana!

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN 1979